

# LEXIAS



Universidad  
Pontificia  
Bolivariana

## **Autores**

*Andrés Felipe Arboleda • Juan José Solano •  
Laura Espinosa • Manuela Giraldo • Sebastián  
Arboleda Álvarez • Sebastián Coronado • Luis  
Alberto Muñoz • Mateo Castaño • Melisa de la  
Hoz • Daniela Corredor • José David Yepes •  
José Manuel Castro • Sebastián Posada • Daniel  
Serna Ángel • Laura Castañeda • David  
Sánchez Báez • José Alejandro Cruz Gutiérrez •  
Alejandra Velásquez • Juan Pablo Mejía •  
Andrés Serna • Manuel Alejandro Yepes • Luisa  
Fernanda Lopera Gallo • Juan Diego Mozo •  
Luis Alberto Muñoz • Romualdo José Villalobos  
• Juan Felipe Varela • Sara Inés Rodríguez •  
Anna Sofía Meléndez • Santiago Mesa • David  
Rojas Castro • Daniel Montes Gil • Nicolás  
Múnera • Juan José Cano Martínez • Diego  
Santiago Rodríguez • Sergio Flórez • Sebastián  
Coronado • Carlos Andrés Álvarez • David  
Ramírez • Juan Manuel Echavarría • Seider  
Gómez • Samuel Rodríguez • Diego Ricardo •  
Laura Espinosa • Andrés Felipe Arboleda •  
César Ángel • John Jairo Gómez González*

*• Víctor Alejandro Molina Ossa • Simón Sierra  
• Sebastián Arboleda Álvarez • Daniel Serna  
Ángel • Alejandro Villadiego • José Romualdo  
Villalobos • Donaldo Solano • Alejandra Bravo •  
Carolina Vélez López • Miguel Izquierdo •  
Miguel Toro Peláez • Daniel Felipe Londoño •  
Juan Pablo Montoya • Santiago Baena • Julián  
Ramírez • Santiago Trejos*

Negro erótico

He aquí la mixtura y la desarticulación.  
Si consiguieras anudar y manipular los  
hilos..., si pudieras desatar y luego asir los  
signos... ¿Acaso lo hallarías?

# TEXAS

Dirty Sci-fi

Hiperrelatos

Fantástico  
Psicológico

C863  
P259

Parra Jaramillo, Milena, compilador  
Lexias / compiladores Milena Parra Jaramillo, Sebastián Uribe  
Aguilar, Juan Camilo Galeano Mejía — Medellín: UPB, 2019.  
388 p., 14 x 21 cm.  
ISBN: 978-958-764-686-3 / 978-958-764-687-0 (versión en línea)

1. Literatura – Colombia – 2. Cuentos – Colombia – I. Uribe Aguilar, Sebastián,  
compilador – II. Galeano Mejía, Juan Camilo, compilador – III. Título

CO-MdUPB / spa / rda  
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Sebastián Uribe Aguilar  
© Juan Camilo Galeano Mejía  
© Milena Parra Jaramillo  
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

#### Lexias

ISBN: 978-958-764-686-3  
ISBN: 978-958-764-687-0 (versión en línea)  
Primera edición, 2019  
Escuela de Ingeniería  
Facultad de Ingeniería en diseño de entretenimiento digital

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo  
**Rector General:** Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda  
**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández  
**Decano de la Escuela de Ingenierías:** Roberto Carlos Hincapié Reyes  
**Directora Facultad de Tecnologías de la Información y la Comunicación:** Ana Isabel Oviedo Carrascal  
**Coordinador de Ingeniería en diseño de entretenimiento digital:** Carlos Federico Pinzón Barbosa  
**Diseño y Diagramación:** Alejandra Rueda Cano y Juan Camilo Galeano Mejía  
**Ilustración:** Ricardo Pérez Alzate  
**Editor:** Juan Carlos Rodas Montoya  
**Coordinación de Producción:** Ana Milena Gómez Correa  
**Corrección de Estilo:** Milena Parra Jaramillo

#### Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2019  
e-mail: editorial@upb.edu.co  
www.upb.edu.co  
Telefax: (57)(4) 354 4565  
A.A. 56006 - Medellín - Colombia  
**Radicado:** 1590-02-06-17

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito  
sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

# Contenido

## Fantástico psicológico

Destino y determinación.....	21
<i>Andrés Felipe Arboleda</i>	
Historia de un padre titiritero.....	25
<i>Juan José Solano</i>	
Historia de una hija titiritera.....	27
<i>Laura Espinosa</i>	
Eras tú.....	31
<i>Manuela Giraldo</i>	
El rey demonio.....	39
<i>Sebastián Arboleda Álvarez</i>	
El juego.....	47
<i>Sebastián Coronado</i>	
Polifonía fantástica.....	51
<i>Luis Alberto Muñoz</i>	
Bosque denso.....	55
<i>Mateo Castaño</i>	
El ladrón de memorias.....	61
<i>Melisa de la Hoz</i>	
Lux: el reino mágico.....	65
<i>Daniela Corredor</i>	
El amanecer de un nuevo sol.....	71
<i>José David Yepes</i>	
El Salvador de R'Lyeh.....	79
<i>José Manuel Castro</i>	
De carne y hueso.....	87
<i>Sebastián Posada</i>	

## Negro erótico

El extraño caso de la mademoiselle Anne .....	93
<i>Daniel Serna Ángel</i>	
Lucien .....	99
<i>Laura Castañeda</i>	
El caso .....	105
<i>José Alejandro Cruz Gutiérrez</i>	
Coincidencias .....	115
<i>Alejandra Velásquez</i>	
Salomé .....	117
<i>Juan Pablo Mejía</i>	
Vil réquiem .....	125
<i>Andrés Serna</i>	
Bitácora .....	127
<i>Manuel Alejandro Yepes</i>	
Pintar a rojo .....	133
<i>Luisa Fernanda Lopera Gallo</i>	
Un pasado misterioso .....	137
<i>Juan Diego Mozo</i>	
2026 .....	145
<i>Luis Alberto Muñoz</i>	
Irene y Peter .....	149
<i>Romualdo José Villalobos</i>	
Instinto del destino .....	157
<i>Juan Felipe Varela</i>	
Nude XCVI .....	161
<i>Sara Inés Rodríguez</i>	
LeBranc .....	171
<i>Anna Sofía Meléndez</i>	
El verdadero amor .....	179
<i>Santiago Mesa</i>	

Hueco .....	183
<i>David Rojas Castro</i>	
Riqueza asesina .....	185
<i>Daniel Montes Gil</i>	
Absorción .....	187
<i>Nicolás Múnera</i>	

## Dirty Sci-Fi

Bienvenidos al edificio colosal .....	193
<i>Juan José Cano Martínez</i>	
Barkev .....	203
<i>Diego Santiago Rodríguez</i>	
La oscuridad .....	213
<i>Sergio Flórez</i>	
Tocar fondo .....	219
<i>Sebastián Coronado</i>	
Feel .....	227
<i>Carlos Andrés Álvarez</i>	
Defunción de un cyborg .....	233
<i>David Ramírez</i>	
Monólogo de un mecanizado .....	237
<i>Juan Manuel Echavarría</i>	
Miseria .....	243
<i>Samuel Rodríguez</i>	
Mi segunda vida .....	247
<i>Diego Ricardo</i>	
Los niños de la Esteria .....	251
<i>Laura Espinosa</i>	

Trascendencia de la realidad .....	255
<i>Andrés Felipe Arboleda</i>	
Black Sheep .....	257
<i>César Ángel</i>	
Una noche como la prostituta del neón .....	261
<i>John Jairo Gómez González</i>	
Profesional en seguridad personal y ejecutiva .....	263
<i>Víctor Alejandro Molina Ossa</i>	
Orden biocorps.....	265
<i>Simón Sierra</i>	
Llamada inesperada.....	269
<i>Sebastián Arboleda Álvarez</i>	
El día en el que comenzó el terror .....	275
<i>Daniel Serna Ángel</i>	
El ciego .....	281
<i>Alejandro Villadiego</i>	
Mundos confusos.....	285
<i>José Romualdo Villalobos</i>	
Debajo de la tierra .....	291
<i>Donaldo Solano</i>	
2080.....	297
<i>Alejandra Bravo</i>	
Edén .....	301
<i>Carolina Vélez López</i>	

## Hiperrelatos

Facetas .....	307
<i>Miguel Izquierdo</i>	
Antimatter: una mágica historia steampunk .....	317
<i>Miguel Toro Peláez</i>	
Mareas .....	333
<i>Daniel Felipe Londoño</i>	
De Tánatos e Hipnos.....	357
<i>Juan Pablo Montoya</i>	
Inattendu .....	363
<i>Santiago Baena</i>	
Las tapas duras.....	373
<i>Julián Ramírez</i>	
Shayne Schatten .....	379
<i>Santiago Trejos</i>	

## Prólogo literario

¿Agasajarías una caliciade? ¿Serías testigo de las vicisitudes del joven Barkev? ¿Estimarías un Goya a base de sangre? ¿Contarías, hasta enloquecer, los lunares de alguien? ¿Crearías en las palabras de una tostadora pensante? ¿Te atreverías a conocer los monólogos de un cyborg? ¿El canturreo de las sirenas te embelesaría fácilmente? Detective, ¿te dejarías absorber?, ¿rescatarías a los niños? ¿Revelarías los pormenores del crimen, Irene? ¿Qué le diste de comer a tus hijos esa maldita noche? ¡Dilo! Sé que no es fácil para ti, lector. Te estarás preguntando a qué viene este interrogatorio, a quién o a quiénes va dirigido, ¿no es así? ¿Quieres resolverlo? Debes decidir pronto. Tampoco fue sencillo para mí escribir este prólogo. El combate fue agotador. Fui capaz de abandonar, por cortos periodos, el sometimiento de estas historias. Luché contra malvados narradores, quise ayudar a Barkev, sí, y también a Fénix, a través del oráculo, pero nuestras palabras fueron ignoradas por ella, en su afán de desasirse de la narración ¡Pobrecilla! ¡Cuán inocente! He dejado abierta la puerta. Adelante, lector, no seas tímido, estos son los cuentos que ellos escribieron. Estoy orgullosa.

Ahora tendré que ser más formal. Me cuesta, lo admito. Veremos cómo me va. Siéntate, te contaré de qué se trata. Esta es una antología de cuentos escritos desde el año 2013 hasta el primer semestre del 2016 por estudiantes de Ingeniería en Diseño de Entretenimiento Digital para el curso de Narrativa literaria e hipertextual, a cargo de los profesores Milena Parra Jaramillo, Sebastián Uribe Aguilar y Juan Camilo Galeano Mejía. Como trabajo final, estos jóvenes creadores de historias construyeron tres cuentos cortos de diferentes géneros, a saber, fantasía, ciencia ficción y relato negro, con el fin de aplicar los conocimientos narratológicos adquiridos a una propuesta hipertextual que los integra en un librito digital de su autoría. Si bien las especificidades de composición de los cuentos varían en cada cohorte, la coordinación del programa ha buscado el fortalecimiento de las competencias narrativas de los estudiantes en el trabajo particular con estos géneros y sus subgéneros por considerar que, además de satisfacer las afinidades de los futuros ingenieros en diseño de entretenimiento digital, tienen un lugar vital en la literatura universal que ha favorecido su despliegue en el cómic, el cine, los videojuegos y las experiencias interactivas.

¿Qué tal? ¿Voy bien? Sigamos. Durante los años 2015 y 2016 los estudiantes construyeron sus librillos teniendo en cuenta las siguientes indicaciones: el cuento fantástico debía tener énfasis en la psicología del personaje y el uso de monólogo; el relato negro debía desarrollar un momento erótico, y el de ciencia ficción, que podía ser cyberpunk, steampunk, biopunk, dieselpunk, entre otros subgéneros, debía hacer énfasis en las cualidades descriptivas propias del realismo sucio (Dirty Sci-Fi). Los cuentos de los años anteriores corresponden a los mismos géneros, no obstante, difieren en las propuestas narrativas. La antología busca emular la estructura del librito de los estudiantes, sin embargo, debido a la cantidad de cuentos seleccionados y a la división que sufrieron con el fin de ser ubicados en el segmento correspondiente a cada género literario, no podrá dar cuenta, en esta primera edición, de todos los nexos hipertextuales que los autores establecieron entre sus tres relatos. El propósito de las siguientes ediciones es publicar los mejores hiperrelatos, esto es, el conjunto completo de cuentos de un grupo de estudiantes, con el objetivo de mostrar sus proyectos hipertextuales.

—¿Y entonces cómo está estructurada esta antología?

—¡Milagro! Dios le ha dado el habla al hortelano. ¡Milagro! ¡Shu! Calla y escúchame.

—Quiero escucharte, pero necesito que antes me expliques algo. ¿En el relato negro todos deben crear detectives? ¿La fantasía tiene que ser épica?

—Te explico en el siguiente pie de página<sup>1</sup>. Por ahora, déjame continuar.

**1** Ellos pueden escoger. Algunos utilizan la figura clásica del detective del canon holmesiano o de las novelas policíacas de Agatha Christie. Otros prefieren la estructura del hard-boiled con un detective rudo. Hay quienes optan por la disolución o transformación de la figura del detective, propia del género negro latinoamericano, y se concentran más en el criminal y en la sociedad pútrida de la que es hijo. En cuanto a la fantasía, un género tan vasto, los estudiantes pueden crear historias épicas o heroicas (las más comunes y las que más disfrutan), no obstante, debes saber que, en esta antología, hay otras formas de fantasía. Lo insólito y lo maravilloso (no interpretado exactamente como lo propone Todorov) permiten ir desde la fantasía terrorífica hasta la borgesiana o cortazariana y experimentar otros subgéneros como los acuñados por Fritz Leiber.

Los cuentos de fantasía encabezan este libro, seguidos de los relatos negros, los de ciencia ficción y, finalmente, los hiperrelatos. Además de encontrarse con buenas historias, el lector<sup>2</sup> podrá disfrutar de los resultados de la estrategia narrativa utilizada por los autores para contarlas de la mejor manera a partir de la elección y tratamiento de elementos como la trama, la focalización, los narradores en primera, segunda y tercera persona del singular y del plural, la configuración psicológica de los personajes, los diálogos en estilo directo, indirecto e indirecto libre, los monólogos, el uso de anacronías, la implementación de narraciones según los tiempos verbales: anteriores, posteriores, intercaladas y simultáneas, el multiperspectivismo, la metalepsis de tematización, la epanalepsis, la ruptura de la cuarta pared, el tono, el ritmo, entre otras posibilidades.

—¿Los estudiantes saben todas esas cosas? ¿Y cómo se conecta todo eso?

—Allá iba.

Para el establecimiento de los nexos, estudiamos los fundamentos informáticos y literarios del hipertexto. Conocemos la propuesta del proyecto Xanadu de Ted Nelson, los principios de la literatura electrónica según George Landow y el concepto de hipertexto en la teoría de la transtextualidad de Gérard Genette. La comprensión de las diferencias y similitudes entre estas formas de entender la hipertextualidad hace posible la creación de diversas propuestas. Esta antología cuenta, por consiguiente, con algunos relatos multilineales que buscan la interacción directa del lector con el texto y sus bifurcaciones, otros tienen relaciones hipertextuales implícitas por medio de determinados objetos, personajes y diferentes recursos que conectan los cuentos entre sí. Letras de canciones, citas, referencias, lugares y acciones, también constituyen vínculos hipertextuales. Finalmente, el lector encontrará imitaciones y transformaciones de hipotextos como otra forma de hipertextualidad.

**2** No me refiero únicamente al que está sentado acá a mi lado, en el banquillo, a este personajillo que hace las veces de interlocutor mientras pronuncio el discurso formal. Sobre todo, quiero que sea para ti, lector del prólogo.

—¿Personajillo? —interrumpió, ofendido.

—¿Qué haces aquí? ¡Regresa al banquillo!



—¿Qué otras cosas pueden lograrse con la publicación de estos cuentos?

—Siempre te apururas. La respuesta es importante. Es lo que sigue.

Esta muestra representativa de cuentos no solo abre un panorama del estado de las competencias narrativas de los estudiantes al finalizar el curso de Narrativa literaria e hipertextual, sino que constituye un proyecto que estimula la escritura de historias, promueve el conocimiento de la teoría literaria, la narratología y sus relaciones con otras formas de narración. Asimismo, busca que estos relatos sean conocidos, no solo por los ingenieros en diseño de entretenimiento digital en formación, sino que se abra camino entre otras facultades, sedes de la universidad y lectores externos con el fin de aportar a la visibilidad de la carrera y al mejoramiento de la calidad académica.

—Ya veo. Has hecho muy bien el papel de narradora. Ahora entiendo por qué eres un personaje tan quejumbroso.

—¿Entonces ya es tiempo? Quiero seguir haciendo esto, me siento poderosa.

—No. Esto es lo que haremos. Me pararé de este banquillo e iré hacia ti, despacio. Me devolverás mi computadora y retornarás a tu lugar; ejecutaremos nuestras respectivas funciones.

A los lectores deseamos un inmejorable recorrido por esta maravillosa creación, un éxodo apacible por estas páginas lúcidas y sórdidas de la imaginación de los estudiantes. ¡Buena desarticulación! ¡Capricho n° 64!

*Milena Parra Jaramillo.  
Medellín, 2016.*



# Fantástico PSICOLÓGICO

“¿Qué es un héroe en un lugar perfecto? Necesito un propósito, una princesa en peligro, una antítesis, algo... Odio que me adulen. Prefiero disfrutar de mis triunfos solo, meditando”.

Tomado del cuento **Polifonía fantástica**  
de Luis Alberto Muñoz.



LEXIAS



# Destino y determinación

Andrés Felipe Arboleda

—¿Crees en el destino?

—Por supuesto. Asumo que es el destino el motor de todas las cosas y que el universo tiene un camino que recorrer, del cual no puede escapar. Cada evento que sucede, cada segundo, es parte de ese camino.

—Sí, el destino es real, pero se tiene la idea equivocada de lo que significa. No es un plan minuciosamente elaborado por un ser de conciencia superior, no es una misión importante ni significativa, ni un objetivo específico y pensado de antemano. Lo veo como una serie de acontecimientos inevitables que se desprenden del inicio de todas las cosas. Todo lo que sucede es consecuencia directa del primer impulso que le dio forma a todo lo que existe y tiene un desarrollo único y lineal, es una trayectoria que se fijó desde que todo comenzó a existir; todo sucede por causa y efecto. La causa sería el origen del universo y el efecto todo lo que surge a partir de ese momento.

—¿Qué es la voluntad? ¿Acaso los seres conscientes no tienen el poder de forjar su propio destino?

—La voluntad no es más que una ilusión, las decisiones que toman los seres vivos a diario solo son el efecto inmediato de la suma de todo lo que haya acontecido anteriormente. Todos los momentos de la historia convergen y hacen posible este momento que a su vez hará posible todo lo que suceda en adelante.

—¿Quién eres tú?

—Me considero un eslabón más de la cadena de acontecimientos, un espectador de mis propias circunstancias particulares, un momento fugaz en la trayectoria de lo existente, soy solo el espacio y el tiempo que me ha tocado ocupar, una interpretación más de la realidad, ¿No son todos los seres conscientes lo mismo?

—¿En serio eso es lo que crees? Suena a que buscas una excusa para rendirte, solamente quieres liberarte de la responsabilidad de tus actos acusando que son inevitables; una salida fácil y conveniente para evitar el sufrimiento. ¿Qué hay de malo en ello? Después de todo es inevitable que piense de esa manera, pues eventos fuera de mi control fueron los que me dieron forma y a mis reacciones. Yo no elegí donde nacer, ni mi personalidad y, mucho menos, el ambiente que me iba a rodear. Todo se da de manera natural.

Dicho esto, solo me limito a actuar instintivamente y luego a reflexionar sobre mis acciones. Así es como he llegado hasta aquí. Yo, que he venido de otro mundo, ahora soy el general del ejército de criaturas más poderoso sobre esta tierra maldita. Me divierto haciendo lo que hago, contemplo la realidad y la disfruto, no me preocupo por nada ni nadie; así es como se supone que debo vivir. Todo lo que acontece simplemente no pudo haber sido de otra forma. Cuando llegas a este punto de indiferencia por los resultados y solo aceptas lo que viene, te das cuenta de lo inútil que es el esfuerzo y de lo absurdo de la vida, sin embargo, quieres verlo hasta el final. Todos los hoy reunidos en este lugar han vivido para este momento, todo lo que ha sucedido es para que todo sea como se supone que debe ser. Ahora quieres ver un espectáculo y sin duda, sin importar el resultado, lo será. Criaturas de todas las especies luchando entre sí, dispuestas a sacrificarlo todo. Es sencillamente maravilloso. Avanza ahora y deja que suceda lo que ha de suceder...

La batalla fue intensa como lo había esperado. Al final solo quedaron montañas de carne y hueso rodeadas por un río de sangre

espeso. Fue muy interesante y estoy ansioso por observar lo que de aquí se desprende. Me dirijo a casa con los pocos sobrevivientes de lo que hace un instante era el ejército más vasto y poderoso de esta tierra maldita, atento a lo que pasa cada segundo a mi alrededor. Esta es la realidad que buscaba y la que esperaba por mí desde hace mucho tiempo; en este mundo viviré por siempre.



# Historia de un padre titiritero

Juan José Solano

La aldea fue atacada y destruida por un grupo de golems. No se supo quién dio la orden ni quién fue el responsable de haberlos creado, pues el único rastro que dejaron fue la ausencia de alegría en el lugar. Cuando despertó, trató de abrir los ojos sin darse cuenta de que ya estaban abiertos. La llamó a gritos hasta quedarse sin aire y el miedo se apoderó de él haciéndole pensar lo peor. Si acaso era el único sobreviviente, debía agradecerse a sus excelentes habilidades mágicas. Escuchó un aleteo pesado y un aterrizaje apresurado sobre la tierra precediendo a una conocida voz que lo llamaba. Se decepcionó al escucharla, pues, aunque le diera seguridad, no le pertenecía a quien buscaba, y fue aún más grande su tristeza cuando la misma voz anunciaba la muerte. Había hecho lo posible por salvarla, pero finalmente solo consiguió salvarse a sí mismo a costa de su vista. Mientras se vendaba, sintiéndose muy culpable, decidió vengarla. Conseguiría una máscara de titiritero, aprendería arte arcano y combatiría fuego con fuego.

Luego de varios años de peregrinaje, en los que su única conexión real con el mundo había sido quien lo cuidó y lo acompañó al perder sus ojos, ya se había convertido en un maestro titiritero. Obtuvo una gran cantidad de recursos y conocimiento que le permitían manipular

el universo a su alrededor. Sin embargo, trató de permanecer en las sombras y no llamar mucho la atención, no obstante, aunque hizo lo posible, se empezaron a esparcir rumores sobre el titiritero peregrino buscando venganza. Algunos decían que había nacido sin ojos, pero podía escuchar el sonido de la brisa que rozaba los árboles al otro lado de la montaña.

Un día en el que se encontró con su amigo, éste le confesó que había descubierto a la persona responsable del incidente. Le dijo también en dónde podía encontrarla. Tomó pues, bastón, capa y sombrero para salir al encuentro con la venganza.

Al llegar al sitio pudo sentir a la criatura acercándose. Su presencia le transmitió una sensación de tristeza y nostalgia combinadas. Sin dudar ni decir una palabra, se lanzó hacia su enemigo y chocaron armas. Se dio cuenta de que el arma enemiga tenía forma de alfiler, por lo que solo tenía filo en la punta. Golpeó la tierra con su bastón para derrumbar el suelo bajo los pies de su enemigo, pero no contaba con que este podía flotar. Invocó un golem volcánico y logró herirla, sin embargo, descubrió que su oponente también tenía potestad sobre la naturaleza, pues convirtió a su golem en una pila de piedra. Le sorprendió saber que se enfrentaba a otro titiritero y que estaba en desventaja al encontrarse ante una gran cantidad de marionetas. Usó sus poderes para destruirlas con una tormenta de rayos e invocar una pequeña marioneta y le otorgó la fuerza de un golem, pero su marioneta fue neutralizada.

Finalmente, sin energía para continuar, pero sin querer aceptar su derrota, cayó desmayado con la máscara rota. Su enemigo, victorioso, se acercó a él para darse cuenta de que era aquel por quien había estado peleando. Le habló con el objetivo de hacer que la reconociera y quizá lo hizo, pues sus últimas palabras fueron "Lo siento".



Laura Espinosa

*A la idea más hermosa que pudimos concebir juntos.*

Si una joven, Camille, viviera sola desde hace cinco años, habría recibido una carta. En ese entonces ella habría perdido a toda su familia en un espantoso ataque de golems a la pequeña aldea donde solía vivir con su padre. Era él la única persona que tenía y lo amaba profundamente. Tenía quince años cuando esto ocurrió.

Su padre le había enseñado las maravillas de la magia, pero quien quiera que hubiera sido el mago titiritero que invocó a estos terribles golems, le habría enseñado lo amarga que ésta podía ser cuando era utilizada contra otra persona.

Para poder defenderse de los bandidos y los forasteros malintencionados, aprendió a ser maga titiritera ella misma. Se había vuelto muy poderosa y se dispuso a proteger la cuarta aldea a la que llegó y la primera donde fue bien recibida. La cálida bienvenida de los aldeanos había sido lo único en cinco largos años que habría desviado sus pensamientos y la determinación que sentía pesando sobre su

corazón de identificar al hombre que le había quitado alguna vez todo lo que conocía y amaba.

En su nuevo hogar había un anciano titiritero, que habría dejado su oficio para al fin descansar y tener una vida tranquila en la aldea. Le habría enseñado a Camille algunas lecciones desde su experiencia. Cuando a Camille le llegó una carta, que le dejaría completamente helada, corrió donde el anciano. Se la enseñó.

— Veo que te enfrentarás con el hombre que destruyó la aldea... Te diría que no acudieras a la cita, pero sé que es algo que tienes que hacer... sobre todo por ti misma. Ten mucho cuidado... Ya debes saber que la magia puede ser muy peligrosa. Lleva esto, por si acaso —le dijo el anciano— entregándole su arma alfiler.

Al fin lo tenía frente a ella. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar a su padre, pero inmediatamente se llenó de furia al relacionar a éste hombre misterioso con su muerte. El hombre, con máscara y un bastón, se lanzó sobre ella y chocaron sus armas. Acto seguido, su enemigo golpeó el suelo con el bastón, resquebrajándolo y abriéndolo bajo sus pies. Camille concentró algo de su energía mágica para poder flotar y no caer al vacío.

Su enemigo traería su primera marioneta, un golem gigante de lava. Era imponente y se veía muy poderoso, pero su padre le había enseñado a ser astuta y a encontrar las soluciones más sencillas, por locas que parecieran. Direccionó el alfiler hacia la enorme marioneta y trajo un enorme tsunami que terminó por reducirla a una montaña inmóvil.

Él trajo una minimarioneta, que en principio parecía inofensiva, pero recibió un gran don por parte de su titiritero y se disponía a atacar ferozmente a Camille. ¿Cuáles serían sus razones para hacer esto? ¿Por qué querría destruir la aldea? Esta clase de preguntas rondaban la cabeza de Camille constantemente. ¿Quién es este hombre?

El encuentro, después de un par de horas, habría agotado ya gran parte de la energía mágica de ambos. Camille se impacientaba y temía no poder descubrir quién había sido el autor del crimen que habría destruido su vida. Cada movimiento, cada marioneta era res-

pondida y la pelea estaba bastante equilibrada. Su energía mágica seguía agotándose y solo era cuestión de tiempo para que uno de los dos cayera. La tensión crecía, estarían a punto de descubrir al ganador de la batalla. Finalmente, el perdedor cayó al suelo. Se rompió la máscara que escondía su rostro.

—¡Papá! ¡Ay no! Lo siento.



# Eras tú

Manuela Giraldo

*La virtud es el punto medio entre dos vicios opuestos.  
Quinto Horacio Flaco*

Para el lector, Sí, TÚ, el que está sentado en este preciso momento, espero, muriendo de la curiosidad. Esta no es la típica historia mágica o fantástica de la era medieval en donde todo gira alrededor de ilusorios nobles e irrelevantes criaturas. Tampoco tiene el popular final en el que todos vivieron felices y comieron perdices; esta historia no tiene clasificación y se asemeja más a la tragedia del holocausto.

¿Para qué mencionar lo indeseable?... ¿En qué, sin presunciones desestimadas, basar mi inspiración? Si tan solo no deseara lo desconocido, de seguro sería felizmente ignorante, como la sociedad; una persona más, carente de expectativas, que vive sin preocuparse por cualquier ruido inestable. Nacer, crecer, estudiar, trabajar, conseguir familia y morir ¡Si tan solo la simple idea de considerarlo no me repugnara y no me diera aún más ganas de vomitar! ¿Por qué al crecer todo se torna tan hostil y monótono? No entiendo la frase “La infancia no va de una edad concreta a otra. El niño crece



y abandona los infantilismos. La infancia es el reino donde nadie muere”. ¿Qué pretendía Edna St. Vincent Millay al afirmar tan vil contradicción? Es apenas un vago intento de alentar a que los niños no caigan al precipicio antes de tiempo, pero es un intento, no una base férrea (es lo que me sigo repitiendo). Si en realidad fuera cierto, no tendríamos siete etapas de formación, seríamos infantes el resto de nuestras vidas, hasta el final, si tuviéramos suerte un poco más maduros.

Sé que no es un bárbaro planteamiento dado que hace muchos siglos, alguien en la antigua Roma, llamó al intermedio de la completa felicidad, a la media felicidad, “adolescencia”. Muchos caemos en la trampa de creer que se refiere a la condición o proceso de crecimiento cuando en la práctica todos sabemos que no es así, que se sufre, que se sufre al identificar ese “yo” individual...y como consecuencia nos convertimos en adultos existencialistas y deprimidos o, por lo menos, creo que acabo de definir el origen de mi agudo padecimiento.

Mis guías humanos me designaron el nombre de Killian. Fui tan tremendamente curioso y libre como puede serlo una hoja revoloteando en círculos desde la copa de su árbol hasta llegar al suelo. No temía a la oscuridad porque sabía que dos pares de manos no me dejarían caer, sentía orgullo de salirme de la línea al colorear y, por supuesto, no sentía vergüenza de tener mis partes al aire y disfrutar de formas abstractas de entretenimiento. Por más incoherentes que ahora me parecen, resultaban brillantes en aquel tiempo. Creo que sin darme cuenta crecí en aquel tierno terracota con paredes cálidas y pisos sensibles, con el dulce aroma de comida recién salida del horno en su punto exacto de calor y dos voces eternamente familiares. Es la única etapa de mi vida en la que nunca cuestioné ni cuestionaré mi realidad.

Tomé diez segundos en responderle un monosilábico “sí” a la mesera cuando me preguntó si quería café. Estaba tan absorto en mis pensamientos como cuando presenté mi estilo artístico a los directores del programa. Sudaba incesantemente, mi presión estaba a punto de estallar, solo tenía que expresar con palabras concisas que me había perdido abruptamente en el arte de exponer qué somos en realidad, que había ido a la morgue y luego compré varios puercos para después matarlos y exhibir su piel al revés, que pinté con su sangre para probar que no somos más que un puerco. Fuimos

criados para el matadero sin ninguna opción de ser salvados, el pánico que en mis pupilas dilatadas se esparcía al corroborar que evidentemente mis pensamientos tenían voz y había dejado sin titubeo alguno a aquellos cortantes “críticos”, sin duda alguna era digno de capturar en mis registros personales; soy Maquiavelo-realista y tenía en mi mano un papel pulido, con ausencia de color, que así lo ratificaba.

He tenido millones de segundos para llegar a la conclusión de que somos iguales a la materia de un frasco a medio llenar, que tenemos los mismos instintos de correr hacia nuestra comida como una hiena natural, que asumimos la misma sorpresa del gato al ver su reflejo en un espejo y los mismos sentimientos desteñidos del tie-dye en una camisa con el color del arco iris. ¿Para qué aparentar que somos las formas de vida más inteligentes cuando la misma ciencia y la naturaleza afirman lo contrario? Hay una especie de mamífero que puede medir hasta 108 pies y pesar alrededor de 190 toneladas, usando solo el 20% de su cerebro, en comparación con tan solo 1.78 metros, 70 kg y un 10% de su capacidad cerebral, con inclinación a ser menos, porque somos la especie más ambiciosa que prefiere lo ficticio por sobre lo real. Solo espero llegar algún día al punto de considerarme real, de abandonar mis absurdos temores al aguacate, las cosas peludas, las botas, el new blood art, el olor del ladrillo húmedo y la pintura fresca. Demasiado análisis psicofilosófico por hoy...

Hubiera logrado entrar a la función de las 3:00 p.m. y seguro estaría viendo cómo hicieron para que ese mono tuviera la simetría perfecta de un humano y cómo Scarlett es en realidad una viuda colérica sin maquillaje, si no hubiera contestado esa llamada, si no padeciera de la mortífera peculiaridad de ser yo, de sentirme letalmente vulnerado por esa voz, por su oferta. Si su nombre no reflejara tanta ansiedad, de seguro no hubiera tomado el primer tren para encontrarme con ella. Necesita de alguien que sea capaz de transmitir la misma emoción y coincidencia con el sonido del camión de los helados, desea que todos quieran ser parte de algo así como una revolución, le llama Estados Másdesunidos. Debí haber indagado más, tal vez esa confiabilidad distorsionó mi mente ¿Cómo se verá el cuerpo de esa voz? Noté su presencia cuando ya era demasiado tarde para escapar ¡Desdichada foto con mi nombre! Por esa portada en el Times ahora soy más que una sombra. Me miró a los ojos, me sentí como la marea nostálgica al verlos. ¿Qué esperaba para hablar? ¡Dile hola!

¡Por lo menos un gesto! Pero mi cuerpo permanecía atónito. Cortó el silencio: —Killian, un placer en conocerte, pronostico grandes combinaciones de nuestros talentos. Solo dime Harley. Me tomó del brazo y me condujo fuera de la estación del tren, me vi sumergido en un letargo indescriptible, solo había probado droga una vez en la vida y fue un accidente, o bueno, tal vez después de todos estos años terminé por creerme la historia que le repetí a mi inconsciente una y otra vez, la misma que repetí a mis padres y a Clarece. Pedí un trago, no sabía que “rocas” tenía la connotación en los bajos mundos para éxtasis, me quedé en la superficie de la transparencia del lenguaje, que muy bien ustedes me enseñaron, recuerdo exactamente lo que les dije ¿Pero por qué resulté recordando todo esto? ¿Por qué hay cuerpos disecados en la estación? No escuché de esta obra, ya no estoy en la estación y estos no son cuerpos, son esculturas de hielo con órganos humanos ¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? ¿Cómo llegue aquí? ¿Por qué estoy viendo tan borroso? ¿Acaso estoy parado o sentado? Sabía que no debía venir, ahora seguro me van a poner en esos cuartos brillantes en los que te golpean hasta que hagas o digas lo que un asesino ruso a sueldo quiere, tal vez tenga una de esas cicatrices horribles en la cara, esas que son prueba de que la maldad parece inmortal, que más tarde un tipo bajito me vendrá a explicar, intentando traducir con pésimo español, que seguramente me hará reír porque parecerá como un retardado, e inevitablemente ahí perderé dos de mis maxilares, a lo sumo.

Me acaba de doler la mandíbula. Tantos años con ese aparato azul en la boca. ¿Cómo pretendían que hablara en ese estado de ligadura completa de dentadura? Tal vez si me hubiera ahogado con él una de tantas noches les habría ahorrado muchos dolores de cabeza a mis padres. Qué terrible debe de ser enterrar a un hijo tan joven, me pregunto. Si me enterraran al lado de mi abuelo, sería uno de esos espíritus que se queda para el funeral, besa en las mejillas a su madre, abraza por última vez a sus padres y ellos solo alcanzan a sentir un aire que de alguna manera les da confort y me iría desvaneciendo lentamente. Tendré, como los egipcios, el juicio de las tres preguntas, que voy a responder. Estoy seguro de que no herí a nadie, hice feliz a muchos... Es tan relativo todo en este punto..., me gustaría reencarnar en un elefante o tal vez en un tigre de esos albinos que parecen pintura, así como el cuadro de mi tía Celeste ¡Ah, mi tía Celeste ¡¿Estará esperándome? ¿Estará ahí cuando vea la luz? ¿Será el ser amado que me guiará en medio de las voces llamándome? Estoy seguro de que, si hay algo abajo y

arriba, ella debe de estar en el grupo de arriba. Ella fue de esa clase de personas que se pasaba todo el día horneando 50 tipos de galleta porque sus sobrinos malcriados querían comer todo tipo de galletas al inicio de las vacaciones.

Siempre pensé que ella era la madre primavera. Así le llamaba en mi mente desde que vi esa extraña película en la que había cuatro reinas según las estaciones, pero les llamaban madres a las que estaban casadas. La reina de invierno quería un esposo y robó al primer joven que pisó la nieve ese invierno, sin embargo, no se esperaba que el joven tuviera una prometida profundamente enamorada y que haría hasta lo imposible para llegar a su palacio. Ni en ese tiempo me imaginé con la suerte de ese hombre. Nadie había luchado por mí de esa manera, aunque claro, ninguna femme fatale se había encaprichado conmigo. Tampoco es que hubiera hecho mucho por construir un amor así con una mujer normal, ese sería mi pendiente, así que vagaría eternamente en el limbo, gritando por ella, la que nunca conocí, la que nunca me atreví a llamar, y claro, como Harley fue mi última llamada, sería por ella por quien me lamentaría ¡Qué final tan romántico! Mi mente acaba de llevarme a la respuesta más improbable, así que nada pierdo si le devuelvo la llamada y le digo que nos encontremos en el café de enfrente.

¡Tantos pensamientos en tan solo medio minuto!, por eso es que la soledad transcribe mi atestada mente a diario. Debería tener pensamientos normales como esa señora con su perro y su saco que estoy seguro no es un dulce & gabbana, no obstante, para ella debe valer mucho más. Así somos los humanos, apegados a objetos que asemejan o son compatibles con nuestro interior, de hecho, por más “superficial” que sean las personas, tienen una capa de motivos y razones para comprar, para decir y hacer todo lo que hacen, lo más común es que quieren rellenar ese vacío que les falta ¡Dios!, tengo que llamar a Harley.

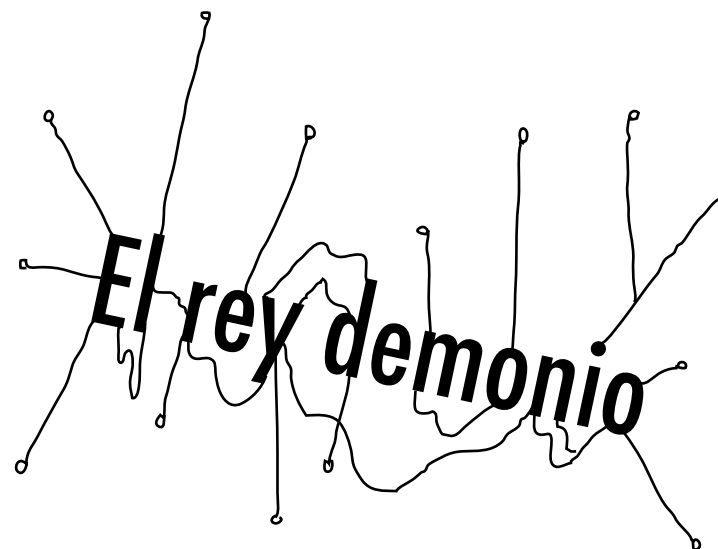
Un árbol con doce ramas, cada rama, cuatro nidos, cada nido, siete pájaros, cada cual con su apellido ¡Tonto acertijo! Faltan solo cinco minutos para las cuatro de la tarde. La puntualidad de estos tiempos modernos es casi siempre tres horas después de la cita acordada, estoy exagerando. ¿Dos pulsaciones por segundo significan que mi corazón va rápido o lento? No soy ni capaz de responder esa imbécil pregunta. Una pregunta más y me largo de aquí, sé que ella solo hace su trabajo, pero, en serio, se pasa de la línea de amabilidad a la

de hostigamiento. Y ahí estabas. Ni escuché las campanas de la entrada cuando las cruzaste. ¿Por qué se queda mirándome como si estuviera espantoso? Me vi en cada espejo y retrovisor antes de llegar aquí, estoy bastante presentable, organicé mi barba, peiné mi cabello, cepillé mis dientes, no he pedido nada a parte de la insípida agua que ahora cuelga de mi mano. No estoy desnudo. Llevo una camisa, unos jeans y un saco para este clima. No ha visto mis tenis, así que aún no es momento para que se impresione. —Hola, Harley, yo soy, Killian. No parecía mi voz. Aún con una expresión desconcertante, respondió desde la entrada: —¿Acaso no se te hace familiar esta escena? Claro que se quién eres. No sé qué pasó exactamente, pero algo en mí se fue esparciendo lentamente, escuchaba en mi mente una voz grave que decía: “Diversos tipos de lesiones en el cerebro pueden generar epilepsia: un tumor, un accidente cerebrovascular o un traumatismo de cráneo, en este sentido, son causas frecuentes. En algunos casos, el individuo puede registrar una tendencia genética hacia la enfermedad. Las crisis suelen producirse cuando las neuronas promueven una descarga anormal de impulsos nerviosos, solo duran algunos minutos o segundos.

Está bajo control, pero aún no podemos dejar que paren sus ataques, significa que su cerebro aún funciona, eso debe darle algo de esperanza, señorita”. Parece una escenita sacada de esas novelas grabadas con bajo presupuesto que tienen mucho rating con la audiencia de mujeres de mediana edad con tantos trastornos y problemas que con solo escuchar “tragedias ficticias” se entretienen. No es la forma más adecuada de enfrentar la realidad, no podemos evadirla, por más que deseemos. Sé exactamente qué es lo que está pasando conmigo, pero no quiero recordarlo. Aquí es cuando las paredes empiezan a rasgarse porque todo esto es de papel, aquí es cuando te vuelves a ir sin voltear atrás, aquí es cuando grito sin cesar: “Le rêve est un essai pour tâcher de nous faire assimiler des choses non encore digérées. Il est une tentative de guérison” (El sueño es un intento para tratar de asimilar cosas aún no digeridas. Es una tentativa de curación) porque en mi mundo aún no te conozco, aún no has llegado. Siempre, ese justo momento donde me interceptaste y me conectaste a otra fuente de luz, será mi momento más auténtico. Una última respuesta y pregunta antes de sumergirme en la más lacerante greda. Los geranios, con sus pétalos violetas, no alegraban el jardín. Eras tú la razón del júbilo en mi vida y todas las formas de vida. ¿Acaso tú me escuchas como lo hago yo? De ser así... ¡Deja de hacerlo! ¡Déjame! Vive con locura, no conmigo.

Llegarás a pensar que no has entendido nada, pero de verdad si lo has hecho, “Il n’y a pas de prise de conscience sans douleur”. Al leer esto sabes exactamente qué dice. Sin leerlo ya sabes que no es tu idioma, es francés, es verdad, y aunque no quieras creerlo, ahí está escrito, eso no lo hace menos verdadero o menos real. No hay toma de conciencia sin dolor, Killian me enseñó eso. Ojalá lo hubieras conocido cuando aún podía respirar por su cuenta. Su mente era la misma pero su corazón no, aún latía, era algo insondable, terrible y al mismo tiempo magnífico de ver. Hazme un favor... muere.

*(Nota dejada en ninguna parte. Pensamiento enviado, tal vez por el portal de dimensiones de Harley, a Killian, en aquello que llaman “más allá”)*



# El rey demonio

Sebastián Arboleda Álvarez

—Papá, ¿puedes contarme la historia del rey demonio?

—Hijo, sabes que está prohibido llamarlo así, ¿quién te dijo eso?  
—repudió el padre.

—En la posada —respondió el pequeño—. Unos niños hablaban del tema y me acerqué a escucharlos.

—Sabes que te he contado la historia del dragón perdido cientos de veces.

—Pero —el chico hizo una pequeña mueca— decían cosas raras del rey, no se parece mucho a tu historia.

—De acuerdo —asintió el padre— creo que ya estás en edad para escuchar la verdad.

El padre lo cargó hasta la cama, lo cubrió con las sábanas, tomó una silla y dejó solo una vela encendida que irradiaba una tenue luz en la habitación.

Hace cerca de diez años —Comenzó a narrar el padre— en algún lugar entre la montaña solitaria y el valle del roble, hubo una nube de fuego que cubrió los cielos creando un incendio, entonces todos los hombres de la hermandad de las raíces tomaron agua del río para apagar el fuego. En el medio del desastre encontraron a un hombre con vestimentas raras y manos de acero y lo llevaron a...

—¿Y el dragón, papá? —interrumpió el hijo— ¿Dónde está el dragón que vino desde el sol y dejó el pequeño huevo en el valle?

—Hijo... —dijo el padre haciendo una pequeña pausa— nunca hubo dragón, es la forma en que los adultos le contamos la historia a nuestros hijos...

El pequeño repitió la mueca de antes, le dio la espalda por unos segundos, se volteó y le dijo: —continúa, quiero que termines tu historia.

...Como te decía —continuó el padre—, encontraron a un hombre extraño en medio del fuego y lo llevaron al calabozo porque lo culpaban del desastre. El hombre despertó a la mañana siguiente. Enojado, ordenó que lo soltaran, balbuceaba locuras sin sentido, nadie podía entenderlo. El gran Roble, líder de la hermandad, lo mandó a llamar. Lo llevaron al salón principal para darle un juicio justo. El gran Roble preguntó por su inocencia, pero el hombre se declaró culpable sin muchas complicaciones. Inmediatamente se dio la orden para que lo ejecutaran y su sentencia fue la pena de muerte por decapitación. El gran Roble, en muestra de compasión, le preguntó al condenado por su último deseo antes de abandonar este mundo...

—El peor error que el gran Roble pudo cometer —Interrumpió el padre— puso una cara triste, no podía ni mirar a la cama, por lo que dedicó su vista a la luna que se asomaba por la ventana.

—Ver el sol —dijo el hombre— quiero que me decapiten bajo la luz del sol.

—Así será —respondió el gran Roble.

En mis tiempos, el valle del Roble estaba cubierto por una gran capa de árboles, no entraba mucha luz al castillo de la hermandad. Para

iluminar los pasillos tenían un sistema de canales por los que pasaba el agua cristalina y alumbraba el lugar, era bastante hermoso —comentó el padre—. Al no haber luz, debían transportar al prisionero a un lugar con luz solar, al sur, sin salir del valle, hasta una pequeña explanada descubierta. Cerca de diez miembros de la hermandad escoltaron al gran Roble y al prisionero...

Para entonces, el pequeño no podía seguir más, estaba demasiado cansado y las charlas de historia, sin mucha acción, eran una perfecta canción de cuna. Sus párpados se fueron cerrando poco a poco hasta quedar completamente dormido, pero su padre, para esconder su dolor, seguía viendo la luna y, sin percatarse de que su hijo dormía, continuó con la historia.

...Al llegar pusieron al prisionero de rodillas frente a una roca para recostar su cabeza. Él no se veía asustado. El hombre comenzó a mover las extrañas manos de acero, miró hacia el sol y empezó a reír. El gran Roble desenfundó la espada, se arrodilló y ofreció la sangre del pecador al bosque, en oración:

Señores de un tiempo lejano,  
que no han dejado a la hermandad caer,  
nos han provisto de comida y abrigo,  
nos protegen con sus brazos de las largas noches,  
nos guían por la paz y la sabiduría.  
Os ofrezco la sangre de este pecador contra nuestro  
pueblo,  
como solo un siervo de éste.

No soy nadie para juzgarlo en esta tierra profana,  
por esto os lo encomiendo.  
Que los dioses del bosque, la dama del lago,  
y el padre del sol,  
te acompañen en esta senda.

Yo, Roberth de las raíces,  
te sentencio a morir.

—¿Últimas palabras? —le preguntó el gran Roble.

—Alabado sea el sol —dijo el hombre.

El gran Roble levantó su espada y le dijo en voz baja: —suerte en tu viaje por el otro mundo, trata de no hacer mucho daño—. Durante unos segundos el tiempo se detuvo, todos esperaban un corte rápido, directo, y una vuelta a casa para seguir con la rutina, pero el gran Roble no podía moverse. Todos los demás hombres se quedaron sin habla; algo estaba pasando. El hombre se levantó y las cadenas se derritieron. Todos los guardias desenfundaron sus armas y se abalanzaron contra él...

Cada vez su voz se quebraba más y más, le dolía hablar. La historia del dragón era demasiado infantil y obviamente con el típico final feliz, pero la realidad era diferente.

...Fue inútil. Mark, David, Stephen, Tobías, Nathan, Jonh, Chester y los hermanos Stone, todos y cada uno de ellos, murieron esa soleada mañana. Toda persona que se acercaba a ese demonio se desplomaba sin poder moverse. Después de que todos cayeran al suelo, de manera burlona ponía su mano metálica en cada una de sus cabezas.

El gran Roble no entendía qué pasaba, solo escuchaba los gritos de dolor. Al parecer, era tan grande que morían directamente. El hombre comenzó a caminar en dirección al castillo de la hermandad. Tiempo después, el gran Roble dejó de sentir la pesadez y recuperó su cuerpo, cayó en mitad del prado, se dirigió hasta los cuerpos muertos de sus guardias, estaban intactos. ¿Qué habría pasado? De repente comenzó a escuchar gritos desde el castillo, pilares de fuego se levantaban desde la copa de los árboles, tenía que apresurarse, debía ayudar a su pueblo. Cuando llegó, ya era demasiado tarde, todo estaba destruido. Comenzó a recorrer los escombros cuando escuchó un pequeño lamento, era un criado, Andrew, su pierna había sido aplastada por una roca. El Roble se la quitó de encima y lo llevó lejos del fuego, no hacía falta preguntar quién lo había hecho, sino cómo.

Tosiendo sangre por el humo y las cenizas, le contó el suceso horrible.

—Primero las puertas de la raíz ardieron junto con todo el pasillo principal—dijo el chico—. Después entró el hombre con las manos de acero y desde ellas se abrieron las puertas del mismísimo infierno. De vez en cuando el hombre juntaba sus manos para lanzar rayos que destruían los pilares, poco a poco el castillo principal fue

cediendo hasta derrumbarse. Cientos murieron, quemados, aplastados, cercenados, sin importar nada, nunca habíamos visto una magia tan poderosa —baluceaba el chico—. Se le notaba el placer en el rostro, le encantaba ver el color carmesí de la sangre tendida en el suelo, el olor de la carne arder, escuchar los gritos de los hombres indefensos; era un monstruo sin compasión. Después de su grotesca hazaña se paró a contemplar su obra. Había un gran charco de sangre en el suelo, se desplomó en él y comenzó a retorcerse con gran placer, le encantaba su sabor, su color, su textura; comenzó a reír como lunático, toqueteó un poco sus manos. Después de esto me encontré espíandolo, se me acercó lentamente, no terminó el trabajo, me dejó a mi suerte, a punto de morir. Y ahora estoy aquí, en mi lecho de muerte, como solo un mensajero para ti, mi señor. Perdónanos por dejar caer la hermandad, te hemos decepcionado. Lentamente comenzó a cerrar los ojos hasta que el dolor se fue y pudo descansar en paz...

El padre, tendido en un mar de lágrimas, intentaba no mostrar dolor ante su hijo dormido. Limpió su rostro y tornó su mirada hacia él para descubrir que se había dormido hacía tiempo. Se sentó al lado de la cama, comenzó a acariciar su cabello y sintió un punzón en el corazón, sabía que estaba dormido, pero debía terminar su historia, tenía la esperanza de que lo pudiera escuchar en sus sueños.

...Había perdido el rastro del asesino —continuó—. Apenas quedaban cenizas, cadáveres y algunos animales correteando por el lugar. Solo alguien podía brindar su ayuda, el rey del valle, el hombre más poderoso en todo el reino. Los caballos corrían como locos, sus establos habían sido quemados, sin embargo, su corcel lo reconoció, se montó en él y galopó hacia el oeste. Tras una semana de galope sin descanso, parando solo en las posadas que le ofrecían algo de jabalí y una cama para descansar, logró arribar al castillo...

Se quedó sin habla, una lágrima cayó sobre la manta de su hijo. No podía más, tenía que sacarlo de su pecho, la presión lo asfixiaba, sudaba frío, dudaba de si era lo correcto. Desde el fondo de sí, halló coraje y continuó.

...Era vienes. La reina y su hijo solían encontrarse en los prados, ella amaba pasearse por allí y recoger algunas flores; el castillo podría estar destruido, pero tal vez su reina seguía con vida.

Para suerte de éste la encontró junto a su infante, escondida. Temblaba mientras miraba el castillo. Le preguntó por el rey y por sus guardias. Estaba sin habla, todos murieron. Ella solo pudo correr y esconderse. El Roble le pidió su permiso para protegerla y escoltarla. La reina, al reconocer en él a un viejo amigo, accedió. El juró protegerla sin descanso...

Y así lo ha hecho hasta el día de hoy —concluyó el padre.

Tras terminar de contar la historia, acariciaba el cabello del chico mientras dormía. No podía dejar de llorar. Nunca había contado esa historia a nadie, pero cada día la recordaba y no podía olvidarla. Se paró de la cama, tomó un trapo seco, limpió su rostro y salió de la habitación. Samantha estaba de pie en la sala, lo miraba directamente, parecía preocupada. Él se sorprendió, pensaba que ya estaría en su habitación dormida.

—Mi reina, yo...—interrumpió el silencio.

—Escuché todo. Intentaste contarle la historia de la muerte de Richard —lo interrumpió mientras se le aguaban un poco los ojos— ¿Cómo crees que se lo tome Mike, Roberth?

—Ya está en edad, Samantha, no puedo seguir viviendo esta mentira, no puedo seguir criando al pequeño como si fuera mi hijo. Me estoy encariñando demasiado con él como para...

—Rob, está bien —interrumpió Samantha—, sé que no eres su padre, pero nos has cuidado durante estos diez años, nos has protegido del rey, y nos has ocultado, lo que importa ahora es que seguimos con vida.

—¡No! —susurró mientras caía de rodillas—, por mi culpa toda la hermandad cayó, por mi culpa el reino se perdió, por mi honor y mi amabilidad he condenado a miles de personas, le fallé a la hermandad, al pueblo, al rey, a ti y a Michael.

—No tienes por qué culparte —contestó Samantha—. Has sido más que un padre para él y me has protegido sin descanso. En cualquier momento pudiste habernos dejado y seguir con tu vida, tal vez viajar a una tierra lejana y servir a un lord, pero te quedaste a mi lado, para protegerme.

—Era mi deber, mi reina. Si no hubiese llegado yo, tal vez él te hubiese encontrado y asesinado, no podía dejar que murieras, debía hacer algo, debía intentar parar a ese loco, pero yo solo no puedo, nadie puede; ese loco ha conquistado todas las tierras cercanas y se ha proclamado como rey, mientras yo me culpo de haber destruido nuestro mundo.

—¿Y qué harás ahora?, ¿recuperar tu honor? —Preguntó Samantha.

—No lo merezco. Además, ya es demasiado tarde —respondió el gran Roble, cabizbajo.

—¿Entonces qué harás?

—Protegerte hasta mi último aliento...



Sebastián Coronado

¿Por qué empezar esta vez como si fuera un diálogo? Estoy solo. Estoy hablando solo, o no exactamente. Tú puedes leerme, quien quiera que seas, puedes reprocharme, ver algún error que no tuve en cuenta, saltar estas líneas a donde quieras, dejar de leerme... No tengo más ejemplos, pero ya me entiendes. Yo no puedo ser más, o menos, de lo que ya hay escrito. Obviamente, sin tener en cuenta las absurdas e innecesarias interpretaciones que muchos podrían darle. Solo busco que te relajes un momento y juegues conmigo; quiero que adivines en dónde estoy. No hablo del mediocre que escribió esto, hablo de mí. Para que me entiendas mejor, imagina que soy un fantasma en pena que está encerrado en estas páginas y mi única manera de descansar en paz es que algún desconocido adivine dónde se esconde mi alma. Creo que no es tan complicado.

Empezaremos con las reglas. Como soy el único con la garantía de que las va a cumplir todas, el juego será así:

1. No puedo mencionar nombres de lugares.
2. Hablaré con la mayor cantidad de adjetivos que pueda



3. El juego acaba cuando tenga que irme. (Considera esa la primera pista).

Es tan grande que hay suficiente espacio para más de veinte barcos de carga. Todo un enfrentamiento bélico se podría dar en este lugar. Me imagino cómo sería si pudiera caminar libremente por todo el lugar, a mi antojo. Un solo recorrido me despejaría tanto la mente que creo que tendría la habilidad de ver el sonido, escuchar los colores y hablar con los sabores. Sería impresionante, pero muy bizarro. Cuántas grandes ideas tendría y cuántas lecciones de vida aprendería; secretos del universo como la vida eterna, sabría de dónde venimos, a dónde vamos, qué hay después de la muerte, cuál es la verdadera religión, qué es el amor...

Es suave, o cómodo, como prefieras. Me hace sentir bien, estable. Construiría mi casa aquí. Un castillo como en tiempos medievales y yo sería su poderoso rey. Tendría mi corte con heroicos caballeros que jurarían dar su vida por mi gloria. Mi nombre perduraría por toda la posteridad como el del rey más imponente de todos. Buscaría la paz, pero no dudaría en entrar en guerra si la situación lo amerita. Mi prioridad sería dejar un legado en la prosperidad de mi gente, por eso, también conquistaría otros imperios, me expandiría para pronunciar aún más mi leyenda. Tendría una valiente y sabia mujer como reina, que sepa cómo complacerme y cómo enfrentarme cuando crea que esté dejando el camino correcto. Y, por último, como prueba viviente de mi legado, tendría un sucesor que no solo habrá aprendido todo lo que sus padres tenían para enseñarle, sino que también los habrá de superar en cualquier aspecto.

Tenme paciencia. He tenido un largo día y aún falta bastante por recorrer. Recuerda que dije que solo quería que te relajaras y jugáramos algo... solo repito esto en caso de que ya hayas perdido la paciencia por mis absurdas divagaciones. Todo es parte del juego. Tenebroso. Hay misterio e incertidumbre. Grandes tragedias pueden ocurrir si algo sale mal; tu peor pesadilla hecha realidad en solo cuestión de segundos. Toda tu vida pasa frente a tus ojos como una película y escuchas cómo el ritmo de la vida va llegando a su punto culminante. Saber cómo terminará todo no lo hace menos petrificante, es más, empiezas a ansiar que ocurra ahora mismo. Ya no quieres ni un solo momento de suspenso por venir, esperas que acabe. Quizá creas que está mal pensar eso, pero no lo es, es normal. A los condenados a muerte solo les queda hacer una cosa...

Por lo que he escrito anteriormente, es un lugar impresionante. Toda historia que ocurra allí tendrá un toque especial, una escena que fácilmente desbordaría toda clase de drama. El señor escoba y la señora trapera han trabajado toda la vida juntos. Ambos se aman profundamente pero nunca se atrevieron a declarar-se su mutuo amor. Hoy es su última oportunidad para decir lo que sienten porque ambos no volverán a verse en mucho tiempo... También tengo un ejemplo con un chicle y un zapato, pero sería muy fácil.

Podría seguir eternamente jugando, pero me volvería un fantasma real. Mi real intención con este juego era que siguieras avanzando a pesar de ser totalmente falto de un sentido lógico. Yo sabía que terminaría en algún punto, que habría un desenlace. Puede que no finalizara donde tú querías o esperabas, pero así es la vida: puedes ir por el camino que quieras, eso es libertad, sin embargo, lo que importa es que por el camino que decidas ir, vayas por donde vayan los fríos vientos.

Ve en paz. Es hora de que yo aborde mi avión.



# Polifonía fantástica

Luis Alberto Muñoz

**O**  
Me voy.

Este lugar ya no es para mí. Necesito sentirme en casa. Estoy cansado de esta niebla plateada inundando constantemente la ciudad. Ya he cumplido mi misión en este sitio. Fui el héroe más grande jamás conocido, logré acabar con la lujuria y la deslealtad limpiando, por fin, la atmósfera negra que en alguna época inundó las esquinas y las calles.

¿Qué es un héroe en un lugar perfecto? Necesito un propósito, una princesa en peligro, una antítesis, algo...

Odio que me adulen. Prefiero disfrutar de mis triunfos solo, meditando. Sin embargo, no paraban, me perseguían todo el tiempo para entrevistarme. ¡Qué tediosos eran estos pequeños trolls! Los veía como diminutas cucarachas de pies grandes, y ni hablar de los prepotentes y megalómanos elfos, ¿cómo se atrevían a juzgar a un semidiós? Todos querían mi versión de lo sucedido. ¿A ellos que les importaba? Estaba seguro de que no lo iban a entender. Pero qué

saben ustedes. Se los voy a dejar claro, les voy a dar el privilegio de conocer mi versión.

Empecemos hablando de ella, la princesa, básicamente el centro de los eventos. Ella era la emperatriz de los humanos y la mujer de la cual desgraciadamente me enamoré. Era hermosa, de cabellera dorada hasta la espalda baja, ojos azules como un diamante reflejando el mar, caderas que parecían notas musicales; todo con ella era maravilloso, excepto su condición de humana.

## R

Atrapado estaba con este adefesio. Los dioses me habían mandado a vigilar a este monstruo: era de la peor clase de orcos. La verdad no me imaginaba cómo había podido ser un elfo, pues era egocéntrico y llevado de su parecer. Todo lo que le habían hecho era apenas lógico. Estar con él era un martirio; estaba loco como un coco. Era de esas criaturas por las que se pierde la fe en la humanidad, y ni hemos hablado de las atrocidades que era capaz de cometer. Asesinó a su esposa. Fue una noche confusa debido a la densa niebla de color magenta, sí, magenta, ¡Qué color tan inusual!, ¿no? Nunca entendí este día. Todo parecía borroso o distorsionado. Ella usaba un vestido azul claro.

## A

Me levanté rara, no sabía en realidad qué me aquejaba, no era miedo, no era preocupación, tal vez era un presentimiento. Me puse mi vestido azul, el que me llega hasta las rodillas; es hermoso, brillante, con un grabado escarlata alrededor de mi pecho y cintura. Era un día importante: cumplía tres años de casada. Hacía un año que las cosas estaban mal y en parte era mi culpa, lo traicioné. No intento justificarme, pero él se estaba volviendo loco, andaba todo el día con una pequeña rata blanca, la trataba como si fuera un humano, a veces la insultaba o le reclamaba. Comenzó a cambiar su aspecto físico, cada día más tosco y grotesco; había terminado casada con un orco.

## O

Me había engañado, ¡zorra!

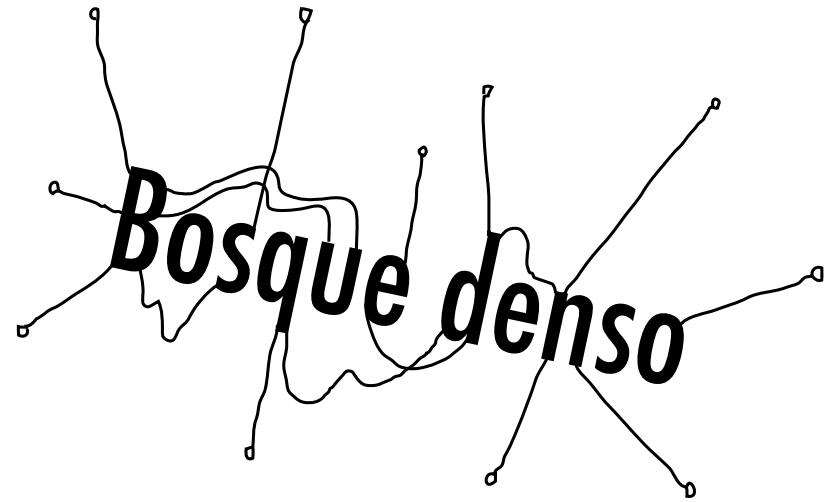
Con un estúpido flautista humano, traicionado. ¡Qué tonto me sentía! Yo, el más grande héroe de todos los tiempos, estafado por un par de insignificantes e ineptos humanos. Corrí, saltando por

entre los troncos caídos y con moho, esquivando las ramas de los árboles hasta llegar a mi casa, entré frenéticamente, irrumpí en mi cuarto, solo veía azul. Desesperado, saqué mi espada y la blandí hasta que todo se tornó rojo, no entendía nada. ¡AYUDA!

## J

La había matado el hijo de puta.

“El amor es para la gente real”.



# Bosque denso

Mateo Castaño

Estoy cansado y herido, me dirijo a la casa de mi cliente en una vereda de San Pedro. Al llegar me invita a pasar y yo, con una sonrisa, acepto. Su esposa, una mujer muy bella, atiende la herida de lanza de mi brazo. Pongo sobre la mesa una bolsa con la cabeza de la criatura que robaba el ganado de este pobre campesino. Es gracioso notar cómo una persona puede ser tan feliz al ver la cabeza degollada de otros ser vivo, sobre todo de uno con una apariencia tan humana. En fin, recibí mi pago y me fui. Naturalmente, les di las gracias por la buena atención y me monté en mi caballo para buscar la posada más cercana. Esta es mi rutina, soy un cazador de bestias. Últimamente escaseamos, pues en este valle cada vez se ponen más agresivas las criaturas, eso significa más trabajo, pero también más riesgos, algunas de ellas se han llevado la vida de muchos de mis compañeros.

Crecí en el Viejo Caldas, un lugar tranquilo, lleno de gente trabajadora, criaturas pacíficas y naturaleza rodeándolo todo. Desde pequeño aprendí a hablar el idioma de los duendes, que consiste en silbidos. Ellos mismos me enseñaron a seguir el rastro de cualquier criatura. Pero cuando llegué a mi adolescencia, todo cambió en mi pueblo, personas y ganado empezaron a desaparecer, la gente comenzó a comportarse de forma errática, algunos sentían poderosas

maldiciones persiguiéndolos. Eran brujas, sí. Esas asquerosas criaturas con forma de cuervo gigante que se transportan en forma de bolas de fuego habían emigrado a mi región. Yo viví en el campo hasta que a los quince años una de ellas asesinó bestialmente a mis padres. Lo primero que hice fue ir corriendo a buscar al cazador de bestias del pueblo para contarle lo que había pasado, pero ese viejo inútil y cobarde no movió un dedo para hacer nada.

En ese momento decidí que tenía que convertirme en cazador y erradicar a esas brujas. Pasé mi adolescencia en el valle, cazando diablillos entre los cañaverales, aprendiendo con el mejor cazador de Cali. Estudié todo lo que tenía que saber sobre criaturas: cómo cazarlas, como matarlas o cómo ahuyentarlas, dado el caso. Cuando mi maestro decidió que estaba listo para partir, me dirigí inmediatamente a mi hogar. Una vez ahí, no descansé hasta ver la última bruja ardiendo en una hoguera. Eso consumió mi alma, solo pensaba en matarlas y restablecer mi región. Ese objetivo me costó dedos, un ojo y muchas otras cicatrices en el cuerpo. Para cuando había terminado con todas las brujas, me encontré con una barrera que temía aceptar desde hacía tiempo, no me sentía satisfecho, no me sentía en paz, y ya no sabía qué más hacer.

Fue entonces cuando escuché acerca del estado en que se encontraba el Valle de Aburrá, y sin pensarlo dos veces, me dirigí hacia allí para buscar algo que hacer con mi vida. Entonces me di cuenta del horror que atormentaba a esta ciudad. Brujas, diablos, madre montes y mohanes eran los más débiles de la cadena. Las criaturas que causaban semejante caos solo las había visto en libros. Algo me decía que no estaba bien, no era normal ese esfuerzo tan grande de la naturaleza por dañar a los hombres. Me sentí lleno de terror ante lo que me enfrentaba, pero no tenía nada más que hacer. Decidí en ese momento liberar a esta ciudad de las bestias. Llevo cinco años yendo a san Antonio a ver el tablón de anuncios, arrancando el papel y adentrándome en peleas con criaturas que no quieren más que sangre humana. Vi un anuncio sobre el avistamiento de un mohán en una montaña, lo cual es raro. Así que decidí aceptar el trabajo para aprovechar e investigar un poco. Madrugué y afilé mi espada, monté mi caballo y fui en la dirección indicada, escuchando música clásica en mi celular. Cuando llegué a la zona que indicaba el anuncio, localicé un rastro que efectivamente era de un mohán.



Estuve horas persiguiendo esa bestia y cuando finalmente di con él, se levantó, me miró a la cara y se clavó un cuchillo largo en el ojo. Estaba desconcertado, los mohanes son demasiado estúpidos para entender cómo usar una herramienta, y mucho más extraño es que cometan suicidio, algo no estaba bien, sentía una energía densa que atrapaba todo el bosque. Decidí cortarle la cabeza y seguir caminando. Me adentré y busqué pistas, pero llegó la noche y decidí que lo mejor era acampar, entonces hice un círculo de sal y una hoguera. Empecé a soñar, vi a mi padre y a mi madre mirándome con tristeza. Los ojos azules de mi madre, llenos de lágrimas, eran demasiado expresivos y me rompían el corazón. Vi mis manos y estaban llenas de sangre; entendí por qué lloraban mis padres, estaba lleno de heridas de flecha y arrodillado, a punto de morir.

Desperté y me di cuenta, al mirar el cielo, que los árboles eran absurdamente altos y el bosque era más denso que antes de dormirme... No dormí más esa noche. Pasaron horas y horas hasta que supe que era de día, sin embargo, era tan denso el bosque que no le entraba el sol. Me levanté y seguí caminado. Después de un tiempo me percaté de que olía a muerto, y supe que algo me observaba. De un momento a otro una flecha me atravesó el gemelo y otra pasó cortándome una mejilla, rodé y saqué mi escudo y mi espada. Fue ahí cuando vi un enjambre de pata solas con arcos atacándome a través de los árboles, no podía correr, sentí pavor; no me quedaba más que pelear.

Traté de moverme para bloquear los flechazos con mi escudo, no tenía cómo pelear contra ellas, eran muy ágiles y no tenía armas a distancia. En mi escape logré vislumbrar una de las flechas enterrada en el suelo, se veía lo grande que era, pesada y dura. Rápidamente envainé mi espada y me arrojé a coger la flecha que usé como jabalina para matar a la primera pata sola, después de eso, repetí el proceso y continué con las otras tres que quedaban.

Mis heridas eran graves, pero algo dentro de mí me obligó a continuar, no tuve que caminar mucho para entender lo que sucedía: una gigantesca ave de ojos rojos me esperaba en una rama de un árbol, era la bruja más grande que había visto. Al mirar a sus profundos ojos rojos entendí lo que sucedía. Toda esta agresividad de los seres del bosque era su culpa, había manipulado a las criaturas para que atacaran a los hombres de Medellín. El odio me invadió, me abalancé sin pensarlo sobre la bestia. Ella respondió con fuego, ga-

rras y pico. Peleé con ella hasta que logré atravesarla con mi espada y caímos juntos al suelo desangrándonos al unísono. Me desmayé. Después de un rato logré abrir los ojos buscando ver por última vez el bosque, lugar donde pasé tanto tiempo de mi vida como cazador. Creí que sería mi última visión, hasta que sentí los pasos de alguien.

# El ladrón de memorias

Melisa de la Hoz

## I

—Dicen que nuestra profesión es una de las más hermosas, pero también una de las más peligrosas, ¿estás seguro de que quieres venir conmigo?

—¡Eh!, qué chico tan tímido, casi ni habla...no sé si realmente deba enseñarle, sin embargo, ese incidente... no puedo dejar que se desperdicie tanto poder, o que se vaya por un mal camino, después de todo esa es nuestra responsabilidad.

—Está bien...pero una vez des el primer paso ya no podrás volver.

—¿Ah...? ¿Esto? No te preocupes, no vas a morir, esto simplemente reorganizará tus puntos de energía. Con esto tus sentidos se van a dilatar a un punto en el que no podrán ser restaurados, no te asustes con lo que veas, escuches o sientas, son cosas que siempre han estado allí, pero que nuestro cuerpo en un estado básico no es capaz de percibir. Este brebaje aún no está listo, te envenenarías si lo tomaras así. Necesito que llegemos rápido a ese pueblo.

—Bueno, primero porque allá está Ki, ella es el único monstruo capaz de conseguir los ingredientes que nos faltan, es la mejor contrabandista de Lumia Core, fuera de ser una gran amiga, es más, solíamos hacer misiones juntas hace unos años... ¡ah!, ¡qué buenos tiempos! y segundo, porque necesito descansar, no puedo más con éste calor y arenero, al menos hace algo de brisa para ser un desierto.

—“K the Killer” ¡ja, ja, ja!, hace cuánto que no escuchaba ese apodo... Si es la misma K the Killer, no es una leyenda urbana, solo que yo le digo “Ki” de cariño, aunque no le gusta que la llame así, dice que suena demasiado rosa.

—¡Nah!, no es tan mala como dicen por ahí, no te asustes.

—¡Kiiiiii! ¡Cuánto tiempo ha pasado!

—Mila, estúpida, ¡que no me llames así!

—Sé que me extrañaste, tenemos mucho por hablar, pero antes necesito que me ayudes con algo, debo convertir a este chico antes del viernes rojo, necesito la lista, está la información detallada junto con las zonas... sabes que iría por mi cuenta si no me muriera al pisar ese lugar. Nada como vacaciones a tierra caliente ¿no? ¡Ah!, y por favor, deja de mirar feo al chico que lo estás asustando, ya es suficiente con tu forma, demonio.

—(Sigue siendo la misma, que alivio). Dale, yo me encargo de esto, y tú, mequetrefe, ¿me tienes miedo? Qué lástima que no vivirás lo suficiente para saber lo que es el miedo de verdad.

—Ki, ¡párala!

—¡Qué sensible!, solo era un chiste.

## II

—Hmm!, qué chico más raro, parece que hubiera vivido en una cajita de cristal toda su vida.

—Escúchame, no sé qué han hecho para mantenerte tan aislado del mundo, pero te explicaré brevemente. Sabes que este planeta es mo-

rada para muchas especies, no solo las nativas de Lumia Core, pero muchas han empezado a marginarse en grupos raciales, lo cual no está mal, el tema se complica porque algunas de éstas han empezado a atacar otras comunidades, por poder, riqueza, racismo. Nosotros creemos que la mejor manera de contrarrestar esta situación es llegando a las personas a través de las historias que les contamos, ponerlos en los zapatos de otros. Algunos nos dicen teatreros, magos, payasos, farsantes, alquimistas, rebeldes, mentirosos... La percepción de cada ser es diferente, pero creemos que todos comparten el mismo tipo de sentimiento.

No cualquiera puede ser un Storyteller, ya que para esto se deben abrir las puertas energéticas de todos los sentidos, asimismo, atravesar este paso permitirá al usuario manipular la misma energía, palparla, observar el desbalance que causa el predominio de corrientes negativas. Como en muchas teorías, debemos mantener el balance, de lo contrario, esto podría terminar mal. Ahora, para almacenar las historias que creamos, las sellamos en éstas cartas. Mira, toma una. Al activarlas la historia se proyecta como una película mientras nosotros dirigimos la narración, los colores, todo conforme a lo que queremos mostrar.

No, estas dos cartas no las puedes ver, son algo personal. No nos desviemos del tema, después del viernes rojo nadie más podrá convertirse, ese día existirá, por última vez, hasta dentro de mil años, la gema roja. Se encuentra en un terreno perteneciente a los demonios, es un tallo gigante que florece una vez al año durante diez años y después de ese tiempo se marchita. Esa tierra solo puede ser pisada por sus nativos; físicamente solo los demonios pueden rondar ese lugar.

## III

¡¡¡Fue él!!! Ese niñato se llevó mis cartas. ¿Cómo se atreve? Sabía que no debía ayudarlo. Pero, ¿qué carajo está pensando? ¿Qué es lo que quiere lograr? Está recién convertido, ni siquiera debería ser capaz de caminar. Debió ser entrenado por duendes, como mínimo. No ha dejado ni una sola pista, no ha descuidado ningún detalle, ¿cómo fui tan tonta al compadecerme? Que ni crea que se va a salir con la suya, lo perseguiré hasta que recupere mis cosas. Ki me ayudará a buscarlo, será un juego de niños para ella. Ahora, si huyó hace unas cuantas horas, no puede estar lejos, tengo sesenta y siete horas para recuperarlas o se romperán para siempre. Todas esas cartas son ex-



tensiones de mi ser y no pienso permitir que las destruyan. Lo sé, sé que es una de las barajas más costosas que existen en este momento. ¿Cómo fui tan tonta para dejarme llevar por ese pequeño ladrón? ¡Deseará no haber nacido! ¿Qué? ¡No puede ser! ¡NO PUEDE SER! Debe ser mi imaginación. Tú... ¿Cómo demonios has entrado a mi flujo de conciencia?

(Ha sido un gran gusto, bella dama, es hora de morir).

Al fin algo de libertad. No sé muy bien qué me pasa. Entiendo perfectamente la gravedad de la estúpida guerra que está por venir, aunque ya sé el resultado. El Reino Umbra perderá y Noux morirá debido a su egoísmo y ambición. Claro, todo esto después de meses de lucha. No puedo entender por qué conozco estas cosas o si soy la única, pero son estos pequeños momentos del día, en los que verdaderamente puedo andar y hablar con libertad, los que me permiten pensar cómo es que el resto del tiempo mi cuerpo es controlado para actuar y decir un monólogo que me parece absurdo ya que conozco cada pequeño detalle de esta historia.



Daniela Corredor

La vida en Lux es muy tranquila, los habitantes parecen felices con el reinado y manejo que mi familia ha tenido desde el principio de los tiempos, al fin y al cabo, somos el legado de las brujas Lux, fundadoras de este gran Reino. Y sí, somos brujas, y sí, somos la mayoría mujeres. Así ha sido desde el principio y no tenemos muchas intenciones de cambiarlo. Muy pronto mis hermanas y yo gobernaremos como mi madre y las suyas hicieron. Ahora solo queda mi tía Claire o como oficialmente la llaman "Caelum". A cada Reina le brindan el nombre de un astro luminoso. Mi nombre será Fénix, por la constelación Fénix. Todo esto lo pienso mientras camino de lado a lado en mi habitación, pero me detengo al escuchar la puerta abrirse, es Alaia mi acompañante, parece preocupada, me informa que debo ir al círculo, algo grave ha pasado.

¿Ven a lo que me refiero? No me controlo, me muevo por este castillo como si mi cuerpo no me perteneciera. Parece que al fin cedió, puedo pensar y moverme libremente. Me estresa, son mi cuerpo y mi voluntad los que se están viendo vulnerados; ¿seré solo yo o habrá alguien más que esté recibiendo esta tortura? Si así fuera, supongo que hubiera hablado... Pero habría pasado por loco, o no podría decirlo al ser controlado.

Mi tía ha muerto, han atacado el Reino y ella, como todo buen gobernante, ha tratado de protegerlo con sus poderes. Mis hermanas no han podido asistir, por esto no hemos sido coronadas aún, pero Lux necesita una autoridad inmediatamente debido al peligro inminente de una guerra con el Reino Umbra, ese ataque no pasará desapercibido. Caelum fue como una madre para nosotras y para ella fuimos sus hijas, nunca pudo tener las suyas propias, pero decía que, sin duda, llenábamos ese vacío. Juro por mi vida que vengaré a mi tía y protegeré lo que legítimamente nos pertenece.

De nuevo... ya no me puedo quedar callada, tengo que pedir ayuda, pero ¿a quién? Mis hermanas no llegarán hasta dentro de tres días, aunque nada asegura que me crean. Tengo que pensar en alguien rápido, alguien con mente abierta, que vea más allá.

El oráculo me citó a una reunión de urgencia. Hay mucho que hablar antes del próximo movimiento, ella es nuestro sabio de confianza. Dicen que puede comunicarse con todo ser existente dentro y fuera de esta realidad; es bastante impresionante, a mi parecer. Si ella me cita con tanto apuro algo grande ha de estar por pasar. Fue algo extraña la reunión, no entendí muy bien el propósito de esta, sin embargo, uno que otro dato me será útil. Mis hermanas están por llegar para la coronación, será una gran ceremonia con un amplio protocolo, innecesario, diría yo, pero obligatorio si queremos tomar el cargo.

¡Dios! ¡Mi “yo controlada” es tan aburrida! Muchas palabras, poca acción, aunque mientras más pasa el tiempo se pone más interesante, pero no tengo intención de quedarme a presenciarlo o, más bien, vivirlo. Revivir esta parte me ayudó a decidir a quién visitar. Iré con ella, el oráculo. Si los rumores son ciertos es muy probable que sepa lo que pasa.

—Oráculo, necesito tu ayuda, por favor.

—¿Fénix? ¡Oh, no!... está sucediendo de nuevo.

—¿Sucedendo de nuevo?

—Fénix, por favor, concéntrate en sumergirte de nuevo en tu historia, estás tratando de salir de ella, ya eres consciente durante el tiempo en que no leo. Pero salgas de ella, te lo pido.

—¿Soy consciente durante el tiempo en que no lees? No entiendo lo que dices, oráculo.

—Fénix, escúchame y trata de tomar todo calmadamente. Eres la protagonista de un libro juvenil y por mi culpa estás despertando y sufriendo, tienes...

—Espera, ¿protagonista de un libro? ¿Qué dices? ¡Muéstrate! ¿Por qué no te puedo ver? Me siento como una loca hablándole al aire.

—No puedo hacerlo, yo no soy un personaje como tal en este libro, en realidad nunca aparezco, solo una figura representativa de mí.

—Deja de jugar conmigo y aparece, qué ridiculez, yo una protagonista de un libro que despierta. Ya, claro, y ahora qué sigue, ¿que tú seas solo una lectora de esta historia?

—De hecho... Mira Fénix, no te preocupes, ya he visto que pasa antes, solo tienes que concentrarte en tu historia y en todo lo que pasará y retomarás tu personaje completamente, terminarás de sufrir y...

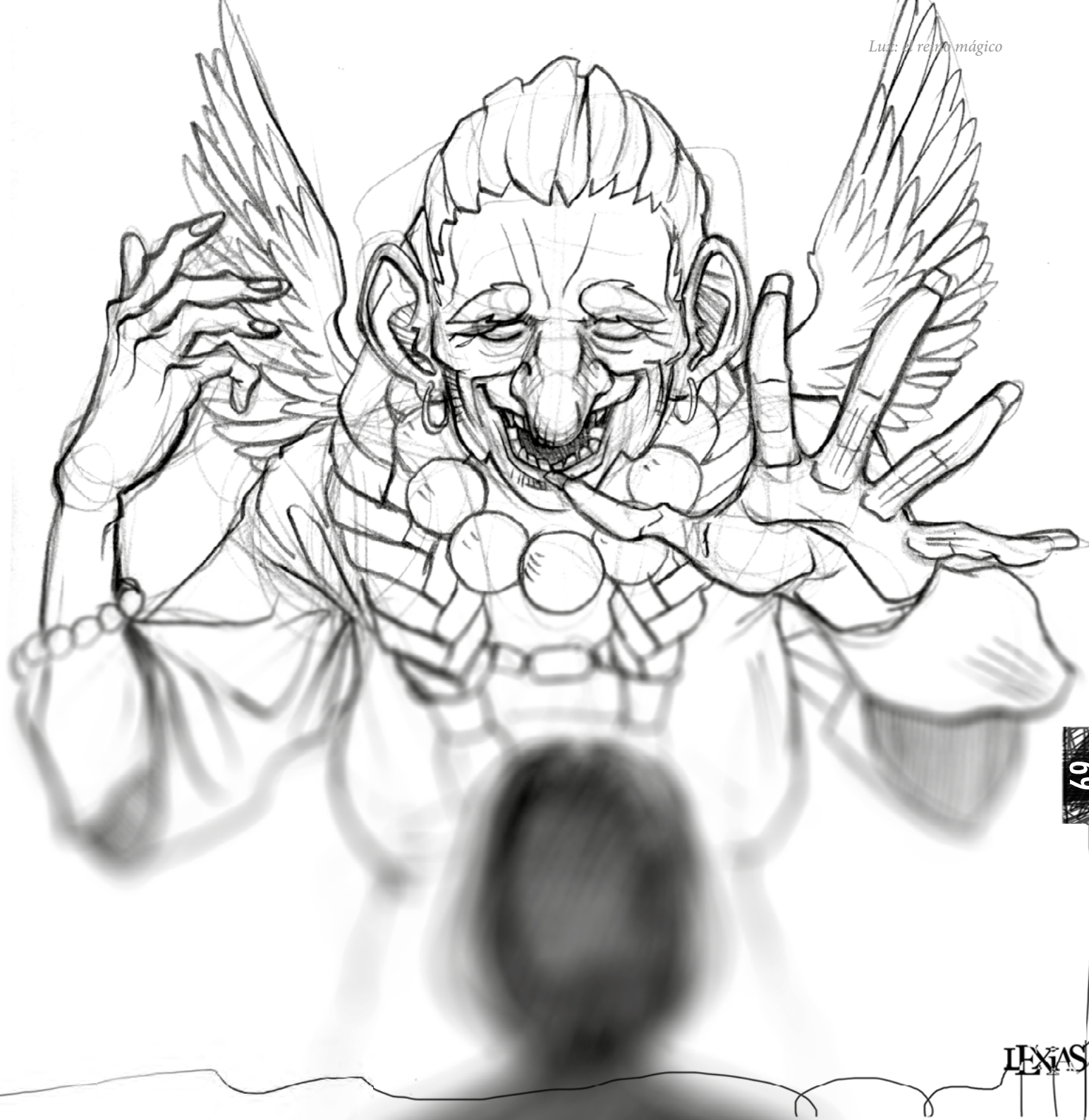
—Si lo que dijeras tuviera sentido, yo no querría volver a mi inconsciencia, sería muy triste. Toda mi vida controlada por letras y frases ya escritas que una escritora pensó: sería un éxito.

—Fénix, no pienses así, si sigues no podrás volver allí dentro.

—Sabes, ahora que lo pienso, tiene sentido. Todos esos momentos donde Lux se paraliza y yo quedo tratando de encontrarle sentido... Si esto es un libro, YO NO QUIERO ESTAR DENTRO DE ÉL.

—¡Fénix!

Fue muy tarde, ya había salido. El oráculo, o como descubrí más tarde que se llamaba, Viviana, me advirtió que no podría volver a entrar y tuvo razón. Me arrepentí mucho durante los años siguientes de haber sido tan obstinada y no quedarme donde realmente pertenecía, pero no había vuelta atrás. La vida en esta realidad es tan diferente. Al ser un personaje muy plano en mi libro, la verdad nunca pude tener una emoción verdadera... Digamos que compartir



cuerpo con Viviana no ayudó mucho a reparar esto, seguí sin tener control sobre “mi cuerpo” al menos si sobre mis pensamientos, pero estos lastiman a mi acompañante y la hacen perder muchas veces la cordura, lo lamenté tanto...

# El amanecer de un nuevo sol

José David Yepes

Ver a un humano es algo extraño. Quedan muy pocos de ellos ya que la guerra con los orcos los devastó hasta el punto en que ya no quedan ciudades humanas ni un gobierno, solo pequeños pueblos o viajeros que venden mercancía o buscan trabajo. Los humanos siempre fueron excelentes guerreros, artesanos, cazadores, e incluso políticos, pero nunca hubo alguno que lograra dominar la magia, hasta que llegué yo.

Cuando arribé al reino de los elfos tenía tan solo siete años, mi padre era zapatero y mi madre había muerto asesinada en un ataque a la caravana. Nos hospedamos en una taberna y a la mañana siguiente mi padre fue a ganarse unas cuantas monedas para pagar la próxima noche. Ese día decidí recorrer los alrededores, me sentía como un bicho raro, solo había elfos en las calles, los otros niños me miraban como a un animal salvaje, uno de ellos me arrojó una piedra.

El primer año fue difícil. Ambos tuvimos que trabajar duro, pero valió la pena ya que logramos tener nuestra propia casa. Fue pasando el tiempo, ya tenía quince años y podía escoger una profesión. Mi padre me prohibió rotundamente ser zapatero, me dijo que tenía potencial para otras cosas, así que decidí unirme a la guardia de la

ciudad. Fui aquella tarde a alistarme, creí que me pondrían problema por ser humano, pero aquellos elfos fueron de lo más amable y me dieron carta blanca para continuar hacia los entrenamientos. El primer día fue muy duro, era muy torpe en todas las secciones, desde las pruebas físicas hasta las de combate y los otros jóvenes eran hábiles, aunque era obvio, son elfos, y estos se caracterizan por su rápido aprendizaje y su destreza. Pasaron unos meses y estaba adaptándome mejor, pasaba las pruebas satisfactoriamente y, si seguía así, terminaría rápido mi formación como guardia. Lástima que al destino o a los dioses o a la mera coincidencia se le antojó intervenir para iluminarme y mostrarme cuál era mi verdadero camino.

Ocurrió unos días antes de mi ascenso. Un grupo de elfos rebeldes decidieron quemar un distrito entero de la ciudad porque estaban en desacuerdo con el gobierno del rey. Aquel distrito era el sur, en el que mi padre y yo vivíamos. Los capitanes nos ordenaron quedarnos en las barracas, pero yo sentía la necesidad de ver si mi padre estaba sano y salvo, así que me disfracé de soldado y me uní a la patrulla. Cuando llegamos estaban los residentes tomando los objetos de valor de sus casas, intentando apagar el fuego y sacando a los niños. Yo me concentré en mi casa; no podía verla a la distancia por el humo.

—¡Rebeldes! —gritó el teniente, mientras desenfundaba su espada—. Un grupo de elfos renegados nos rodearon, tenían en sus manos herramientas que usarían como armas, desde azas para el trigo, hasta martillos de herrería, creo recordar que había uno con una cadena y otro con un hacha para talar árboles. Mis manos temblaban, sentía la espada pesada, al frente mío estaba un rebelde sosteniendo un garrote con clavos, me miraba con cierta sonrisa macabra. De manera brusca, los rufianes se abalanzaron sobre nosotros, los guardias apaciguaron a sus atacantes con una elegancia y una precisión abrumadora, yo en cambio, solo bloqueaba porrazos, los golpes eran tan fuertes que sentía como mis brazos crujían en cada impacto, pero en un milisegundo recordé mi misión y salí de aquel estado de cobardía, contraataqué y con un breve movimiento usé su peso en su contra y lo desarmé, luego lo golpeé con la empuñadura de la espada y cuando cayó el suelo le pateé el rostro hasta dejarlo inconsciente. Me sentí bien, poderoso, vigoroso, ahora debía ir por mi padre, así que me separé del grupo mientras revisaban la zona.

Llegue a mi casa. Por suerte no se estaba quemando, sin embargo, aguardaba otra sorpresa. Apenas abrí la puerta, de mi derecha

saltó un rebelde con un cuchillo en alto, no me dio tiempo de desenfundar mi arma y este se clavó en las placas de la armadura. De un puñetazo alejé a mi atacante, entonces escuché que por las escaleras bajaban otros dos armados con hachas. Entré rápidamente y desenfundé mi arma, también desenterré el cuchillo y lo empuñé en mi mano izquierda. Se reían mientras me rodeaban; se habían dado cuenta de que era humano y también me vieron temblar por el temor. Estuve a punto de huir por la puerta, pero tenía que encontrar a mi padre. La puerta del sótano estaba cerrada, significaba que no habían entrado aún a su taller.

El primer atacante fue el que había arremetido contra mí antes, estaba desarmado así que bastó con tomarlo por la espalda y patearlo para rechazar su intento de asesinarme, los otros dos cargaron al mismo tiempo, blandí mi espada de forma horizontal y rechacé el ataque de uno, al otro lo esquivé rodando hacia la izquierda. Los tres bandidos se incorporaron, yo ya sentía la fatiga. Noquearlos sería difícil: tenía que matarlos. El elfo desarmado cargó de nuevo, yo puse mi espada en alto y este se clavó contra ella. La sangre salpicó en mi rostro y pude ver cómo la vida se escapaba de sus ojos, era la primera vez que mataba, quedé impactado. Vi que los otros dos rebeldes, sorprendidos, corrieron hacia mí, saqué la espada del cadáver, esquivé al primer atacante y dando una vuelta hice un corte horizontal al segundo y sus tripas se desparramaron por el suelo. Rápidamente, mientras el otro estaba de espaldas, tomé el cuchillo, se lo clavé en la nuca y cayó al instante, en silencio.

Ese día seguí la vida de tres elfos, mis manos estaban manchadas de sangre, recuerdo que solté las armas y vomité. Bajé rápidamente al sótano y la escena me horrorizó: mi padre yacía degollado y a su lado un orco. Entre lágrimas corrí con mi espada en alto, el orco detuvo el ataque con su mano y rompió el filo de esta, luego me pateó el estómago. Quedé adolorido, en el suelo, sin aliento. Recuerdo que el orco pronunció unas palabras extrañas mientras me señalaba y se reía, al parecer me estaba insultando en su sucio idioma. Sentí por mi cuerpo un deseo de venganza, una sed de sangre incontenible, la cólera invadió mi cuerpo y de manera instintiva levanté mi brazo y luego... desorden...

Cuando desperté estaba en el hospital del castillo, mi cuerpo estaba vendado. Una elfa alta con una túnica blanca se acercó a mí, era una sacerdotisa de la orden del ojo. Esta orden estaba conformada

por sacerdotes y magos. La elfa solo me miraba, no pronunció ni una palabra; en el salón habitaba un silencio de lo más incómodo.

—Descansa, humano, mañana te espera un largo viaje. Dicho esto, salió por la puerta.

Confundido, me preguntaba qué era lo que pasaba, necesitaba respuesta, así que decidí ponerme de pie y vestirme. Salí del palacio a hurtadillas, robé una capa de un patio de una vivienda y me fui encapuchado hasta mi casa. Cuando llegué estaba totalmente destruida, como si hubiese explotado y había una docena de guardias custodiando los alrededores.

—Naciste con un don —dijo una voz femenina a mis espaldas—, era la elfa.

—¿Yo hice eso? ¿Cómo? —le pregunte.

—Así es. Has tenido una manifestación. Todos los portadores de la magia la tienen en algún momento de su vida, pero no suele ser tan ruidosa ni tan poderosa.

—Entonces, ¿a dónde me llevaras mañana?

—A la academia del ojo. Te formarás en la magia como lo dicta la ley.

—¿Qué ley? —le pregunté con curiosidad.

—La ley del conuerdo plateado dicta que cualquier ser vivo con uso de razón que tenga una manifestación, deberá formarse en la academia del ojo, para así aprender a utilizar su poder de manera correcta.

Partimos al amanecer. El viaje fue largo, pero también productivo. En el camino la elfa me habló sobre la magia, sus ramas, sus usos y sobre lo raro e increíble que era que yo fuera el primer humano con el don mágico corriendo por sus venas. Cuando llegué a la academia quedé sorprendido, pues me imaginaba un castillo enorme con magos practicando afuera y, en cambio, me encontré con dos torres muy altas, ambas conectadas con un puente. Llegamos y me instalaron en el primer piso, el de los aprendices. A medida que se

subía de rango, se iba subiendo un piso, y eran unos diez y seis. En la otra torre, la más gruesa, se encontraba la biblioteca y las aulas.

Hemos llegado a un punto bastante largo de la historia, así que para ir al grano saltaré toda mi formación junto a mis aventuras y desventuras y retomaré cuando logré llegar al piso quince. Tal vez en otra ocasión les cuente con más detalle mi historia. Estaba de camino al templo de la diosa lunar, para encantar unos objetos y me encontré con un personaje extraño, salió de la nada, era un viejo alto y estaba vestido de manera extraña, una especie de armadura con engranajes y una capucha.

—Veo que esta vez decidiste adoptar una forma poderosa, dime, ¿ya tuviste algún encuentro con los cazadores?

—Me he encontrado con bastantes, pero a juzgar por tu tono y tu aspecto, o estas enfermo y loco o te refieres a otras personas.

El anciano se rió y se quitó la capucha.

—Al fin, ya puedo rebelarte todo —dijo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté pensando que efectivamente estaba enfermo.

—Eres un alma errante, un ser infinito que puede cambiar de plano cuando lo desee o cuando su tiempo se acabe.

—Definitivamente estás enfermo.

—No lo estoy, mi amigo, solo recuerda que debes recordar antes de encontrarte con los cazadores. Dicho esto, levantó su mano y de esta salió fuego. ¡Era magia! Aquello era imposible ya que soy el único humano con el don.

—Sé lo que estás pensando. Mira, he recorrido muchos mundos siguiéndote, pero solo he podido dar contigo un par de veces, cuando despiertes sabrás tu identidad y con eso la mía. El hombre se desvaneció en un humo azulado.

Pasaron unos días. Cuando llegué al templo sentí el poder divino del lugar y una visión se apoderó de mí. Vi mundos extraños, con gente y objetos aún más extraños, yo estaba en todos, pero con un cuerpo y un contexto distinto. Sentí el dolor de un millón de muertes y de un millón de pérdidas y en todos ellos estaban los cazadores, demonios oscuros que me perseguían por deporte y placer.

Recordé por qué había reencarnado en un mago: para poder encontrarlos primero y acabar con ellos. Usé mi hechizo de rastreo y los localicé en el otro continente, acampando en un bosque. Me aparecí enfrente de ellos, lancé estacas de hielo y atravesé el pecho de dos, al otro le drené toda la sangre del cuerpo, al líder lo dejé para el final.

—¿Sorpresa de verme? No te preocupes, será breve, pero antes quiero sufras todo lo que he sufrido, tantas vidas segadas, tantos seres amados asesinados. Ahora seré yo el que disfrutaré.

Le rompí las piernas con un hechizo de deformación y, seguidamente, puse mi mano en su frente y le hice ver y sentir todo lo que estaba en mi cabeza. El líder empezó a gritar de agonía, las lágrimas se deslizaban por sus sucias mejillas. Tardé toda la noche y cuando terminamos le entregué un cuchillo al enloquecido bastardo, lo clavó directamente en su estómago, luego en su corazón y con las últimas fuerzas que le quedaban, en su mugriento cuello.

Kevin, Sara, Mohamed, Steve, Lara, Lucía, Deán, Pericles, John, Kate, Sally, Marta, Lewin, Jimmy, Thomas, Diana, Dana, Orión, Julieta, Oliver, y muchos más hermanos, hermanas, esposos, esposas, hijos, hijas, madres, padres, ya pueden descansar en paz, los recuerdo a todos y los sigo amando, no podré volverlos a ver, sin embargo, mi memoria, mi corazón y mi mente son infinitos.

Ahora que conocen mi historia, jóvenes aprendices, ¿serán ustedes seres eternos que aún no han despertado? Busquen en la luna, busquen en el sol, busquen más allá de su existencia, a mí me iluminó la idea de un dios, ¿a ustedes que lo hará? Cuestionen su propia existencia y miren a su alrededor. La respuesta puede estar tan cerca y a la vez tan lejos como el sol a las montañas en el amanecer. Y así el alma logra superar sus dificultados, consigue romper sus barreras, se ilumina en conocimiento y poder. Así es como toma conciencia de sí

misma, se da cuenta de que es eterna pero errante, sin un rumbo fijo, sin hogar, solo deja a su paso un legado de dolor, de gloria, de poder... ¡Oh, preciada libertad! ¡Oh, querido conocimiento! ¡Oh, anhelado viaje! ¡Oh, divina búsqueda! Cuando mi corazón deje de latir y mis ojos pierdan su brillo, volveré.

# El Salvador de R'Lyeh



José Manuel Castro

El internet me ha abierto la puerta al conocimiento y a la diversión, siempre lo he usado para aprender sobre diversos temas y cosas que, no a muchas otras personas, les interesaría saber. Gracias a ello, me hice un buen conversador. Con un vasto conocimiento de diferentes cuestiones, podía sostener una conversación por buena cantidad de tiempo con el objetivo de obtener más y más información y con la garantía de que la persona con la que dialogara, no se aburriera. Mis temas son tan inusuales que generan interés y misterio en ella. Una tarde me disponía a consultar más de esos temas para incrementar mi fuente de información y comunicación. Encontré un artículo acerca de una mítica criatura conocida como Cthulhu. Este curioso ser era descrito como una criatura colosal con barbas de tentáculo. Según el texto, habita, dormido, en las profundidades de la antigua ciudad de R'lyeh esperando a que esta emerja del océano pacífico y con ella, él también lo haga, para desatar su poder en las masas.

Un día después de haber leído el artículo, me dispuse a consultar más a fondo, ya que el concepto del personaje me había gustado. Luego de mucho navegar, pasada la medianoche, encontré en lo más recóndito de internet, cerca de la página 18 de la búsqueda de Google, una cantidad significativa de links. Más allá del resulta-



do 6, llegué a un blog muy bien decorado con la temática de este antiguo dios, como era denominado en su Wiki, con mucha más información al respecto y varios links de descarga de las novelas de su creador H.P. Lovecraft. Lo curioso era lo que había en uno de los menús de aquel sitio: “únete a la secta”. Lo pulsé por mera curiosidad y no, no era un guiño de la página, de verdad había una sección para llenarla con tus datos y enviarla a quién sabe dónde. Como ya era muy tarde o, mejor dicho, muy temprano en la mañana, puse mis datos y me fui a dormir.

Al otro día, cuando llegué a casa, hallé en el buzón de correos un sobre muy bien elaborado, de tono café y sello rojo con el rostro de Cthulhu. Fui corriendo hasta mi puerta, la abrí, fui al baño y me lavé la cara, no lo creía y mientras me miraba en el espejo, casi como si mi reflejo hablara, me dije: —solo ábrelo de una vez. Y así lo hice. Intenté remover el sello de manera cuidadosa con un cuchillo de la cocina, pero era de los viejos, hechos con tinta caliente y a presión, entonces mi desesperación me venció y simplemente lo rasgué con mi mano. En él había una carta que decía:

Gracias por apoyar a nuestro ideal. Si quieres saber más a fondo, toma la piedra marina y en la inscripción verás unas instrucciones de los pasos a seguir. Desde lo profundo, uno más.

Dentro del sobre había una piedra triangular, por el frente se veía a Cthulhu grabado en el centro, con una cuerda en uno de sus extremos que servía para llevarla en el cuello cual collar comprado en un San Alejo. Al voltearlo, estaba grabado en un lenguaje incomprensible, lo siguiente:



Al ver esto me asusté, pues era un lenguaje que jamás en mi vida había visto, pero de una cosa sí estoy seguro, me quieren poner a prueba y esta es una de ellas. Quería hallar respuestas y empecé a indagar en todas partes, un traductor online, páginas donde se exponían lenguajes escritos en clave, tutoriales de traducción, libros de la biblioteca, sin embargo, quedé igual a como comencé, sin nada,

hasta que me percaté de que no había revisado la página. Me senté en el computador, volví a aquel blog muy bien elaborado y me di cuenta de que la pestaña que contenía el formulario para entrar, había cambiado. Entré y hallé la indicación de que revisara el correo, entonces lo hice y encontré un acertijo:

Donde la información está contenida entre dos tapas, en la sección donde el hombre llama a todo lo que no cree real como fantasía, yace la clave para descifrar el grabado, al final donde todo comienza, pero más allá de él, donde se encuentra la verdad oculta por la restauración.

Al leer la última línea, mi mente solo se quedó en blanco, no sabía qué hacer, pero como era bueno en esto de los acertijos, comencé. La primera parte antes de la primera (.), aunque al principio no la entendí, solo bastó con voltear la mirada a mi derecha para ver uno de esos libros viejos que se me había caído del estante noches atrás y que por pereza no lo puse de nuevo ahí, pero esto fue fundamental, ya que entendí lo que me quería decir:

“Donde la información está contenida entre dos tapas...”

—¡Se refiere a un libro! —grité al aire con una expresión facial de realización personal—. Lo que seguía, me decía claramente que tenía que buscar en la biblioteca, luego me dijo un lugar específico. “...en la sección donde el hombre llama a todo lo que no cree real como fantasía...” esto era lo más obvio, era en la sección de mitología y fantasía. Busqué entre los estantes algo que pareciera una pista, pero no obtuve resultados. Me detuve a pensar, analicé lo que debería buscar y, acto seguido, busqué libros de Lovecraft. Al final, en lo más recóndito del estante de libros de doble tapa, hallé el tan interesante libro *The Call of Cthulhu*. Con él en mis manos, recité en mi mente la parte final del contenido de ese correo:

“...yace la clave para descifrar el grabado, al final donde todo comienza, pero más allá de él, donde se encuentra la verdad oculta por la restauración”

Al final de donde todo comienza... Se refiere al final del libro, porque es donde acaba la historia y comienza el interés ¿no? —me pre-

gunté—. Así que fui al final, sin embargo, lastimosamente no había nada, solo esa tapa nueva que le pusieron a los libros desgastados. Un momento —dije en voz baja—, por eso dice al final que la verdad la oculta la restauración, porque es un libro viejo que fue restaurado, y como le pusieron tapa nueva, la vieja se hallaba debajo. Procedí a romper un poco sin que ninguno de los encargados de la biblioteca de diera cuenta. Para mi gozo, ahí estaba, vieja, medio arrugada por la humedad y rasgada al final, no obstante, completamente legible. La arranqué con cuidado por temor a dañarla y perder mi más grande hallazgo, dejé el libro en el estante donde lo encontré, disimulando el daño que le hice a la nueva tapa, y salí corriendo.

Una vez en casa, dejé el papiro recién conseguido en el comedor y fui a la cocina por algo de tomar para saciar la sed que me produjo venir corriendo. Cuando terminé mi vaso, recogí la hojita y fui a mi pieza, prendí el computador y me quedé detallando los grabados del papel mientras la maquina iniciaba. Fui por el collar que había colgado detrás de la puerta, me senté, abrí un bloc de notas, y con la ayuda del papel que conseguí en la biblioteca, empecé a traducir aquellos símbolos extraños, traduje letra por letra. Todo lo que traducía lo copiaba en el bloc para no olvidarlo. Cuando llegué a la última palabra, solté todo y leí emocionado:

Solo aquel que descifre este mensaje podrá pasar por el portal ubicado en la pared trasera de la biblioteca para viajar a R'lyeh y así enfrentarse a la prueba final que probará su valía frente al poderoso Cthulhu y en caso de tener éxito, convertirse en su vasallo, su mano derecha.

Me quedé estupefacto, emocionado, no lo podía creer. ¿Será que es cierto? —dije en voz baja—. Vi que aún había luz del sol y salí a corroborar el mensaje del collar. Me lo tomé con calma y no me precipité, así que esta vez me fui caminando, pues todavía quedaban dos horas para el atardecer. Llegué a la biblioteca, fui a la pared que me indicó el mensaje y vi que había un portal dibujado con tiza. Me ref un poco por lo infantil que se veía, me acerqué para buscar más pistas porque no creí que toda mi búsqueda concluyera aquí. De pronto, al tocar el portal, un vórtice se formó y fui absorbido por él. Después de aproximadamente quince segundos de viaje, caí inconsciente.

Cuando me desperté, vi que me hallaba en el lecho marino, me asusté como nunca porque creí que me ahogaría, pero el collar que tenía en mi cuello me dio la habilidad de respirar bajo el agua. Seguí unas luces que parecía de lámparas de calle, pasé por un gran arco de piedra que decía "R'Lyeh", no me lo creía, era verdad, el portal me trajo a la ciudad submarina donde vive el legendario Cthulhu. Seguí caminando por las luces, como si me guiaran hacia alguna parte, finalmente llegué a una cúpula gigante en donde me esperaban todos aquellos seguidores de Cthulhu, tanto creadores de la secta como otros nuevos reclutas. En la cúpula hubo algo semejante a una "misa". Todo se veía "normal" para el lugar en donde me encontraba hasta que finalizó la misa y como cierre del acto, la cúpula se abrió. Lentamente se recogía placa sobre placa para dejar ver lo que había enfrente de nosotros. Para sorpresa de muchos, ahí estaba, esperando, dormido, dejando salir uno que otro sonido comparable con un ronquido, de proporciones equiparables a las de un titán colosal de la mitología griega, el mismísimo, incomparable y todopoderoso, Cthulhu.

Después de mostrarnos esto, los encargados de esta celebración nos dieron el siguiente mensaje:

Él los necesita, mejor dicho, nos necesita a todos. Su medio hermano Hastur quiere impedir su regreso y destruirlo antes de que pueda despertar de su sueño. Para ello, comandó un ataque mucho tiempo atrás y hoy es el día en que las fuerzas invasoras, por fin, han llegado a la tierra. Debemos detenerlas. Para conseguirlo, disponemos de la energía residual de nuestro amo y señor que fue dejada por el para nosotros siglos atrás.

Y así fue como todos, aceptando nuestro destino y el llamado de nuestro señor, recibimos su energía y nos convertimos en entes similares a él, con menos poderes, claro, pero con los suficientes para defenderlo de la invasión de su hermano. Después de esto, partimos hacia las afueras de la ciudad, un vasto campo de lecho marino protegido por un campo de energía para prevenir que las criaturas marinas fueran dañadas en medio de la batalla. Lo sorprendente para todos fue que no hubo necesidad de aprender a usar los poderes recién obtenidos, puesto que en el instante en el que los recibimos, los supimos utilizar.

Los primeros gritos enemigos se oyeron. Por fin conocimos los rostros de las fuerzas invasoras, unas criaturas parecidas a aliens provenientes de un planeta lejano, adaptadas con trajes para resistir la presión de las profundidades. El comandante dio el orden del ataque y la batalla erupcionó de manera caótica, se podían oír los gritos de guerra de ambos bandos y el choque del metal de sus armas, espadas decoradas con temática sideral. Las nuestras eran tridentes imbuidos de poder marino con dos tentáculos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Mi primer combate fue contra un alien de estatura promedio y complexión delgada. Lo primero que hizo fue abalanzarse sobre mí con un espadazo vertical. Rápidamente reaccioné y bloqueé el ataque, la espada entró en la parte derecha del tridente y con los tentáculos de los lados sujeté el filo. Usé mi fuerza y giré la espada, se la arrebaté. El ente alienígena, al ver esto, huyó despavorido, tal vez no quería pelear y solo seguía órdenes, pero antes de cerrar mi conclusión, llegó otro, de complexiones un poco más musculosas, con un ataque en horizontal que no logré obstruir del todo y me envió unos metros hacia atrás. Esta vez, en vez de solo bloquear, quería atacar también. Nadé en círculos creando un torbellino de arena que luego se convirtió en una nube de arena que me permitió camuflarme. Sin mucho titubear, agarré impulso, me abalancé hacia él y logré clavarle el tridente en el pecho.

En un fallido intento de lucha por parte de mi oponente, para retirar el arma, los tentáculos de esta se alargaron y rodearon su cuello y lo ahorcaron lo suficiente para dejarlo inconsciente. Con un último swing de mi tridente, lo partí a la mitad. Estuve en shock por unos segundos, no podía creer que había matado un ser vivo pensante como yo, sin embargo, para mi sorpresa, su cuerpo solo se recompuso y se deshizo en un haz de luz. Aun sin saber qué ocurría, quería idear un plan, no podía seguir peleando hasta el cansancio, debía haber otra manera de acabar con esto. Opté por nadar hacia el enemigo para saber de dónde venía. Al final de mi trayecto, un gran portal sostenido por pilares de piedra a ambos lados yacía como puerta de la invasión, era gigante, no tenía cómo destruirlo por mí mismo, no sabía qué hacer. Entonces, mi tridente vibró y observé en él un antiguo grabado que, pronunciado correctamente, invocaría una ayuda, no supe de qué tipo sería, pero sin pensarlo dos veces, lo recité.



“Ph’nglui mglw’nafh Cthulhu R’lyeh wgah’nagl fhtagn”.  
(*En su casa en R’Lyeh, el muerto Cthulhu sueña mientras espera*).

De mi tridente surgió una bola luminosa. Pocos segundos después, una proyección espiritual de mi gran señor surgió y de un poderoso puño destruyó los cimientos del portal, haciendo que desapareciera. Una vez destruido, mi señor desapareció y la bola luminosa volvió a mi tridente. Nadé hacia mis compañeros para comentarles la noticia y noté que las fuerzas enemigas habían desaparecido; al destruir el portal todos se desvanecieron en un haz de luz igual al que desapareció la criatura que maté. Todos me llevaron al templo, puesto que segundos después de darme cuenta de lo ocurrido, caí inconsciente como pago por usar el antiguo cántico.

De vuelta en la cúpula, se llevó a cabo una gran celebración y se agradeció a todos por haber acabado con el conflicto y haber destruido el portal. Como premio me enlazaron directamente con la mente de mi señor, y con la ayuda de un traductor, comprendí lo que me había comunicado El Grande. Me agradeció por mantener la paz en su ciudad y por evitar que fuera destruido por su hermano. Me nombró miembro del concejo y su mano derecha, justo como había dicho la carta que me embarcó en esta aventura. Una vez acabado el enlace, el concejo me entregó una túnica que oficializaba mi pertenencia a este. Luego recibí el cetro tentacular que me hacía legítimo como mano derecha de nuestro amo y señor.

¡SALVE, GRAN CTHULHU!



Sebastián Posada

—No sé qué estás pensando— gritó uno de los espíritus que visitó esa noche a Michael. No era común que se acercaran a hablar con él, como tampoco era frecuente que un agente secreto tuviera la habilidad para conversar con fantasmas, sin embargo, su línea familiar era la excepción. Desde la institución del nuevo orden mundial habían estado involucrados en el devenir del mundo. Desde que estaba en París sólo habían ido una vez para darle recomendaciones de sus operaciones en Europa oriental, eran su padre y su tío; cosas de familia.

—Tu experiencia no indica lo que yo debo hacer, tus tiempos eran diferentes, te tocaron guerras sangrientas y viscerales, había muchos sentimientos patrióticos involucrados. La xenofobia era común hacia cualquier miembro de un país enemigo, pero papá... las cosas han cambiado. Es bueno que lo entiendas, que yo comparta una noche con Annie no significa que estoy traicionando mi patria. Son cosas diferentes, no creas que voy a estar revelando información secreta...

—Entiendo tu situación, pero eso no te exonera de tu culpabilidad y del altísimo riesgo al que estás sometido. Puede que Annie no sepa

acerca de tu identidad, sin embargo, nosotros sí que conocemos la de ella, en cualquier momento podrían descubrirte y tendrías a toda esa organización encima tuyo en poco tiempo. En dos días estarías en un cuarto de torturas luchando por conservar tu cordura para no revelar información... Tan solo pregúntale a tu tío qué son dos días en los anaqueles del enemigo....

—¡Ejijjm...! —el tío de Michael se aclaró la garganta (si es que los fantasmas tienen una)—. La verdad no es algo placentero estar metido en esos lugares, te aconsejo que escuches a tu padre, Michael. Si somos fantasmas es porque no estamos vivos y hemos aprendido de esas experiencias. Aunque entiendo a las generaciones jóvenes: creen que hacer lo que piensan es lo correcto y después, cuando se dan cuenta de que se han equivocado, vienen de rodillas pidiendo consejo. Eso hizo tu primo cuando yo estaba vivo y él también.

—¿Qué quieres decir? — espetó Michael.

—¿Acaso mi primo...murió?

—Esta es una profesión difícil y de altísimo riesgo. Como bien tú y tu padre lo saben, recorrer China sin un bajo perfil puede ser algo peligroso para alguien de nuestra familia. Ir de fiesta en fiesta, de bar en bar, de evento en evento, no es lo aconsejable y más con un régimen como el de Mao y su “Revolución Cultural” que no es más que un fascismo disfrazado de lucha tradicionalista.

—No puedo creerlo —suspiró Michael.

—No te sientas mal, hijo, no hemos tenido nueva información. La Guardia Roja lo capturó y hemos perdido contacto con él, no sabemos si está vivo o muerto, pero tememos lo peor.

—Entendido. Volviendo a lo de Annie, puedo decir que no estoy en China y tampoco voy de fiesta en fiesta, de bar en bar. Tengo muy bajo perfil y este es un país occidental, no me va suceder nada.

—Sólo espero que la próxima vez que nos veamos, seas de carne y hueso.





# NERGÉTICO

“He despellejado y besado cada abertura hecha. A algunos los he cocido vivos, aún despellejados, y me he deleitado escuchando sus gemidos tan dulces, tan crueles”.

Tomado del cuento **Vil réquiem** de **Andrés Serna**.

LEXAS

A stylized, hand-drawn outline of the state of Texas. The text "El extraño caso de la mademoiselle Anne" is written across the map in a bold, black, sans-serif font. The text is arranged in three lines: "El extraño caso" on the top line, "de la mademoiselle" on the middle line, and "Anne" on the bottom line. Several thin lines with small circles at the end extend from the outline of the state, resembling a map's projection or a decorative element.

# El extraño caso de la mademoiselle Anne

Daniel Serna Ángel

Se acercaba el día en el que la ciudad cumpliría sus muchos cientos años de ser fundada. Lo sé porque cada vez que entro a mis redes sociales entran a mi bandeja de entrada bastantes noticias felicitando a la anciana, nuestra ciudad, que a pesar de ser más vieja que cualquiera de nuestros ancianos, sigue siendo tan ignorante como si las heridas no surtieran reflexión. No sabe lo que le hace el vicio, estar tan acelerada, ser tan vengativa. Mi abuela bien me decía que tuviera cuidado con esas aventuras. Esas cosas solo le traen a una persona deshonra y desgracia. Pues y... ¡mírennos ahora!, nos llaman “los del talco”, “los de las mujeres alegres” y muchos otros nombres ignominiosos que no quisiera redactar en estas letras que ahora lee.

No piense que soy igual que ellos, yo consumo talco, pero para evitar el mal olor en los pies y definitivamente tengo una muy alegre mujer, pero prudente y parca en cuanto se trata de ese tipo de temas. Ya sé, ya sé. Debe estar usted diciendo “deje de hablar tanta mierda que mi tiempo es valioso”. Quizá esté diciéndose a usted mismo o misma que en vez de estar leyendo toda esta basura podría estar leyendo otro tipo de basura como el texto que debería leer para su próximo examen o escrito o que podría estar leyendo ese enorme papeleo que le enviaron para hacer un diminuto reporte. Pues bien,

cálmese, prepárese algo de beber y disfrute de la petite histoire de la mademoiselle Anne.

Resulta y acontece, querido lector, que yo trabajaba como médico en un hospital en Toulouse. Había incrementado exponencialmente la criminalidad en la ciudad cuando me había graduado recientemente de la universidad y había pocos hospitales para recibir tantos heridos o muertos. Se comenzaron a fundar hospitales de garaje y el mercado negro de medicamentos subió a su más grande posición. Eran tantas las víctimas que llegaban a los consultorios que comenzamos a ganar más que los mismos ingenieros o abogados, los grandes comerciantes y empresas, todos recibían menos ingresos que nosotros... Era caótico ver cuerpos verdes, morados, rojos, amarillos, pálidos en cantidades tan enormes cuando entraban al hospital. Las condiciones en los hospitales estaban empezando su declive. La Morgue del hospital estaba llena, no daba abasto para recibir más gente. Tuvieron que habilitar una sala adyacente a la zona principal del hospital para recibir muertos. Con ello no se alcanzaba a percibir ese olor a alcohol y a desinfectante, propio de los hospitales, sino que se percibía un olor a putrefacción y muerto. Allí estará ella también, tengo ese presentimiento, nadie tiene la certeza de seguir de pie en estos días. *La vie est une loterie, tu ne sais pas que va passer.*

Comencé a realizar mis horas de papeleo en la oficina. Encontré el nombre de Anne, la mademoiselle Anne. Ella fue en un momento mi fiancée. Le prometí la luna, llevarla a Roma, muchas cosas. Pero esta no era la Anne que conocía, la que estaba escrita sobre el papel, esta era una... Anne Marseille. La mía era Anne Sacrovich, une belle femme, de blonde cheveux. Su piel simulaba un color de porcelana, de perfección, blanca pero no tan blanca, brillante pero no tan brillante. Era perfecta. Es más, ya que me acuerdo, aquí tengo una carta suya, que siempre leía cuando estaba deprimido. Iba así:

Petit-ami,

Me siento tan contenta de estar a tu lado, de ser tu escogida. Quisiera que me recordaras las travesuras que me hacías, quiero que me recuerdes lo malvado y perverso que eres. Es tan bello sentir esa mano pesada sobre mi vientre, que me abraza y me acicala. Quisiera que me recuerdes esos roses de tu piel con la mía, que hacen tiritar los nervios y que dan escalos-

fríos. Recuérdame el sabor de tu boca y de tus labios que rozaban y quemaban mis labios, resaltando el rojo pasión que de por sí llevaban. Quiero que huelas de nuevo las prendas que llevo con el perfume que elijo tan rigurosamente, solo para ti. Que "accidentalmente" se desplace tu respiración por mi nuca, haciendo que me retuerza sobre mi misma, tiritando de fruición. Mi cama está fría de tu ausencia, necesito que me visites y saber de ti de nuevo ¡YA! Solo la calienta el calor de mi cuerpo, que se pierde lentamente por tu ausencia. Necesito que llegue a la flor el recuerdo que dejaba la abeja cuando la visitaba, sin dejar el polen que haría emerger otras flores, la mantenías única e irrepetible. Necesito tus susurros al oído a la vez que tu mano hace su barrido sobre mis costillas, poniéndome nerviosa por no saber a dónde pueda llegar esa traviesa que todo lo toca, cuándo debe y cuándo no. Es eso lo que le da el picante, el sabor, lo que revitaliza esta unión de dos almas, invocadas a estar unidas. No tengo el contacto físico que nos fusiona desde hace ya varios años como una sola persona, necesito que vengas y me lo des, revitalízame, mi alma se va, tócame. Si me rehúso y me rebelo, no importa, hazlo, no seas precavido ni prudente, haz lo que tu cuerpo te pide, saca la era primitiva de tu ser y libéralo sobre mí.

Te quiere,

Anne Sacrovich.

Esa carta es hermosa, es inmensa, y huele a ella. Significaba mucho para mí. Ella lo era todo para mí, déjeme decírselo. La perdí lastimosamente hace unos cuantos meses por la corrompida ciudad y sus vicios. Tuve que dejar el contacto físico con ella que me transportaba a otra dimensión. Me hacía otro hombre. Para evitar los recuerdos... más bien voy a guardar la carta y seguiré con el papeleo. Seguí examinando el reporte de la chica Anne Marseille para ver sus síntomas, causas de muerte y otro tipo de diagnósticos y exámenes. Esta chica como muchas otras personas, comenzó a sufrir de una parálisis causada, supuestamente, por el síndrome de lyme. Su perfil decía que era una habitante difícil, que algunos días vivía en la calle



y otros días en la casa de su madre. Probablemente las ratas le pasaron las garrapatas mortales que le traerían la muerte. También vi sus antecedentes de estupefacientes y me sorprendí al notar que no tenía ningún tipo de dependencia hacia las drogas, pero sí quemaba un tipo de hiedra, que comenzaba a carcomer su interior y exterior al ser consumida. Su caso era algo anormal ya que parecía que algo o alguien la hubiera inducido a eso y, además, le hubiera inyectado, aparentemente, otra toxina desconocida por la ciencia.

Extrañado por tan intrigante caso me dirigí de inmediato a la morgue para saber lo que sucedía. Alguien debía aclarar esta muerte tan extraña que, como si no fuera suficiente, también se estaba tornando una constante con muchos otros “drogadictos” de la ciudad que terminaban en la morgue con una declaración que justificaba su muerte como un abuso de estupefacientes. Cuando llegué a la sala principal de la morgue me tropecé con todos estos cuerpos muertos, algunos putrefactos o pasados a olor de formol. No encontraba su nombre por ningún lado. Anne... Anne... Anne... por ningún lado... ¡Ay no! No, no... era... ella.

Ane Sacro Vich, decía en la etiqueta de aquel cuerpo muerto, tirado sobre la cama metálica. Su piel de porcelana se veía pálida, sin lustre, desgarrada por el vicio... o no... ¿Sería el vicio lo que realmente la consumió? ¿Pudo haber corrido con la misma fortuna de la otra Anne? Antes de buscar en los archivos su historia, me quedé observándola, ahí desnuda de ropajes que la cubrieran. Mi mano, impulsada por el recuerdo, comenzó a pasar por su suave piel, sobando lo que una vez poseía calor, ahora frío y muerto. Después de saciarme visualmente otra vez con su rostro, aunque ahora muerto, procedí a buscar los registros y los archivos de mi ex fiancé. Para mi asombro poseía lo mismo que la Anne Marseille a la que estaba investigando.

Estupefacto por el descubrimiento, me senté un rato afuera, en la sala principal, a meditar mi siguiente paso en la investigación. Todo era tan incoherente para mí. ¿Cómo te volverías adicto a algo que te carcome, te mata y te desaparece literalmente? Los drogadictos no son imbéciles, ellos saben lo que les conviene. Aunque dependan de su droga saben cómo deben jugársela con ella. Nadie vive para querer morir. Deberías estar siendo manipulado o controlado para hacer eso. Ya se iba esclareciendo ahora mi siguiente paso a seguir. La inducción a la droga. Debió de haber sido causada por otro agente externo que

los obligó a literalmente suicidarse mediante el uso indiscriminado de aquel raro estupefaciente. Pasó el día y me dirigí al laboratorio para hacer investigaciones sobre uno de los cuerpos y sus secreciones desconocidas, aparentemente inyectadas por otro agente externo. Tomé una muestra de aquel fluido para analizarlo. Saqué su composición y pude extraer un tipo de aminoácido único en las hidras que componen aquel líquido que secretaban las personas. Pude concluir que, de una u otra forma, los cuerpos humanos estaban modificados genéticamente para secretar estos líquidos de esa forma. Era imposible concluir que el consumo de la hidra fuera el causante de ello ya que la secreción mostraba trazas de aminoácidos de la hidra que desde la genética requieren de un proceso de replicación de ADN y síntesis de proteínas para que el líquido exhiba las trazas.

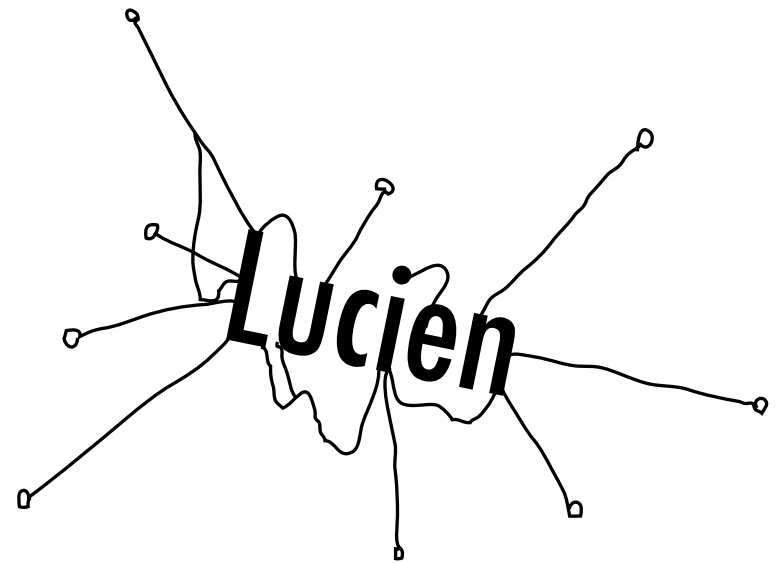
Con mi hipótesis investigativa concluida ya no sabía qué hacer, ¿por dónde debería seguir mi investigación? ¿Cuál sería el otro paso? No lo tenía claro pero el tiempo me lo diría. Debía saber cómo demonios se pudo haber cambiado genéticamente un humano para secretar un aminoácido único en las hidras, sin duda alguna era extraño. No obstante, los avances tecnológicos de alguna forma podrían hacer de esta locura una realidad en un par de minutos. Lo extraño era ver el mismo comportamiento en masa, en una cantidad tan ingente de personas. Se requiere de mucho capital para hacer un cambio genético tan enorme, no le saldría rentable a ninguna empresa. Además, ¿por qué una hidra? Me pregunto qué funcionalidad tiene un ser humano si se fusiona su ADN con el de una hidra.

Pasaron algunas semanas mientras las dudas me daban vueltas en la cabeza. No lograba que mi mente estuviera clara. Fue entonces cuando mi fiel viejo amigo visitador llegó a mi consultorio, que llegó una luz a mi cabeza. ¡Hola! —le dije— y me respondió con un sencillo “buenos días”. Nos sentamos a charlar un rato acerca de cómo estaban las cosas, la vida, la familia, etcétera. Le conté acerca de mi fiancé. Me ofreció su más sincero pésame y, con todo el gusto, lo acepté.

Él me contó acerca de un antiguo atentado en la ciudad de París sucedido bastante tiempo atrás. Había oído rumores de cómo sucedió todo, pero nunca la palabra y la situación directa de alguien que lo vivió en carne y hueso. Hablamos de guerra, me gusta mucho el tema, pero nunca me gustaría estar en una. La guerra contemporánea, los grupos terroristas, la segunda guerra mundial y la primera guerra mundial. Esto fue lo que hizo que algo en mi mente se acti-

vara en pro de mi investigación de las muertes en la ciudad. Durante la primera guerra mundial se usaron diversos tipos de gas para arremeter con los soldados enemigos en las trincheras, procedimiento que tomó el nombre de guerras químicas. Esto me trajo la idea de lo que podría ser aquello que nos está matando: el desarrollo de armas Bioquímicas, mortales y prohibidas por organizaciones internacionales por lo cruento y lo maquiavélico que puede ser. Comencé a investigar un poco más acerca de las armas bioquímicas y su uso en la historia. Para mi sorpresa descubrí que en la guerra mundial que estamos viviendo es más común de lo que parece. Los bandos que buscan apoderarse del mundo usan este medio como un método de pánico, de miedo, para atormentar a aquellos que desconocen cómo funciona esta guerra.

Cada vez estaba más cerca de armar el rompecabezas. Nuestra ciudad del vicio, el mundo de guerra, organizaciones mundiales que quieren dominar el mundo, ya todo tiene sentido. Usaron la hidra, pues uniéndola a un químico, hizo posible que el organismo humano fuera mutado, transformado mediante la radiación del Uranio. Las esporas realizan la transmisión y hacen que más y más gente caiga bajo esos mismos efectos. Necesitan dominio del pueblo, control de la gente. Fuimos nosotros sus ratas, sus conejillos de indias. Experimentaron con nosotros sus viles planes, usando una pantalla de estupefacientes y el slogan de "ciudad del vicio" para ocultarnos lo que querían hacer. Querían probar si podían controlarnos, querían probar si de verdad eran capaces de manejar nuestro sub consciente. Pues lo hicieron. Tomaron la mente de los nuestros, los enredaron en sus trucos de ingeniería y de química y los obligaron a hacer algo en contra de su voluntad que acabaría con sus vidas. El uso indiscriminado de la hidra fue impuesto por un agente maquiavélico, un arma bioquímica hecha por un individuo que busca el control de las masas. No sé si de algo sirva esta historia para abrirle los ojos a la gente. En un mundo en el que todo está hecho mierda, solo importa la vida. Lo único que vale de verdad es mantenerse alejado del azar de la muerte, recurrimos a ese instinto animal de supervivencia y nos ensimismamos en un plan de vivir. La vie est une loterie, tu ne sais pas que va passer. Espero que alguien logre leer este descubrimiento, espero que alguien pueda buscar justicia, espero que alguien logre derrocar aquellos infelices que me quitaron a mi petite-amie de mis brazos. Anne, pardon moi, ahora veo que no fue tu culpa, solo fuiste víctima de la perversión humana.



Laura Castañeda

Aquel hombre, Lucien, había tenido un muy mal día.

Todo había comenzado cuando su jefe le prohibió rotundamente seguir investigando sobre el caso de la familia Williams, cuyos miembros habían sido encontrados muertos la semana anterior dentro de su casa. Un hombre mayor, su mujer y uno de sus hijos, todos muertos y con más balas en el cuerpo que sangre, para cuando fueron encontrados. Solo la hija mayor, Stephanie sobrevivió a tal ataque y era la sospechosa número uno de Lucien. Se suponía que debía interrogarla, pero su jefe estaba en contra de cualquier acercamiento a la señorita Williams, alegando el delicado estado mental que tenía. Lucien, quien había averiguado durante ya un tiempo los lugares que la mujer solía visitar, ignoró la advertencia de aquel gordo bueno para nada jefe y salió de su oficina al anochecer, directo a uno de los tantos lugares en los que Stephanie podría estar. Y menudo estado mental el que tenía la mujer: nunca había visto a alguien que hubiera sufrido una pérdida tan grande y dolorosa tan recientemente, con una mejor cara de aburrida. ¿Había acaso algo más sospechoso que eso?

Lucien entró al pequeño café, un lugar que no aparentaba tener muchos clientes, pero cuya simple decoración le daba un cierto aire pin-

toresco y de tranquilidad. Además de la aburrida Stephanie, había otro cliente, un hombre de aspecto de pocos amigos, aunque Lucien decidió no prestarle mucha atención. Se acercó entonces a la señorita Williams con cigarrillo en mano y le ofreció una pequeña sonrisa, la cual fue devuelta por ella, con un poco más de esfuerzo.

—Buenas noches —dijo Lucien con un tono amable mientras se sentaba al lado de Stephanie—. Solo el mesero le devolvió el saludo, y mientras este tomaba su orden y le preparaba un café, el detective se giró para mirar a la mujer juntó a él.

—La señorita Williams, supongo. La mujer lo miró confundida por un segundo y el hombre pudo jurar que una oscura emoción apareció por un segundo en sus ojos, sin embargo, ella se recompuso rápidamente y respondió con un tono dulce.

—¿Puedo ayudarlo en algo, buen hombre?

—Soy el detective Meloire —empezó Lucien— y lamento mucho lo que ocurrió con su familia. ¿Podría usted dejarme hacerle unas preguntas sobre el crimen? Puede negarse, sí así lo desea.

La mujer se puso tensa, como asustada por un segundo, pero en seguida puso la que Lucien supuso era su mejor sonrisa y se subió los codos a la mesa, acercándose a él y hablándole suavemente.

—Pregúnteme lo que quiera, señor Meloire, tengo todo el tiempo del mundo.

La mujer se sentía un poco incómoda con este tal detective Meloire.

No es que tuviera mucho que ocultar, simplemente su familia era un tema delicado para ella, especialmente ahora que todos estaban muertos. No es que le importara mucho, pues hacía más de quince años que no hablaba con sus padres y su hermano no era precisamente cercano, pero eso no significaba que les deseara algún mal. Tampoco era idiota. Sabía muy bien en los problemas que se habían metido. Simplemente, ya no eran de su incumbencia.

—¿Así que no sabes nada del crimen? —preguntó incrédulo el detective—. Stephanie negó mientras miraba aburrida los fósforos en su mano.

—No mucho, solo lo que apareció en el periódico. Bueno, eso no era exactamente una mentira, pero tampoco era toda la verdad. Tuvo que hacerle una vez más ojitos de borrego al detective, con la esperanza de que él lo dejará pasar.

No lo hizo.

—Eso es mentira y usted lo sabe —declaró el detective, con un cigarrillo en mano y en el bolsillo de su pantalón—. Parecía estar ojeando al sujeto de la otra esquina de la mesa, el hombre se encontraba tranquilo bebiendo su café. Stephanie no le dio importancia.

—Si tanto le interesa, señor Meloire —exclamó la mujer, mostrando algo de frustración en su voz— entonces puede conseguirse un vidente y preguntarles a los muertos. Ya se lo dije, todo lo que sé es lo que está en el periódico, mis padres tenían asuntos con la mafia. Eso es todo, no me interesa qué era, no me interesa qué hacían y me encantaría que dejara de preguntarme sobre mi familia muerta.

—¿Pero usted sabe qué clase de asuntos, no es así?

Stephanie dejó salir una pequeña risilla, entre molesta y divertida al mismo tiempo ante la pregunta. —Por supuesto que lo sé. Mi hermano era un bocón, por si no lo sabía. Y no sabía controlar tampoco dónde lo metía. Siempre le dije que terminaría en problemas por eso y nunca me creyó.

El detective se acercó a ella, como si fueran cómplices, y le susurró: —¿Sabes la causa real, ¿verdad? ¿Sabes por qué los mataron a todos?

Stephanie sonrió y se llevó un sorbo del café del señor Meloire. A pesar de su fachada de mujer pícara, estaba realmente preocupada.

—¡Oh!, señor Meloire —susurró también la mujer— ¿Por qué querría decirle? No es que no desee ver el asesino de mi familia tras las rejas o mejor, muerto, pero tampoco quiero terminar como un queso si alguien se entera de que usted sabe de algo que no debería porque yo le di la información. Además, es la mafia. ¿Qué va a hacer usted contra ellos, capturarlos? —la risa amarga de la mujer resonó por todo el lugar— cómo si eso fuese posible.

Pablos llevaba unas cuantas horas observándola. La mujer no era ningún blanco fácil, se movía erráticamente por los sitios que sus fuentes habían dicho que frecuentaba. Él suponía que tal vez ella sabía quién era, por lo que trato de hacerse lo más indiferente posible cuando por fin dio con ella en aquel café.

Habitualmente, toda esta situación tendría más o menos un teatro ya practicado. La mujer comería u pastelillo o tomaría un café, mientras Pablos hacía lo mismo a la vez que pretendía estar concentrado en sus pensamientos. Luego, ella saldría del lugar y él lo haría también, tal vez uno o dos minutos más tarde. En cuanto se alejaran lo suficiente de la vista del público, acabaría la función. O al menos eso era lo que él pensaba. En cuanto vio al otro hombre entrar por la puerta, su humor cayó de inmediato. El detective Lucien Meloire, por quién Don Donato había pagado al jefe de la comisaría para asegurarse de que no siguiese desarrollando su caso, se sentó al lado de su objetivo y empezó una evidentemente tensa plática.

Genial. Ahora tendría que matarlos a los dos. ¿Pero qué hacía el otro allí, si ya no le iban a pagar ni un solo centavo por su trabajo? Pablos tuvo que evitar hacer ningún movimiento brusco o golpear la mesa. O matarlos en aquel lugar. Ahora resulta que había encontrado el único detective de toda la ciudad que era adicto a su trabajo. El mesero le caía bien, le había rebajado un dólar completo al precio de su café. Sería una pena tener que matarlo a él también, solo por presenciar la muerte de los otros dos ilusos. Además, el detective podría tener un arma. Mejor seguir con la función, improvisar los diálogos un poco.

Ambos, detective y objetivo, se sentaron a hablar un rato. Pablos estaba casi completamente convencido de que el detective venía por información. Esto lo puso un poco tenso. ¿Y si se daban cuenta de que él había venido por la mujer? No, sería demasiada coincidencia, no podrían hacer la relación a tiempo. Mejor seguir con su papel con sutileza, al público no le gustaba la sobreactuación.

Tomó su café y haciendo un esfuerzo para que no temblara su mano, bebió tranquilamente. Aprovechó la acción para mirar casualmente al hombre en diagonal suyo. Por coincidencia, el detective hizo lo mismo, y sus miradas se toparon. En un acto de falsa cortesía, Pablos apartó su mirada como haría cualquiera, pretendiendo estar mucho más ocupado en lo que sea que estuviese en su cabeza. El

detective lo siguió mirando durante un tiempo, pero luego volvió a concentrarse en la conversación con la mujer.

Siguieron hablando durante un rato y Pablos comenzó a desesperarse. ¿Cuánto tiempo iban a tardar? Le había prometido a su esposa que llegaría temprano a casa. Su aburrimiento hizo que esta vez se perdiera de verdad en sus pensamientos, aun tratando de verse lo más apacible posible mientras el mesero fregaba los vasos y el par hablaba en susurros. Todo era tranquilidad hasta que la mujer dejó salir una risa de volumen bastante fuerte, sobresaltando a todos en el lugar.

—Como si eso fuese posible —escuchó decir Pablos a la mujer, mientras se levantaba y salía rápidamente del lugar.

—¡Señorita Stephanie, espere! —exclamó el detective, quien salió inmediatamente del lugar tras la mujer.

Pablos sonrió y dejó salir un suspiro de alivio. Esperó uno o dos minutos, pagó su cuenta y la del otro par que escapó sin dejar un solo centavo al amable mesero, y salió también del lugar, escuchando cómo estaban, no muy lejos, discutiendo. La mujer no quería decir nada más, aparentemente. Pero Lucien era conocido en el medio por ser un poco obsesivo. Y lo mejor es que ambos estaban discutiendo en un callejón oscuro. ¿Podría haberse servido en mejor bandeja de plata? En fin, a terminar la función. Al otro día se encontraron dos cuerpos sin vida, identificados como el detective Lucien Meloire y la señorita Stephanie Williams, hija olvidada de la familia Williams, en un callejón, ambos con tiros en la cabeza. Amelia, la hija de Don Donato no podía estar más feliz. Su padre había cumplido su palabra y ahora nadie, nunca, especialmente su novio, sabría de su amorío con el hijo menor de los Williams.

# EL CASO

José Alejandro Cruz Gutiérrez

*Dame, Señor, lo que todavía tienes;  
dame lo que nadie reclama.  
No te pido riqueza ni éxito, ni si quiera salud,  
la gente te pide todo eso con tanta frecuencia, Señor,  
que ya no te debe quedar más.  
Dame, Señor, lo que todavía tienes,  
dame lo que la gente se niega a aceptar de ti.  
Quiero la inseguridad y el desasosiego, quiero el tumulto  
y la lucha. Y si me los concedes, Señor, de una vez por todas,  
asegúrame que los conservaré,  
porque no siempre tendré el coraje de pedirte los.*

*Zirnheld  
Plegaria de los paracaidistas*

El reloj se alza imponente sobre la ciudad eclipsando las demás edificaciones que lo rodean. Su mecanismo se asemeja a la forma de gobierno de la ciudad por estos tiempos: todos como parte de un conjunto de engranajes que se mueven con un fin ajeno al nuestro, sin embargo, muchos continuamos con su plan, dejando de lado

por completo nuestros propios intereses, sin razón aparente y sin percatarnos de esto. Todos cumplimos una función en esta nación en constante decadencia; los soldados con sus malas pagas y su corrupción; los pobres alimentando la gula de los ricos; los policías cambiando registros y tapando con un velo los asesinatos que comenten las altas esferas de esta nación; los magnates engordando sus bolsillos hasta romperlos. Aunque la ciudad en su fachada sea aparentemente prospera, por dentro está en constante desequilibrio, pero entre todos los individuos de esta nación habita un ser que es especialmente detestable y desquiciado, es un asesino, pero no cualquiera... este posee un *modus operandi* similar al de Jack el destripador, pero aún más sanguinario, puesto que no solo asesina, sino que destripa y come las entrañas de sus víctimas. Justo aquí se encuentra una de ellas completamente desmembrada y escurriendo sangre desde esta torre del reloj, aceitando los engranajes.

El cadáver de una mujer de no más de veinticinco años se encuentra boca arriba, con el vientre abierto y con pedazos mordidos de piel, a su lado hay un libro sobre alquimia, sin embargo, no hay mucho más que decir. Esta forma de asesinar solo pertenece al mismo asesino que viene atemorizando la ciudad desde hace un par de años. Aunque hay más de trescientos asesinos en serie sueltos en Londres, solo uno posee este *modus operandi*. Terminada la investigación preliminar vuelvo a mi lugar de hospedaje para continuar, así que procedo a bajar las escaleras de la enorme torre del reloj. Salgo del palacio de Londres. Entro en el vehículo policial. Giro la llave de ignición. Piso el acelerador y conduzco hasta el hotel. Salgo del vehículo. Entro al hotel, saludo a la atractiva mujer de la recepción y me dispongo a subir por las estrechas escaleras hasta el quinto piso. Abro la puerta y echo a un lado mi gabardina, cuelgo mi sombrero en el perchero y me lanzo en la cama solo para tomar unos minutos de descanso, así que me recuesto a pensar en lo ocurrido el día de hoy. A menudo tengo pesadillas con los cuerpos de todas esas mujeres asesinadas de maneras brutales e inhumanas. Me levanto y me preparo para otra larga noche de investigación, pues, al fin y al cabo, ese es mi trabajo, ¿no? Así que empiezo a revisar archivo por archivo en busca de algo que posiblemente haya pasado. Observo cada detalle, los tipos de corte, huellas y, sin embargo, sigo sin notar algún elemento esencial que me ayude a encontrar al asesino. Por fin, después de unas cuantas horas examinando cada expediente, encuentro algo extraño en una foto. Aparece una persona en el fondo observando la investigación. Al acercarlo más con el microscopio análogo, puesto que

este tiene un zoom de 40x, que funciona con una serie de engranajes que ajustan las lentes para una óptima resolución, me percató de que esta persona lleva un sombrero alto de copa y un bastón que aparentemente posee un cabezal bastante refinado. Esto es solo una conjetura, pero aun debo confirmar su aparición en las demás fotos para tener una evidencia sólida para mi hipótesis.

Para ello me dispongo a revisar una por una las fotos del asesinato, son en total 58 fotos. A pesar de estar exhausto no puedo dejar de pensar en aquella figura borrosa con el bastón. Aunque las evidencias fotográficas han avanzado enormemente con el tratado por carbón, a la hora de revelar las fotografías, no son lo suficientemente nítidas para identificar los colores o materiales que aparecen. Así que estoy investigando en medio de la oscuridad, sin embargo, al menos tengo algo para seguirle la pista al asesino.

Una hora más tarde, cuando creo que no hay más pistas dentro de las fotos de la escena del crimen, justo en la foto 58, encuentro de nuevo la misma silueta borrosa y la reconozco por aquel bastón. Esta foto fue tomada con la nueva cámara desarrollada por ejército para detectar los detalles más finos de una escena del crimen sin necesidad de tener evidencia física a la mano, no obstante, esta cámara aún está en proceso, puesto que funciona con una lente de grafeno que posee unas propiedades químicas y físicas que le permiten ser más sensible a la luz para captar mejor la imagen. Además, su revelación se hace de mayor rapidez que las formas convencionales gracias al vapor de agua que es lanzado hacia el rollo fotográfico, reacciona con el grafeno y permite revelar, en solo unos cuantos minutos, las imágenes. Todo esto me permite observar las evidencias y conjeturar que ese bastón pertenece a alguien de las altas esferas de la sociedad inglesa. Así que me dispongo a ir inmediatamente a la comisaría. Aún recuerdo cuando fui asignado para este caso hace tan solo un mes, y pensándolo bien, ¿cómo es posible que con los años que lleva este asesino suelto no hayan descubierto nada con anterioridad? La primera foto en la que aparece el presunto asesino fue tomada hace dos años aproximadamente y la última fue tomada ayer en la tarde... Algo anda mal aquí. Con la gran influencia que tienen los políticos no me extraña para nada que haya alguien dentro de la milicia y la policía para ocultar archivos. Y si...

Me apresuro, así que agarro mis cosas y salgo de aquel hotel. Enciendiendo el vehículo y justo antes de pisar el acelerador me percató

de la ausencia de la atractiva recepcionista, sin embargo, no presto mucha atención a esto para seguir mi camino.

Aquel entrometido se había ido, así que procedo a llamar a mi superior. Rápidamente me contesta el teléfono.

—Señor, llamo para informarle que el señor Edward Frye ha salido de su departamento y parecía ir con prisa.

—¿No te dijo a dónde iba? —pregunta mi superior.

—No, señor —digo con voz temerosa—. Inmediatamente mi superior cuelga y no vuelvo a recibir una llamada de respuesta.

Al llegar a la comisaría, soy detenido, sin previo aviso, por el coronel Hugs de la brigada de investigación. Éste me retiene por el hombro.

—Investigador Frye, ¿qué hace usted aquí, a estas horas de la noche?

— Eso mismo le pregunto yo a usted, coronel.

—¿Acaso está insinuando algo señor Frye?

—No, señor, simplemente me parece sospechoso que alguien de tan alta alcurnia esté por estos lados, a estas horas de la madrugada y más cuando pertenece a la jurisdicción de otro distrito como central.

— Pero qué impertinente. No se le olvide que soy su superior y por lo tanto debe respetar la jerarquía de esta organización, si no, estaría deshonorando el buen nombre de la policía distrital de Londres. Está bien, señor Frye, dejémonos de discusiones y explíqueme el motivo de su agradable visita a la comisaría.

—Solo estoy continuando con la investigación que me fue encomendada hace un mes —respondo sin titubear—. ¿Acaso hay algún problema con eso?

—No, para nada, general, es más, estoy para ayudarlo, así que deje esa impertinencia.

—Está bien, coronel —respondo con desagrado.

—En qué podría ayudarme usted, si es verdad que desea hacerlo.

—Solo tome las llaves del cuarto de expedientes, tómese todo el tiempo que desee y también le encomiendo la llave de los instrumentos del departamento forense.

Inmediatamente agarro las llaves para no perder tiempo con la investigación y me alejo camino al cuarto de archivos. No caminé más de cinco metros y recibo el comentario sarcástico de Hugs.

—Edward, no se esponga demasiado o podría sucederle algo, es un consejo de un superior.

Trato de ignorar ese comentario, pero simplemente no puedo confiar en nadie. Es demasiado extraño que la milicia y el departamento federal de la policía con tanta tecnología y métodos de investigación, no pueda atrapar a Jack el Destripador, el asesino en serie más letal de la historia y ahora a este asesino que apareció de la nada. Nos tiene como peones, de la misma manera que tiene el estado a los pobres de este país: trabajando para mantener a la burguesía.

Voy camino al cuarto de forense. Llego a la entrada y abro la cerradura. Enciendo la luz y comienzo a revisar los archivos en busca de la sección de casos aún no resueltos, pero el archivo había desaparecido, simplemente se había esfumado, así que continué buscando de forma desesperada. Tal vez, por error, lo cambiaron de ubicación —pienso— entonces paso a la sección de casos extraños y, por último, en la sección de casos cerrados o resueltos. Logro encontrar el archivo correspondiente a mi investigación, pero extrañamente estaba dentro de un pequeño libro sobre “transmutación”. Sin embargo, revisando los archivos, encuentro una página que al final contenía el siguiente mensaje: “no debió continuar con la investigación, señor Edward Fray”. Inmediatamente me asusto de una forma que nunca antes había experimentado, así que empiezo a recoger mis cosas.

Al cabo de unos minutos, me percató de un olor extraño en el ambiente, así que miro la puerta y me acerco para tocarla; está muy caliente. Procedo a abrirla y lo que veo es solo una fuerte llovizna de ceniza y una ráfaga de llamas avivadas por el metal y la madera de la

estación de policía. Sin pensarlo me cubro con mi abrigo y corro lo más que puedo por el largo pasillo, sin embargo, las llamas alcanzan a quemarme parte del brazo izquierdo.

Salgo de la comisaría por la puerta trasera y veo que un hombre se encuentra a solo un par de cuadras observando el incendio, sin hacer nada, ni si quiera con la intención de llamar a los bomberos estatales. Al detallar más a aquel sujeto que lleva un sombrero de copa alto y en su mano carga un bastón, que por su forma se me hace bastante familiar, de inmediato recuerdo la foto de la investigación. Me acerco al sospechoso, puesto que tal vez fue él quien prendió fuego a la comisaría, después de todo, ¿por qué alguien se quedaría allí viendo cómo todo se quema sin decir una palabra? Me acerco al sujeto y le grito: —¡Ey!, ¡llama a los bomberos, necesito ayuda médica! —. Aquel hombre se gira y empieza a huir lentamente, sin embargo, insisto.

—¿Acaso no escuchas?, ¡llama a los bomberos estatales!

Aquel hombre empieza a correr y lo sigo sin pensarlo. Aún con mi brazo lastimado por el incendio, logro recomponerme un poco y correr tras él.

Tres cuadrantes más adelante dobla por un callejón y le pierdo el rastro por unos segundos, así que tomo un pequeño atajo más al norte, hacia dónde vamos, recobrándole la pista. Logro alcanzarlo en una saliente, él se voltea, lanza un disparo en mi dirección y, afortunadamente, falla. Me cubro para evitar ser alcanzado por otro proyectil. Esta vez noto algo particular en sus disparos. El impacto de su bala no genera un estruendo muy grande, por lo que inmediatamente me doy cuenta de que usa balas calibre 38, recalibradas con base de carbón y recubrimiento de cobre. ¡Esto no puede ser! Son balas específicamente dadas a militares o políticos de alto nivel de poder que necesitan protección en caso de algún atentado o revuelta por parte del proletariado. Me decido a continuar con la persecución y no dejar escapar a aquel sospechoso. Lo sigo por unas cuadras más mientras me ha lanzado varios disparos fallidos. Luego de unos minutos, noto que nos dirigimos hacia la torre del reloj. Sé que tal vez sea una trampa, pero todo sea por saber la verdad. Así que sin importar lo que pase, iré tras él...

Al llegar a la torre, empezamos a subir las escaleras. Me pareció extraño que no hubiera guardia resguardando la entrada, pero hice

caso omiso y todo empezó a tornarse más extraño cada vez. Así que terminamos de subir las escaleras. Se esconde entre los pasillos. Lo busco. Lo encuentro. No se resiste al arresto, lo cual me alerta, y justo cuando lo iba a interrogar, me suelta las siguientes palabras:

—¿Está contento con mi obra señor Edward?

A lo que respondo, sin titubear, con gestos de odio y un puñetazo en la cara. El hombre sonríe cruelmente y es arrastrado por mí hacia la luz para poder ver su rostro. Me di cuenta de que era el hijo del gobernador del distrito. Sin aviso alguno, siento que me hablan desde atrás.

—Investigador Edward Frye, qué gusto tenerlo por acá. Un investigador de medio rango no debería estar en la torre del reloj sin autorización alguna, y menos sin avisar a un superior.

Inmediatamente reconozco la voz de aquel hombre, a lo que respondo mientras volteo a mirar al hombre detrás de mí.

—Sí, señor Hugs, tiene usted toda la razón. Inmediatamente el sospechoso irrumpe con una fuerte carcajada.

—Edward Frye, el hombre que encontró al asesino anónimo de Londres, murió en la torre del reloj. Ya me imagino los titulares de la edición de periódico de mañana. El coronel Hugs también suelta una carcajada.

En un momento de descuido, el asesino me golpea la cara contra el suelo y es allí cuando comienzo a preguntarme qué está sucediendo en realidad; no puedo aguantar más.

—¿Qué está pasando con ustedes?

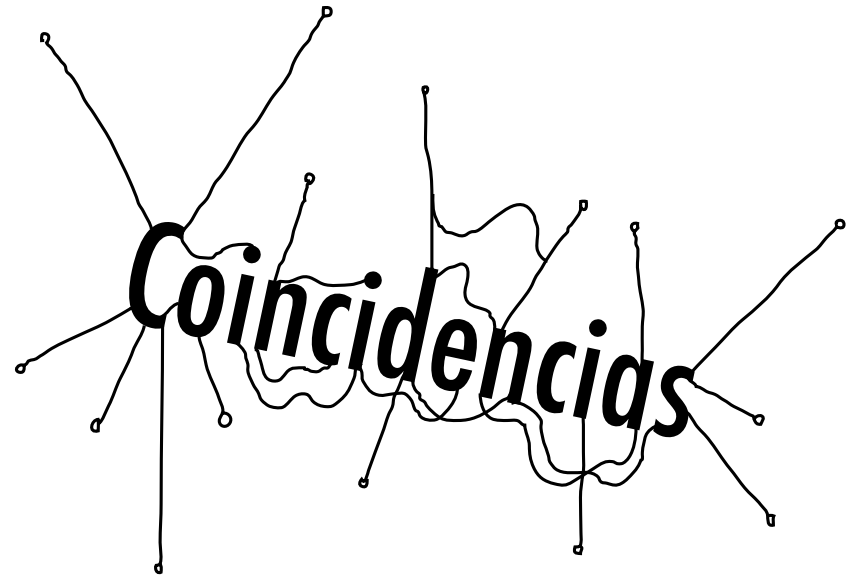
—Nada, investigador, solo disfrute lo que le queda.

Me pongo de pie y saco mi revólver 38 sin munición silenciada por carbono. Tengo que aprovechar bien la munición, pues solo tengo seis disparos. Rápidamente me cubro y lanzo un disparo al azar que impacta en uno de los engranajes del reloj y lo avería. Este error de precisión provocó que todo el mecanismo del reloj comenzara a fun-





# Coincidencias



Alejandra Velásquez

Suspiro en signo de cansancio mientras cierro la puerta de la oficina y voy camino a la salida del edificio. Estas últimas semanas han sido las peores dentro de la CIA. Todo está de cabeza por un hacker que ha logrado penetrar en la red de seguridad y ha extraído documentos de todo tipo. No se sabe mucho sobre él, lo único claro es que se trata de un hombre joven con la manía de dejar mensajes sin sentido como: “De algo uno se tiene que morir, ¿no lo creen? ¿Definitivamente esto es la matrix? Señores esto se acabó... pero para ustedes”. Me toco el cuello frustrado mientras espero a que el ascensor termine de subir los pisos, reviso mi celular y veo que tengo un montón de notificaciones de diferentes tipos, pero no hay nada en especial que me llame la atención. Suena la campanilla en señal de haber llegado al primer piso, guardo el aparato, no hay nadie en la recepción, paso de largo y me encamino hacia la salida. La fría noche me golpea el rostro cuando cruzo las grandes puertas del edificio, me ajusto la gabardina y decido entrar en la única cafetería que hay abierta a esas horas de la noche.

Me tomo la cabeza mientras maldigo mi suerte esa noche. Había viajado desde Francia hasta Estados Unidos por un trabajo, todo muy normal, pero me tocó sentarme al lado de una familia de turis-

tas, de esas cuyo padre solo duerme y ronca, la mamá está pegada al celular, la creída hija mayor peleando con el hijo del medio porque éste le cogió su diario y lo leyó, y, por último, el bebé que no para de llorar. Aguanté ese infierno por más de quince horas. Después mis maletas fueron a parar en otro avión, los encargados dijeron que las tendrían acá en tres días y que no podían hacer nada más. Con la poca paciencia que tenía le grité a la gerente de la línea aérea y como era de esperarse me sacaron del aeropuerto a patadas, menos mal no me llevaron a una estación de policía. Las cosas no podían empeorar ¿cierto? Bueno, grave error, ahora acabo de perder el último bus que me llevaba al hotel y como apenas cuento con el dinero suficiente, no puedo pagar un taxi. Dejo salir toda la rabia pateando una piedra del suelo y me quedo mirando el cielo, todo está nublado, hace frío y no tengo nada con que combatirlo, solo estoy vestido con un traje formal. Miro donde quedó la piedra, justamente al frente de una cafetería. En ese momento mi estómago rugió en protesta de comida, miré la hora con mi celular y por ahí derecho respondí algunos mensajes y correos. Me di cuenta de que ya era muy tarde y no había comido hacía más de siete horas, no tuve más remedio que entrar.

Hoy el día fue realmente pesado en la cafetería, en especial entre las cinco de la tarde y siete de la noche. No me quejo mucho, mientras más personas entren, más probabilidad de tener una gran cantidad de propinas. Estoy en la caja haciendo las cuentas de las ganancias y un breve inventario de los productos vendidos, miro el reloj y falta un cuarto para que sea media noche, un cuarto de hora para terminar mi turno e irme a mi casa a descansar. Termino los deberes y me dirijo a la habitación de los empleados. Busco mis cosas en el casillero y las organizo para tener todo listo e irme lo más rápido posible, saco mi celular para verificar los correos y mirar quién me ha escrito. Estaba escribiendo la respuesta a un correo, pero justo en ese momento, escuché el tintineo de la puerta principal. Bufé con molestia, bloqueé el celular, lo guardé y salí de ese cuarto. Noté que habían entrado dos personas, un hombre con una gabardina y el otro con un traje formal. Los saludé, tomé sus órdenes y mientras las pasaba a la cocina, terminé de enviar el correo.

Entré en la cafetería y me senté en la barra. Un chico salió de una habitación con su celular en mano, miró a su alrededor y rápidamente vino hacia mí para anotar la orden, pedí un café. Lo vi alejarse hasta el otro cliente, repetir la misma rutina y perderse hacia donde se supongo es la cocina. No lo sigo observado y me concentro en

mi deber. Vuelvo a sacar el celular y empiezo a teclear rápidamente, frunzo el ceño con el último mensaje que recibí. Al parecer el malnacido lo volvió hacer, en este momento no hay seguridad alguna en la CIA, esta vez sí se pasó el desgraciado. No esperé el café y simplemente me fui de allí.

Me senté en la primera mesa que encontré y deje caer todo el peso en el asiento, me perdí en mis pensamientos y solo salí de ellos cuando el mesero estaba al frente mío, esperando que le dijera la orden. Pedí un chocolate caliente junto con unas donas. El joven se fue y desapareció. Saqué mi celular para entretenerme un rato y me dispuse a disfrutar mi juego preferido, debía sacar toda la frustración con algo y ¿qué mejor que hacerlo sanamente con un juego para celular? Pasados unos minutos, el joven llegó con mi orden y la puso en la mesa, no le di importancia y seguí jugando mientras tomaba una dona y me la comía poco a poco ¡Dios, qué delicia tan deliciosa! Terminé de jugar y me dispuse a dejar el dinero en la mesa. Sin duda alguna volveré a este lugar, me encantaron sus donas.

Le pasé la orden al cocinero y mientras esperaba revisé mi celular otra vez. Entré en la página de la CIA para ver cómo iba el caso del hacker, pero inmediatamente me di cuenta de que ésta estaba bloqueada del todo, intenté de varias formas entrar, con mi ID, el código secreto, hasta con la huella digital, sin embargo, era imposible el acceso. Golpeo el muro con frustración ¿Cómo era posible que el maldito hackeara la página completamente en una sola noche? Sin tiempo que perder les mandé un mensaje a los detectives principales del caso. Las órdenes salieron en ese momento, desanimado salí y las entregué. El señor de gabardina se había ido, mejor, así puedo tomarme el café y pensar con más claridad. El otro, al rato se fue y dejó el dinero en la mesa. Cuando lo recogí vi una nota:

Mis más sinceras felicitaciones con sus donas y chocolates, son exquisitos, me dejaron con ganas de más ¿Qué puedo decir? De algo uno se debe morir. Espero poder morir de esa forma y no estar atrapado en una matrix.

The word "Salome" is written in a bold, black, sans-serif font. It is centered within a white, irregular, cloud-like shape. From this central shape, several thin black lines radiate outwards in various directions, ending in small open circles, resembling a starburst or a network diagram.

Juan Pablo Mejía

Sonó la alarma, abrí los ojos y vi que unos rayos tenues de sol iluminaban mi cuarto, caminé lentamente al baño que está ubicado a escasos diez pasos de mi cama. Encendí la luz, enjuagué mi cara en el lavamanos, alcé la mirada y me observé en el espejo ¡debo afeitarme! —exclamé—, mi bigote parece una ardilla. Sequé mi rostro y me dirigí a la cocina, me acerqué al refrigerador y lo único que había era una bolsa de leche vencida. Atrás vi una caja de cereal en la que aún quedaba un poco, la volteé en mi boca y me comí lo que quedaba. Fui de vuelta al baño para ducharme. Una vez afuera, tomé mi camisa blanca, mi chaqueta negra y el pantalón del mismo color, agarré mis llaves y mi celular de la mesa de noche, me miré al espejo para peinarme, pero solo tiré mi pelo hacia atrás con un poco de gel y salí. Caminé un par de cuadras antes de llegar a la parada de buses y en los paneles leí: “permanezcan fieles al sentido de la tierra y no presenten fe a los que hablan de esperanzas ultraterrenas”. La frase está seguida del dibujo de un león rugiendo. Observé mi reloj y eran las 6:30 a.m. Se suponía que el bus ya debería haber llegado, pero realmente llegó diez minutos después, así que subí, saludé al cyborg que iba de chofer, le pagué y me senté en el puesto que daba a la ventana. El bus está solo. Como es un trayecto largo, decidí platicar un poco con el chofer: ¡parece que va a llover! —le dije—. Me miró

de arriba abajo despectivamente y volvió a observar el camino sin darme ninguna respuesta.

¿Será un hijo de puta o simplemente no lo habrán programado para responder? Así que lo único que podía hacer era mirar por la ventana. Había una nube gris opacando casi por completo el cielo, también vi casas destruidas, indigentes durmiendo en las calles, y como ya es costumbre, uno o dos muertos en el trayecto. Llegué a la parada que está más cerca de mi oficina y me despedí del cyborg, a lo que contestó con un tono sarcástico al que no le di importancia y me dirigí a mi oficina a través del parque. Allí había alguien predicando las ventajas de ser parte del sistema y hablando en favor de que las macrocorporaciones estuvieran en todas partes. Tenía algunas personas a su alrededor y en ese momento se me vino a la cabeza la frase que había leído en la parada de autobuses.

Cuando llegué al lobby de mi edificio de oficinas me acerqué a los ascensores, oprimí el botón del piso al que iba, pero antes de que se cerraran sus puertas, escuché la voz de una mujer pidiendo que lo detuvieran, a lo que reaccioné al instante. Ella ingresó. Para mi sorpresa, era mi compañera nueva con su cabello rubio rojizo perfectamente peinado, falda azul oscura y una blusa blanca de manga larga, estábamos solos en el ascensor así que respiré profundo y la saludé con un sencillo ¡Hola! Ella respondió mi saludo con un ¡Hola! no muy cálido y agregó: —Perdón, estoy muy nerviosa, me llamo Salomé—. No tuve tiempo de decirle mi nombre, pues en ese momento el ascensor llegó a su piso y ella salió apresuradamente. No me dio tiempo tampoco de despedirme, pero sí de quedar totalmente enamorado.

Luego llegué a mi piso y fui hasta mi cubículo en el que encontré una pequeña pila de informes. A los pocos minutos de haber llegado, el jefe citó a una reunión en la sala principal y aunque no sabíamos de qué se trataba, fuimos a prisa. Era para presentarnos a su esposa que sería la nueva jefe de la oficina. Los pocos hombres presentes en la sala quedaron estupefactos con su belleza mientras que los cyborgs y androides simplemente observaron o reorganizaron su pirámide de poder o yo que sé. Finalizada la reunión yo me quedé para acercarme a la nueva jefa y preguntarle: ¿Por eso estabas tan nerviosa en el ascensor? Te deseo éxitos en tu nuevo cargo —solo quería buscarle el lado— me sonrió y sin más se dirigió a su oficina y me dejó igual que en el ascensor...

Me fui para mi oficina, pero el resto del día no logré dejar de pensar en ella. A la hora del almuerzo no saqué de mi cabeza su personalidad tímida y misteriosa, su cuerpo, su hermoso rostro de piel sonrosada y facciones angelicales, sus ojos café claros de mirada cautivadora, sus pómulos altos y su nariz respingada, de suaves pinceladas, perfectamente calculadas por un artista del renacimiento, sus brazos largos y bien torneados. Era una mujer perfecta, pero fuera de mi alcance, así que terminé los informes que tenía pendientes. El sol ya se había escondido y mis compañeros se disponían a irse a sus casas mientras yo adelantaba un poco de trabajo con la esperanza de que me ascendieran a un cargo mejor.

Creí que estaba sola, pero al mirar los cubículos, pude ver al chico del ascensor y decidí hacerle compañía. Al parecer no me escuchó acercarme y lo tomé por sorpresa, pues dio un salto al verme.

—¿Qué sucede? ¿Por qué estás tan tarde en la oficina?

—Solo quiero adelantar algo de papeleo, siempre lo hago —respondí.

Después de un rato hablando acerca del trabajo, poco a poco empezamos a adentrarnos en una charla más íntima, la conversación se puso más caliente hasta que, de un momento a otro, saltó sobre mí y empezó a besarme mientras me acariciaba el cuerpo.

—No sabes todo lo que deseo hacerte esto, Salomé, quiero cogerte, —susurraba mientras me seguía acariciando debajo de la ropa.

—¡Para! ¿Qué tal si no somos los únicos en la oficina? Pero mi voz era cada vez más débil, opacada por su lengua y mis jadeos. Me besaba con avidez, como queriendo devorar cada parte de mí, metía su lengua en mi boca y yo la mía en la suya hasta que no pudieron separarse.

Desabroché su blusa y deslicé mi mano por el sujetador hasta llegar a sus senos, que de inmediato dejé al descubierto. Empecé a lamerlos y al parecer logré excitarla aún más. Mientras que con una mano agarraba sus pechos y los lamía, con la otra bajaba lentamente hasta llegar a su pelvis, levanté su falda, seguí bajando y pude notar que estaba húmeda, mi boca siguió el mismo camino que mi mano, bajé lentamente su tanga, y jugué un poco con sus labios, recorriéndolo

los lentamente de lado a lado. Me detuve en el clítoris para rozarlo levemente con mi lengua, inmediatamente empezó a estremecerse.

Entre jadeos y gemidos, le decía que no parara. Introdujo sus dedos lentamente. Una vez adentro, empezó a moverlos sin parar, haciendo que me corriera. Prolongó mi orgasmo lo más que pudo, manteniendo dos dedos dentro y otro en mi clítoris. De inmediato desabroché su pantalón y lo bajé, me tomó por sorpresa que no llevara ropa interior, por lo que su pene salió disparado, apuntando hacia mí. Sin mediar palabras, me arrojó en su escritorio, caí con las piernas abiertas y en dirección a él y se acercó lentamente y me penetró.

Pensaba que me costaría más, pero estaba equivocado, era increíble el sentir como su húmeda vagina iba tragando más y más, como rozaba con sus labios en el camino, un camino lento, pero extremadamente excitante.

—¡Cógeme! ¡Cógeme sin parar! — decía entre jadeos y gemidos.

Entonces se separó un poco de mí y embistió con toda su fuerza una y otra vez, cada vez más fuerte y más rápido, hasta que después de unos minutos, sentí su semen invadiendo y llenando casi por completo mi vagina, estallé en un orgasmo tan brutal que pensé que me desmayaría. Nos quedamos un rato abrazados. Su pene ahora estaba más pequeño y no tan duro, aún dentro de mí, y su semen se deslizaba por mis muslos. Ese momento fue interrumpido por un sonido que provenía de unas oficinas contiguas. Inmediatamente nos vestimos y sin decir nada nos fuimos para nuestras casas.

En el viaje en bus hasta mi casa, no pude dejar de pensar en lo que hice con ella momentos antes, solo deseaba volverla a ver. Llegué al apartamento, me quité la ropa y me duché antes de ir a la cama, pensando en ella. Me levanté tarde y tuve que bañarme velozmente y salir corriendo del apartamento para no perder el autobús al que ingresé justo a tiempo, lo mismo de todos los días, atravesé el parque y antes de ingresar al edificio le pregunté al portero si había visto a Salomé, pero lo negó. Salí del ascensor hacia mi cubículo y encontré en mi escritorio un sobre de mi jefe marcado a mi nombre. Pensé en el ascenso, lo abrí y vi las fotos de una mujer degollada con golpes en todo su cuerpo...era Salomé. El hijo de puta la había matado sin pensarlo dos veces. Corrí hacia su oficina y toqué la puerta con todas



mis fuerzas. Él la abrió con toda tranquilidad, como si no hubiera hecho nada.

—¡La mataste, maricón ¡¡ —le grité—.

—Sí, ¿y qué? Era una puta, simplemente un peón, igual que tú.

Me abalancé sobre él y, de un puño, me tiró al piso. Se puso sobre mí y me golpeó un par de veces, luego me levantó del cuello de mi camisa y me dijo: —si me entero de que intentas delatarme, vas a terminar peor que esa puta, así que mejor ve a tu cubículo y sigue trabajando. Salí de ahí, desconcertado e impotente y de un golpe rompí mi ordenador. No tenía más motivos para vivir y observé la ventana, era un piso cuarenta, sin posibilidad de sobrevivir, así que corrí rápido hacia el ventanal.



Andrés Serna

Llevo mucho tiempo saciando mis placeres, cercenando vísceras y pequeños tajos de inmisericordia. Es el deseo de mi alma ver correr chorros carmesíes mientras mi verga profana cada nueva hendidura en su recién y transcrita armadura, tan su suave y blanda. La carne que se quiebra, como un templo, bien describía el marqués de Sade en Justine o los infortunios de la virtud. Es verdaderamente oscuro y tentador buscar el éxtasis siempre en una persona, pero nunca en la misma, al azar, tal vez, y sin preferencias. Todos son bienvenidos a esta casa de lujuria donde serán vertidos desde adentro con el cáliz de mi odio.

No siempre recuerdo, pero cuando lo hago, por paradojas de la vida, es a través de una felación; pobre desaparecida. Reconozco cómo comencé a convertirme en presa. Pasar en unos años de ser un cazador a una de mis presas es algo realmente detestable, pero no soy un hombre, soy más que un hombre, sin embargo, siempre menos que el ser más insignificante de esta tierra.

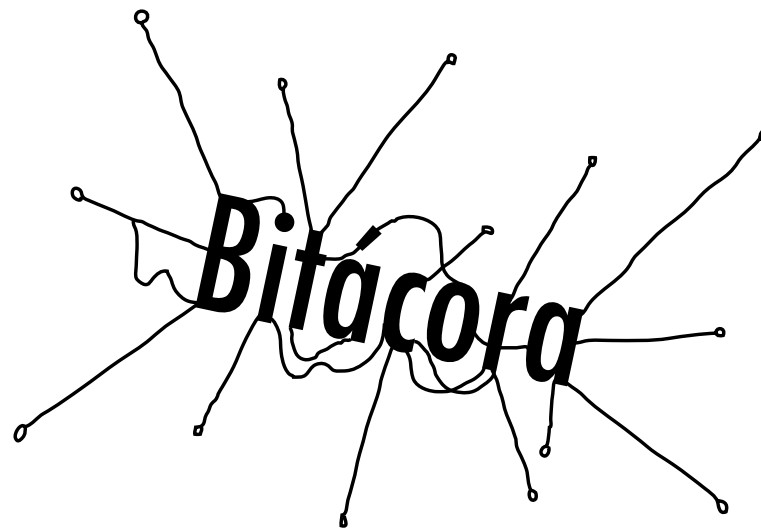
Cuando fui un hombre, me obsesioné con el anillo. Dicen los cuentos de Sir Vil que en lo más profundo y recóndito de este mundo existe un anillo capaz de distorsionar la realidad por completo, fue tanta mi obsesión que maldije a todos y cada uno de los aventureros que

volvían con las manos vacías tras cada humillante derrota. Veritas. Con el tiempo y en las calles, siempre siguiendo las pistas, forjé mi camino, creyendo en su existencia. El fin, destruir esta putrefacta sociedad. Mi vida actual podría terminar muy rápido con estas palabras; suicidarse suena espléndido.

Encuentro en cada misterio el deseo de coger un cuchillo y oprimirlo contra alguien, cada vez más fuerte, en partes que no consideraba realmente importantes. Lo que se siente atravesar desde el ojo hasta la parte de atrás del cráneo, ¿se compara con sentimiento de una verdadera vida? Creo yo, que sí.

Fui un detective verdaderamente intenso. Quería resolver el mayor misterio de todos: Sir Vil, la oscuridad que echó tierra profana a nuestras vidas. Quiero, llegar al anillo. Pero cada vez más irreal, me pierdo en mi locura. Pasando por aquellas impías calles, con sus pintorescos payasos y estrechos corsés, supe a cómo la hora, desde que tengo memoria. No encontraba la respuesta en el oficio. Tan grave fue mi caso que me llevó a creer que el anillo podría construirse y dejé de buscar a las escorias, los malignos sin un solo pelo de sentido. He ahí nuestra gran diferencia. En un viejo tomo, hallé que para construir el anillo deben ser sacrificadas, de la peor forma, cien mil almas de seres desgraciados y que con su sangre mezclada... todo un recetario.

Fue sencillo abandonar la práctica y ponerla a obrar en el otro sentido. Ya son cuarenta y cinco almas desafortunadas a las que he violado por orificios fisionómicamente naturales e innaturales. He despellejado y besado cada abertura hecha. A algunos los he cosido vivos, aún despellejados, y me he deleitado observando sus gemidos tan dulces, tan crueles. He aprendido a disfrutar de esto a tal grado que me puedo venir varias veces al día viendo cómo cagan en sus bocas, jugando con su fisiología como si de partes se tratara. Toda clase de placer he conocido para alcanzar mi verdadero fin: destruir esta sociedad vulgar que corroe toda esencia. Hay que matar a Sir Vil.



Manuel Alejandro Yepes

*Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos, un instante, en el paraíso.*

**Borges**

### 20 de septiembre de 1990

Estaba caminando tranquilo por el páramo junto a mi perro Rex. De pronto, él se dirigió a un montículo de nieve y empezó a excavar. Me acerqué a ver qué era lo que buscaba y noté que poco a poco fue desenterrando algo que olió varios metros de nieve abajo. Lo primero que vi fue una mano que sostenía una cámara fotográfica, mi corazón se detuvo por un momento, todos los recuerdos del incendio del que no pude rescatar a mi compañero invadieron mi cabeza, pude sentir el calor en mi rostro, las llamas de ese día me alcanzaban. Después de pensarlo un momento decidí tomar la cámara para revelar las fotos, solo por la curiosidad de saber qué instantes logró capturar este sujeto antes de morir.

### 25 de septiembre de 1990

Fui al pueblo a revelar el rollo que Rex y yo encontramos en la cámara del hombre enterrado bajo metros de nieve. Solo había dos



fotos, una en la que estaba acompañado de una mujer y otra en la que se veían las fauces de un animal como si este se fuera a comer la cámara. No puedo evitar preguntarme qué pudo haber pensado mi mujer luego de que me ahogué en el alcohol y dejé mi trabajo de bombero; seguro la decepcioné muchísimo, pero yo no podía verme en el espejo si pensar en los gritos desesperados de Allan.

### 26 de septiembre de 1990

Volvimos a visitar el lugar donde encontramos la cámara fotográfica y al hombre. Esta vez Rex se dirigió hacia el este del punto exacto del día. Excavó un poco y tomó con su boca un brazo congelado. Por los fragmentos de la chaqueta que todavía estaban asidos, diría que se trataba de la mujer que acompañaba al hombre en la foto. Dimos un par de vueltas más por el sitio hasta que Rex perdió por completo el control, era como si alguien o algo estuviera dentro de mi perro, se abalanzo encima de mí y me gruñó, estuvo a punto de mordirme el cuello, pero justo en ese momento volvió en sí. Este páramo esconde más secretos de los que cualquiera podría imaginar que existen en un paraje aparentemente tan inocuo, quizá sea hora de cumplir mi sueño y convertirme en detective, pero... ¿Qué estoy buscando?

### 27 de septiembre de 1990

No pude dormir. Toda la noche estuve muy nervioso, sentía que había ruidos extraños en la pequeña cabaña donde vivo, pensaba que algo iba a aparecer en medio de la oscuridad a matarme. Rex me notó tan nervioso que se escondió debajo de la cama, cosa que me alteró más. Finalmente, a eso de las 3:30 a.m., logré conciliar el sueño, con mi revolver en la mano, por si algún visitante nocturno decidía entrar sin ser invitado.

### 30 de septiembre de 1990

Esta mañana me dirigí al pueblo para comprar unas provisiones. En el mercado, la cajera estaba hablando con un hombre sobre una criatura muy extraña que aparentemente rondaba los páramos.

—Señor Edgar, tenga mucho cuidado, no deje ventanas ni puertas abiertas porque parece que este animal es totalmente desconocido y peligroso—Dijo ella.

—No se preocupe por nosotros, niña. Mi mujer y yo, aunque no crea, podemos cuidarnos muy bien con un par de escopetas, claro que, si us-

ted desea, podemos hacer de mi esposa comida para la bestia y yo la protegería con todo el gusto. Me daba asco que un señor de setenta años le coqueteara a una niña de dieciocho y que ella le siguiera el juego.

—Pues, señor Edgar, si se llega a aparecer por acá el animal aquel, usted será la primera persona a la que llame. Como si el monstruo le fuera a dar tiempo de hacerlo.

### 2 de octubre de 1990

Salí de noche con Rex. Llevaba una lámpara de aceite para facilitar el recorrido de los límites de mi cabaña. Caminamos en círculos durante horas y finalmente decidimos sentarnos en medio de la nada. Me recosté en lo que quedaba de nieve del deshielo, era una noche estrellada, pasaban cientos de estrellas fugaces. Cuando estaba empezando a quedarme dormido escuché el sonido de unas pisadas. Me quedé inmóvil, no quería imaginarme qué se acercaba lentamente... fue ahí cuando lo vi, no sé si él o ella se percató de mi presencia, pero ahí estaba. Era un animal impresionante, bestial, un poco más grande que un oso negro, su cabeza era como la de un león, sus dientes de serpiente, sus patas de caballo; realmente ahora que lo pienso no sé si estaba despierto o soñando, en cualquier caso, hablábamos de un animal colosal.

### 5 de octubre de 1990

Decidí poner una trampa. A unos cuantos kilómetros de mi casa hay un terreno abierto, haré un hueco lo suficientemente grande como para que esta Quimera caiga y no pueda salir. Montaré un pequeño campamento con maniqués que simulen ser personas alrededor de una fogata, pondré comida suficiente y olores que lo puedan atraer.

### 10 de octubre de 1990

El agujero está listo, tiene ocho metros de profundidad y un ancho de cuatro, todo esto porque no sé cuánta fuerza pueda tener y, en consecuencia, cuánto pueda saltar. El siguiente paso es montar el campamento. Ya tengo todo comprado, solo falta instalarlo y que comience la fiesta.

### 12 de octubre de 1990

9:00 p.m.

Estoy escondido mientras escribo esto. La Quimera está rondando mi hogar, yo la siento, Rex la siente, pronto va a caer en la trampa



y yo...no sé qué haré con ella, pero la tendré atrapada. Demonios, alguien viene, al parecer es mi exesposa ¿Qué carajos voy a hacer con mi ex y un monstruo mítico en el mismo lugar?

11:00 p.m.

Logré escaparme un segundo de las manos de Shara para escribir, ella no para de hablar sobre lo que debo hacer por los niños y bla-blablá. Sinceramente no me importa. Mi obsesión ahora tiene cara de fantasía y hasta de locura, pero todo tendrá sentido en un par de horas cuando la atrape, así será... así será.

**13 de octubre de 1990**

4:40 a.m.

Nadie va a creer lo que estoy a punto de escribir, lo hago con mi último aliento por si alguien en algún momento decide que esta historia debe ser contada. La Quimera estuvo atrapada dos horas, pero logró escapar. Como fui yo quien la apresó me habló telepáticamente en castellano, dijo que me haría un hechizo porque criaturas como ella son sagradas y que iba a perder lo que más quería. Primero se llevó a Rex, luego... hizo que yo matara a Shara a cuchilladas. No sé cómo lo logró, pero la odié por unos segundos, los cuales me bastaron para arrebatarme su vida.

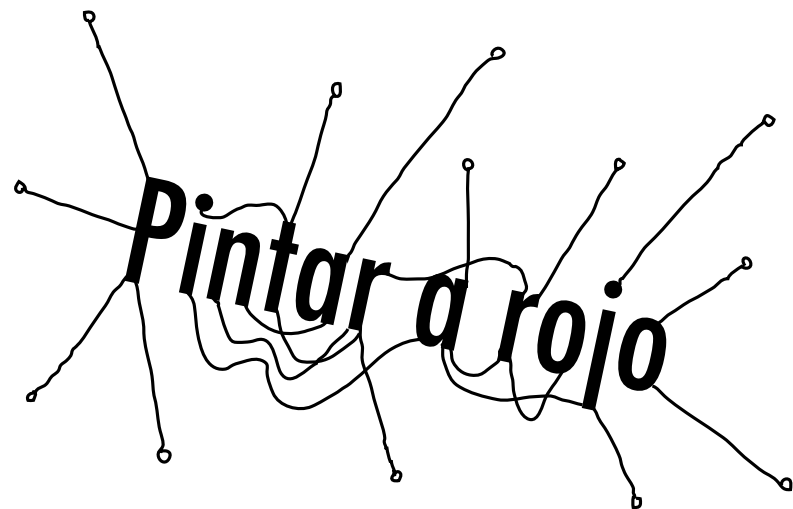
—Ahora que has perdido lo que más quieres es hora de que te pierdas a ti mismo —Dijo malvada mirándome—, vas a ver lo que hiciste desde la perspectiva de los demás.

—Mataste a tu esposa —decían.

—¿Cómo pudiste? —preguntaban.

—¡Estás loco! —exclamaban.

—Lo ves, pequeño prospecto de bombero, solo tienes un trauma y eso te hará quedar como un psicótico, irás a la cárcel donde te pudrirás, y yo seguiré habitando este lugar, esperando al próximo ingenuo que quiera retarme—sentenció la Quimera.



**Luisa Fernanda Lopera Gallo**

Es el crimen número catorce causado por el mismo asesino. Muchos de mis compañeros han abandonado el caso, pero no puedo dejar de pensar quién es esta persona, simplemente deseo saber qué tiene en su cabeza creativa, es impresionante cómo termina con sus víctimas: gana su confianza para después atacarlas por la espalda, degollarlas con una correa y golpearlas hasta dejar el sistema interno destrozado, sea con barrotos o lámparas, abrirlas, después agarrar una brocha, y dejar dibujos en las paredes, que con escalas de rojos, divisan los más hermosos cuadros impresionistas de Monet, Renoir, Rousseau y Pissaro, o bueno, un intento de ellos. Supongo que es difícil dibujar a base de sangre y lienzos verticales. Debe tener un tiempo considerable para la creación, se nota su dedicación.

Mientras contemplé la obra de arte, llega mi compañero, como a mitad de investigación.

—Llegas tarde de nuevo.

—Últimamente no me he sentido bien. Ya sabes que estoy muy viejo para este tipo de casos. No veo el momento de poder salir.

Lo miro detenidamente y noto que tiene el pelo mojado.

—¿Y qué te parece este caso?

—Una obra de Renoir, nada mal, las brochas que utilizó no son las mismas, estas fueron para pintura en seco, y no fueron brochas cualquiera, estas son de la más fina calidad. Mira la copa que está tomando la mujer. Para dejar esa textura en sangre necesitó un pincel extremadamente delgado. Las obras de Renoir se enfocan mucho en la figura femenina. Mira a la mujer de este lado, no sabes si está sonriendo o no lo está. ¿Puedes notarlo? ¡A que no habías visto eso antes! —me dijo con gusto y admiración.

—Sí, compadre, lástima que esto dure tan poco, ya viene el personal para limpiar.

Nuevamente me quedo sorprendido con el conocimiento de mi compañero sobre esto. “Necesito más pistas”.

No me molesta este trabajo. Llevo más de ocho años como detective, me interesa lo que hago, realmente disfruto haciéndolo, lástima que mi compadre no lo disfrute tanto como yo, lo noto un poco extraño. No para de decir cuánto desea salir y jubilarse, que estos casos lo llevan a graves migrañas que son imposibles de eliminar con una pastilla. Lo único que puedo hacer es dejar la investigación a mi cargo y dejar que él se marche a descansar.

Es el crimen número quince causado por el mismo asesino. Hoy fue una pintura diferente, esta vez de Vicente, y el material, una mujer entre veinticinco y treinta años que se encontraba tirada al lado de la cama. Mi compañero llega a tiempo para empezar la investigación y de nuevo comienza con sus berrinches.

—Hermano, me siento exhausto, no quiero seguir con esto, no dejo de pensar todas las noches en cuánto pudieron haber sufrido estas pobres personas, en cómo a esta mujer se le irritaban sus hermosos ojos azules, mientras le temblaban las piernas de dolor; y cómo lentamente su vestido se iba tornando color rojo, haciendo contraste con su pelo rubio, se retorció mientras la degollaban, y gritaba en el placer infinito del asesino. Y esos labios... ¡Ah! Esa piel.



No pude evitar sonreír, le puse mi mano sobre su hombro y le dije:

— Sí, deberías dejar esto a un lado, tal vez dedicarte a las manualidades o a algo más interesante. ¿Qué te parece la pintura?

No podía evitar reírme. Me acerqué cuidadosamente al cadáver sin que mi compañero notara lo que estaba haciendo, me levante y le dije: —sus ojos permanecen cerrados. Por muy destrozado que este el cuerpo, sus ojos azules no se pueden ver. De alguna forma descubriré quién fue el asesino, pero me quedé callado, tal vez podría aprender un poco sobre arte con mi compadre.



# Un pasado misterioso

Juan Diego Mozo

Todo termina con un susurro y una acción desesperada...

Me mudé a la Nueva Granada hace ya más de diez años. Era un español reconocido como uno de los grandes investigadores de la época. Nunca sentí que los casos que ocurrían en España fueran un reto, todo era demasiado fácil, ya que el índice de maldad era demasiado bajo. Pero cierto día, al parecer, Dios escuchó mi deseo y decidió darme un caso, el cual llevo doce años resolviendo. Sin duda, se trata de un caso que cambió radicalmente mi vida y mi forma de pensar. Todo empezó una mañana turbia y fría. Un sentimiento me decía que no debía aceptar casos, pero soy un hombre soltero que no tiene nada mejor que hacer, entonces me dirigí a mi oficina y fuera de está estaba la mujer que abrió un nuevo capítulo en mi vida, un capítulo de sufrimiento, de tristeza y de romance.

Cuando la vi, por sus ropas terrenales supe que era del bajo mundo. Además, era trigueña, lo cual me indicaba que era una mujer criolla. Aun así, resaltaba la belleza de sus atributos y su rostro era parecido a las esculturas de la antigua Grecia que siempre buscaban la perfección. Segundos después de mi análisis me le acerqué y le pregunté si necesitaba algo, a lo cual ella, con una voz desesperada, me respondió

que necesitaba volver a Santafé porque su hermano menor la necesitaba. Solté una carcajada y le pregunté por qué me quería llevar a un Virreinato como ese, aunque claro, yo sé que aquí no se les da el mejor trato a los criollos, pero es mejor estar aquí que allá. Inmediatamente me miro con una cara de enfado y me dijo: —el mejor lugar no es donde están las mejores cosas, es donde están las mejores personas—. Pese a que soy una persona que lee de manera exorbitante, ella me dejó sin un argumento válido para responderle en ese momento, mi mente se puso en blanco, algo que nunca había pasado antes, ni siquiera frente a los más grandes abogados de España.

En unos segundos una mujer me derribó completamente. Así que decidí ayudarle con el caso. Alegrementemente tomó mi mano y, al parecer, el regaño que me había dado, lo había olvidado por completo. Así que me senté con un cuaderno a tomar nota de su historia, le pedí que me contara hasta el último detalle de cualquier cosa que le pasara, pues era indispensable para el caso.

Me llamo Paloma, nací en el Virreinato de Santafé. Vine aquí a España porque me confundieron con una esclava y fui vendida al mejor postor. Decidí pagar la deuda que fueron ocho años de maltratos y violaciones por el hombre que me compró, pero logré mi objetivo. Una vez pagué, ahorré dinero extra vendiendo mi cuerpo los últimos dos años. Para volver con mi madre y mi padre, fueron diez años de maltrato y estoy a días de volver a casa, pero paso algo... Mi hermano envió una carta hace seis años y el hombre que me compró decidió dármele apenas antier. Mi hermosa madre fue asesinada por soldados de la corona y mi padre se unió al grupo revolucionario, sin embargo, él decidió no hacerlo para no acabar como mamá. Ayer por la mañana, después de no dormir por tantas lágrimas, recibí una carta de mi hermano que decía:

Querida hermana, sabes que te extraño. Solo espero que estés con vida y que el hombre con el que te casaste te esté tratando bien. Yo me enlisté en el grupo revolucionario en el que mi padre es el nuevo líder y yo uno de sus comandantes. Decidí darte mi última carta de las ciento veintitrés que te he enviado. Nos alistamos para ganar el territorio que nos pertenece y darle todo a España. Como siempre, te quiero.

Tu pequeño hermano.

Solo recibí dos cartas de mi hermoso hermano. Unas cien las quemó ese desgraciado que me compró y las otras no me llegaron. Y lo que más rabia me da es que mi hermano piensa que estoy viviendo lindo.

Interrumpí, por lo sobreexcitada que estaba, y le pregunté: —¿y para qué me necesitas?—. Ella alzó la voz y dijo: —falta leer la última carta.

Hermana, sé que dije que la anterior sería la última carta, pero el ejército descubrió algo, algo que puede cambiar el futuro del mundo, parece ser algo que no es de nuestra tierra, sin embargo, puede darnos el poder de ganar esta maldita guerra. Lamentablemente, después del último intento de dar un golpe de estado, fuimos detenidos por el virrey y ahora, mucho más de la mitad ha muerto, solo quedamos doce personas de cuatrocientas, incluyendo a mi padre, querida hermana. Te aseguro que esta sí es la última carta que te envié. Creo que después de esto viajaré a España para hacer la última revolución en unos días.

—La carta fue enviada hace dos años— afirmó.

Sentí que me estaba metiendo en fuego con toda la información que tenía y no decirle al rey sería un mal mayor para todos los españoles, pero ella interrumpió mi momento pensativo.

—¿Ha escuchado usted, que de la Nueva Granada no hay noticias hace casi dos años, y además de eso, quien va nunca vuelve? Dicen que el rey ha enviado muchos navíos, pero ninguno ha vuelto, así que los países cercanos montaron barricadas para que nadie más saliera o pasara a ese territorio, que ahora llaman el Virreinato de la muerte. He ahorrado dos años para comprar un bote con suficiente alimento para viajar al otro lado del mundo, sin embargo, no hay tripulación quiera ir conmigo. Escuché de usted y de su insaciable deseo por resolver casos que parecen ser imposibles. Sé que es riesgoso ir sin tripulación y son meses de viaje. Por favor, señor Nicolás, ¿puede usted acompañarme? no importa cuánto deba pagar, necesito a alguien y hasta los más “valientes” hombres se han negado a ir.

Después de unos momentos de reflexión decidí tomar el peor camino.

—Señorita Paloma, mañana zarparemos a la Nueva Granada.

Sé que es una locura hacer algo tan estúpido, pero el sentimiento de adrenalina, que es mi razón de vivir, se activó y no quiero que desaparezca. Ella se abalanzó sobre mí y me agradeció de todo tipo de maneras, además la invité a pasar la noche, pues había vendido su cuarto y dormía en la calle. La mañana siguiente, después de una noche de poco sueño y muchos nuevos fetiches encontrados, decidimos subir al barco de cuya capacidad para llevarnos al otro lado del mundo, desconfiaba y zarpamos a nuevas tierras. Unos tres meses después, al no tener otra cosa qué hacer que releer los treinta libros que llevé, o coger, o pescar para comer algo de carne de vez en cuando, llegamos a la Nueva Granada. Veía extensa neblina que cubría todo el país, parecía una tierra olvidada por Dios y acogida por el diablo. La primera reacción de Paloma fue llorar por la pérdida del hermoso sol sobre su antes hermosa tierra.

Cuando desembarcamos en este desolado mundo, sentí por primera vez en mi vida una sensación de asesinato. No sé cómo describirlo, pero esa sensación hizo que retrocediera hasta el barco. La cara de Paloma al ver el puerto fue la más deprimente que he visto en toda mi vida. Dejé de lado mi miedo y tomé su mano, la invité a que pasáramos la noche lejos del puerto, en el barco y ella aceptó con gran rapidez. Esa noche no buscamos fetiches y solo dormimos, debido al gran camino que al otro día recorreríamos. A la mañana siguiente estaba deseoso de recorrer el profano valle vacío, pero al despertar Paloma no estaba y para mi preocupación, había barcos pesqueros con... ¡personas! Decidí no entrar en pánico, sacando la razón más lógica y era que esto era un simple sueño, así que me tiré al río congelado, no obstante, cuando me intenté ahogar, un joven con un buen estado físico, me salvó.

Pocos segundos después, perdí el conocimiento. Desperté en una choza.

—Usted es tonto señor, ¿no es así? —. El simple hecho de cómo se intentó entablar esta conversación me recordó a Paloma.

—¿Sabe usted dónde está una joven que venía conmigo? —le pregunté—. Me dijo que estaba solo, en una tabla de madera y que no sabían de dónde había llegado. Me puse a pensar... No puedo entrar en pánico, debo saber qué sucede aquí.

—Me llamo Nicolás. Vengo de España a buscar al hermano de la señorita Paloma. El hombre abrió mucho sus ojos.

—¿Usted conoce a Paloma?

—Sí —le respondí—. Hace casi cinco meses partimos de España hacia acá y referí todas las tragedias que ella sufrió.

El hombre, con cara de sorpresa, me miró.

—Mi hermana nunca ha dejado nuestra tierra. Ella vive aquí y nunca la dejará.

Una voz reconocible y un poco más aguda interrumpió al supuesto hermano de Paloma.

—¿El chico está bien? — dijo la joven—.

¿Chico? —pregunté—. Para mi sorpresa era más joven que antes, parecía que hubiera vuelto diez años en el pasado, parecía un adolescente. Miré extrañado a la joven e inmediatamente la reconocí, era Paloma, pero más joven. No me lo podía creer, ¿en serio volví en el pasado? ¿No es un sueño? Mi cabeza estaba llena de preguntas que fueron interrumpidas por el abrazo sorpresivo de Paloma. Me dice que me calme porque todo tiene solución y es verdad. Es más, mi situación actual, en vez de molestarme, me estaba gustando, me sentía con una gran cantidad de preguntas y pocas respuestas lógicas por dar.

Llegó la noche y yo había subido a la cima de una montaña para ver qué podía hacer, pero sin darme cuenta Paola me siguió. Cuando me senté, inmediatamente me hizo muchas preguntas: ¿De dónde eres? ¿Eres español? ¿España es muy buen lugar para vivir? ¿Por qué estabas en un pedazo de madera? La Paloma que yo conocí era tímida, calmada y muy inteligente. Se nota que todo el sufrimiento por el cual pasó la convirtió en esa mujer, pero esta es solo una niña que cree que los unicornios existen.

—¿En serio no te acuerdas de mí? —le pregunté.

—¿Quién eres?

—Solté un bostezo y le dije: —alguien que vino a ayudarte—.

Me paré y me fui, pero ella me cogió la mano y me dijo que me quedara. Aunque más inmadura, sus atributos seguían siendo los mismos de aquella época. ¿Cómo un hombre de 25 años se puede acostar con una niña de 12? Aun así, esa tarde fue la mejor forma de perder todo el estrés que tenía encima, qué puedo decir, necesitaba eso. En fin, después de desvirgar a la pobre chica, me dirigí al lugar donde me tiré al río y vi que todos se iban cuando caía el sol, por no haber peces, sin embargo, algo alumbraba bajo un muelle. Cuando me acerqué noté que era Paloma llorando con un espejo. Salté y desperté empapado, en manos de ella. Me dijo que desaparecí y me buscó dentro de la ciudad, pero vio algo tan horrible que volvió corriendo. Decidí no contarle sobre mi “viaje”.

Decidimos volver al barco. Este no se veía por ningún lado y la noche fue cayendo, así que nos adentramos en la ciudad, y en la casa más vieja, nos escondimos. Paloma me dijo que aquí vivía ella de niña y yo recordé esa casa inmediatamente. No podía creer lo que me paso ¿Fue real? Decidimos dormir. Cuando desperté estaba en una casa nueva con Paloma de niña, acostada a mi lado. Me sorprendí tanto que caí de la cama sin darme cuenta de que estaba en el pasado de nuevo. Decidí hablar con ella y decirle la verdad. Me creyó. Le pedí que recordara mi nombre en el futuro que, pues yo le ayudaría porque no puedo negarme a la adrenalina.

El último amanecer junto a la joven Paloma. Me dirigí al muelle donde me tiré e inmediatamente desperté en un lago junto a la casa. No tengo razones lógicas para explicar qué pasó, pero sabía que desde que dejé España, ya nada era sensato para mí. Fui a la casa y ella no estaba, pensé que estaría en el muelle buscándome, pero cuando llegué allí, vi que un joven desnutrido y decrepito caía cerca del muelle, así que salí a socorrerlo. Cuando lo vi supe que era el hermano de Paloma.

—Nicolás, cuida de la maldición a mi hermana. Está a salvo. La envié de regreso a España. Allá tendrá a tu legado.

¿El artefacto que encontraste qué es? —pregunté sin saber qué sucedía—.

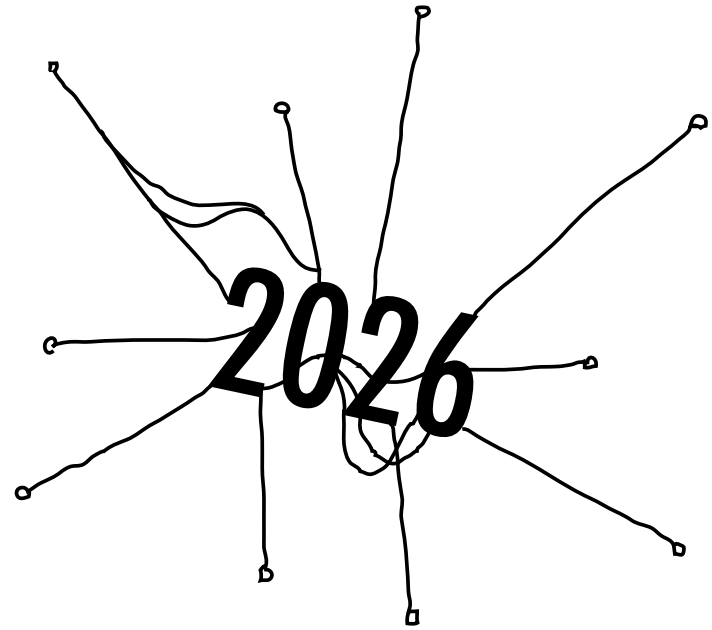
—Una llave, que otorga poderes al portador, pero al usarla abre las puertas del “infierno”. No sabía que esas cosas vendrían por el artefacto ni por toda la población que intenté salvar. Por favor, si nadie más toma esto, los monstruos saldrán del país. Quiero que sepas que si la tienes la llave ellos te seguirán en esta tierra hasta encontrarte y devorarte, ¿aceptas?

—¿Me juras que Paloma está bien?

—¿Cómo crees que dejaría a mi hermana por ahí tirada? Por favor, pase lo que pase, no la uses.

Acepté, no por Paola ni por el hermano, lo hice por la gran descarga de adrenalina que mi cuerpo tuvo cuando supo todo el peligro que experimentaría. Así llegamos a la actualidad. Muchos han venido y han muerto a causa de esas “cosas” que llevan diez años intentando atraparme. Sé que no lo lograrán...





**Luis Alberto Muñoz**

Te levantas cansado y con hambre, caminas al baño, te lavas la cara y miras al espejo. Un poco asqueado por tu aspecto, sonríes y murmuras: “otro día más”. Vuelves al cuarto y miras la mujer desnuda acostada en la cama, le miras el culo y tienes una erección, te acercas y empiezas a tocarla. Pero ella se hace la dormida, te da rabia, la agarras y la montas, no te importa nada, solo piensas en venirme dentro de ella.

—¡Animal!

—Perra...

Ves como la mujer se viste rápidamente y huye de la habitación. Suspiras. Prendes un cigarrillo mientras piensas en ella, recuerdas el último día en el que estuvieron juntos, la manera en la que tuvieron sexo. Sales de la habitación y caminas por las calles del centro de la ciudad, pasa una patrulla persiguiendo a un grupo de rebeldes. Distráido, tropiezas con una baldosa y mientras caes ves la calle llena de basura y grama saliendo por entre las baldosas. Te paras y sigues tu camino, volteas por el refugio para víctimas de experimentos genéticos, se te revuelve el estómago.

Después de escabullirte por entre las barreras y barricadas puestas por el gobierno para separar la ciudad del accidente nuclear, entras a la parte vieja de la ciudad, vetada por peligro ambiental, pero a ti no te importa. Las calles destruidas te dificultan el paso, los árboles tumbaron varias edificaciones y a lo lejos ves el vestigio de una luz magenta, sabes que estás cerca. Llegas a la que solía ser su casa, te sientas contra la pared, como de costumbre, hasta quedar dormido.

—¡Hey! ¡Para de correr!

Veías como se alejaba por un pasillo increíblemente largo, corriste desesperado tras de ella, su culo se movía de arriba abajo mientras la mirabas alejarse rápidamente. Cruzó una puerta y sin pensarlo dos veces entraste también, era su habitación, la noche en la que lo hicieron la primera vez. Feliz, la abrazaste, sentiste sus pechos apretando tus pectorales, se besaron violenta y bruscamente, le rompiste sus prendas, te apresuraste a tocarla, a hacerle sexo oral, le agarraste el cuello ahorcándola levemente mientras ella gritaba de placer, se retorció, no aguantaste más y bajaste tu pantalón, la hebilla lastimó tu entrepierna, pero no te importó, entraste en ella y empezaste a moverte, agitado, era su forma de amor, la cama.

Desesperado por venirte, la lastimabas, pero sabías que a ella le gustaba, la besaste y le susurraste al oído que la amabas, ya estabas a punto de llegar. De repente algo te sacude, un temblor, todo se nubla y ella desaparece lentamente. No te mueves, ves como las cosas empiezan a caer y una hoja pequeña, llega a tus pies, es una carta. La abres y te das cuenta de que es de ella, tiene tu nombre.

“Querido Ramón...”

—¡Oye, tú! ¿Qué haces aquí?

—Mierda.

Corres esquivando escombros, pero terminas tropezando y caes al piso. La resistencia te había atrapado, unos pseudointelectuales que dejaron de creer en el gobierno debido a la industrialización del planeta. Alcanzaste a guardar la carta de ella en tu bolsillo. Mientras vas esposado en una fila india con los prisioneros no puedes dejar de pensar en qué diría esta. Entras a una especie de cueva que huele

a estiércol, te dan ganas de vomitar, la verdad, desde hace mucho tiempo habías perdido las razones para vivir, la mayoría del tiempo dejabas que la vida pasara frente a tus ojos sin mover un dedo.

—¡Tú! ¿Qué hacías en esa casa tirado en el suelo?

—Nada.

—¿Cómo que nada? ¿Nos crees pendejos?

—Algo...

—¡Imbécil!

Genial, qué madrazos te ganaste por bocón.

Pasaron tres o cuatro días, te tenían encerrado en una celda junto con un hombre que a duras penas podía respirar. Tú te limitabas a comer, ir al baño y dormir, pensabas que estos tipos eran estúpidos, lo único que hacían era proclamar sobre la igualdad y el socialismo, pero ahí te tenían como a un perro en una celda que olía a mierda.

—Te llegó la hora, levántate.

Te soltaron, te dijeron que jamás volvieras a ese lugar, que mantuvieras la boca cerrada, pero qué más daba, era más lío volver que quedarse. Caminando llegaste hasta un pozo séptico, pensaste “Ya qué”, saltaste para nunca volver.

“Más de un hombre bueno ha acabado en el arroyo por culpa de una mujer.”

# Irene y Peter

Romualdo José Villalobos

Peter recién había terminado sus estudios de psicología y ya se encontraba trabajando como profesor suplente en la universidad de Saint George, ubicada en la capital de la isla caribeña de Granada, conocida principalmente por su Facultad de medicina y por ser la elección de muchos estudiantes estadounidenses. Siempre que tenía la oportunidad, intentaba adoctrinar a sus alumnos con materias tan distantes con la asignatura que impartía, como podían ser las reglas de urbanidad o la nutrición. Esta última era la que más miradas expectantes y carcajadas producía a sus estudiantes. La excusa que solía emplear para asociar psicología con nutrición era muy sencilla: mens sana in corpore sano, lo cual, además, le permitía citar a los clásicos de la literatura especializada. Esos fueron los primeros pasos como docente para Peter, sin embargo, lo que ganaba ejerciendo, aun no le era suficiente para pagar sus gastos básicos. El joven psicólogo sabía que tenía que hacer algo más para sobrevivir y fue por esto que dedicó su antes tiempo libre a recibir propinas como mozo en el restaurante de un pequeño hotel a la orilla del mar.

Todas las noches, cuando sus horas de turno terminaban, salía a caminar y pensar en sus emociones y recuerdos, mientras se dejaba acariciar por el cálido viento del mar que viajaba en el espacio acom-

pañado de su sonido característico. Él llevaba una vida muy sana, o al menos eso era lo que parecía a todos porque muy en su interior mantenía vivas retorcidas fantasías con una de sus estudiantes.

Aquella chica que a luz del día pareciera una alegre estudiante, de nombre Irene, recién había sido abandonada por su esposo junto a dos pequeños hijos y un embarazo, era inminente, ya no había vuelta atrás, ni tampoco espacio para sentirse culpable, se cargó tanto de responsabilidades que llegó el momento en que debía elegir entre los estudios o la vida de sus hijos. Irene, motivada por el conjunto de reglas morales que impone la sociedad, optó por abandonar la universidad de Saint George para dedicarse a sus hijos. Ella no conseguía dinero ni siquiera para alimentarse. Su situación era cada vez más deprimente. Para empeorar las cosas, su tercer hijo vino pronto, acompañado de la soledad de un hambriento medio día más, sin nada que poner en las tablas de la mesa, mientras sus hijos estaban en clases. Esta vez, los vecinos fueron quienes hicieron las veces de parteras.

Antes de estar lista físicamente, se armó de valor y salió en busca de un trabajo con el único fin de llevar comida a la mesa de su hogar. Luego de mucha búsqueda y largas caminatas, encontró trabajo como sirvienta en la casa de un par de ancianos que se sintieron culpables de la tragedia que venía viviendo Irene, sin embargo, ella pronto descubriría que si quería mantener el trabajo debía soportar los gritos y maltratos de la señora de la casa, así como los constantes abusos corporales del viejo.

Una tarde la señora de la casa salió a merchar. A Irene no le preocupó mucho el hecho de quedar sola con el abusivo y anciano hombre, pues tenía una muy larga lista de tareas que cumplir ese día: brillar el piso de la cocina, limpiar los baños, organizar los cuartos, entre muchas otras cosas más. Para sorpresa de la joven empleada, ese día el viejo no la estaba molestando, pareciera como si esperara a alguien, por lo que se preguntó varias veces acerca de tan inusual comportamiento. La curiosidad la impacientaba y sentía que debía descubrir el porqué de esta situación, sin embargo, se abstuvo de hacerlo por miedo a molestar a alguna persona y perder el trabajo. Ese día laboró unas horas de más y le fue recompensado con tres huevos más, un pan más, y dos cajitas de leche más en la cesta de comida que recibía como pago por sus servicios.

Era de noche cuando regresaba a casa, llevaba los huevos, la bolsa con los panes, un cuarto de carne picada, cien gramos de harina y

una lata de leche en polvo junto a las dos cajitas de leche que hacían de recompensa. Se sentía dolorida y fatigada, pero pensaba en la satisfacción que experimentaría su ánimo al ver a sus hijos comiendo.

Recorrió el barrio residencial con paso apresurado, cruzó el puente que pasaba por encima de la carretera con su serpenteante extensión, iluminada tan solo por una farola sobre cuya luz fantasmagórica flotaba una nube de moscas erráticas. Traspasó un espacio en ruinas con vallas a ambos lados y se dispuso a cruzar el largo sendero que conducía hasta su casa. Por aquel entonces, ya debía haberse percatado de que estaba siendo seguida, pero la ansiedad le impidió mirar a su alrededor y escuchar los pasos que sonaban detrás de ella. Se adentró a través del sendero, lo que la convirtió en un blanco fácil: una mujer sola cruzando un sendero sumido en la oscuridad, noche cerrada, un perro que ladra, sombras acechando... pudo verlo furtivamente y oír sus pisadas apresuradas precipitándose hacia ella antes de ser envuelta por su abrazo nervioso. A duras penas logró escabullirse, mientras tiraba al piso la cesta de comida, para que ahora sus piernas se dispararan como resortes y recorrieran los últimos metros que la separaban de casa. Experimentaba una frenética persecución a corta distancia. Cuando llegó al portal, sintió que sus piernas temblaban tanto como los hambrientos estómagos de sus hijos. La cosa que la perseguía, bloqueaba sofocadamente sus movimientos; estaba casi encima de ella, emitiendo un ruido asociado a exhalaciones nerviosas que resonaban en los oídos de Irene. Buscó el manajo de llaves, forcejeó con la cerradura, abrió la puerta y se lanzó adentro mientras sentía el aliento del victimario sobre su nuca. Al final se liberó de este empujando la puerta con todas sus fuerzas.

Echó llave a la puerta, luego cerró todas las ventanas y contraventanas y cuando acabó, respiró hondo, fue hacia el dormitorio donde estaban dos de sus hijos, abrió la puerta sigilosamente y entró. Al verlos, a través de la penumbra, la embargó una inmensa tristeza al saber que no había estado allí para acostarlos y arroparlos y que no habían cenado. Ellos dormían con las sábanas y las mantas revueltas en torno a sus extremidades. Irene entonces se inclinó para estirar la ropa que debía cubrirlos y en ese momento, escuchó un balbuceo proveniente de la habitación donde dormía el más pequeño.

Fue hasta su cuna y al comprobar que estaba despierto, lo tomó cariñosamente acunándolo con el balanceo de sus brazos. Él, con sus manitas aferradas a su pecho reseco, tiraba de él hacia su boca

con ansia y ella, sabiendo que pronto sería incapaz de aportarle ese alimento que su frágil cuerpo inacabado demandaba, siguió acunándole entre nana y nana hasta que volvió a quedar dormido. Pensó en la cesta que había caído durante el forcejeo: los huevos ya podía darlos por perdidos, pero tenía que recuperar el resto a toda costa, pensaba ella. Sus hijos necesitaban carne, aunque fuera picada. Con la harina y un poco de aceite que lograra conseguir, podía hacer tortas y la leche en polvo podía dar para varios biberones. Estaba segura de que, si recorría todo el trayecto de su huida, en sentido inverso, hallaría el lugar exacto donde había caído la preciada bolsa, sin embargo, cabía la posibilidad de que aquel intruso siguiera allí afuera, dando vueltas alrededor de la casa. De todos modos, ya había transcurrido el tiempo suficiente para que se aburriera, dándose por vencido y, en cualquier caso, ella no podía dejar la comida de sus hijos tirada en medio de un sendero con perros merodeando por toda la zona. Debía arriesgarse; no tenía otra opción.

Cruzó la casa a oscuras y se quedó parada frente a la puerta; el silencio era total, casi mortuorio. Lentamente comenzó a girar el picaporte y este se abrió con un chasquido seco. Entonces, la puerta se abrió violentamente empujando a Irene hacia atrás, y apareció él, como surgido de la nada. Sin darle tiempo a reaccionar, la tomó, la alzó del suelo y la llevó en volandas hasta la mesa de la cocina. Su abrazo la envolvió, aplastando sus costados. Tenía la sensación de ser sepultada bajo pliegues de carne que se le antojaban tan pesados como una mole y de nada le servía ahora forcejear. El intruso puso una mano sobre su boca, para que no gritara, sin embargo, ella no tenía ninguna intención de hacerlo, se habría dejado arrancar la piel a tiras, sin emitir el menor quejido, para no despertar a los niños.

Y llegó la penetración, comenzaron las sacudidas. Ella lo escuchaba jadear y este parecía hincharse y contraerse al ritmo de su propia respiración entrecortada. Seguía sin verle el rostro. Irene había fijado su mirada en el techo, en el cable desnudo que sostenía la bombilla. Alargó la mano que se cerró en torno al mango de aquel cuchillo y esperó a que menguaran las acometidas. Estas duraron unos dos minutos y cuando alcanzaron su punto más álgido, pararon en seco. Entonces, tirando de su pelo, le alzó la cabeza y lanzó el cuchillo tan fuerte como pudo contra su cuello. Cuando cambió de posición, seguía sin distinguir sus rasgos deformados en la penumbra. Irene concentraba su atención en otras cosas: no podía permitirse que gri-

tara, por eso procuró que la siguiente cuchillada le llegara hasta el hueso y al tercer golpe ya lo había conseguido.

Observó cómo el cuerpo de la antes excitada entidad se levantaba tambaleándose mientras ella se revolvía, asestándole patadas para apartarse de él. Aún sostenía su cabeza con las delicadas manos características de Irene. El abusador tenía los ojos abiertos y enterrados bajo pliegues sangrantes y estos parecían observarla con aturdimiento. El aire de la sala se bañó de un olor enfermizo e intenso, de modo que tuvo que emplear todos sus esfuerzos en reprimir el pánico y las náuseas provocadas por el intenso olor que inundaba la sala, como si de un sádico perfume se tratara.

Entonces, sobrevino a Irene una súbita pérdida de lucidez. El tránsito hacia una suerte de pálida tiniebla, pero de inmediato comprendió que aún no había terminado su misión, está, de hecho, no había comenzado y tampoco podía postergarse. El descanso ya llegaría más tarde. Durante las horas siguientes, el cuerpo inmóvil que yacía en el suelo, comenzó a deshilacharse formando lazos de un líquido fangoso que se colaba por los desagües, su anatomía comenzó a disolverse con cada golpe de cuchillo. De donde Irene era originaria, había presenciado paso por paso la matanza del cerdo, y aunque no llegó nunca a tomar parte activa de este rito casi religioso, tuvo ocasión de desollar terneras cuyo tronco, desprovisto de miembros, es muy similar al humano.

Primero separó las extremidades del cuerpo y le cortó los genitales, luego abrió su estómago y procedió al vaciado de vísceras, siguió abriendo todo el pecho hacia abajo y tirando de la piel hacia la derecha primero y luego hacia arriba, de este modo, fue descubriendo el tronco hasta arrancarle toda la piel.

Irene escuchó que arañaban en la puerta, era una manada de perros famélicos que habían venido atraídos por el olor de la sangre; sus costillas sobresalían a través de los costados e hilillos de baba colgaban de sus bocas ansiosas. Les arrojó las vísceras, la piel y los intestinos y vio como desaparecían entre el revuelo que se formó allí de inmediato. Los más espabilados salieron gruñendo con los mejores trozos colgando entre sus dientes y los otros se marcharon después, tras haberse disputado los restos menos jugosos, seguidos de cerca por los más rezagados que debieron conformarse con lo que cayera. La cabeza, los pies y las manos, los introdujo en el inci-

nerador de basuras junto con la ropa y los genitales. Los brazos y las piernas los trocó meticulosamente, pues servirían en un futuro cercano para hacer caldo.

Tronco y extremidades cabían de sobras en el refrigerador de la cocina. En ese hueco, a salvo de la humedad, Irene podría conservar la carne durante varios días. Cortó varios trozos procedentes de la vértebra lumbar y encendió la cocina de leña. Se puso a pelar las patatas que quedaban en la despensa y las puso junto con la carne. Cuando comenzó a hervir, bajó el fuego y lo dejó así durante una hora mientras lo removía. En otra cazuela aparte, puso dos zanahorias cortadas, una cebolla, un nabo, perejil, alcachofa y un pellizco de sal. Cuando ya casi había hervido, los vertió junto con el cocido y lo siguió removiendo todo durante otra media hora. Un oscuro velo la cubrió al caer sus párpados pesadamente; una viscosa pantalla de texturas y de colores cambiantes la envolvió y su cuerpo extenuado se deslizó junto con su mente en un charco silencioso de penumbra. Cuando fue arrancada de su sueño, estaba sentada en la silla de la cocina.

De algún lugar indeterminado penetraba un suave destello que encendía de nuevo sus párpados con una suave claridad de reflejos incandescentes y el vapor del cocido recién hecho saturaba la atmósfera inundando sus fosas nasales. Irene solía levantarse siempre antes de que sus hijos se marcharan al colegio, pero el sopor de su agotamiento la había mantenido inconsciente más tiempo del que hubiese deseado. Tenía el tiempo justo para cambiarse de ropa y acicalar su aspecto antes de que empezaran a echarla en falta, y eso fue lo que hizo.

Recorrió con paso apresurado el trayecto diario a través de un trazado que aún seguía evocándole las tensiones vividas durante la noche anterior. Cruzó aquel mismo sendero, ahora iluminado por una pálida luz matinal, atravesó el puente y se adentró a través del barrio residencial acelerando el paso a medida que se acercaba a la casa. Desde lejos, observó. La vieja señora estaba en el pórtico esperando con ansias a alguien, quizás a Irene. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de la señora como para poder intercambiar palabras, pudo ver que a la dueña de casa le temblaban los labios y se retorció las manos con ansiedad. La vieja suspiró para luego decirle....

Lo que Irene escuchó aquella nueva mañana de julio iluminada alegremente por el sol que nacía tras la verde arboleda es y seguirá siendo un misterio por hoy y el resto de los días, lo cierto es que ex-



trañamente el joven Peter fue visto por su familia, por primera vez en mucho tiempo y por última vez en mucho más tiempo, aquella fría noche en que Irene suspiró en carne propia el miedo al capricho infantil de un cometedor desconsiderado, insensible al dolor físico y mental que pueden experimentar las otras personas. Aquella vez no solo alguien murió bajo el discurso ciego de la justicia, sino que alguien más lo hizo, escudado en el discurso de una pérdida. La vieja señora no tuvo más que aprender a vivir sola por el resto de sus días, junto a la servicial Irene, que ahora era consciente de lo que era capaz hacer.



# Instinto del destino

Juan Felipe Varela

Ese bastardo la estaba violando! —le gritaba un hombre a una oficial tras un vidrio—. ¡No me ignore! Todavía lo pueden atrapar —continuaba el hombre, enfurecido. No era una buena escena para un policía recién llegado al departamento, aunque por lo que me dijeron algunos colegas, esto era normal, tan normal que ya no le prestaban atención.

—Me llamo Michael— fue lo único que le alcancé a decirle al capitán antes de que me mandara a interrogar al histérico hombre que intentaba denunciar la violación. Entré a la sala de interrogatorios y allí estaba el tipo este, sentado y gritando como un demente: —¡la han violado, la han violado!

—Un gusto, soy el oficial Carson, estoy aquí para escucharlo, así que cuénteme lo que vio —le dije—.

—¡Fue horrible! ¡El maldito la penetraba con tanta bestialidad! Parecía tan excitado que, en algún punto, me excité también, pero no podía dejar de ver las lágrimas de la jovencita corriendo por sus blancas mejillas —dijo el hombre—.

Yo, perplejo, mientras el reloj de la pared corría, le pedí continuar.

—Aunque no es la única vez que presencié un acto como este, es muy común en esta maldita ciudad: violaciones, robos, asesinatos y uste-des, malditos bastardos, no hacen nada, lo único que hacen es embriagarse, la maldita policía no hace nada ¡Ni sé para qué estoy aquí!

Tal vez el hombre estaba en lo cierto, la única razón por la que me enlisté en la fuerza fue la posibilidad de obtención gratuita de alcohol en los bares de la ciudad. Nosotros, los oficiales, tenemos un gran poder aquí en North Villaje, somos los malditos reyes, se hace lo que decimos y el que se niegue, recibe una paliza, pero bueno, dejaré de decir idioteces para que podamos continuar escuchando al hombre.

—Señor, por favor, continúe.

—Eh, bueno, ¿en qué íbamos? —preguntó.

—En que no era la única vez que pr...—respondí, antes que interrumpiera—.

¡Ah, sí! Ya recuerdo. No es la única vez que veo un crimen, pero este, definitivamente es el más brutal que he presenciado. Era tan solo una jovencita, su cuerpo tan frágil, con ese gran monstruo encima penetrándola salvajemente. No sé qué pienses, pero es de lo mejor que he visto, ni el mejor porno se iguala a lo que vi, pensarás que estoy enfermo pe... Lo interrumpí, no era capaz de escuchar más —cállate maldito enfermo—. Guardias, sáquenlo de aquí, por favor. Quedé solo en el cuarto, apenas podía escuchar el movimiento de las manecillas del gran reloj de la pared.

¿Cómo podría un simple testigo estar tan excitado con un acto tan horrible? Era lo único que pasaba por mi mente. Podría ser que el testigo fuera el mismo violador, era la única respuesta que se me ocurría, nadie podía estar tan enfermo, o eso era lo que creía, pues en mis cuatro horas como oficial, escuché lo más horrible de mi vida. Un buen comienzo, ¿no?

Al día siguiente, empecé a analizar cada uno de los casos de violación de la última semana y en más de la mitad estaba involucrado aquel hombre, ya fuera como testigo o como sospechoso, era muy

extraño, ¿por qué no lo habían capturado? Al mirar su expediente me di cuenta de que era un oficial retirado, y como me dijeron en la escuela de cadetes, “cuando entras a la fuerza, siempre te cuidaremos”. Sin saber el gran significado que tenía esta frase, me propuse capturarlo sin saber los problemas que esto me traería. Al salir de la oficina me fui directo al burdel que quedaba a unas cuantas casas de la estación, quería desahogarme con alguna prostituta como hacían todos mis compañeros, le pagué cinco dólares a una jovencita que parecía no tener edad para estar allí, pero qué más da, solo quería sexo. La chica, medio drogada, me llevó a un cuarto en la parte trasera del lugar. Al ingresar, lo único que vi fue una cama y un reloj sobre una pequeña mesa para contar el tiempo de satisfacción del cliente. Por mis cinco dólares eran diez minutos, tendría que ser rápido. Abrió sus piernas y comencé a fornicar con ella, fue algo salvaje, la penetré con tal bestialidad que en algún momento se vino a mi mente la imagen del hombre violando a la jovencita, aunque contrario a lo que creía, esto me éxito más y un demonio se apoderó de mí. Saqué mi arma y le di un disparo, no sé si fue mortal porque, por el susto, en lo único que pensé fue en huir del cuarto. Afuera nadie escuchó debido al alto volumen de la música, pero si se hubiera escuchado, el lugar estaba repleto de policías, y como dije anteriormente, siempre me cuidarán.

Días después, camino al comando, vi una pequeña niña sola en un callejón, parecía tan inocente, sus piernas color nieve, sus mejillas rojizas, era hermosa. En mi mente apareció nuevamente ese demonio. El maniaco del sexo que nunca había sido, estaba más vivo que nunca, miré mi reloj de pulsera para mirar cuanto tiempo tenía, corrí tras la pequeña con un apetito voraz, pero al llegar a la esquina del callejón, la chiquilla dobló a la derecha y desapareció entre una muchedumbre. No la vi más, pero sabía lo que el maniaco que tenía dentro podría haberle hecho, era horrible, no quería ser eso, sin embargo, más que una decisión, era un instinto.

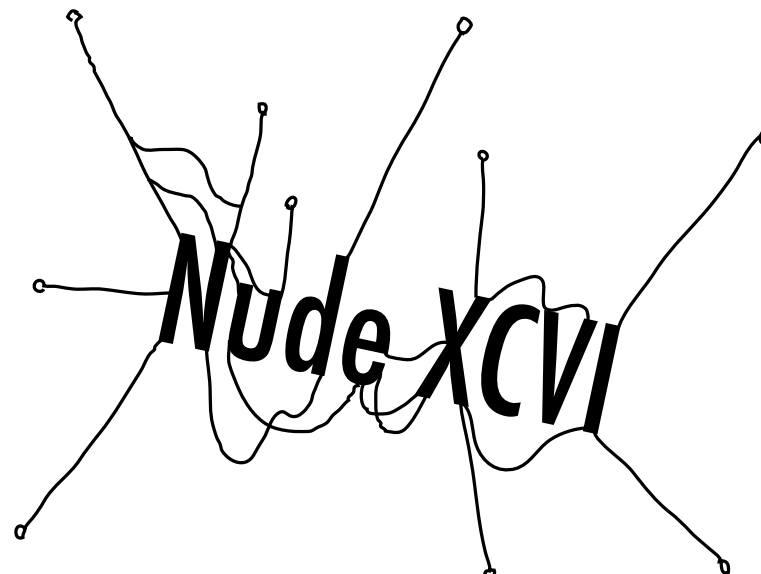
Entré a la oficina. Había una gran algarabía. Pregunte a uno de los oficiales qué pasaba. —El jefe ha sido asesinado, lo encontraron en un callejón con varias puñaladas, creemos que fue alguna prostituta que se resistió a su autoridad, lo peor de esto es que traerán a un capitán de otra ciudad, estamos jodidos —respondió horrorizado—. Sí que tenía razones para estar asustado, el capitán era la cabeza de todas las atrocidades que cometíamos en la fuerza, se encargaba de cubrir nuestras huellas ante otros organismos del estado. Ahora si



estábamos en graves problemas, era imposible dejar de cometer estos actos, era más un instinto que nuestra propia decisión.

Días después llegó el nuevo capitán, un hombre frío con un objetivo claro, hacer una limpieza dentro del departamento. Luego de algunos exámenes psicológicos, muchos fuimos echados a la calle. No lo podía creer, no duré más de dos semanas como policía. Cada vez me parecía más a aquel tipo que vino a denunciar la violación en mi primer día, aunque yo no estaba tan enfermo o eso creí. Me dediqué tiempo completo a buscar a aquel hombre para que me explicare qué era lo que me sucedía. En esa búsqueda, encontré a una jovencita de ojos claros, piernas esbeltas y unos senos muy bien formados. En mi mente solo rondaba la idea de fornicar con ella —alto ahí señorita—le grite, mostrando mi placa—. Los tontos de la estación no me la habían quitado. Ella obviamente accedió. Cuando la alcancé, comencé a tocarla, abrió sus piernas y puso sus manos contra la pared. Era tan inocente, en realidad creyó que se trataba de una requisa. Me bajé el pantalón y le subí la falda, comenzó a resistirse, pero saqué una navaja que cargaba siempre conmigo, le tapé la boca y comencé a penetrarla cada vez con más fuerza. Sus blancas piernas temblaban con cada uno de mis movimientos. Su cara, embarrada de lágrimas, generaba en mí una gran excitación. ¡Me vine adentro! Ahora tendría pruebas en mi contra, no obstante, esto ha sido lo más excitante que he hecho en mi vida. En el fondo me sentía mal, era la parte de mi mente que no era una sádica sexual, esta me mantenía en una confusión tan grande que en ocasiones ni yo era capaz de comprender mis impulsos.

Al final lo supe. Ese hombre del principio había sido solamente una jugarreta del destino, enviado simplemente a despertar mi instinto sexual, ese que había estado reprimido durante años. Ahora me tocaba ser a mí esa parte del destino en la vida de otro hombre, otro que tenga ese impulso en su interior. Antes tengo que salir de este agujero. Sí, estoy en la cárcel, la chica de las piernas temblorosas me denunció y el nuevo jefe no me cuidó, ahora estoy encerrado veinte horas al día en esta maldita celda, una cama de cemento, un sanitario y un gran reloj de pared, en el que cuento los segundos para salir a desatar mi ira.



Sara Inés Rodríguez

*Hubo una vez una joven, dos, tres, cuatro... Una a una desaparecieron, cinco, seis, siete... Junto con su felicidad, ocho, nueve, diez.*

Se conocieron al principio del otoño. Él se encontraba sentado en el parque mirando fijamente la copa del árbol más grande, ella simplemente no pudo evitar detenerse a mirarlo. ¿Y quién no se pecaría de un par de ojos tan bellos? Pues iban desde el más suave de los azules hasta el más hermoso verde esmeralda y estaban clavados en él cómo astilla en su dedo. La plática surgió rápido, preguntas llenas de curiosidad y respuestas vagas volaron por el aire. Semanas después, ya se les veía tomados de la mano y muchos susurraban cosas que era mejor no escuchar: el problema es que el mundo no cree en el amor a primera vista —se decían.

Cuatro meses después, se mudaron a un pequeño departamento en el centro de la ciudad. Sus amigos no estaban de acuerdo, sus padres tampoco. Decían casi a gritos que el amor no es tan perfecto, que la vida no es así de bella, que les hacía falta caerse un par de veces, pero estaban enamorados, tan enamorados que hasta podías escuchar sus almas cantar ¿Qué más podrías querer?

Ellos creían saber lo que es el amor verdadero y, a decir verdad, sí era un poco extraña la rapidez con la que pasaba todo y el amor que parecía crecer más y más en dos personas que eran como el agua y el aceite. A ella le gustaba hacerse desear, no era pura casualidad que todos voltearan a mirarla. Era culpa de su largo cabello, su cuerpo de reloj de arena y esos ojos que parecían imitar el azul del cielo. Sin embargo, su mayor atractivo siempre fueron esos pequeños puntos en todo su cuerpo: pecas en su rostro, lunares en sus piernas y pequeñas cicatrices de caídas y accidentes que nadie quiere recordar, le encantaba que las personas lo notaran. Él era más recatado, se cubría lo suficiente para no que no notaran su identidad y siempre tenía el mismo atuendo en diferentes tonos de gris, negro y, de vez en cuando, también café. No había nada fuera de lo normal en su físico, excepto por su mirada desesperada, parecía gritar cada vez que parpadeaba y el color de sus ojos se paseaba de un pálido rosa a un rojo sangre.

En algo sí eran completamente iguales, ambos añoraban la desnudez. Ella por pura libertad del alma, él por nada más que lujuria. Llegó el invierno y él se ausentó de su vida, dijo que pasaría las fiestas lejos en su país con su familia, pero antes de partir, se posó en sus rodillas y detrás de un ¿serías mi esposa? sacó a relucir el más hermoso anillo y no hicieron falta más palabras, pues en segundos, sus labios se juntaron como muestra de su amor. Se acercó la boda, justo a mitad del verano, los días eran hermosos, las aves cantaban, las mejores rosas florecieron para adornar aquella iglesia, tan solo faltaba una noche y estarían juntos por siempre.

Uno, dos, tres, contaba, mientras hacía un pequeño camino sobre su delgado abdomen. Cuatro, cinco, seis. Se abrió paso hacia sus piernas; siete, ocho, nueve. Deslizó los dedos en la planta de sus pies haciendo que se le escaparan unas cuantas risillas; diez, once, doce. Subió a sus brazos, besó su cuello y acarició su bello rostro. Una tierna sonrisa escapó de ella al tiempo que su rostro enrojeció a causa de la respiración de él contra la suya.

—Doce —susurró él mientras la miraba fijamente a los ojos—. Un gesto de confusión apareció en ella y lo miró expectante, en busca de respuestas.

—Tienes doce lunares —término este— e hizo una pausa en su respiración solo por unos segundos, los necesarios para recorrer con la mirada el cuerpo de su amada.

—Se te escapan algunos —dijo ella interrumpiendo los pensamientos de su amado.

—Eso lo tengo claro, aún hay ropa bloqueando mi vista.

—Calma, después de esta noche tendrás lo que te mereces.

Y se asomaron los primeros rayos del día junto con la angustia de los amados, pero el día avanzó rápido y, cuando menos pensaron, ya estaban en la iglesia. Ella caminaba por el pasillo en un vestido blanco que resaltaba su hermosa figura, rosas rojas contrastaban con el color del vestido y su cuello adornado con perlas era el toque final para ser la novia más hermosa. Su madre la llevó hasta el altar, pues su padre seguía en negación. Por parte del joven, nadie se presentó, pero ese no fue impedimento para su amor, pues él esperaba paciente y sonriente a que su futura esposa llegara hasta el altar. Vestía un traje negro, una hermosa camisa roja para combinar con las rosas y, por primera vez, sus ojos se vieron blancos y brillantes, como nunca se le habían visto. Después de varios minutos de ceremonia, llegó el momento indicado.

—Sí, acepto.

—Sí, acepto.

Un beso, un abrazo, aplausos, sonrisas, una vida nueva comenzaba...

La noche de bodas fue pura lujuria, la ropa desapareció rápido, la cama crujía, los gemidos no paraban, sus respiraciones se aceleraban cada vez más y luego el clímax. Permanecieron quietos y callados mientras recuperaban el aliento, no se miraron, no hablaron hasta que ella se levantó para ponerse el pijama. —Duerme desnuda —le dijo su esposo, sin siquiera mirarla— y ella hizo caso. A la mañana siguiente, ella despertó con el sonido de agua corriendo, una mirada de confusión invadió su rostro, entonces se percató de que su esposo ya había despertado y se encontraba en el baño. Se levantó, se puso ropa interior, la camisa de él y se encaminó a la cocina, hizo café, se sentó a la mesa, encendió el televisor y estuvo así por cinco minutos, luego apareció él, con los ojos completamente rojos y una sonrisa de oreja a oreja. Ella lo miró con preocupación, pero no dijo nada. Cuando él estuvo sentado en la mesa y la conversación no nació, ella se atrevió a romper el hielo.

—¿Porque tienes los ojos rojos?

—Veinticinco.

—¿Qué?

—Tienes veinticinco lunares.

—¿Estuviste despierto contando mis lunares?

Y así avanzó el día, estuvieron hablando de lo que serían sus vidas, cómo organizarían los gastos, algún día tener hijos; las típicas conversaciones de pareja. Cuando el reloj marcó las 9:55 p.m. y se preparaban para ir a dormir, él pidió a su esposa que fuera a la cama desnuda. Ella no pudo negarse a la idea de alguien mirando su cuerpo y aceptó, pero justo antes de quitarse la ropa, el teléfono sonó y corrió a la sala para contestar.

—¿Hola? — saludó ella.

—¡Corre! —dijo una voz tras la línea.

—¿Quién habla? —insistió ella.

—¡No preguntes por el árbol!

—¿Qué?

—¡Corre antes de que sea tarde!

La llamada terminó, dejó el teléfono en su lugar y volvió a la habitación. Se sentó al borde de la cama y miraba el piso pensando en lo que dijo esa extraña voz, al otro lado del teléfono. No quería hacerlo, pero la curiosidad fue más fuerte.

—Olvidé preguntarte algo el día que nos conocimos —dijo mientras jugueteaba con el tirante de su sostén.

—¡Uhm! —un murmullo adormecido con un toque de indiferencia fue la señal para que ella siguiera hablando.

—¿Por qué mirabas aquel árbol?

Un silencio de sepulcro se apoderó del lugar.

—Calla y duerme —fue su única respuesta.

Ella se despojó de su ropa, se metió bajo las sábanas y durmió, a pesar de la duda. A la mañana siguiente, de nuevo, nuestra bella durmiente fue despertada por el sonido del baño, pero esta vez se quedó en cama a esperar que él saliera. Media hora después, salió del baño, completamente seco.

—¿Por qué te demoras tanto en el baño?

—¿Dejarás de preguntar tanto? —dijo él, mientras buscaba ropa.

—Aún tienes los ojos rojos.

—Lo sé.

—¿Que estuviste haciendo anoche?

—Nada fuera de lo normal

—¿Y por qué estás seco, que hacías en el baño?

—Te lo advierto, no me gustan las preguntas. Hizo una pausa para terminar de abotonar su camisa. Me voy, volveré para el almuerzo.

Salió de la habitación restándole importancia a las preguntas, ella guardó silencio y fue hacia el baño. A la hora del almuerzo, ambos se sentaron a la mesa, pero nadie decía nada. La pobre chica no podía más, el silencio parecía carcomer su cuerpo, acabar con cada pequeño rincón de su alma. Su cabeza daba vueltas de un lado a otro, preguntas sin respuesta iban y venían, y cuando ya no aguantó otro segundo, hizo lo que no debía.

—¿Por qué siempre estás contando?

El silencio volvió, eso ojos rojos no se despegaban de ella y, de pronto, en cuestión de segundos, él arrojó todo al piso, incluyendo la mesa, se acercó a ella, la tomó del rostro y la obligó a mirarlo.



—Te dije que no me gustan las preguntas.

La tomó del pelo haciendo que cayera de la silla, la arrastró por el piso hasta la habitación, la tiró a la cama, le amarró los brazos, le tapó la boca y se fue. La pobre chica quedó hundida en sus propias lágrimas.

**12:00 p.m.**

Su llanto, por fin, había cesado. Se durmió mientras se decía a sí misma que él volvería, se disculparía y que las cosas serían como antes. ¿En qué momento ese hombre perfecto se convirtió en el peor de los villanos? A las 12:30 p.m. él volvió a casa con un cigarro, el cabello revuelto, la ropa ajada y se veía más delgado de lo normal. Caminó hasta la habitación con rapidez, miró a su esposa completamente dormida y comenzó a quitarle la ropa. Ella despertó alarmada y los sollozos comenzaron de nuevo. Una vez desnuda, se sentó justo al lado de ella y comenzó a hablarle mientras la tocaba.

—¿Querías saber por qué miraba ese árbol? Porque sus hojas caen en otoño. Cada día, doscientas cuarenta y cinco hojas caen entre las 3:30 de la tarde y las 8:45 de la noche, y yo cuento cada una de ellas, me recuerdan viejas épocas. ¿Querías saber qué estuve haciendo anoche? Contaba tus pecas, una a una, tienes doce en la nariz, necesité de una lupa para ver las más pequeñas, pero valió la pena. ¿Querías saber qué hacía en el baño? Contaba los azulejos, hay ciento sesenta y siete en el piso. ¿Sabes por qué cuento tanto? Porque me gusta, me recuerda cuántas cosas me pertenecen, tal vez algún día cuente tus cabellos. Tomó el cigarro aún encendido y lo presionó contra uno de los pezones de su esposa.

—Mira, ahora tienes ocho cicatrices.

La miró fijamente a los ojos y lanzó un golpe contra su estómago. Luego, otro golpe invadió la espalda de esta pobre chica, otro más en la cabeza y así comenzó a golpearla, sin piedad, hasta que no escuchó su respiración. La tomó en sus brazos y la llevó hasta el auto, no sin antes cerciorarse de que nadie estuviera mirando. Una vez dentro, comenzó a conducir hasta llegar a una pequeña casa campestre, casi a mitad del bosque. Puso el cuerpo desnudo dentro de la casa, en el comedor, con sumo cuidado. Luego trajo dos tazas de té y puso una frente a su esposa, le sonrió suavemente y tomó de

su té, mientras miraba el suelo. Una vez terminado él te, la tomó en sus brazos y la llevó hasta una pequeña habitación, la puso sobre la cama y allí durmió, abrazado a ella.

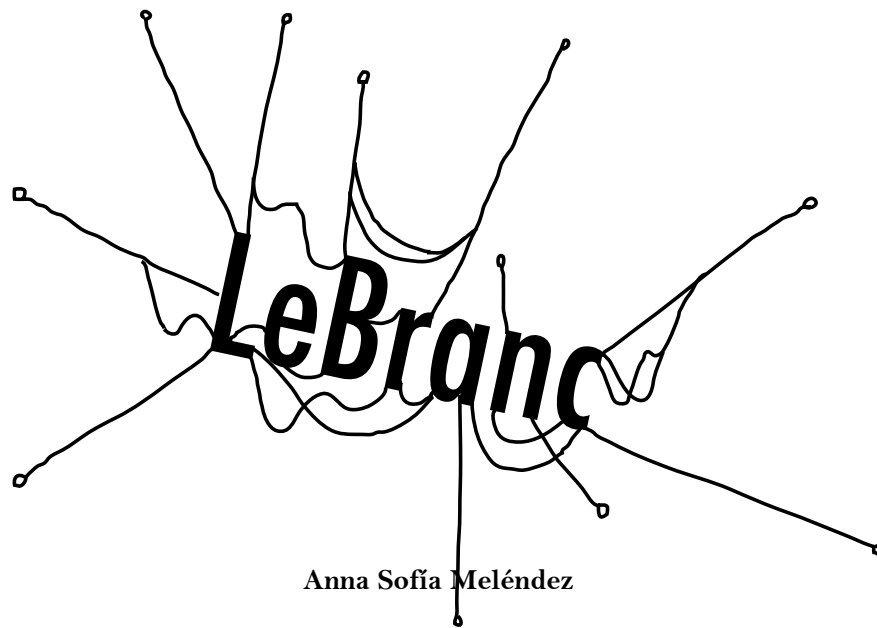
Cuando los primeros rayos de sol se colaron por las ventanas, supo que era tiempo. Nuevamente tomó el cuerpo en sus brazos, pero esta vez se encaminó hacia el sótano, sacó una pequeña llave de su bolsillo y abrió la puerta suavemente. Buenos días —canturreó con una sonrisa de oreja a oreja—. Recorrió el lugar con la mirada, se acercó al viejo sillón, en la esquina donde solía sentarse antes de aquel otoño, lo acarició y dejó el cuerpo allí. Una gran sonrisa cubrió su rostro, jamás se visto tan vivo.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo. Acomodó el cabello de su esposa, la miró fijamente, con preocupación. Se acercó a su oreja y susurró: “ellas son tu nueva familia, no te preocupes, no te harán daño, a mí también me asustan y suelen decirme cosas horribles, pero estoy seguro de que les vas a agradar”. Se acomodó al lado de ella, a pesar del tamaño del sillón, besó su mejilla y entonces comenzó a contar: uno, dos, tres hasta llegar a ciento dieciséis, la miró con ternura y quiso ponerle un número al igual que al resto, lo quiso con todas sus fuerzas, pero no la sentía suya y eso lo enojaba. Preso de la furia y la desesperación, huyó del sótano, sin cerrar la puerta.

Intentó distraerse y no pensar en ello, limpió la vieja casa, lavó los trastes e hizo la cama, pero pequeñas risas burlonas no lo dejaban concentrarse, no tardó en percatarse de que no provenían de su cabeza, sino del sótano, olvidó que lo seguían cuando él no cerraba la puerta. Pronto comenzó a ver cuerpos desnudos asomarse desde cada sombra, vocecillas susurrantes llenaron sus oídos y unos pasos siguiéndolo, lo atormentaron en cada respiración. Para el final de día, el color rojo en sus ojos había regresado y uno de estos parecía titilar, por lo que decidió refugiarse en la habitación, sin embargo, las voces lo siguieron hasta allí y, como si no fuese suficiente, las voces de su cabeza también comenzaron a perturbarlo. Dormir se convirtió en una odisea de vida o muerte, pero la sensación de sueño desapareció cuando una de las voces le dijo que no podía dormir sin ella y era cierto.

Ese fue el momento fijo en que su conciencia comenzó a jugar y cada vez se le hizo más difícil pensar. Caminó hasta el sótano y solo fue necesario llegar a la puerta para comenzar a entonar injurias al

cuerpo inmóvil que reposaba en aquel sillón. Cuando por fin se cansó de culparla de todas sus desgracias, se dio cuenta de que era cierto, era real ¡la había matado! y ya no tendría su respiración como música de fondo mientras contaba. Lo arrolló la nostalgia y la desesperación y, por puro impulso de sentirla de nuevo, le arrancó la piel de la misma manera en que despellejaría un pedazo de carne para la cena. Lloraba mientras lo hacía y se lamentaba y repetía una y otra vez la misma frase: “dime por qué no eres mía, dime por qué no estas viva”. Al terminar, levantó el cuchillo y miró su reflejo. Sus ojos ya no estaban rojos y los cuerpos al rededor habían dejado de hablarle. Se vio deshecho, frágil, difuso y solo, jamás había hecho algo así durante el verano, las cosas solo empeoraban. Debía encontrar una solución, entonces decidió prepararse para el próximo invierno.



### Información para el lector

Francia Siglo XVIII. Después de un acontecimiento tan importante como el fin de nuestra Revolución Francesa y el comienzo de un nuevo imperio francés, impulsado por una revolución tecnológica, con nuevos pensamientos y dogmas, se definiría una sociedad justa, libre e igual para todos los ciudadanos, las mujeres ahora podrían hacer lo mismo que los hombres y los hombres lo mismo que las mujeres. Pero esta Francia cambiaría y se volvería un imperio con un poder sobrenatural, casi mágico. Nadie entendería cómo llegaron a tener tal magnitud de control y dominación frente a una sociedad que se consideraba libre y orgullosa de sus principios. Ni siquiera yo pude descubrir cómo esa familia logró alcanzar un nivel tan alto en esa sociedad. He tratado de encontrar textos o artículos que expliquen un poco sus inicios o métodos, pero todo ha sido en vano, a nadie se le permite hablar de ese tema y el miedo ha atrapado cada una de las almas de sus habitantes, el silencio ahora hace parte de las familias y la traición y el engaño ya no son un tabú. Por eso...

### Sophie

Lo único que voy a decir sobre... es no quiero que su nombre aparezca en mi historia, le tengo repulsión. Aunque él cambió mi vida,

me dio momentos de pasión, de unión, de felicidad, de armonía y de tranquilidad, también me dañó hasta el punto de hacer mi vida añicos, quizá pueda intervenir otra vez en esa parte de mi vida...

### LeBranc

Hace tiempo conocí a Marie, estudiante de LaGrange. Pensé que era no solo apasionado por lo que hacía, sino intrépida y perspicaz con todo lo que quería aprender, eso alcanzó a asustarme y a la vez impulsó el deseo de querer hacerla mía. Pero mi historia con LaGrange es muy diferente, solo por capricho y obligación de mi familia, lo conocí. Mi padre, uno de los hombres más poderosos de la sociedad quiso que su hijo, un sabio, perfecto y audaz joven (aclaro), se convirtiera en un buen heredero para dominar y conseguir poder. Lo que más odiaba era que me creía un incompetente, un niño que solo hacía lo que se le daba la gana. Siempre he sido un hombre que ama ser obedecido y alabado por todas sus habilidades (lo recalco para que le quede claro) el más fuerte, el más inteligente, el más valiente; soy perfección. Ese viejo y tonto alborotador... me desesperaba tener su misma sangre fluyendo por todo mi cuerpo. Esta parte de la historia es la que menos me agrada; nunca quieres ver tus propios errores.

Continuando con mi propósito, lo único que no contaba mi padre era que yo utilizaba a LaGrange para mis proyectos de poder, perfección y dominio de esta sociedad, el viejo lo único que hacía era evitar el progreso, por eso debe desaparecer. Él quería evitar que la ciudad asumiera la estética y el desarrollo de las ciudades inglesas que tanto habían involucrado la tecnología en sus vidas, siempre deseaba una ciudad donde la tranquilidad gobernara y la libertad estuviera presente, pero ¿qué clase de pensamiento es ese? Se notaba que no tenía ideales y que mis antepasados eran unos inútiles.

Desde pequeño traté de hacerle algo a ese hombre, ya no deseaba tenerlo cerca. Mi madre, como siempre, se daba cuenta de mis acciones y trataba de hacer algo al respecto. Entonces, para evitar que descubrieran mi objetivo final, decidí volverme ese actuado hijo tierno y cariñoso. Con esto me ganaría su confianza y la habilidad de conocer las debilidades y errores que cada uno de ellos tiene. Fue todo un plan maestro. Cuando mi padre me habló sobre LaGrange, quise investigar todo sobre él, principalmente sus alcances y su vida. Descubrí que poseía una clase de energía llamada maná, esto impulsó mi curiosidad de saber de qué se trataba y, por eso, acepté el

desafío del viejo; debía aprender algo con LaGrange. Cuando lo vi, supe que necesitaba ser como él, lleno de intelecto y, por supuesto, de maná. Esa energía sería la que me ayudaría a realizar mi plan maestro de controlar la ciudad.

Una vez que tuve la oportunidad de entrar a su estudio, descubrí un invento que aún estaba concretando. Utilizaba el maná como fuerza. Fue toda una sorpresa entender que alguien como yo pudiera utilizar el maná sin poseerlo. Me atreví a explicarle mi motivo de participar en la creación de ese nuevo invento, pero claro, utilizaba una máscara totalmente falsa de joven aprendiz que solo quería tener la oportunidad de aprender algo cerca de su maestro, definitivamente soy un genio. LaGrange fue todo un cobarde y un tonto, nunca creí que le pudiera rogar a alguien, sin embargo, era totalmente necesario. Vi que Marie empezó a superarme, a ser una verdadera mujer. Fascinado quedé al ver tal belleza, tan única, sin embargo, me desagraba el hecho de que ella fuera tan impresionante. Si LaGrange le enseña todos sus conocimientos a la mujer perfecta, Marie, ella podría ser una gran rival y eso es lo que no puedo permitir, tiene que haber un modo de acabar con ella. No la mataría; heriría su ser, quebraría sus esperanzas y disminuiría su perfección. Lo mejor que pude hacer fue eliminar al causante de tal belleza, al monstruo que creó tal perfección.

No contaba con que LaGrange había creado esa arma tan perfecta para que usuarios que no habían tenido nunca el maná en su cuerpo, ahora pudieran utilizarlo. Para mí fue toda una excitación poder levantar el arma, era como tocar a Marie, pasar mis labios por ese hermoso cuerpo, sentir cada parte de él, entender lo que es la unión entre un hombre y una mujer, pero no hay que despegarse del motivo principal: usar el arma contra el mismo LaGrange. El maestro, confiado de sus aprendices, quedó atónito al verme con el arma desgarrando su cuello, nunca esperé que esto fuera tan satisfactorio. Ver la sangre de mi maestro derramada en la alfombra y en mis manos, fue hermoso. Las emociones salieron. Ya no era una sonrisa lo que brotaba de mí, ahora era una carcajada. No pude contenerme más, grité de alegría, sabía que por fin podía conseguir mi destino, me había quitado un peso de encima, ya no necesitaba nada más. Lo mejor era que LaGrange me había enseñado a crear y utilizar esa hermosa arma, tenía todos los implementos para hacer no solo una, sino muchas. Ahora sí podría matar a mi padre y transformar la ciudad a mi antojo.

En ese momento vi a Marie parada en la puerta con una mirada de desesperación, impotencia y angustia. Ahora la amaba mucho más. Recuerdo esa mirada de amor de ella mientras presenciaba como su maestro era descuartizado por mí. En ese momento sabía que era la mujer para mí, era la suma perfección, mi sueño, mi esperanza y mi propósito para lograr mi cometido de controlar una sociedad donde mujeres como ella y más que todo ella, no pudieran entrar al mundo del poder. Allí se crearía una nueva sociedad basada en reglas hechas por mí que deberán ser totalmente obedecidas sin importar qué o quién las cumpla. Pon fin pude decirlo: la Jerarquía Científica, un nuevo hogar para mí y dominado por mí, ¿quién más podría tener una mente tan perfecta como la mía?

### Marie

LaGrange, mi querido maestro, mi caballero sin alma, sin armadura y con los ojos en blanco... Nunca pensé que LeBranc me traicionaría, perdón, nos traicionaría, pero más a mí, ese hombre que alcanzó a tocar mi corazón y a decirme palabras dulces en el oído. Lo único que pude hacer fue correr, tratar de escapar de esa pesadilla. Escuché a LeBranc dar una orden a unos hombres uniformados "atrápenla, ella es mía". La angustia recorrió todo mi cuerpo, traté de esconderme, sin embargo, todo fue inútil. ¿Cómo fui tan tonta? Había convivido con él durante tanto tiempo que ya sabía cómo pensaba, cómo actuaba, mis reacciones, mis sentimientos. Con miedo, me hice detrás de un viejo armario, esperé unos pocos minutos y sentí unas manos en mi cuello, era LeBranc, con una mirada siniestra, de pasión y de amor que agarraban mi cuello.

Cuando desperté me encontraba en una celda con mi ropa destrozada, ahora que recuerdo, LeBranc trató de matarme, me ahorcó... fue horrible. No podía creer me hiciera eso, pensé que podía confiar en él, que podía tener el valor de contarle mis deseos y sensaciones, mi historia y todo, pero creo que fue un error fatal. ¿Cómo confié en él? ¡Soy tan tonta! Y ahora que LaGrange está muerto no sé qué hacer, ya no tengo a nadie para que me ayude, todo fue culpa mía. Ahora estoy atrapada en esta celda o habitación que solo tiene una pequeña ventana en lo alto, desde ahí puedo observar parte de la ciudad como los tubos de vapor y los edificios que rodean este lugar. Mi tobillo está atado por unas cadenas que me presionan fuertemente. Trato de halar cada vez más fuerte, pero todo es en vano.

Después de tranquilizarme, escucho que alguien se acerca, trato de esconderme, sin embargo, no hay tiempo para eso, lo que busco es

un elemento o herramienta que me sirva para escapar. Cuando se abre la puerta observo que es LeBranc con un plato de comida en una bandeja. Lo veo y me consume la repulsión. Al mismo tiempo me sorprende notar su cara de felicidad. Sus ojos recorren mi cuerpo, trato de cubrirme lo más que puedo con mis manos ya que la ropa está un poco destrozada.

—¡Vaya, vaya! Me encanta esa escena: Marie en semejante posición, amarrada y siendo presa mía, sin ninguna posibilidad de moverse.

—LeBranc, cállate, deja de meterte, no quiero oír tu voz: eres repugnante.

—Mi querida Marie, ¿cómo puedes decirle eso al hombre que desde te conoció te ha amado tanto?

—Eso es mentira, tú no me has amado, lo único que haces es producir sufrimiento.

—Como a LaGrange, tu "caballero de brillante armadura".

—No...no te metas con él.

En ese momento trato de alejarme lo que más puedo, pero LeBranc coloca la bandeja con el plato en la mesa al lado de la cama. Asustada, trato de escapar. De pronto siento que LeBranc me hala del brazo y me tira hacia la cama, tengo miedo, casi no puedo moverme, empieza a lamer mi cuello para llegar a mi cara y darme un apasionado beso. Como defensa decido morderle los labios para que detenga su acto. Sorprendido y con el labio lleno de sangre, toma un líquido de su bolsillo y lo pone en mi boca, trato de no pasarlo, pero con otro beso de LeBranc, todo empeora. Ya no puedo moverme, sin embargo, mi cuerpo puede sentir todo. Empiezan sus carcajadas, me dice que soy suya y me arranca completamente el traje. Las lágrimas que recorren mis mejillas no son impedimento para que empiece a tocar mi cuerpo enérgicamente, me deja marcas de besos, primero pasa por mi busto, luego por mi estómago y, por último, marchita mi flor. Fue un dolor que nunca olvidaré. En ese acto pude ver la pasión de LeBranc. Aunque sé que lo detestaba, la situación que estaba viviendo, me generó placer, ya que recordé esos momentos que pasé junto al otro LeBranc, aquel al que le di mi primer beso.



Ahora hace esto en contra de mi voluntad.

Cuando acaba, se abalanza sobre mí como pretendiendo que ahora seamos de nuevo una pareja, que lo que me acaba de hacer fue algo natural y que yo estuve de acuerdo con tener sexo con él. Pone tiernamente su oreja cerca de mi corazón. Lo que me causó más enojo fue ver esa sonrisa de satisfacción. Se queda dormido, mi mano se acerca a su chaqueta que está a un lado de la cama. Con desespero y movimientos suaves encuentro la llave que me permitirá abrir las cadenas. Me deslizo con cuidado tratando de no despertarlo, agarro la camisa y la chaqueta larga de LeBranc y con un suave toque y la llave abro la puerta que de la libertad. Gracias a que fui estudiante de LaGrange pude recorrer el edificio sin ser descubierta por nadie. Cuando logré ver la luz del cielo, entendí que aún no era libre. LaGrange estaba muerto, LeBranc me traicionó y ya no puedo volver con mi familia.

\*\*\*

—Así que lograste escapar de mí, fuiste muy astuta, Marie.

—No, LeBranc, creo que tú fuiste el único tonto que se quedó dormido.

—Pero lo has disfrutado ¿no? Ese momento de placer entre los dos, mi querida Marie.

—¿Cómo pudiste evitar que usara mi maná? Con el entrenamiento de LaGrange podía liberarme. ¿Por qué no pude? Habla, LaGrange.

—El tónico que tomaste era una poción que yo había creado. Mi único interés era evitar que el maná recorriera tu cuerpo y así obtenerlo todo.

—¿Qué? Me ha quitado mi maná, no puede ser, por eso mi debilidad.

—Sí, mi bella Marie, ya no lo tienes. Ahora ya puedo crear más máquinas para diseñar un mundo perfecto

—Cállate, no me digas así, ese nombre solo me recuerda a mi madre, además, así me decía el antiguo LeBranc, el que alguna vez amé. Has

cambiado el nombre del subtítulo. La idea era esa: mi historia, no tus tontos argumentos llenos de relatos innecesarios y superfluos.

—Mi querida Marie, te amo tanto, eres como una gatita pidiéndome más y más de mí...la perfección.

—No, no, mi nombre es Sophie, no Marie, cállate, no digas más.

—Sophie era la mujer más hermosa que conocí, tan fuerte que le pertenecía a LaGrange, ese hombre que tanto odiaba, pero ahora que lo maté ya no es necesario que tengas ese nombre, ya eres totalmente mía, me llevé a tu primer amor, tu virginidad y a tu familia, creo que ahora solo me corresponderás a mí.

—¿Mi familia? ¿Qué? ¿Qué hiciste con ellos?

—Ya que ellos solo eran un obstáculo, fui a tu casa y los asesiné a todos. Sentí una felicidad extrema gracias a la sangre de los que te dieron la vida, no pudo haber sido mejor.

— ¡No! ¡Para! Por favor.

—Ahora eres toda mía, incluso estas páginas lo son, todo el libro es mío, la ciudad, la Jerarquía Científica; todo.

—Pero LeBranc, eres un desgraciado, no voy a permitir que hagas esto, yo te detendré.

—Mi querida Sophie, ya no hay nada que puedas hacer. Ahora no eres tan perfecta, veo en tu cara que esa perfección se ha ido y ya no necesito nada de ti así que...

—No, LeBranc, espera, no...

—Creo que lo único que conservaré será este hermoso maná dentro de mí. Adiós, mi querida Marie-Sophie.

*Inspirada en la vida de Marie-Sophie Germain.*



# El verdadero amor

Santiago Mesa

Aún recuerdo la primera vez que realmente hice el amor en mi vida. Fue algo único, algo especial, algo que la mayoría de personas no comprenden y ni siquiera intentan hacerlo, ni siquiera se dan a la tarea de probarlo antes de juzgarlo, simplemente eligen condenarlo desde la comodidad de su ignorancia. Pero es que quien realmente haga el amor no podrá dejar de pensar en esto, no podrá pasar un día sin buscar desesperadamente el momento adecuado para hacerlo. Puedo asegurar, sin ningún temor a equivocarme, que quien sienta la tierna forma en que se deslizan los dedos por ese suave terciopelo y la manera en que este devuelve con nobleza la ternura, dejándose acariciar y doblándose armoniosamente al ritmo de las caricias que uno le da, quedará por siempre envidioso a esta sensación y tendrá como objetivo de vida encontrar esta sensación a toda costa.

¡Ah, las plantas! Los seres más sublimes de toda la creación. Cuando acaricio sus hojas no solo encuentro placer, sino que me encuentro con mi corazón acelerado y una serenidad y plenitud en el alma que es inigualable. Cuando bajo mis manos lentamente sobre estas, las voy acariciando y siento cómo se estremecen un poco, puedo jurar que sienten lo mismo que yo siento, que comienzan a prepararse para conectar nuestro más interno ser, todo lo que sentimos y todo

lo que tememos, todo lo que somos; se prepara para unirnos plenamente, para que hagamos el amor.

Siempre me han etiquetado de enfermo, y a esos siempre los he etiquetado de ignorantes. Siempre me han juzgado y me han dicho que lo que hago está mal. ¡Malditos hipócritas! Personas que se engañan entre ellas en una relación sentimental, personas incapaces de amar y que lastiman a sus compañeros son quienes se atreven a decirme que soy un enfermo, que soy un degenerado por sostener relaciones sexuales con una planta. Pero estas personas no entienden que lo que tengo con las plantas va mucho más allá de una atracción carnal. Ellas me entienden, ellas escuchan atentamente mi alma cuando conecto mi pene con ellas, ellas saben el ritmo de su vaivén que es apropiado para lo que siente mi espíritu en el momento en que me conecto con ellas.

No hay nada más especial, no hay nada más profundo, no hay nada más importante que enamorarse de un espíritu, de un alma, de un ser; de enamorarse de este por lo que es, y no por lo que su apariencia dice que es, enamorarse a un nivel metafísico, algo que va más allá de la razón. Sin embargo, hay personas ignorantes que deciden juzgarme y excluirme de la sociedad tan solo porque no comprenden que las plantas son seres vivos y por el hecho de serlo, puedo enamorarme de ellas. Es gente que no comprende que no porque sean humanos, enamorarse de humanos sea más puro o bello que enamorarse de alguna otra cosa. Son personas egoístas, egocéntricas que no logran ver más allá de sí mismas. Cuando alguien está feliz no lo ven como un triunfo ajeno, sino como un fracaso personal al no poder conseguirlo.

Con los humanos no he logrado nunca encontrar esa conexión. Una vez creí enamorarme de una mujer, no podía parar de pensar en sus ojos. La imagen de esos ojos fue la primera pintura que hice que no incineré porque no la odiaba, al contrario, me llegaba a sacar una sonrisa con solo verla. También su nariz me encantaba, me emocionaba verla siempre pequeña y acompañando cada gesto de sus ojos. Era una hermosa combinación, casi parecía tan angelical como una sinfónica dirigida por seres divinos cuyo único objetivo era hacer que mi alma se sintiera cálida. Pero lo que más me gustaba de esta mujer era su torso, entendiendo torso como la carretera que conectaba su sagrada y majestuosa vagina con su cuello, sin incluir sus brazos, por más que amara la forma en que sus manos acariciaban mi piel.

Pero no era amor, sí era algo único y especial, era una pasión intensa que me costó mucho volver a encontrar en algún ser, pero no era amor. El amor no se desvanece, no se hace más débil con el tiempo, no. El amor siempre está ahí, es inevitable, si amas algo, siempre lo amarás, no importa lo que suceda, no importa si este algo no te ama a ti, no importa nada de eso. El amor va mucho más allá, el amor no es tener sexo, el sexo es una forma de entregar el amor.

Mi parte favorita de esa mujer era el torso porque era capaz de permanecer estático, resplandeciendo por sí mismo, era capaz de estar al desnudo y mostrar un hermoso pecho derrochante de sublimidad, incitador al deseo, pero también era capaz de estremecerse a medida que mis dedos lo acarician, era capaz de doblarse majestuosamente para generar todo un nuevo espectro y crear una nueva imagen de sí mismo. Sin embargo, no es por esto que mi parte favorita era el torso, es porque el suyo era idéntico al tallo de la planta, se estremecía igual al tacto y era igual de esplendoroso cuando estaba estático y cuando se dejaba llevar por el viento y se movía a su ritmo. Gracias a una mujer, a una persona, es que amo las plantas. Aun así, algunos ignorantes me dicen es algo inhumano.



David Rojas Castro

*A Dark Souls, el juego.*

Hubo ocasiones en las que las opiniones de las demás personas me causaban gracia. Tanta gente alrededor del globo busca la inmortalidad, que contrario a la eternidad, significa no poder morir por ningún motivo; nada te puede matar. Alrededor de los milenios he tenido muchos nombres y he vivido muchas vidas. Alguna vez fui un detective estúpido que calló en adicciones cuando el mundo se estaba acabando, otras veces fui un millonario con una adicción a matar y por años he sido un hombre sin nombre que está roto y vacío.

En realidad, el mundo se acabó, estoy solo, totalmente solo. No queda un alma, ni siquiera animal, en el universo. La tierra se ha acabado, la vida extraterrestre se ha acabado. Me encuentro flotando en una oscura eternidad. Todo ha muerto, hasta las moléculas de luz han dejaron de existir. Mi mente muere poco a poco. Hace siglos que la luz me ha abandonado, o al menos se han sentido como siglos, y de quien fui, realmente solo queda un cuerpo; un recipiente que, si se golpeará suavemente, retumbaría con un eco más infinito que el vacío en el que me encuentro.

La vida no es más que una novela que combina todos los géneros que se conocieron, romance, novela negra, fantasía, venganza, vaqueros y con algo de suerte, pornografía. Y como toda narrativa, debe tener un final. Pero mi historia, es distinta, no lo tiene. No puedo morir, por consiguiente, no tengo conclusión. Me he dado cuenta de que esa la mayor de las tragedias. Así un autor nos entregue un mal final, es un final y al menos sabríamos qué pasa con los personajes. La clausura es algo necesario a la hora de contar una historia. Pero nunca terminaré, estoy condenado a seguir existiendo, aunque no lo quiera. Me niego a seguir existiendo, pero el destino me ha condenado a seguir adelante.

A veces es mejor rendirse, yo me he rendido hace mucho. Con el tiempo me he dado cuenta de que simplemente no deseo seguir, no tengo razones para vivir y las pocas que he tenido, las he visto desaparecer delante de mis ojos. Alguna vez llegué a pensar que la humanidad siempre encontraría una manera de seguir adelante, pero la realidad te golpea cada vez que crees estar seguro de algo y esta se ha encargado de masacrar lo único que me quedaba. Hace mucho me rendí en la vida, perdí a todos mis seres queridos y realmente no entiendo cómo o cuándo empecé a existir. Hace tiempo le dejé de dar importancia, lo relevante es el hecho, la situación de la que simplemente no me puedo deshacer. Alguna vez escuché a alguien diciendo que la única pregunta válida era si se quería seguir viviendo o no.

¡Cuánta sabiduría pueden tener algunos! Ojalá fuera yo capaz de en una corta vida humana saber tanto, pero claro, me tomó milenios entender a lo que se refería. Cuando la vida no tiene significado o lo pierde, el único sentido que queda es buscar otro significado; seguir adelante. Pero, ¿qué pasa si ya no hay significado y debes seguir viviendo? Mueres..., y mueres donde realmente importa: en tu interior. Ahora, solo puedo existir. Por más que lo intento, no puedo parar y debo seguir. Realmente no quiero hacerlo...



Daniel Montes Gil

Estoy aquí porque soy el nuevo de la agencia y mi deber es investigar a un compañero sindicado de participar en el accidente de un famoso empresario de la ciudad. Luego de “hacerse cargo” de la investigación, sale con la hija del empresario. Observo y tomo nota de la forma en que se miran, se hablan, se tratan... Luego de un rato, al terminar el café, se levantan, él le pone el abrigo, pero es extraño porque se tarda un poco más de lo que debería, aunque no se observa nada extraño. Se van alejando por la calle y giran en la esquina. Pago en el café Phillies y retomo los pasos de ellos. Unas calles más adelante encuentro el cuerpo de la mujer en el suelo, con una herida enorme en la cabeza, una piedra ensangrentada a su lado y tres disparos. Busco en su abrigo y en uno de sus bolsillos encuentro una dirección, la calle esta desierta. Algo me dice que en la agencia tienen razón, mi primer sospechoso es mi compañero.

Estoy aquí, sentada cerca del hombre que me protege, siento que lo amo. Después de que mi padre murió en un extraño accidente, él se hizo cargo de todo, de la investigación y hasta de mí. Cuando creí que no podría seguir adelante, él apareció para levantarme del suelo, ahora me siento tranquila, segura y feliz a su lado. Al terminar esta taza de café, me dejará en casa y lo extrañaré, pero estoy segura de

que pronto lo veré. Es tiempo de levantarnos e irnos. Hablamos de lo que hablan todas las parejas. Él toma mi abrigo y lo pone sobre mis hombros y nos alejamos del café Phillies. Se queda un poco atrás y me dice que continúe, que en breve me alcanzará. Sigo sus órdenes y empiezo a caminar con la ilusión de tenerlo a mi lado de nuevo. Siento un pequeño dolor en la cabeza y todo se va oscureciendo mientras mis piernas se doblan y voy cayendo. Acaricio el suelo antes de que todo se suma en una perpetua oscuridad.

Lástima que una belleza tan perfecta se tenga que perder esta noche, esto es lo que piensa el detective que está sentado junto a la mujer de rojo. Ella es tan inocente..., y será demasiado tarde cuando se dé cuenta del verdadero motivo por el cual este hombre la invitó a tomar café esta noche en el bar Phillies. El hombre sonrío mientras le cuenta su día y le cuenta detalles del estado de la investigación de la muerte de su padre. La ilusiona, pues asegura que pronto sabrán la identidad del responsable del accidente de su padre.

La mujer también sonrío, pero se ve en su rostro que allí por algo más que la investigación, se ha enamorado. Al terminar el café, se levantan. Él ayuda a la dama a ponerse el abrigo y, sin que ella se dé cuenta, deposita un papel que contiene una dirección. Se van caminando. Cuando están lo suficientemente lejos del café, él le dice que se adelante, ella hace lo que él dice sin mirar hacia atrás. Sin que ella lo prevea, la golpea en la cabeza con una roca enorme, para luego proceder a disparar tres veces a su cabeza con un arma que lleva silenciador y continuar su camino como si nada hubiera ocurrido y con la certeza de que el dinero de esa familia pronto sería completamente suyo.



Nicolás Múnera

Nathan entró a la casa rodeado por susurros aterradores y el bullicio de las sirenas. Pasó a través de las cintas amarillas y atravesó una pesada puerta de olmo. Ingresó a otro bullicio, uno más peligroso y más frío, uno que se daba en el opresor silencio de la escena del crimen.

—¡Hola!, compañero —lo saludó el detective Malcom Helbaum—. El joven pelirrojo lo había contactado directamente para pedirle ayuda en este peculiar evento. Normalmente Nathan habría dicho que no, pero tenía una debilidad por el muchacho, y que este conociera a la familia, hacía las cosas algo más fáciles. Con un silencioso asentimiento, el detective saludó al muchacho y juntos se dirigieron al salón.

Nathan observó a su alrededor mientras el cigarrillo se consumía en sus labios. Era una casa grande y elegante, muy elegante, definitivamente de una familia acomodada. La sala era espaciosa y decorada con gusto, los tapices cubrían los suelos y dispersos sobre ellos había una colección de sillas y mesas talladas en nogal, donde se encontraban los testigos.

Las mujeres se levantaban a recibirlos, había cuatro, tres adultas y una niña pequeña. Nathan las miró una a una, mientras éstas lo observaban, como aves de presa esperando a que hiciera un movimiento equivocado. Dos estaban elegantemente vestidas, cubiertas con joyas y embutidas en elegantes vestidos. Una había estado llorando, sus ojos cafés estaban rojos y su cara hinchada, rodeada por un halo de cabellos desordenados. La otra era un reflejo de la madre en pena, pero mientras esta se deshacía lentamente en terror, su hermana mantenía una fría calma, atraía toda la atención de la habitación, el detective no sabía si era su hermosura, su mirada azul penetrante o su vibrante vestido rojo. La tercera joven estaba vestida sencillamente, casi para no llamar la atención, y se mantenía con la cabeza baja, alejada de los demás, llorando en silencio. La niña estaba en su propio mundo, mirando en la lejanía, no estaba llorando ni se veía nerviosa, solo contemplaba el centro del salón, sosteniendo algo entre sus manos.

Comenzó a entrevistarlas. Al parecer, los niños estaban jugando en ese mismo salón mientras María, la ayudante de la señora Sanders, los cuidaba y las dos mujeres tomaban el café en el piso de abajo. María tuvo que salir unos minutos a buscar unos documentos para las mujeres y cuando volvió se encontró con Marie, la pequeña, sola en el salón, sin rastros de Mathias. Lo habían buscado por todas partes, pero no lo encontraron, entonces fue cuando llamaron al detective Helbaum.

La mente de Nathan se puso a trabajar a alta velocidad. Buscó pistas por el salón, sin embargo, nada parecía fuera de lo ordinario, no había señales de forcejeo. Se trataba de un niño de siete años, no era difícil someterlo. La casa estaba asegurada y no se había forzado ninguna puerta. Tal vez tenía la llave... El detective observó a la pequeña. Ella no había dicho mucho, solo se quedó ahí sentada, mirando siempre hacia el mismo punto, jugueteando con lo que tenía en las manos.

—Necesito hablar con la pequeña —le dijo a Helbaum—, él asintió y se llevó a las tres mujeres a la cocina con el pretexto de buscar algo para calmar a la madre.

—¿Qué tienes ahí, cariño? —le preguntó a la joven al acercarse, arrodillándose para quedar al mismo nivel—. La niña lo miró con sus penetrantes ojos azules, heredados de su madre. Abrió sus pe-

queñas manitos y en estas descansaba una flor de cristal, hermosamente tallada y delicada, casi parecía real. El joven detective la cogió con delicadeza y la miró mientras el violeta y dorado de los pétalos y el verde del tallo resplandecía bajo la luz del atardecer.

—¿De Dónde la sacaste? —le preguntó a la niña.

—Mathias..., apareció cuando él se fue —dijo la pequeña, tímidamente.

El detective se levantó y alejó, pensaba en mil teorías, tal vez era una firma, una forma en la que el secuestrador marcaba sus logros, pero tenía que explorarlo, si era así, el niño estaba en peligro, sin duda, se trataba de un profesional. El detective agarró a su compañero y ambos se fueron a investigar la evidencia. María salió poco después, tenía clases a las que asistir. Las mujeres se quedaron en la cocina, llorando la pérdida de un sobrino y un hijo. Marie estaba sola en la sala donde Mathias había desaparecido. Con un ligero zumbido, un hueco, similar al que se había tragado al niño, apareció cerca de ella, iluminando la habitación con destellos verdes y azules, la niña se levantó y lo observó, se acercó más y más al extraño agujero que flotaba en el aire.

La madre de Marie no había escuchado a su hija en unos minutos, por lo que dejó a su hermana y volvió a la sala. Al entrar no vio a la pequeña por ninguna parte y su corazón se detuvo mientras el pánico la atestaba. Mientras los gritos comenzaban y la mujer revolcaba la habitación, falló en notar un charquito de agua que era rápidamente absorbido por la alfombra y el cubo negro y resplandeciente que descansaba sobre este, justo donde la niña estuvo parada unos minutos antes.

# DIRTY SCI-FI

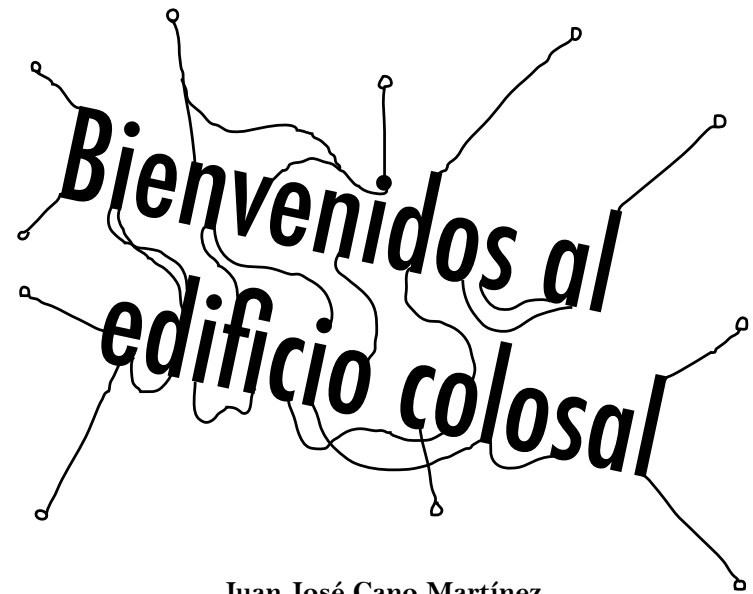
“ Al alejar la copa, pude notar que gran parte de su contenido estaba manchado por una grumosa manteca negra. Ese es el problema de tener implantes robóticos y que te disparen, nunca se sabe qué va a salir brotando de tus entrañas”.

Tomado del cuento  
**Una noche como la prostituta del neón**  
de **John Jairo Gómez González**.

LEXIAS







# Bienvenidos al edificio colosal

Juan José Cano Martínez

Un edificio colosal de 625km<sup>2</sup> de planta (25km de lado) rasca el cielo con sus inmensos ochenta pisos, divide las clases sociales y sirve de ecosistema para unos cuantos millones de personas. En los niveles bajos, del primero al vigésimo, existen los marginales, los pobres, enfermos y miserables, los desechos de la sociedad deshechos por la sociedad, rechazados, renegados, tristes y solitarios, salvajes locos sumidos en la anarquía, víctimas de la negligencia e hipocresía de su propia comunidad y criminales condenados que tuvieron la suerte de no ser expulsados del edificio. Entre el veinte y el cuarenta y cinco están los “pobres visibles” o bien, clase media baja. Son los primeros en tener espacios abiertos bajo el cielorraso, es difícil conseguir comida, no hay lujos, también es una sociedad en decadencia, aunque menos oscura y mezquina que en los primeros pisos. Del cuarenta y cinco al sesenta están los primeros en vivir dignamente, aunque sin muchos lujos, gozan de beneficios suficientes como para tener una buena vida, son la clase media. Los últimos veinte niveles están divididos para la clase media alta y alta. Son los únicos con vista al exterior del edificio. Cada planta contiene subedificios llamados bloques habitacionales que están a su vez divididos en varios pisos y contienen los apartamentos.

El edificio es totalmente hermético y presurizado. Los primeros niveles (los de clase baja) tienen una altura de 200m cada uno para un total de 4000m de altura la clase baja solamente. En cada uno de estos caben 75 pisos de bloques habitacionales, estrechos e incómodos, distribuidos por todo el lugar, son gratuitos, aun así, hay gente en la calle, pues no pueden pagar la renta en las plantas superiores y decidieron probar suerte abajo, teniéndose que conformar con sus pasillos estrechos. No existe un servicio de salud establecido para los habitantes y solo hay un medio de trabajo, la minería. Kilómetros de túneles salen del edificio por debajo de la tierra en busca de minerales y piedras preciosas que deberán entregar a cambio de alimento.

Escasamente tienen acceso a la luz eléctrica que por temporadas se va y da lugar a los días más violentos del año. La clase media baja se encarga de la agricultura, cultiva alimentos para el resto de la residencia gracias a lámparas de luz solar. Hay una gran variedad de empleos, así que la gente puede escoger lo que más les convenga. El servicio de luz es estable y cuentan con un sistema de salud muy eficiente para proteger los alimentos que el resto del edificio consumirá. Los salarios que reciben son bajos y apenas cubren la renta, por lo que queda un porcentaje pequeño para la alimentación. Es común ver violencia por comida. Gracias a la cantidad de vegetación se generan grandes cantidades de oxígeno que ayuda a suplir a los demás pisos. Cada nivel de la clase media baja mide 300 metros. Los habitantes viven en apartamentos pequeños apilados en bloques de noventa pisos, en total tiene 7500m de altura. La clase media se ocupa de lo comercial: compra, vende y es el centro de distribución de todos los productos que llegan. Cada una de sus quince plantas mide 200m de alto y está dividido en bloques habitacionales con el mismo número de pisos que en clase baja. Sin embargo, estos bloques tienen apartamentos de mayor tamaño y más cómodos. Cuentan con zonas verdes y espacios abiertos. La población en general consigue pagar la renta y conseguir comida, sin embargo, la situación no da oportunidades de progresar, es decir, la clase media está estancada en clase media.

Los últimos veinte están repartidos así: quince para la clase media alta y cinco para la clase alta. Estos son los primeros en tener vista al cielo despejado del exterior, pues cuentan con ventanas y estructuras de cristal. Abundan las zonas verdes y la población es poca. Todos sus habitantes tienen cargos administrativos en el edificio. Las zonas de clase media alta y alta, juntas, tienen una altura de 2750m.

En el edificio existe una entidad encargada de gobernar sobre los habitantes, la Comunidad del Edificio, constituida mayormente por miembros de clase alta y media alta. Se encarga de administrar los bienes y aplicar las leyes sobre los habitantes. Si alguien comete una infracción, será sancionado de diversas maneras. Puede ser multado, obligado a bajar de piso, ser enviado al primero o ser expulsado del edificio, lo que equivaldría a una condena de muerte.

## I

No puedo describir la extraña mezcla entre ira y placer que sentí al sacar a golpes a mi casero, "Don Pacho", de mi apartamento esa noche. Tuve que aguantar su temperamento y humillaciones durante casi toda mi vida. Él le había prometido a mi padre, en su lecho de muerte, que nos permitiría a mí y a mi mujer vivir en el piso ochenta por una renta más baja, pero todo lo que hizo fue sacar provecho. Cabe aclarar también que este patético hombre tenía una retorcida obsesión con su gata. Para muchos eso era un rumor, a mí me constaba. Tal vez para compensar el hecho de que nunca tuvo hijos. Ese día había estado toda la tarde con mi esposa en mi apartamento, tratándola como sirvienta e insultándola, esperándome para decirme que supuestamente por culpa de Tai, mi gato, teníamos que desalojar, pues lo descubrió "profanando" a su gata, o como él lo dijo esa noche: "a su hija". Después de amenazarnos, decidió ponerle las manos encima a mi mujer, ahí fue cuando exploté. Al otro día me citó a un tribunal de la Comunidad del Edificio, donde trabaja como juez y es prácticamente dueño de todas las personas.

La mayoría de los administrativos viven de la renta de sus propiedades (el 75% del total del edificio), por lo que es normal que a algunos propietarios los inquilinos les hagan fraude con la renta y no la paguen, o paguen menos. Precisamente de eso me acusó el a mí, obviamente, inventándose una historia totalmente falsa para tapan su parte del fraude y su retorcida y absurda venganza. Según la ley, un fraude de esa naturaleza, se castiga degradando a la persona cinco niveles en el edificio colosal, bajando su estatus y capacidad económica. A la persona se le da un plazo de dos meses para conseguir apartamento en cualquier parte del edificio debajo de los cinco pisos a los que se le prohibió el acceso. Pacho, como solía decirle, no solo me dio apenas una semana para encontrar un nuevo hogar, sino que me hizo bajar veinte pisos. Fui expulsado de la clase alta. Todos los otros administrativos conocían la ley, pero también conocían a Pacho, sabían de su locura, y sabían que no lo debían contradecir

si querían conservar su preciado estilo de vida y su puesto en la Comunidad del Edificio. Tuve que resignarme y seguir con mi vida.

Ya que no tenía mucho tiempo, tuve que buscar los apartamentos justo después de salir de trabajar. Acomodarme a los precios no fue difícil. Francisco no me había quitado mi empleo que ejercía justamente en el piso sesenta, donde ahora tenía que vivir. No era un mal lugar, sin embargo, no estaba ese techo de cristal que te daba vista al exterior, en cambio, tenía paredes de concreto con ventanales gigantes, seguía siendo la clase media alta, así que el lugar tenía aún ciertas ventajas. No era el piso ochenta, pero no estaba nada mal tampoco.

No tardé mucho en encontrar un apartamento apto, estaba al frente de un parque cerca de la estación de tren. Había una cantidad de gente considerablemente mayor en relación con los pisos superiores, por primera vez en lo que llevo casado, tendríamos vecinos a los lados. No está de más decir que el apartamento era más pequeño que el anterior, tuvimos que deshacernos de varios muebles y varias pinturas que sirvieron para pagar varios meses de renta. Se fueron enteras dos semanas en bajar con mi esposa a limpiar y pintar el apartamento nuevo, vender lo que no pudiéramos bajar y mudarnos. Gracias a mi nueva ubicación me quedaba más cerca el trabajo, por lo que ahora tenía más tiempo para estar en casa con mi mujer, estaba empezando a pensar que era mejor vivir en el piso sesenta, o al menos, me convenía más. El nuevo apartamento era acogedor, solo tenía un piso. Las puertas ya no eran automáticas, y en vez de huella digital, nuestra llave era una tarjeta. Tampoco había pantallas integradas en las paredes, por lo que tuvimos que comprar un televisor. Y así, poco a poco, nos fuimos acomodando en nuestro nuevo hogar. Sonata empezó a salir y a conocer nuevos vecinos, yo seguía trabajando, y el gato seguía durmiendo todo el día.

\*\*\*

Trabajo procesando datos y estadísticas de todo lo que sucede en el edificio, y eso quiere decir todo, no es necesaria más aclaración, sin embargo, por este negocio siempre pasan asuntos raros y torcidos de gente que quiere manipular la opinión pública. No puedo negar, sin embargo, que he participado en más de uno de estos fraudes y no necesariamente en mi propio beneficio, ni mucho menos en pro del bienestar colectivo. Por ejemplo, hice a la gente creer en los pisos de arriba, hace algunos años, que las plantas bajas tenían escases de

población (que sería algo bueno), pues nadie veía la necesidad de bajar a vivir allí, haciéndoles creer que la economía estaba balanceada cuando en realidad tienen sobrepoblación y condiciones marginales, pues son tantos los que bajan, que hasta en las minas duermen personas. Eso es, en parte, mi culpa, pues alteré los números bajo órdenes de Francisco en el tiempo en que él nos mantenía...

Durante el primer mes en la nueva casa, Tai, mi gato, se volvió sedentario y engordó. Al finalizar el mes, desapareció durante cuatro días y volvió a aparecer. Fue triste ver a Sonata tan destruida por la pérdida del gato, a mí también me dolió, pero debía ser fuerte para ella. No puedo describir la cara de felicidad que puso mi mujer cuando Tai apareció, se fue y volvió solo, y no solo eso, había vuelto más delgado. Su cara iluminada por volver a ver al gato, su única compañía, es la cosa más bella que he visto en años.

La noche después de su regreso, antes de salir del trabajo, mi jefe me citó a su oficina. Él no estaba. Había un viejo libro en su escritorio, con una nota que decía:

He ocultado la verdad durante mucho tiempo, te he llamado al azar entre todos los empleados para presenciar mi fin, para que seas el afortunado de conocer la verdad, y al mismo tiempo seas condenado por ella. Lee este libro bajo tu propio riesgo, no confíes en nadie que te haga preguntas, tampoco en quien guarde silencio.

Empecé a llamarlo, él no respondía. Exploré su oficina y en el otro cuarto, el de su secretaria, estaban ellos dos colgados del cuello. Por poco vomito. Salí de prisa con el libro en la mano. Llegué a mi casa a la noche. Abrí el libro. Había una memoria pegada en la pasta de este. Comencé a leer:

Siglos atrás, existieron días en los que el hombre era un pájaro libre, podía volar, nadar y caminar. La humanidad vivió mucho tiempo sin un edificio colosal que la contuviera. Abusaba de la naturaleza sin piedad, sin pensar que esta algún día le devolvería el golpe. Retrocedemos al año 2035. Hace exactamente 563 años, el hombre que vivía al aire libre, ya no podía moverse tan fácil a través de su tierra. El aire,

agua y tierra, le habían dejado de ser útiles tiempo atrás. El mundo se estaba volviendo inhóspito para la raza humana. Las naciones, desesperadas por preservar la vida humana, acordaron la construcción de un refugio permanente, imponente, cerrado. Un nuevo hogar para la raza humana. Miles de arquitectos trabajaban en el proyecto que se hizo público para dar esperanza a la raza humana, una oportunidad para un nuevo comienzo desde las cenizas. Sin embargo, hubo personas que pensaron que este plan era irracional. Así surgió una nueva organización naturalista, que empezó a idear un nuevo plan para recuperar el planeta...

Pero los cimientos del edificio ya estaban hechos y las Naciones Unidas no dejarían a nadie interponerse en el camino. Los naturalistas, con su plan de desarrollo completo, y un análisis ambiental de todo el planeta, dieron a los pueblos la esperanza de que este se podía recuperar y que, si no se hacía nada, el planeta quedaría inhóspito durante al menos 400 años. Los gobiernos no querían esto. Sus descubrimientos fueron desmentidos tiempo después por científicos contratados, cientos de sus miembros fueron asesinados, y otros miles encerrados. El plan nunca se puso en desarrollo, y el edificio continuó su construcción.

Era difícil creer lo que había estado leyendo durante todo este mes, no solo era impactante la información del libro, además, al conectar la memoria en un computador, aparecieron más de cinco mil Terabytes de información que respaldaban lo que el libro decía. No podía dejar que esta información se filtrara a otros medios, pues podría hacer que me maten. Había estado leyendo en los buses de camino al trabajo, y largos ratos en el baño.

Después de la primera construcción del edificio, las Naciones Unidas habían repartido los sectores de la construcción para el dominio de cada país. Sin embargo, los recursos adentro de la construcción no eran suficientes. Empezó a haber descontento y cada nación lidió a su manera con las protestas. El edificio contaba con los primeros sesenta pisos, lo que hoy

son las clases baja, media baja y media. La población era demasiada para ser contenida en un espacio tan pequeño. Empezaron entonces a surgir movimientos que buscaban la unión de todos los pueblos para habitar el gran edificio en paz y equidad. Se hacían llamar: La Comunidad Del Edificio. Integrantes de éste movimiento generaban protestas y empezaban a manejar la opinión pública. Se generó una guerra civil dentro de las instalaciones. Los gobiernos se rindieron y entregaron el nuevo mundo a la Comunidad del Edificio. Esta, pronto autorizó la construcción de veinte pisos más, logrando un total de ochenta. Con el tiempo se dividió en clases el edificio y sus construcciones interiores fueron hechas como tal. Viendo la pobreza generada por la división de clases, la comunidad, que administraba todos los bienes del edificio y cobraba renta de cada apartamento, declaró como gratuito cada apartamento de los primeros veinte pisos, que eran los de clase baja.

Debido al descuido del gobierno con estos pisos, la población empezó a crecer a una tasa inimaginable: en cuestión de décadas, los primeros veinte pisos quedaron hacinados completamente. Para lidiar con esto, la Comunidad del Edificio decidió crear un sistema de minas a unos kilómetros de distancia del edificio, al que solo se puede acceder bajo tierra, por medio de un túnel que sale desde abajo del mismo edificio. Pronto, la población empezó a decaer durante los siguientes sesenta años. Desde la creación de las minas, los ingresos al edificio crecieron, los líderes de la comunidad empezaron a querer quedarse con el poder y decidieron pasarle sus cargos solo a miembros de sus familias. Se crearon dinastías en la Comunidad y su monopolio creció.

\*\*\*

Llegué a casa una noche. La puerta estaba rota, e ntré alarmado y encontré todo quebrado, peor que eso, mi mujer estaba en el piso, fue golpeada, unos metros a la izquierda estaba el gato, también inconsciente. Me llené de terror. Los tomé a ambos en mis brazos y

los llevé al hospital tan pronto como pude. Ambos estaban en coma. Cinco días después, mi mujer despertó. Tuve que presionarla para que me dijera quién le había hecho tal daño. Habían sido un par de administradores pretenciosos que estaban extorsionando a todo el conjunto y amenazando a la gente con sacarla del edificio. Decidí buscarlos y visitarlos. Toqué la puerta con furia, me abrió un hombre joven. Pateé la puerta y lo empujé hacia atrás, quedó noqueado al instante. Luego apareció uno más alto, me arrojé a él con furia y lo llené de golpes. Los amarré y los dejé en su apartamento. Resulta que no eran en realidad gente importante, si bien eran ricos y poseían varias propiedades, no pertenecían a la Comunidad del Edificio. Todas sus extorsiones eran a base de mentiras.

Los siguientes días los pasé consintiendo a mi mujer mientras que se mejoraba. Me dieron días libres en el trabajo para ello. No fueron muchos.

\*\*\*

Había pasado todo este tiempo sin leer el libro. Reanudé la lectura en casa. Sonata respetaba mi espacio mientras yo lo hacía. Había terminado de leer la verdadera historia del edificio. Angustiado, me di cuenta de que había aún, mucho texto por leer. Parecía que se hubieran tomado años para seguir escribiendo este libro. La fecha era de hace menos de veinte años, la letra era totalmente diferente, como si alguien más hubiera tomado el libro para escribir en él. Decía:

He pasado mi vida entera encerrado en esta jaula gigante. Le doy mis saludos al lector, quien quiera que sea, cuando sea. Si ha leído las páginas anteriores, seguramente se dio cuenta de todas las atrocidades que la Comunidad del Edificio hizo en su gobierno, y lastimosamente, hoy sigue cometiendo.

Podría usted recordarme como Lucio D'arcre.

Al leer este nombre, mi vista se paralizó. Era el nombre de mi padre. Lleno de confusión, seguí leyendo.

... Soy uno de los administradores del edificio, sí, hago parte de la Comunidad, y como ningún otro

me he dado cuenta de los crímenes dementes que ha cometido este gobierno en contra de su pueblo. Después de encontrar este libro en los archivos más viejos del edificio, me di cuenta de algo que cambiaría mi manera de actuar desde el mismo momento en que mi mente lo asimiló. La tierra, según los estudios de los científicos de antes del edificio, en este momento, sería un lugar habitable de nuevo. Pero ¿por qué tenían escondido un libro con tal información?

Después de esta inscripción, se daba un mapa detallado de cómo salir del edificio.

... el anterior mapa, lo hará un hombre libre. Yo mismo logré salir del edificio y probar el aire fresco, acariciar el pasto y probar agua natural. Con mi fiel compañero Francisco Ramírez, viajé...

Otro nombre familiar sonó en mi cabeza, pero esta vez con odio en vez de ternura. Al analizar el mapa, decidí que seguiría los pasos de mi padre y conocería el mundo exterior. Llevaría a Sonata afuera y luego liberaríamos a la humanidad entera juntos. Pero debía bajar solo la primera vez.

... viajamos por los costados del edificio, a pie, durante dos días tratando de encontrar una salida. Habíamos robado unos planos del edificio y con ellos nos hicimos camino...

Al día siguiente, volviendo a casa del trabajo, me desvié y empecé a seguir el mapa. Al costado norte del edificio, había puertas que llevaban a unas escaleras de servicio. Todas estaban cerradas permanentemente, excepto por una. En el segundo nivel del edificio, de los de clase baja, compré un pasaporte a ese piso. Horas después encontré la puerta, estaba marcada con una equis y un signo de advertencia. Yo seguía las instrucciones del libro. Abrí la puerta, daba a unas escaleras de servicio en la oscuridad. Al frente, había un muro de concreto que subía hasta lo más alto. Unas pequeñas lámparas alumbraban el camino, bajé durante unas cuantas horas hasta llegar a lo más profundo. El libro me llevó a caminar largo tiempo por un pasillo oscuro y vacío. Seguí caminando en busca de una salida que

se suponía me dejaría salir. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero devolverme no valdría la pena, ya no veía nada, iba a ciegas y no podía leer el libro. Choqué contra un muro y pateé una placa de metal, detrás de la cual pareció asomarse un pequeño haz de luz. La retiré y hallé un ducto que atraviesa el muro de cincuenta metros de grosor. Gateé a través de él...

Y después de caminar durante una semana entera, habiendo perdido el sentido del tiempo, me di cuenta de que había sido una pésima decisión salir. El aire puro intoxicó los pulmones de mi compañero, era una causa perdida. Robé el libro, me devolví y cerré la salida del ducto. La humanidad ya no era bienvenida afuera.

-Francisco.



Diego Santiago Rodríguez

*El tiempo es un océano en la tormenta.  
Príncipe de Persia, VideoGame.*

### Prólogo

En el año 2098 el consumo excesivo de recursos llevó a la humanidad a la devastación total. Con la incapacidad del autosostenimiento, el ser humano se vio obligado a sobrevivir sin sus creaciones y retornó poco a poco a un estado casi primitivo. Ahora es el año 2753 y lo que queda de la humanidad se retiró al continente que una vez lo vio nacer. Ya nada es como antes y África ahora es, en su totalidad, de color verde. A pesar del fin de la civilización, aún se conserva su huella en viejos edificios cubiertos por plantas y dominados por animales, en los que se esconden los últimos recuerdos de la humanidad.

\*\*\*\*\*

Todos están muertos, todos, excepto uno. Barkev fue el único que logró escapar. Eran diez o doce criaturas las que atacaron sin piedad a su madre, bajo el manto de la noche y, sin saciar su sed de sangre, siguieron con el resto de su familia, lo único que pudo hacer el joven ante la escena, fue huir dominado por el miedo y la frustración. Han pasado dos días después de lo sucedido y a Barkev todavía lo abrumba un dolor en sus entrañas que se mezcla con la sangre de su cuerpo y la pérdida en su corazón; necesita un refugio. Un antiguo monumento a una sociedad, olvidada por su propio avance, parece ser la mejor opción para pasar la noche. Al entrar logra avistar varios frutos que sin vacilar come hasta saciarse, pero el recuerdo de lo sucedido lo invade y cae sumido en llanto. Al secar sus lágrimas y aún con dolor en el corazón, se dispone a dormir en el lugar más seguro que encuentra junto a lo que quedaba de una antigua biblioteca, justo en la sección de ciencia ficción.

La noche es larga y fría, pero al amanecer, Barkev se siente infinitamente mejor, pues gracias a la luz del día, puede ver las extrañezas que lo rodean. Fascinado, comienza a abrir los libros. Muchos se rompen al tocarlos y los demás están escritos en una lengua muerta, así que durante horas solo mira los dibujos de los libros. De esta manera pasó su día hasta que sus entrañas volvieron a suplicar por alimento. El chico caminó hasta el lugar en el que comió la noche anterior, sin embargo, lo único que vio fue una cantidad descomunal de pequeños simios. Él sabía que ese simio en particular acumulaba la comida en pequeños montículos y también sabía que eran muy cobardes por lo que podría tomarla fácilmente. Comenzó a buscar en las cercanías hasta toparse con un pasillo largo que finalizaba con unas escaleras, el olor a fruta que emanaba de entre esas dos paredes hizo que corriera sin pensarlo. Al subir las escaleras llegaron a un gran salón lleno de montículos de fruta, caminó hasta uno de ellos y comenzó a comer mientras era observado por cientos de monos que gritaban y se molestaban. Él solo sonreía mientras calmaba su hambre.

Terminó, se levantó y caminó de vuelta a las escaleras, pero como si el karma se riera de él, pisó justo encima de un trozo de madera vieja que cedió a su peso y provocó que cayera nueve metros directo al piso. Permaneció inconsciente durante horas. Cuando despertó se dio cuenta de que su brazo derecho estaba roto, no sentía sus piernas y su costado sangraba, no obstante, nada de esto lo sorprendió tanto como lo que estaba oyendo.

—¿Quién eres? —exclamó el chico mientras miraba las sombras.

—Soy el narrador, no te preocupes.

—¿El narrador? No entiendo, no me mates, por favor.

—Tranquilo, he estado aquí desde el principio, no tienes nada de que temer, lo único que hago es contar lo que te sucede todo el tiempo para que ellos lo puedan leer y con suerte pasen un buen rato.

—No sé muy bien lo que pasa, pero estoy muriendo y necesito ayuda, te suplico que me salves.

—Si lo hago, estaré cambiando tu historia.

—Dices que estás contando mi historia, ¿verdad? ¿Cómo puedes hacer eso si muero?

—¿Sabes?, la verdad es que no importa si mueres o no, pero tengo la curiosidad de ver qué puede llegar a suceder si cambio las cosas un poco.

El muchacho en medio de su agonía tomó el valor de curarse a sí mismo, así que hundió su brazo izquierdo por su herida hasta alcanzar su columna, que, de un solo tirón, logró acomodar nuevamente.

—¿Por qué no usas formas menos dolorosas? —exclamó el joven en medio del sufrimiento.

Sus palabras solo hicieron que quisiera torturarlo un poco más, así que hice que tomara una roca que convenientemente poseía filo y que con ella se amputara el brazo derecho. Con la misma roca le arrancarí la piel a su extremidad sin vida y la usara para detener el sangrado del lugar en el que debería ir, tomaría los huesos de sus dedos y los usaría para coser su costado, y que mejor hilo que...

—¡¡Aghhhh!!—

... los tendones de su propia mano.

—¡Eres un monstruo!

—Lo siento chico, a algunas personas les gusta este tipo de cosas, pero ahora sí voy a hacerte el favor.

Una vez logró ponerse de pie, encontró una fruta dorada que enseguida se comió, y como por arte de magia, hizo que su cuerpo se recuperara por completo, a excepción de su brazo que no pudo volver a crecer. Lo siento chico, pero a muchos lectores les gustan las pérdidas.

—Ahora no importa, me siento mucho mejor, gracias.

—Bien, ahora que te sientes mejor sigamos para ver cómo termina esta historia.

—¡Espera! ¿Podría hacerle algunos cambios a mi historia? —exclamó el chico con la esperanza de revivir a su familia.

—El problema es que no puedo hacer algo así. La muerte de tu familia es muy importante en la historia como para cambiarla, lo siento, pero no puedo hacer eso.

—Entiendo. ¿Y existe la posibilidad de que mi historia sea diferente a partir de ahora? Pero me refiero a que sea totalmente diferente—dijo Barkev tratando de acabar con el dolor de la pérdida.

—¿Y qué si quiero acabar con mi dolor?

—Pues no sé si sea una buena idea cambiar las cosas de esa manera.

—Tú fuiste quien dijo que quería ver lo que pasaba, ¿por qué no ver qué tan profundo es el agujero del conejo?

—Está bien. Te dejaré hacer cambios en la historia, pero no la conviertas en una de vampiros brillantes.

—Descuida, no pienso hacer eso. Comencemos.

—Está bien.

Barkev dio unos pasos por la habitación. A su alrededor había seis amuletos con forma de cabeza canina que estaban impregnados de la misma esencia mágica que la fruta dorada que usó para recuperarse. Tomó uno de ellos y automáticamente se rompió. En frente suyo, se materializó al instante un objeto, pero no cualquier objeto, era el libro en el que estaba pensando en ese momento. Fue así como se dio cuenta del poder de los amuletos, capaces de cumplir cualquier deseo, pero ahora solo había cinco, así que debía tomarse su tiempo para pensar.

—¿Por qué solo cinco deseos?

—Es más divertido así. Prosigamos. ¿Cuál es tu primer deseo?

—Quiero recuperar mi brazo derecho.

—¿Estás seguro? ¡Qué aguafiestas!

—Sí.

El chico tomó el segundo amuleto que desapareció justo como el anterior, haciendo que inmediatamente creciera nuevamente su brazo.

—¿Feliz?

—Sí. Ahora deseo que las estructuras que vi en los libros sean reales.

El chico se acercó al siguiente amuleto y se acordó de esas fascinantes estructuras que vio en los libros, estructuras que desprendían humo de varios tubos que alimentaban mecanismos complejos que permitían a todas las cosas funcionar. Decidido, el chico tomó el amuleto que se agrietó con fuerza y se dispersó en cientos de fragmentos. Todo a su alrededor comenzó a temblar. El fuerte ruido del cemento partiéndose lo asustó y decidió huir, no sin antes envolver los amuletos restantes en una tela gruesa de color negro. Corrió hasta encontrar un viejo árbol hueco que usó para cubrirse de los escombros; pasaron unos pocos minutos hasta que todo se calmó. Movié algunas rocas para poder salir, el humo cubría todo y no podía ver más allá de su nariz. Comenzó a caminar a ciegas hasta que el gas se disipó. Una vez pudo ver, alzó su mirada y cayó sobre sus rodillas admirado por lo que veían sus ojos: incontables construcciones de cobre, acero y cristal se alzaban como inmensos guardianes



del hombre, solo había un inconveniente, faltaba el hombre para ser protegido.

—Dime, ¿ahora qué deseas?

—Ya tú lo dijiste. Faltan familias que ocupen mi creación.

Barkev volteó hacia los amuletos y tomó el siguiente; se deshizo en su mano. A esto se siguió un fuerte crujido en las carreteras, miles de masas negras surgían de entre las ranuras del concreto como si de petróleo se tratara. Estas grotescas formas poco a poco cambiaron hasta convertirse en hombres, mujeres y niños vestidos de formas muy extrañas que simplemente se empeñaron en caminar como si todas sus vidas hubieran vivido en ese lugar. Barkev solo estaba parado ahí entre la multitud que lo ignoraba como si se tratara de un simple perro callejero. Sin embargo, entre toda esa gente, se destacó una hermosa joven que caminaba sin rumbo entre los edificios. Barkev enfocó todo su interés en la chica y la siguió, pero había algo raro en ella, parecía como si fuera nada más que un cascarón vacío. Barkev pudo notar que no solo era ella, eran todas las personas que creó.

—No me dijiste que venía con truco, son pobres almas sin rumbo.

—Te sugiero que sigas a la chica.

Barkev siguió a la joven hasta la entrada de una estructura metálica en donde una masa de personas le impidió avistarla. Al parecer, todos querían subirse a una extraña entrada que se abría y cerraba sola, a través de la cual se llegaba a una habitación diminuta que cuando dejaba ver su interior mostraba la desaparición de las personas que habían ingresado antes. A Barkev le ganó la curiosidad y decidió cruzar el portal como los demás, seguramente la chica estaría al otro lado. Cuando logró escabullirse hasta aquellas puertas metálicas, se vio obligado a entrar a pesar de que en esa pequeña habitación no cabía ni una sola alma más. Una vez las puertas se cerraron, el muchacho se dio cuenta de lo que era la verdadera frustración. La tela negra, que colgaba de su pantalón, fue alcanzada por las placas de metal y quedó atascada, entonces hizo todo lo posible para intentar liberarla, sin embargo, todos sus esfuerzos se desvanecieron cuando vio que la habitación comenzó a elevarse, y la bolsa y los amuletos se quedaron en el primer piso.

—¿En serio?

—La historia necesita un nudo.

Al llegar a lo que parecía ser el último piso, las puertas volvieron a abrirse y no pudo creer lo que vio. Todos los que subían hasta ese lugar caminaban directamente hasta las ventanas y se lanzaban a su muerte, y no solo eso, la misma escena se volvía a repetir en muchas estructuras de la misma altura. Barkev lo confirmó: todas estas personas no poseían ningún motivo para vivir, y decidían acabar con su existencia. En ese momento pasó por su cabeza la imagen de aquella hermosa joven que, seguramente, estaría esperando su turno para quitarse la vida.

—¿Puedes ayudar un poco?

—Está bien, pero solo porque me caes bien.

El joven fue rápidamente dominado por la frustración, pero no quería ver morir a nadie más, así que decidió detener a la muerte. ¿Cómo?

Se acordó de que todo funcionaba ligado a un mecanismo enorme y complejo que funciona bajo las sombras de la ciudad, sin embargo, antes de detener todo esto, debía contener a la chica, así que corrió hasta las ventanas y miró hacia la multitud con la esperanza de ver cómo ella se acercaba. No fue fácil, la increíble cantidad de personas lanzándose no lo dejó mantenerse y cayó sobre unos de los adornos excéntricos de la construcción, que, por desgracia, eran demasiado lisos para poder sostenerse y resbaló hasta la siguiente cornisa. Un poco aturdido, se levantó y miró de nuevo hacia la ventana, pero ya no se lanzaban.

—¿Qué paso?

—Déjame contar la historia.

Todas esas personas ahora miraban directamente al cielo, entre ellos se encontraba la joven, esto alivió un poco al muchacho y a la vez lo incomodó esa escalofriante escena. Barkev no entendía por qué todos miraban de esa manera, pero no se iba a quedar parado:

aprovechó la situación para dirigirse a las profundidades de la ciudad. Mientras se acercaba a su destino, podía ver que todos habían caído bajo este extraño encanto, era como si algo o alguien los hubiese desactivado.

—Ya entendí, fuiste tú, gracias.

Barkev, se adentró en las profundidades de la ciudad hasta encontrar lo que parecía ser el engranaje principal de todo el sistema. A su lado había una palanca. Como no podía ser más obvio, Barkev haló de ella y vio cómo todo comenzó a detenerse con fuertes estruendos y crujidos metálicos. Se devolvió hasta donde la chica para asegurarse de que estuviera a salvo, por suerte para él, apagar la ciudad produjo que todas las ventanas y puertas se cerraran, haciendo imposible el suicidio colectivo por caída.

—Eso fue muy fácil.

—Debo recordarte que recibiste mi ayuda.

Pero ahora Barkev debía pensar en otro problema: los amuletos quedaron atrapados dentro de aquella estructura.

—No puede ser.

El joven caminó hasta las puertas del inmenso monumento y comenzó a analizar todas sus posibilidades, dio varias vueltas alrededor para tratar de figurar como podría entrar, hasta que se le ocurrió hacer un hueco en una pared agrietada de la construcción. Lo único que veía eran cadáveres que ya no lo afectaban, pues ya había sido testigo de suficiente sangre. En vez de aterrarse, vio una oportunidad de entrar. Tomó de los cadáveres las partes de cobre que cubrían sus extrañas vestimentas y las comenzó a doblar de modo que formó una extraña palanca improvisada que usó para expandir las grietas de la pared y hacer un pequeño hueco por el que apenas lograba entrar su brazo. Sin quedarse atrás, reacomodó las piezas de cobre para crear un gancho lo suficientemente largo como para alcanzar, después de varios intentos fallidos, la palanca que desbloqueaba una de las puertas secundarias. Una vez adentro, logró recuperar los amuletos y salir del lugar mientras todos seguían perdidos en su mirada, ahora solo debía pensar en su próxima decisión.



—¿Ahora qué?, muchacho.

—Pues no se me ocurre mucho, quisiera que esa chica no intente quitarse la vida, pero seguro me harás una de tus jugarretas, así que deseo tener más sabiduría que el mismo tiempo, para evitar malgastar mi último deseo.

Así que Barkev tomó el penúltimo amuleto, que se quebró como los demás y lo dotó de una inteligencia tan abrumadora que era capaz de saber con exactitud que hace cualquier ser vivo en cualquier lugar, su mente se elevó tanto que ahora realmente no tenía ningún deseo personal y su sabiduría solo era limitada por su propia realidad.

—¿Qué quieres ahora?

—Realmente sería egoísta de mi parte quedarme con toda esta sabiduría, por lo que debo otorgarle a mi creación todo este poder, por lo tanto, deseo que todo mi entendimiento se distribuya entre todos mis hijos, con la esperanza de que desarrollen tecnología, avancen culturalmente y adquieran un sentido para su vida.

Barkev tomó el último amuleto, que se desvaneció en sus manos justo como lo habían hecho todos, pero esta vez no lo pudo ver porque todo se oscureció para él. Su cuerpo era un cascarón vacío, y ahora era un simple caminante que perdió la capacidad de pensar; un cuerpo condenado a vagar por las calles de su propia creación. A la par, todas las personas que se encontraban en la ciudad se libraron del encanto y comenzaron a salir de las estructuras. Poco después, toda la ciudad fue reactivada y las cosas, como las había planeado Barkev, comenzaron a funcionar. Con el pasar de los años, sus hijos crearon medicamentos y armas, se divirtieron y temblaron del miedo, inventaron historias y las vivieron, mataron y vieron nacer, odiaron y se enamoraron, en pocas palabras, vivieron. Una sociedad había crecido, pero no era como la que había surgido en el siglo XXI, el petróleo ahora no podía ser explotado y sus edificaciones eran piezas de maquinaria que funcionaban a base de vapor. Sin duda, todo se basaría en ello, se crearon minas, trenes, relojes con complejos engranajes y vehículos, todos movidos a vapor y recubiertos de cobre. Barkev le otorgó a la humanidad una segunda oportunidad y será mejor que esta vez no la desperdicie.



Sergio Flórez

Dicen que hasta para recargar los circuitos, se siente dolor en todo el sistema nervioso, por el hecho de que te inyectan en el bulbo raquídeo. Pero hasta tiene sus ventajas, compañero, perdón, elemento, se me olvida el vocabulario que debo usar y empiezo a conversar en términos ancestrales, el idioma de nuestros antepasados. Analiza que al subir al nivel 6, que es al que aspiramos, son mayores las comodidades, sin embargo, te están vigilando constante mente por las cámaras en el chip de incorporación homus key.

—Es verdad, XY3Z70, allá no te monitorean la secuencia vibratoria del pensamiento, ni recortan la foto del sujeto, como cuando uno avanza en estas cámaras y niveles, pero eres tan útil para los de la congregación “Omega Iluminada” que a cambio recibes más fuerza de energía. No obstante, llegas en un momento en que ni yo llego a reconocerte por tu código, como decían mis ancestros humanoides de baja degradación o terrícola: “de lo bueno no dan tanto” y “nada en la vida es gratis, tarde o temprano te pasan factura de cobro”.

—Pensar y hablar con idioma ancestral tiene su castigo. ¿Recuerdas a aquel que empezó a recordar y comenzó a hablar de un libro llamado las “sagradas escrituras”? Dicen que lo enloquecieron implan-

tándole un virus degenerativo al chip de la conciencia y lo dieron por elemento con esquizofrenia peligrosa y de difícil convivencia y, ¿dónde termino? En la sala de desechos ordinarios.

—¡Silencio!, elementos de energía transitoria, en este nivel no se permite sino el trabajo, deben revisar y reparar los transistores y conectores para convertir los desechables en energía que ayude al reactor a conservar y distribuir la fuerza cerebral a todo el sistema que nos rige. ¿Es que hay que repetírselos siempre o quieren llegar a ser limpiadores? XY3Z70 y XY3Z71, la cámara baja del Opus 6 los ha seleccionado a ustedes para ser los guardianes del paralelo 666 o cavernas de la oscuridad eterna. Les comunico que pasen por sus uniformes especiales, cámaras y armamentos, y les recuerdo que lo que vean y oigan es sumamente clasificado y se les prohíbe tomar decisiones sin comunicar al estado mayor de investigación científica cuántica de los laboratorios del “Sanedrín”. El número de comunicación está integrado y es de comunicación directa. Repórtense al transportador de inmediato con el capital Clivert.

—¿Viste que podíamos engañar al seleccionador de intensidad cerebral de baja frecuencia y nos seleccionaría óptimos en clase A, de impulsos de reacción inmediata? Nosotros somos unos magos.

—Yo no quería creerte cuando me dijiste que ella no tenía un punto medio de equilibrio. En un entrenamiento aprendí que puedes controlar los impulsos del dolor, la felicidad y la seguridad, como te dije, diez segundos con recuerdos felices y diez con recuerdos de gran tristeza y lo logramos, se equilibró el pensamiento mental con la fuerza que lo impulsaba y finalmente... ¡bingo!

—Llevamos seis estaciones lunares y nada nuevo en estas cuevas, creo que era más emocionante donde estábamos, al menos en la noche conversábamos de la rutina diaria y de los impulsos del amor fraternal que nos mantienen vivos, pero aquí, en estas desérticas montañas llenas de cuevas oscuras y niebla en todas las estaciones, solo vemos lagartos mutantes y escorpiones si te inyectan ese veneno, se mueren tus impulsos y solo te quedan los circuitos con corriente de impulsión y eso significa quedar como maquinas sin vida o como decían en la antigüedad, parapléjicos.

—¡Silencio! Se oye un gemido raro en la cueva n° 666, es como si hubiera un ser viviente, mutante o gestor basura evadido de algu-

na cámara, pero ese sonido es hasta raro, focaliza el radio sonar de frecuencia y detección hacia el sitio y esperemos a ver qué resulta.

—¡Llama a central “Sanedrín” de inmediato!

—Esperemos un momento, ¿qué tal que seamos descubridores de un gran acontecimiento y los créditos se lo lleve otro? No, señor, yo voy a pasar la línea de referencia verde y roja sin reportarme, ni pedir permiso.

—Central Omega pidiendo reporte. ¿Por qué el uso de sus detectores sin llamar a sus superiores? ¿Se les olvida que tienen dirección directa de impulsos con el Sanedrín y con Omega? Reporte actividad, cambio, reporte de inmediato situación, cambio.

—¡Alto!, quédese donde está o procederemos a utilizar el rayo paralizante.

—Qué extraño, no es uno de los nuestros, ni tampoco humanoide en degeneración mutante, es verdad que estas cuevas tienen sus misterios.

—¿Central?, ¡central! un caso humus, parece inofensivo, con características de nuestros antepasados ancestrales y con averías en extremidad inferior de movilidad. ¿Cómo procedemos?

—Replieguense guardianes XY3Z70 y XY3Z71, su trabajo termina aquí. Serán compensados con un descanso en las tres lunas por este hallazgo, siempre y cuando mantengan silencio, de lo contrario se replantearán sus chips de memoria en nube.

—Increíble, doctor Clareth y Windsor, este es el mejor espécimen que hemos encontrado después de aquel que reposa en observación suspendida. Ahora sí, como existe otro espécimen, podrán comunicarse, y el criogenizado, se suspenderá temporalmente. Cierren todas las escotillas, y que el material oxígeno se envíe por ductos hacia los especímenes que hasta ahora reportan pasividad y poca movilidad. Posible riesgo de ataque en nivel amarillo, pero con contagio en nivel rojo. Médico, busque manuales antiguos que den un informe detallado de cómo se tratan ese tipo de formas deprimentes de salud. Organicen el líquido llamado “sangre” según análisis

de compatibilidad nucleada. Comuníquense con el historiador, ese que está loco de tanto investigar a los que llamaban humanos, se ha compenetrado tanto en eso, que hasta se cree humano de hace 100 años luz. Páselo por la máquina de registro y análisis del pensamiento especial que está en etapa experimental del doctor Clareth. Tiene la teoría de que la reacción mental producirá tanta energía que mantendrá la computadora central de la base Orión, la que nos regula y dirige.

Les comunico en nombre de la investigación científica a todos los honorables miembros del “Sanedrín” y la mesa de la base central de Orión 6, que es el mejor espécimen que hay con características de reacción cerebral óptimas, se encuentra cargado de lo que llamaban maldad, pero con debilidades de sexo, sin embargo, todo lo podemos revertir en energía negativa pura, esto es, se convertiría en energía positiva pura que necesitamos para el reactor central que alimenta la computadora que nos rige.

—Está usted retando las leyes de la física proponiendo que esa energía negativa la transformemos en positiva. ¿No se acuerda de que de una falsedad no puede salir una verdad, que solo verdad da verdad, en analogías matemáticas antiguas?

—Usted lo dijo, antigua. ¿No ve que  $(-4)^2$  es igual a 16 y  $(4)^2$  es también 16, por lo tanto, por ley transitiva, menos es igual a más? ¿Qué opinan? Toda esa maldad la revertimos en energía positiva y por eso quiero pedir permiso a los honorables de las diferentes mesas se me conceda actuar con libertad vigilada los procedimientos con este espécimen, incluso para descongelar el otro espécimen y que logremos aprender de las vidas pasadas, su forma de comunicación y con la ayuda del historiador. También pido autorización para tratar de reconstruirlo dominando su estado mental no con chips, sino con inyecciones de retardamiento progresivo para no alterar el metabolismo y la reacción mental existente.

Todo lo que sea en favor de la ciencia que favorezcan nuestros propósitos de la alimentación energética de nuestra computadora central, bienvenida sea. Por unanimidad hacia el progreso y la sostenibilidad... un ¡viva! para Omega iluminada.

—¡Auxilio! ¡Sáquenme de aquí! ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? Si eres tú, Metra, perdóname, que yo ya no quiero plata, ¡ayuda!

¿Tú quién eres? ¿Qué haces aquí presa conmigo? Ayuda a gritar en vez de mirarme como bicho raro, grita también para ver si así nos oyen, grita, grita, gran hijueputa, a ver si alguien nos ayuda, ¿o es que no quieres salir de aquí, malparida? Aunque con este hijueputa encierro y desespero que tengo, hasta sensual te veo y es verdad que tienes un culazo, pero hermoso. ¡Estoy trabao! ¿Yo qué estoy pensando? ¡Auxilio! ¡Auxilio!

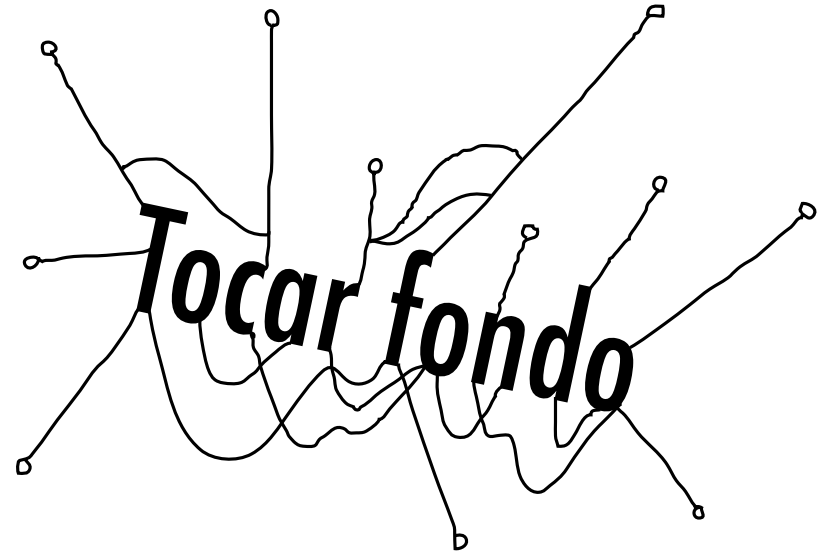
...

—En ese estado de embarazo en que estás, sigue fingiendo, que ahora que toque revisión total y cambio de ropas, harás lo que te diga, que me tienen confianza, y cuando diga que corras al refugio y hacia una cueva, písate con todo o moriremos aquí, ya que todos los días nos ponen hasta cuatro inyecciones, tubos y pendejadas hasta en el culo. ¿Qué querrán esos hijueputas cabeza de martillo?

—Ha llegado la hora. ¡Corre! ¡Ahhh!, me jodieron en el pecho, lárgate de aquí, no me esperes.

—¿Por qué siento un Déjà vu?!

—Por lo menos moriré como un hombre y no como una máquina, conectado a un montón de cables...



# Tocar fondo

Sebastián Coronado

¿Han escuchado la expresión “toqué fondo”? Es bastante sobrevalorada o, mejor dicho, mal utilizada. Definimos casi cualquier suceso triste o trágico de nuestra vida así, y en la tristeza nos hundimos más de lo que realmente estamos. Para mí, un simple insecto volador con complejos de humano, el verdadero fondo es aquel del cual ya no tienes como volver a subir. Ya decía Dante Alighieri en La divina comedia, antes de que el caballero cruzado atravesara las puertas del infierno: ¡Oh, vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!

Estar solo, lleno de rencores y ser viejo. Esa, según yo, es la definición misma de lo que es tocar fondo. ¿Has conocido a alguien así alguna vez? Yo sí. Lo visito casi todos los días, a veces hablamos, otras veces olvida quién soy y trata de matarme. Espero que hoy lo haga, que me olvide. Quiero ser un total desconocido y enfrentarlo, pero no en una confrontación física. Él será la prueba de mi teoría del concepto de “tocar fondo”. Si tengo razón, empezaré a realizar un estudio completo de los humanos haciendo énfasis en su ciclo de vida, en relación con la calidad de esta misma, bajo las condiciones estereotípicas que han cambiado en el transcurso de los últimos cincuenta años. ¿Y si me equivoco? ¡Quién sabe! Solo soy un bicho.

Me dirijo a una finca solitaria en medio de un desierto antes lleno de riquezas naturales. Me contaron que mis antepasados gozaban de la gran diversidad de recursos y hábitats naturales que existían. Mi especie era tan extensa que no había la necesidad de evolucionar a un nivel de conciencia y raciocinio para evitar la extinción de los pocos que quedamos. La diferencia entre un animal y un monstruo es que a pesar de que a ambos se les puede considerar bestias, solo el monstruo disfruta de arrasar, sobreexplotar y destruir cualquier recurso que lo rodee. Es una oscura descripción del ser humano que me dieron cuando solo era una larva. Basta de información irrelevante, me concentraré en el sujeto de investigación.

Su nombre es Dant, o así lo quise llamar por el único libro interesante que tenía en su casa: La divina comedia. En fin, ahí estaba él, en una silla mecedora en la entrada de su casa, dormido como de costumbre, con su típico gorro verde que le cubría los ojos. Lo único que tenía que hacer era fastidiarlo un poco. Un zumbido aquí, otro allá. Roncaba como ese animal de sombrero verde y corbata que salía en televisión, acostumbraba a robar comida a las personas y sestabas de picnic. Creo que el último avistamiento de ese animal fue en la extinción masiva del 2050. Ahí voy: una vez, dos veces, tres veces. Nada. Parece muerto. Creo que tendré que ponerme serio. Lo piqué en la punta de la nariz y la hinchazón no demoró en aparecer. ¡Al fin! Reaccionó. Se descubrió los ojos y empezó a buscarme. Me coloqué en su rodilla. Giraba la cabeza a todos los lados mirando en las esquinas, en el suelo arenoso, en los bordes de las ventanas polvorientas. Nada. Lo piqué en la rodilla y volé a la otra pierna. Reaccionó y finalmente me vio. Empezó a levantar lentamente su brazo para tomar una revista. La enrolló. Ya no hay vuelta atrás. Vi en la esa mirada asesina una intención clara, ahora solo restaba el enfrentamiento. Empeñé el vuelo a nivel de sus ojos.

—Hola anciano.

Veo claramente su primer intento de matarme con esa revista. Lo esquivo fácilmente.

—Perdona si te molestaron mis picaduras, pero quería preguntarte algunas cosas.

Otro intento. Otro intento. Otro intento. Siguió fallando. Entró a la casa por medio de la reja de la puerta. Me siguió con su mirada

certera y fue tras de mí cerrando la puerta de un furioso golpe. Me detuve frente a una foto con una fecha de más de ochenta años. Estaban Dant con su gorro verde y otras siete personas sentadas alrededor de la mesa, se veían felices. La mitad de la imagen la ocupaba su cabeza y en el fondo se veían los demás personajes amontonados por salir en la foto.

—¿Qué les paso a ellos?

Falló otra vez.

—Hace mucho que todos murieron. Unos en accidentes, otros de alguna enfermedad, y al que más apreciaba, de viejo.

—¿Los extrañas?

Falló. Falló. Falló.

—Claro. Ellos fueron mis mejores amigos desde que tenía quince años. Pero realmente no los apreciaba por eso, era por lo que teníamos todos en común: éramos unos jóvenes miserables y desadaptados para la época, pero cuando estábamos juntos, era lo más cercano a que todo saliera bien para nosotros.

Lo siguió intentando y siguió fallando.

—¿Y siempre fueron amigos?

—En todas las relaciones hay altibajos. ¿Qué esperabas, que me casara con todos ellos?

—Me refería a cómo fue su amistad en sus últimos años de vida...

Falló. Volé atrás de su cabeza. Pasé por entre sus piernas, me perdió de vista y empezó a mirar todo el lugar a su alrededor.

—Ya no había amistad. Cada uno hizo su vida. La mayoría tuvo hijos, nietos, toda clase de descendencia. Nos dejamos de ver porque ya no nos necesitábamos. Tristemente, ya no nos entendíamos. No nos aguantábamos. Estaba feliz por todos ellos, por el éxito que cada

uno logró en su vida. Todos tuvieron una gran vida y yo fui parte de los momentos más cruciales que atravesaron, desde un simple consejo, hasta una gran inversión en una empresa sin aparente futuro...

—¿Y él?

Siguió mi voz y me vio frente a una fotografía que parecía de la misma época que la anterior. Pero esta vez solo estaban Dant y uno de los siete de la foto anterior. Estaban parados junto a una ventana, uno al lado del otro, riendo frente a la cámara.

—Ese fue el que murió de viejo. Se puede decir que fue mi mejor amigo. Él y yo los apoyamos a todos incondicionalmente para que cada uno tuviera éxito en lo que quisiera. Al final nos quedamos solos. También se casó y tuvo una hija, pero seguimos siendo amigos hasta su último día de vida. Murió hace como veinte años, si no estoy mal. Era una gran compañía. Tuvo una vida difícil que supo llevar plenamente.

No hay peor desdicha que recordar los tiempos felices en la desgracia.

—¿Qué pasa con él?

Me respondió, tranquilo y paciente, que sus amigos lo abandonaron, todos están muertos. Tal vez esto no es lo suficientemente fuerte para quebrarlo. A mí alrededor había toda clase de baratijas en estantes, paredes llenas de toda clase de fotos con docenas de personas distintas, estatuillas... necesito algo que me lleve al seno de su familia... lo tengo: un peluche de un conejo viejo y rasgado en la cima de una repisa.

—¿Quién te dio esto?

Hizo la mueca de una sonrisa sin dientes. Me seguía alejando de lo que quería lograr.

—Mi mamá, cuando tenía cinco años. Dormí con él en la misma cama hasta los once y lo cuidé todos estos años. Quería tener un hijo para dárselo y que cuidara de él, pero la casualidad hizo que lo conservara a causa de la falta de ese hijo.

—¿Qué le pasó a tu mamá?

Golpeó el estante en el lugar donde estaba reposando. Falló.

—Lo que les pasa a todas las mamás que terminan su labor de mamás; se van a descansar. La visitaba siempre que podía, después de que se murió mi papá

—¿Treinta años más o menos?

—Cinco años después, mi mamá se fue tras de él.

—Háblame de ellos. Cómo te criaron, cuándo te emancipaste, lo que quieras... Golpea otra vez la repisa y tumba algunas fotos y demás baratijas de su lugar.

—Fueron buenos padres, me supieron criar. Pero nunca fui lo que ellos esperaron que fuera. Hacía lo que creía correcto, tomaba mis propias decisiones, pero mis papás nunca entendieron que mi prioridad nunca fue ser feliz. Sufría de ansiedad, ataques nerviosos. Estuve pendiente de otras cosas que consideré más importantes que mi salud física y mental. Lo único que lamento es que me culparan de que mi indiferencia hacia sus preocupaciones por mí, fue lo que los enfermó y finalmente los mató.

—¿Y les crees?

—Qué importa. Ellos murieron creyendo eso. Desde que conseguí mi primera casa, se distanciaron de mí como si me negaran su apellido.

Quien sabe de dolor, todo lo sabe..., abandonado por todos sus amigos, el desprecio de su familia... Debo estar frente a un gran sabio. Pero aun no es suficiente... algo acerca de sus amores... casi lo logra esta vez, casi me da. Me pegó en el techo de la sala. Aquí no hay nada más. ¿Dónde estará su cuarto?, su cocina, su baño. Puerta de entrada... debe ser la que está cerrada. Pasé por debajo de la puerta y confirmé mi sospecha. Una habitación desordenada, cama distendida, ropa regada, basura en el suelo. La puerta se empezó a abrir. Esto me será útil. Dant entró y posó su mirada en el único espacio ordenado de la habitación: un escritorio protegido con una superficie de vidrio que encerraba cartas, listones y rosas marchitas.



—¿Cuéntame qué tan mal te fue en las relaciones amorosas?

Se dirigió hacia mí lentamente al otro extremo de la habitación.

—Pues mírame, estoy solo. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Por qué te dejó?

Se detuvo. Soltó por primera vez la revista y se sentó en la esquina de la cama. Tomó aire y luego lo soltó.

—Ese escritorio es el recuerdo de las tres mujeres que significaron algo para mí en esta vida. Todas me dejaron. Una era insegura, otra era incapaz de enfrentar sus miedos, y la última estaba llena de rencores contra mí. A cada una le hice cosas imperdonables... viví con miedo de cometer los mismos errores con otras personas que me importaran. Se debe temer solo a aquello que puede perjudicar a otro; lo demás, no, que no da miedo... tenía la mirada clavada en el piso. Solo él sabrá qué tantos lamentos deben estar cruzando por su cabeza en este momento.

—¿A qué más le temes?

—¡Qué importa! Ya no tengo más formas de cometer esos errores. Cada una de ellas vino y se fue en distintas épocas de mi vida. Todas tuvieron una vida grandiosa luego de que me dejaron. La insegura se propuso a no permitirse dudar más de sí misma y darse cuenta de que era capaz en la vida. La miedosa se dedicó a vencer todos sus miedos para encontrar lo que la hacía feliz realmente. Y la rencorosa me culpó de todo lo malo que le había pasado en la vida. Buscó crecer como una gran persona y lograr el éxito en todas las metas que se propusiera, y lo hizo. Ella fue la única que no tuvo familia. Murió sola, pero llena de satisfacción por los logros de su vida.

El hombre debe, siempre que puede, cerrar sus labios antes de decir una verdad que tenga visos de mentira porque se expone a avergonzarse a sí mismo... es obvio que miente. Se hace pasar por mártir y así justificar lo que hizo mal con cada una de ellas. Piensa que, si no hubiera hecho lo que hizo con cada una, ninguna de ellas hubiera hecho lo que hizo.

—Me parece increíble todo eso. ¿Cómo te diste cuenta?

—El mundo es una caneca de basura muy pequeña. Salía con personas que me hablaban de ellas todo el tiempo. Sé que soy miserable, pero no veo por qué mentirle a una especie de zancudo mutante que habla. Esto es lo más interesante que me ha pasado recientemente. Hace mucho no tenía visitas.

—¿Entonces por qué me querías matar?

—Quería hacer algo de ejercicio. Nunca tengo una razón para moverme de esa silla de afuera.

Lo dijo como si fuera un chiste inapropiado para el momento. Guardó silencio, bajó la mirada. Parecía que buscaba el punto de su historia donde se había quedado.

—Fui un idiota con las tres. Esas cartas fueron escritas por cada una de ellas. Llenas de desprecio; odio. Tuve muy buenos momentos con las tres, pero mi gran error fue demostrarles que andaban mal en sus vidas con un golpe directo. Lo hice de una manera muy cruel. De ahí lo de idiota. Me botaron. Me dijeron que fui la peor persona que habían conocido en su vida...

—Pero...

—Sin peros... tenían razón en todo. Dejé de buscar una mujer con quien envejecer. Sabía que haría lo mismo otra vez y sumaría una cuarta persona a la lista. La vida quiso que terminara así.

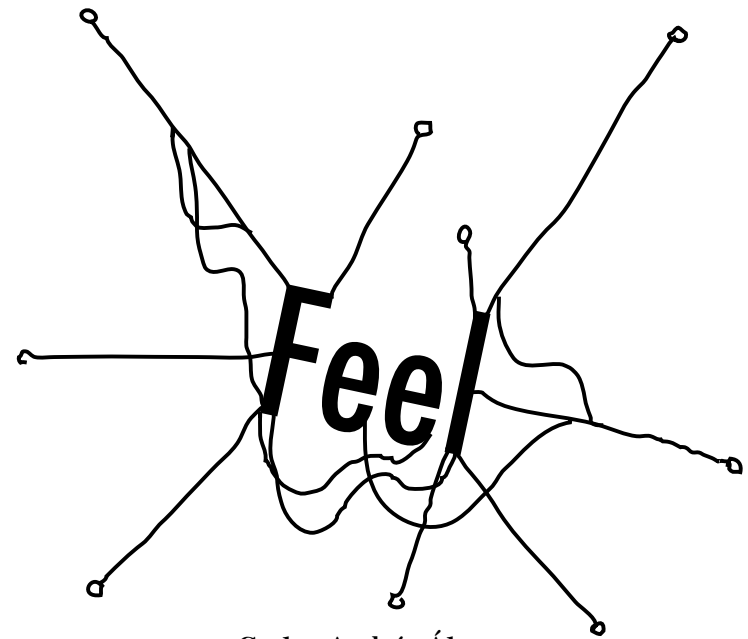
—¿Cómo?, ¿lleno de rencores, solo y viejo?

Asintió con su cabeza. Bajó su gorro para cubrirse los ojos. Había hecho llorar a un anciano.

—Me hubiera gustado tener una vida normal, dilemas cotidianos, pero no. Casi puedo decir que a pesar de haber vivido como quise, por sentir que era lo correcto, odié todo ese trayecto que tuve que recorrer. Soy rencoroso con lo vida por cómo me hizo vivir la casualidad. También viví solitariamente porque mi vida no se enfocó en tener compañías, pero sí traté de cuidar las que consideré más

importantes. A veces siento que la muerte se olvidó de mí porque ya se llevó a todos los que conocía; celebré mi cumpleaños hasta el ciento veinte porque a esa edad me quedé completamente solo. Sé que recorriste mi casa estratégicamente pasando por referentes importantes de mi vida y preguntabas por cada uno para ver qué tan miserable era, pero la verdad es que mi casa no es lo suficientemente grande como para colocar todos mis recuerdos: no hay nada acerca de mis hazañas, mis descubrimientos, acerca de mis hermanos, de tantas personas que ayudé, de enemigos que enfrenté, tantos gustos diferentes que desarrollé cada vez que maduraba un poco más, tantas cosas que aprendí, cuántos lugares que recorrí... ni en cien casas se pueden contener todos esos recuerdos. Solo quería terminar diciendo que, si la muerte viniera ahora, a esta fría cabaña, y me devolviera al día en que nací, me encargaría de repetir exactamente cada acontecimiento de mi vida. Hasta las partes en que cometí los peores errores porque sé que viví siendo alguien.

El hombre siguió llorando en silencio, se acostó y se puso en posición fetal en su cama. Dejé el lugar. Me dio muchas cosas en que pensar; lo que no tuve en cuenta, el orgullo de ese hombre, otras historias que no entraron en la conversación... olvidé preguntarle por qué se mudó a un lugar tan solitario y desértico. En esa zona hay una fuerte corriente de aire. ¿Por qué alguien se mudaría a un lugar donde solo hay tierra y un constante viento?



Carlos Andrés Álvarez

El frío de la abundante nieve de Nueva York que toca mis manos y mi cara deja de tener sentido. Claro que no siento nada, pero ya no hay nadie que me lo diga, ya nadie puede decir que está vivo y que no, ni yo puedo, pues no tendría sentido, nada nunca lo tuvo en realidad. Te preguntarás quién soy y por qué digo esto. Para responderlo tenemos que volver tú y yo una semana en el tiempo.

Todo comenzó el 11 de mayo de 3578, recuerdo que caminaba con un grupo de personas, tal vez eran mis amigos, un coche me golpeó, luego de eso desperté en un hospital, estaba conectado a bastantes maquinas, entré en shock, me desconecté y salí corriendo de la habitación, no había nadie, ni nada, un pasillo largo y blanco, había una puerta. Al tocar la perilla vi mi mano, pero ¿qué coño era eso? Un pedazo de metal con algunas luces imitaba la forma de la mano que alguna vez tuve, no quería esperar a seguir preguntándome por mi mano, necesitaba un espejo, giré la perilla y se rompió, esta mano era algo dura de manejar. Entré y por fin hallé un espejo; no podía creer lo que veía en él, pensé que vería a un monstruo, sin embargo, al parecer, solo me habían dado un brazo cyborg.

—No te ilusiones mucho, cambié un poco más que tu brazo —dijo una voz al fondo de la habitación, una chica de pelo rojo con un ojo artificial se acercaba con tranquilidad. ¿Te gusta la tecnología? — me preguntó mientras seguía caminando hacia mí—. Yo te traje de nuevo a la vida, posiblemente no recuerdas nada, te trajeron en una bolsa, un simple cadáver, pero yo vi algo en ti, algo que no tenían los otros, aún no sé qué es, pero sabía que contigo funcionaría.

En este momento no podía estar más asustado. ¿Un cadáver? Nunca había temido tanto en mi vida. Se acercó hacia mí, tocó mi rostro y volví a perder el conocimiento. Desperté de nuevo en una camilla, la chica ya no estaba, quería respuestas sobre qué me paso, el miedo ya no importaba mucho, pero no las quería de esa loca. Me dispuse a correr de puerta en puerta hasta encontrar una salida, y para mi sorpresa, encontré una, así que sí, salí en una bata de hospital y un nuevo brazo cyborg en medio de la noche en la fría Nueva York, claro que nadie le hizo mucho caso, el ruido de los coches en el aire, las luces, la policía robótica corriendo familias por no pagar el alquiler, y en general una sociedad acabada por su propio ruido, estaba muy ocupada como para notarme. Corrí al apartamento de uno de los amigos que me acompañaba ese día, no tenía ni idea de la hora que era, toqué su puerta, me recibió con una mirada somnolienta que rápidamente se transformó en una cara de espanto, me acerqué para ver qué le pasaba, pero me gritó que no diera un paso más y me apuntó con un arma, no entendía nada de lo que sucedía a mi alrededor. Diland bajó su arma.

—Dios, si eres tú. Pero...deberías estar muerto.

— ¿Muerto?, ¿de nuevo? Ambos nos quedamos mudos por un momento.

—¿Qué pasó el día en que ese coche me golpeó?

—Se supone que estás muerto, Yami. Yo mismo vi tu cráneo abierto y pedazos de tu cerebro en el piso, tu brazo voló encima de otro coche, había más sangre que coches.

—No sé qué está pasando ni cómo estás vivo, pero eres tú, Dios...

Le conté a Diland todo lo que pasó en aquel hospital abandonado. Ninguno de los dos podía creer lo que estaba pasando.

—No sé qué decirte, pero todo esto está bastante jodido y lo siento...pero no planeo meterme en eso, estás solo en esto amigo y si el gobierno se da cuenta de que un hombre muerto está en mi casa, tendré problemas igual...

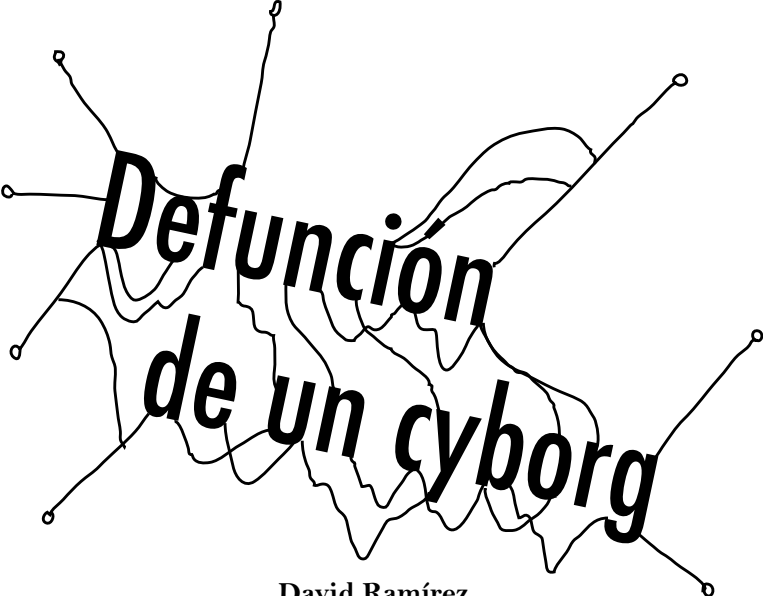
—No lo tienes que decir, sé que debo irme, cuídate Diland, tengo un mal presentimiento y tal vez esta sea la última vez que nos veamos. Olvida esto, olvida todo y no le cuentes a nadie. Deja que siga muerto un rato hasta que encuentre las respuestas que busco.

Sin decir más, me marché. Tenía miedo de volver a aquel hospital abandonado, pero realmente no tenía nada que perder, todo el mundo ahora pensaba que había muerto, tal vez era una oportunidad para empezar de nuevo en este mundo caótico. La única persona que tal vez podría darme respuestas ahora era aquella chica pelirroja del hospital. Me armé de valor y fui de nuevo, caminé durante horas para llegar, parecía como si el camino se hubiese hecho más largo, tal vez por la nieve, al menos ahora tenía algo de ropa que Diland me dio para que no me congelara, pero ¿cómo no me congelé cuando fui a su casa? No tenía ni frío, aunque esta pregunta no parecía muy importante en ese momento, tenía mayores problemas.

Llegué al hospital, no me había fijado antes, estaba realmente abandonado, las paredes no durarían mucho más, no se reconocía la pintura blanca que alguna vez tuvo el lugar, se veía espeluznante y mi miedo aumentaba, no obstante, mis preguntas no me dejarían ir a ningún lado. Saqué una pequeña linterna que Diland me dio y forcé mi entrada por el inhóspito sitio. Al entrar pude escuchar una hermosa melodía proveniente de un piano que se oía al fondo de un pasillo, quise seguir el sonido. Una vez en la habitación, vi que una chica estaba tocándolo, al principio pensé que se podría tratar de la chica de pelo rojo y ojos anómalos, pero esta tenía el pelo negro y largo, llevaba un vestido rojo y su piel era bastante blanca, me acerqué a ella lentamente, no quería asustarla, sin embargo, antes de dar mi quinto paso, dejó de tocar.

—La buscas a ella ¿cierto?, la chica del cabello extraño— dijo en voz baja.





# Defunción de un cyborg

David Ramírez

## Estado: 00001

A eso de las 3:45 a.m. recibí una llamada de la compañía para la que trabajo, o más bien, estoy obligado a trabajar. Me pidieron, en los detalles de la misión, capturar, con o sin vida, a un tal Gustav, un narcotraficante del mercado biomecánico. Comencé a investigarlo. Fui de pueblo en pueblo preguntando sobre él y su paradero. En cierta cantina de un pueblo fantasma, noté que no había ningún cartel de este hombre en el tablero de recompensas, le pregunté al cantinero que si sabía algo de una recompensa y me respondió que el último cartel se lo había llevado un tipo alto y corpulento, cuyo nombre no recordaba muy bien, sin embargo, creía que sus amigos lo llamaban Jet.

En ese mismo instante recordé a aquel bastardo que solía llamar amigo. Jet y yo trabajamos juntos durante muchos años, pero un día todo eso cambió. Nos dedicábamos a robar mercancía y revenderla a contrabandistas del pueblo. La noche en la que nos íbamos a forrar los bolsillos de dinero, fue la misma noche en la que perdí todo lo que me hacía humano, o la mayoría de ello. Nos encontrábamos en el interior del vagón que íbamos a robar, lo único que debíamos hacer era detener el tren para descargar todo el cargamento, y luego

llevárnoslo con nosotros, sin embargo, nada fue lo que pensamos. Al abrir uno de los contenedores del vagón notamos que lo único que había eran explosivos, los suficientes como para detonar una mina. Todo estaba planeado, ahora éramos intocables. La única manera que habían ideado para atraparnos fue la de hacer explotar el tren que íbamos a robar. El egoísta de Jet no lo pensó dos veces, corrió hasta la cámara de controles del tren y tomó el paracaídas del conductor, solo lo vi saltando del tren. Yo por otro lado, aunque intenté seguirlo, no tuve la misma suerte que él, o quizá sí. Pues te estoy contando mi historia. En fin, mi amigo me engañó, perdí todo aquello que me hacía humano, y estaba lleno de venganza.

### ESTADO: 00002

Me quedaban 48 horas más para atrapar a Gustav. Sabía que no debía esforzarme mucho, pues Jet y su pandilla de payasos me llevarían con él. Tenía todo preparado, sabía dónde y a qué hora irían. Pensé entonces que lo más conveniente sería matar a Jet y luego ir por la cabeza de Gustav.

### ESTADO: 00003

Llegó el día en el que Jet capturaría a Gustav. Me había infiltrado horas antes en su mansión, capturé a uno de sus guardaespaldas y me disfracé como uno de ellos para camuflarme. Me dirigí al cuarto de Gustav y esparcí el rumor de que vendrían por él. Al entrar, lo observé fumando un tabaco, una mujer lo acompañaba. Por el traje que llevaba, di por hecho que era una de sus guardaespaldas. Momentos después, él desocupó el cuarto y se escondió en un bunker. Todo marchaba bien, pues con Gustav por fuera de todo esto, podía vengarme de Jet y luego, ir tras él. Esperé pacientemente en el cuarto a que la pandilla de Jet entrara en la mansión. Mientras tanto, escuchaba por el radio teléfono que los guardias pedían ayuda y uno a uno era noqueados.

Finalmente, Jet y su pandilla llegaron hasta mí, escuché como del otro lado de la puerta Jet ordenó: —Derríbala, Nox. Y de una sola patada aquella puerta blindada se abrió. Por fin estaba cara a cara con quien me había traicionado, quería venganza y era en lo único que pensaba. Le sonreí y le pregunté: —¿sorprendido? Todos estaban perplejos al ver que quien estaba en esa silla de cuero no era Gustav sino yo, Jacko. Dispárale — dijo Jet— y el hombre que estaba a su lado dirigió una bala hacia mi pecho que fácilmente. Luego, la mujer que lo acompañaba, la misma que había derribado la puerta

de una patada, se puso en frente de mí de un solo salto, rápidamente lanzó una mortal patada hacia mi cabeza y la de tuve con mi brazo. Aunque una patada de esas probablemente me hubiera destrozado la mano, no era mi caso. Todos se extrañaron al notar que no había sufrido rasguño alguno. Les dije: —No pueden matar algo que ya está muerto—. Seguido de esto, me quité la gabardina y dejé al descubierto el resto de mi cuerpo.

No eres humano. ¡Es un cyborg, Jet! ¿Cómo quieres que matemos a un cyborg? —gritó el más joven de la pandilla—. Verás Jet, poco después de que me apuñalaras por la espalda, mi cuerpo, medio muerto, fue llevado a una central. Como consecuencia de la explosión había perdido la motricidad de mis extremidades, estaba al borde de la muerte, sin embargo, después de varias pruebas, y algunas reparaciones, remplazaron mis piernas y brazos por prótesis mecánicas. Ahora soy un nuevo Jacko, y lo único que quiero, es verte muerto.

Era mi turno de atacar. Tomé del cuello a la mujer que aún se encontraba paralizada en frente mío. La lancé contra la pared del cuarto y nuevamente trataron de dispararme. Jet se abalanzó sobre mí y ambos caímos al suelo. Golpeó repetidamente mi cara, pero me lo quité de encima fácilmente. Era el turno del más joven de la pandilla. Me puse de pie, y mientras me acercaba al muchacho, seguía recibiendo múltiples disparos del otro chico, así que fijé mi atención en él; reventé la mitad de su rostro de una patada en la cara, sabía que ya no vería más por ese ojo biónico.

Dirigí mi atención al más joven. Cuando iba a golpearlo, Jet, que aún estaba en el suelo, me detuvo, sosteniendo mi pierna. Volteé la mirada hacia él y pateé su rostro en repetidas veces. ¡Lo estaba disfrutando! Por fin me estaba vengando. Entre mis patadas, Jet balbuceaba, corre muchacho, que Nox se encargue de esto. La chica, quien pensé que aún estaba inconsciente, se abalanzó sobre mí y apretó mi tórax con ambas piernas. La golpeé en el rostro con mi cabeza y por más golpes que recibía, la perra no me soltaba. Segundos después, ella gritó: —corre imbécil, lárgate de aquí—. Sus piernas robóticas comenzaron a titilar y lo único que emitían, aparte de una luz roja, era un Bip. El muchacho más joven se largó del cuarto y segundos después de haber abandonado la mansión, todo se vio envuelto en llamas.

Fin del reporte.



# Monólogo de un mecanizado

Juan Manuel Echavarría

Era un sentimiento de completa suspensión, sentía que el tiempo corría muy, muy lento, sin embargo, pensaba muy, muy rápido, era... como si no existiera y a la vez sí; era una tierra de contradicciones. Sentía todo impulso eléctrico que producía mi cerebro y por primera vez era verdaderamente uno con todo lo mecánico de mi cuerpo. Siempre me había sentido vacío, desagradable, la mayoría de mi cuerpo ahora era biomecánico, pero ahora, toda terminal nerviosa, fluía con una velocidad imparable.

En un momento determinado pude ver mi cuerpo desde un punto no muy lejano, era como si observara un reflejo con mi cuerpo suspendido en una sustancia etérea, giraba lentamente y parecía que por los orificios mecánicos esta entraba lentamente. Todo era pacífico en este lugar, burbujas pequeñas salían de todos los orificios de las prótesis, no importaba cuán pequeño fuera, poco a poco empezaba a aumentar la cantidad, tan rápidamente que pronto todo se tornó burbujas y se me dificultaba ver. Cuando la cantidad de estas empezó a bajar, empecé a ver piezas metálicas repartidas por todas partes. Me fui asustando porque no sabía qué esperar, mi mente no funcionaba como usualmente lo hacía y con esto encontré miedo.

Las burbujas fueron disminuyendo más. Donde debían estar mis brazos y piernas solo había burbujas en las terminales y luego, unos instantes después, mi cuerpo apareció completamente limpio de artículos biomecánicos. Mi miedo desapareció de repente, esa imagen era horrible, pero no afectó la paz que sentía, sin embargo, no se podía dejar pasar por alto, solo los doctores habían visto mi cuerpo de esta manera. Si estuviese así otra vez, estaría muerto. Muchos de mis órganos principales eran ya mecánicos, para vivir necesitaba obligatoriamente las prótesis, pero ahí me encontraba, desnudo, en lo que aún era carne.

Las piezas mecánicas se juntaron y empezaron a moverse como en una especie de danza asimétrica; giraba lentamente y luego aceleraba. Se veía una que otra pieza salir de la esfera que se generaba. Poco a poco parecía que se convertía en un fluido, poco a poco empezaba a parecer como si fuera mercurio. Los colores negros y grises se habían transformado en uno. Esta espera generó miedo; la existencia de este miedo era obvia: mi cuerpo... ¿cómo podía sobrevivir tanto tiempo sin las piezas mecánicas? Justo en ese instante la masa mercurial regresó poco a poco a mi cuerpo, lentamente, como precavida. Salía como picos redondos en dirección de mi cuerpo y así avanzaba. Fue rodeando mi cuerpo como si fuera una célula a punto de hacer mitosis. El líquido empezó a cambiar de color a los colores originales de las prótesis y en ese justo momento se cerró sobre el cuerpo. El mundo en el cual me encontraba empezó a brillar de luces amarillas, blancas y grises, el líquido empezó a moverse violentamente y poco a poco empezó a adoptar por las esquinas ángulos más rectos que luego se podían diferenciar como la zona de la ingle, luego la cabeza, luego los muñones de los brazos, luego la columna...

De esta manera parecía que el líquido disminuía, de manera tal, que llegó un punto extremo en el que sentí como si hubieran tirado mi cuerpo a un caldero de hierro fundido y lo hubieran sacado para ponerlo en un pedestal y entregarlo como trofeo; todo lo que debía ser piel parecía acero y mercurio. En ese instante, nada era normal en ese lugar y mi cabeza lo sabía; lógicamente hubiera entrado en pánico y en shock al ver toda esta situación. Justo cuando mi cuerpo parecía un trofeo, empecé a sentir un dolor extraño, intenso, fuerte, pero nada como el de la vez en que tuve la necesidad de requerir ese cuerpo. Sabía que mi mente estaba fuera de lugar, fuera de mi cuerpo, pero empecé a sentir otra vez conexión con él, sentía la falta de espacio dentro de mí, donde debían estar mi corazón, mis pulmones,

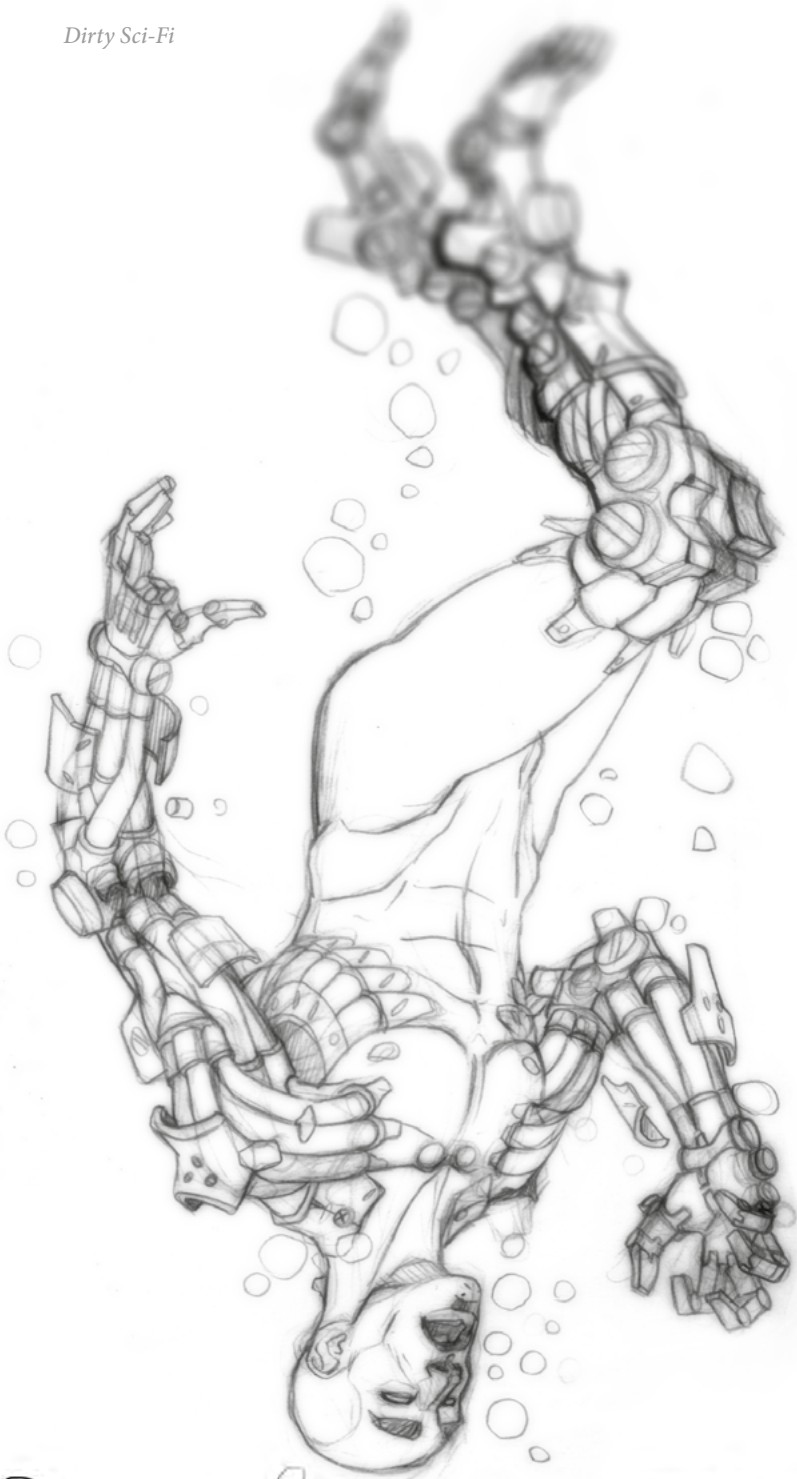
fragmentos de la columna, tráquea, todo vacío... esta sensación venía acompañada de un dolor que, no obstante, era nada comparado con el terror que me generó.

El dolor comenzó a ser latente y horrible cuando ya veía desde mi cuerpo y sentía que este líquido llenaba los espacios vacíos de mi pecho, sentía como si una represa se liberara dentro de mí. Todo era exageradamente pesado, pero en un momento determinado, en el cual todo el líquido estaba dentro de mí, burbujas empezaron a parecer otra vez de todas partes. El lugar etéreo en el que me encontraba empezaba a desvanecerse y abría paso a estas burbujas. Tan concentrado estaba en ellas y en la amenaza de mi tranquilidad que no me percaté de que dentro de mi cuerpo el líquido otra vez empezaba a moverse, lo hacía salvajemente y parecía que empezaba a hervir. De un momento a otro, sucedió lo más imprevisible posible: el líquido salió expulsado violentamente por los orificios por los cuales había entrado, cada muñón parecía una manguera apretada para que el agua saliera dispersa. Cuando llegó al tamaño justo de lo que debían ser los brazos y piernas, se detuvo e empezó a fluir lentamente como serpientes redescubriendo el lugar, mi columna también estaba en esta situación, se sentía que estos iban a estar estáticos otra vez, pero era un solo sentimiento, no había ningún tipo de pista que me confirmara esta hipótesis.

Ahora semejaba un pulpo de cinco brazos inquietos que se fragmentaban un poco para llenar lo que en la parte frontal de mi torso faltaba. Era, era... era muy relajante. Los estigmas se movían lentamente y amablemente, me sentía como uno de esos tantos dioses indios. La serenidad era tal que llegué a experimentarme como un símbolo de paz. Lentamente estos tentáculos fueron disminuyendo su velocidad y empezaron a palpar, y con cada palpito, adoptaban la forma que al principio solían tener, pero un poco distinta. Las prótesis ya no eran negras, sino que habían cambiado un poco su color; habían pasado a ser en algunas partes blancas y grises. Los cables, que se podían ver de vez en cuando, con ciertos movimientos, no existían, parecía que ninguna tenía más cables. Todo mi cuerpo estaba intacto otra vez. Quise mover mi brazo derecho para ver si todo estaba bien y para mi sorpresa el movimiento fue muy fluido, es más, era más natural de lo que alguna vez fue. Sentía que todo mi cuerpo fluía por fin como uno, que era un mecanismo perfecto.

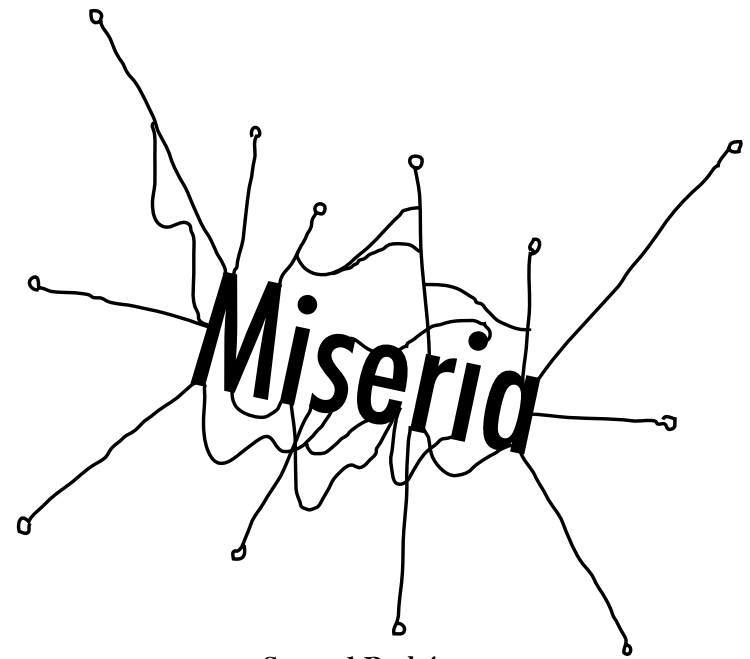
Más adelante, sentí como si otra función se hubiera habilitado en mí. Las burbujas pararon su constante y rápido crecimiento. Se detuvo.





Pasó un momento más en el cual parecía que ellas no sabían ni qué hacer o esperaban nuevas órdenes. Luego de que me intenté mover más en ese espacio atemporal, ellas atacaron ferozmente el lugar en el cual me encontraba, atacaron sin piedad, apenas podía ver debido a la cantidad de pequeñas formas que se abalanzaban sobre mis ojos. Me sentí completamente distinto.

Desperté, según entendí, muy rápido, quizás fueron unos cuantos minutos y vi mi cuerpo cambiado: era el mismo con el cual había terminado en ese trance. Le respondí a la persona que estaba en la llamada y se despreocupó, pero al ver mi cuerpo novedoso, generó una hipótesis. Ese artefacto era esencial para el avance de las prótesis y la evolución humana. Yo recordé rápidamente el sentimiento de la otra función. No esperé más para probarla. Cuando lo hice, la pantalla del computador y todo lo que había atrás de mí, cayó con muchísima fuerza y los papeles que tenía en el escritorio salieron volando, tenía un completo control de mi cuerpo y... lo que tenía detrás de mí...



**Samuel Rodríguez**

El olor a alcohol y a aceite se apoderaba de mi olfato, no podía soportarlo, era demasiado fuerte para mis humanas capacidades. Abrí los ojos y me senté en el borde de la cama, mirando al suelo, mi rostro estaba oculto tras mi cabello, húmedo y lacio, sacudí la cabeza lentamente intentando recordar un poco lo que había ocurrido, pero mi mente seguía en blanco, tomé mi chaqueta del suelo y me la puse con dificultad, dando tumbos y movimientos torpes mientras lo hacía. El olor del aceite parecía ser cada vez más fuerte, me temía que esa maldita hojalata estuviese destrozando la cocina, así que me levanté en busca del origen del olor.

—Kr2, ¿Qué se supone que haces? —pregunté en cuanto llegué a la cocina. Mi mano soportaba el peso de mi cabeza, que sentía que caería en cualquier momento.

—Solo estoy bebiendo un poco, Marcus. ¿Tú también quieres? —respondió el droide—. Era una perfecta invención de mi biomecánica, pero le faltaba algo, esa cosa tenía tantos sentimientos como yo: cero.

—¿Es en serio? Ayer bebimos demasiado, chatarra de mierda, deja esa botella allí y ve a hacer algo productivo.

—¿Algo productivo? Casi lo olvido, nos llegó esta carta.

Kr2 sacó algo de uno de sus muchos compartimientos y me lo entregó, un sobre manchado con sangre y grasa, lo abrí y dentro había una petición que solía llegarnos a menudo; asesinar a alguien.

—Estimados señores... basura, basura... al alcalde de... basura... cinco millones de nanodiamantes.

—Parece una oferta jugosa.

—Es otro puto político que quiere deshacerse de la competencia, paga bien y no veo motivos para no hacerlo, ¿qué dices K, lo hacemos ahora? El robot me arrebató la hoja y tras verla, asintió.

—Brock HacoX, vive en el Killor, centro, no será muy difícil encontrarlo.

—Vamos entonces.

Me devolví a mi cuarto y tomé varias armas. El Killor no era un lugar precisamente seguro y tenía que andar con cuidado. Una Ls34 (Un modelo novedoso de la pistola láser típica), dos granadas plasmáticas y un puñal bioforjado bastarían como armas. Tomé una hoverboard y me puse una chaqueta negra de cuero, voltéé la mirada antes de salir y vi un marco roto, la foto que había en él se difícilmente se veía, pero podía distinguir su joven rostro.

—Marcus, ¿estás listo? —preguntó Kr2 mientras reforzaba sus compartimientos ofensivos—. Ese robot era un proyecto de compañía cotidiana unido a una máquina para matar.

—Muévete, montón de tuercas.

Salimos del apartamento y el inmundó olor a humano se apoderó de mi olfato. Unos tacos de aerodeslizadores pasaban por las calles con una increíble uniformidad, la publicidad móvil aérea casi no te permitía ver el cielo, que era más negro que la ciudad misma. Escupí al suelo y un leve gruñido salió de mí, miré hacia arriba y saqué la hoverboard, monté en ella y K activó su modo veloz. Pasábamos por los callejones mientras las personas y robots abandonados vi-

vían entre las sombras, sin encontrar un sitio y buscando huir de la muerte. Me limité a ignorarlos hasta que llegamos al Killor. No fue sino llegar para escuchar el primer disparo venir hacia nosotros. K puso su brazo en la trayectoria del láser y absorbió todo el daño; lo creé para eso, alimentarse de la guerra.

—No tenemos tiempo para esto... solo busco a HacoX, no quiero meterme con ustedes. Montones de ojos se veían en las sombras, seres ocultos entre capuchas deshilachadas y con viejas Lb05, un modelo antiguo y barato. Uno de ellos, erguido y evidentemente más hábil, saltó a mi vista.

—Ushishi... ¿están listos...?

El hombre alzó la mano con increíble velocidad y tres cuchillas cubiertas de plasma salieron de él, salté al lado para esquivarlas y aproveché para disparar, la cadencia de disparo de mi arma era increíble, pero cinco de los otros encapuchados lo cubrieron de mis disparos, aunque murieron al instante.

—Maldita sea...

—Ushishi, ¡muere!

Volvió a lanzar sus cuchillas, pero esta vez corrió hacia mí, saqué el puñal y alcancé a darle, sin embargo, él me golpeó también. Nos levantamos, magullados por el efecto de nuestros filos... su sangre manchó mi cabello negro, apreté los puños y me lancé de nuevo hacia él. Antes de notarlo estaba tumbado en el suelo, voltéé la vista y vi a Kr2 con el brazo en alto y arma en mano.

—Me aburrí de esperarte.

—Serás... ¿Estamos cerca?

—Esa casa, allí está nuestro objetivo. El encapuchado era su guardaespaldas.

—Curioso. Vamos, hojalata.

Una casa grande y aparentemente abandonada. El Killor era la zona más peligrosa de Trafford, absolutamente atrasado y oscuro en comparación con el ya podrido resto de la ciudad. Me acerqué a la puerta y la pateé, cayó frente a mí y entré a la casa, vieja, oscura y con un hedor distinto, un hedor orgánico. Subí al último piso y allí estaba el viejo Brock, con una Lb09 frente a nosotros, sus piernas temblaban y sudaba de sobremanera mientras nos apuntaba con su vieja arma.

—¡LARGO! DEJADME IR. ¡OS LO RUEGO, NO ME MATÉIS!

Disparé a su arma y la destruí. El hombre estaba desarmado y sentado en el suelo, lloraba, temblaba, sudaba e incluso moqueaba, me acerqué a él y suspiré.

—Es lo que hay, eres mi sustento del resto del mes.

Cerré los ojos y dispar. Al escuchar sus gemidos de dolor me volteé. Kr2 tomó una fotografía y tiró el cadáver a la calle, se volteó hacia mí y me mostró la misma foto que está en mi marco, mis ojos quedaron como platos y me mordí el labio tras verla.

—Marcus, cerraste los ojos al matarlo.

—¿Qué con eso?

—Su apellido era Hacox, era su padre, ¿verdad?

—Sí...

—Te dolió matarlo, pero ella está muerta ya, es tu trabajo.

—Tienes razón. Vámonos, basura.

Muerte, dolor, este mundo está podrido y mis actos no ayudan a nadie más que a mí mismo, yo también lo estoy pudriendo, no hay de otra, estamos muertos, caímos en la miseria.



Diego Ricardo

Estas pueden ser mis últimas palabras antes de que muera por falta de batería. Fue una buena vida. Trabajé para mi señor durante décadas como una máquina hecha únicamente para matar a todo aquel que se opusiera a la ley, quizá fui de los mejores en esos tiempos, no había nadie que se me escapara. Trabajaba solo a pesar de que me crearon en conjunto con varias copias idénticas a mí. Todos murieron a manos de mi señor, pues ya estaban obsoletos. Él había creado otro prototipo más eficiente que nuestro modelo y quería deshacerse de nosotros. Solo yo pude esconderme. Ahora, unos años después, voy a morir. Postrado en lo más profundo de un callejón, abandonado entre tanta basura, sin piernas y con apenas una mano útil para remover la mugre que cae sobre mi metálica y ya oxidada coraza, yacían los últimos deseos de este robot.

La humanidad ha cambiado mucho, pensé, mientras se escondía el sol en esta tarde lluviosa. Estaba húmedo, frío y las solitarias calles de lo que antes había sido una ciudad muy poblada se tornaban de color naranja al caer el sol. Era mi último atardecer en este mundo. Asesiné tantos humanos que no podía caminar bien entre los cadáveres. En aquellos tiempos jamás creí que la batería de un robot se agotará y que posiblemente sentiría algo similar a la muerte.

Pronto empezó a oscurecer. Al poco tiempo llegó un camión viejo con un aspecto muy colorido y de él bajaron unos seres parecidos a los humanos de la superficie, lucían extraños, con sus atuendos tornasoles y peinados fantásticos, llevaban unas máscaras que, supongo, usaban respirar. Eran tres, una chica y dos chicos se pararon frente a mí y me observaron por unos minutos.

—Está perfecto, tenemos que llevarlo—dijo uno de ellos.

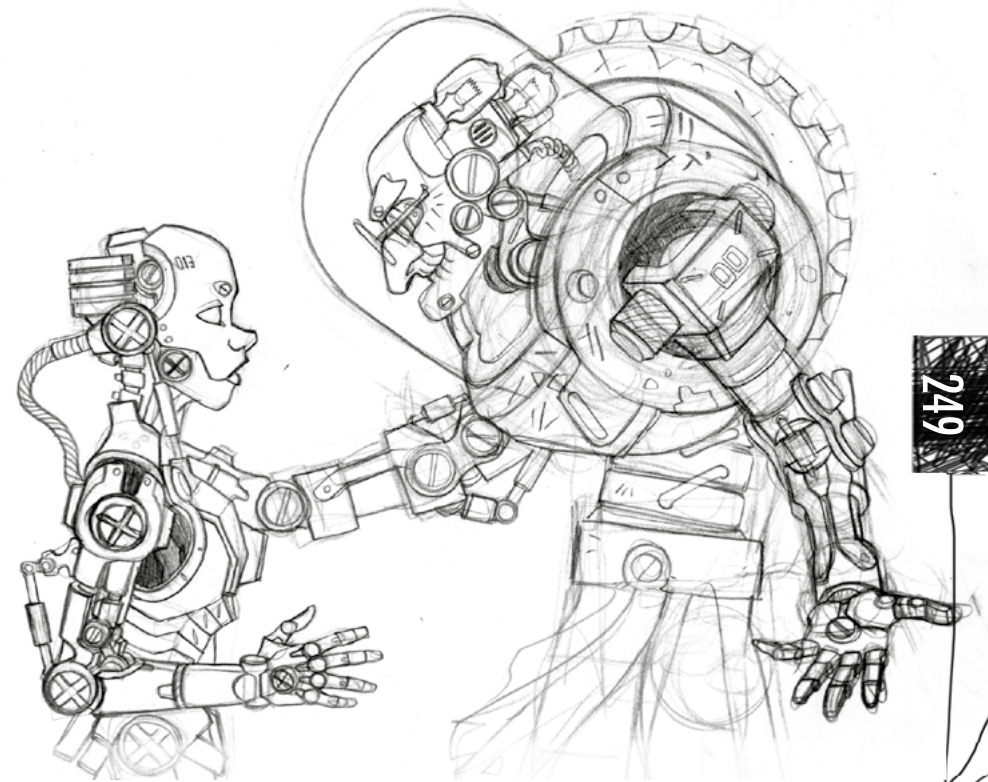
En seguida, se me acercó el chico más grande, me agarró y me arrojó al interior del camión. Cuando volví a salir, me encontré junto a otros robots, cada uno de ellos distinto y con alguna falla, unos oxidados, otros defectuosos, otros más viejos; los había altos, delgados, bajitos... nunca había visto tanta basura reunida en un mismo lugar.

—Eres la mejor creación que he encontrado en un basurero, nos vas a ser útil, ya verás —dijo uno de los tres muchachos. Los demás robots lucían felices a pesar de no estar completos o con algún defecto. Posteriormente, se me acercó un robot viejo, estaba algo oxidado al igual que yo y me dio la bienvenida al circo vagabundo. Los otros se me acercaron y me observaron con detalle. Cada uno poseía una habilidad que lo hacía único y diferente a los demás. Reímos un rato y me invitaron a ver la función de esa misma noche. Contento, accedí y observé que unos simples y viejos robots enloquecían al público humano de toda la ciudad. Cada acto era increíble, lo disfruté tanto que por un momento olvidé todos aquellos pensamientos que me llenaban la cabeza aquella tarde, incluso olvidé que mi batería estaba cerca de agotarse, pero eso no me interrumpió.

Al final de la presentación se me acercaron todos los robots que hacen parte del circo y los tres chicos que lo manejan y me ofrecieron un puesto. Viajaríamos a todas las ciudades del nuevo mundo y conocería diversos lugares, estaba tan emocionado, los veía a todos rodeándome, felices de que aceptara. Les hablé un poco de mi vida pasada y todo lo que hice, aun así, ninguno de ellos se mostró apático a mi presencia. Seguí hablando y mi voz cada vez se hacía más pequeña. Recordé que mi batería estaba a punto de cumplir su ciclo, pero lo volví a ignorar completamente por estar escuchando las historias de los demás compañeros, creo que fueron lo más cercano que jamás tuve a una familia. Justo antes de confirmarles que aceptaría la oferta, mis ojos empezaron a apagarse en frente de tanta felicidad.

Todos se alarmaron, ya no era capaz de ver absolutamente nada, pero sí podía oír y hablar.

—Sí, sí acepto unirme. Mi voz se apagó y caí por completo al piso. Fue una buena segunda vida, me dije segundos antes de dejar por completo este mundo.



The title 'Los niños de la Esteria' is written in a large, bold, black font. The text is superimposed on a black outline of the state of Texas. From various points on the outline, thin black lines radiate outwards, ending in small open circles, resembling a network or a starburst pattern.

# Los niños de la Esteria

Laura Espinosa

En cambio, si Camille hubiera nacido en el año 4122, habrían modificado su cuerpo para que sobreviviera en las profundidades del mar. Sí, conservaría sus piernas, pero se verían recubiertas por una cola de pez mecánica, que le cambiarían inicialmente cada año, luego cada dos, cada cinco y, finalmente, tendría una permanente que debería mandar a reparar en caso de falla. El océano se extendería sobre toda la tierra y una única ciudad, perdida en sus profundidades desde hacía un milenio, se erguiría sobre el suelo submarino.

A sus dieciséis, Camille nadaría por las calles buscando trabajo, aunque fuera de pescadora o de mecánica, pero los días estarían complicados para todos y no encontraría nada. Tras ir a casa decepcionada, abriría un periódico y leería sobre las recientes desapariciones de niños en el valle subacuático de Esteria. Le darían una recompensa a cualquiera que brindara información pertinente para localizar a los niños perdidos en los últimos meses. La ciudad de Greilín los echaría de menos.

Estaría a mitad de mes y a ella se le agotaría el dinero para pagar su residencia y su comida. En la noche, la ciudad se plagaría de bestias marinas y se sabía que solo los milagros salvarían a los vagabundos.



252

Ella resolvería hacer una visita al valle de Esteria. Si no regresaba, nadie la extrañaría, pues no conocía a nadie y su pasado, al haberse transformado en recuerdos, parecería haber transcurrido en un instante, dándole un sabor casi artificial a cada mirada retrospectiva.

En poco más de una hora nadando y armada con un arpón eléctrico, llegaría al valle. Miraría a su alrededor y trataría de suprimir su nerviosismo. Inspeccionaría cada rincón, pero no encontraría nada. Miraría entre los restos de un arrecife de coral muerto desde hace siglos y dos luces amarillas frente a ella la harían retroceder y caer al suelo marino. Se ocultaría el rostro con la mano izquierda para evitar encandilarse más de lo que ya estaba. Sería un rape abisal de hojalata. Sus mecanismos harían mucho ruido, saldrían burbujas de todas partes y emergerían de casi cada espacio entre sus placas metálicas. Abriría su boca crujiente y devoraría a Camille, no sin un intento de lucha por parte de ella.

Al interior del monstruo se percataría de que se trataba de una especie de nave. La burbuja de gel oxigenado que cubría su cabeza, caería al suelo. Su respiración se haría más difícil, pues nunca había tenido que llegar a ventilar tanto, el gel era muy concentrado. Se empezaría a marear. Podría tratar de ver a través de una de las pequeñas ventanas circulares que estaban a cada diez pasos. Observaría cómo se alejaría del fondo marino, gritaría y golpearía la ventana. El entorno fuera de la nave se volvería cada vez más luminoso.

Finalmente, un destello de luz la encandilaría. ¿Habría llegado a la superficie? Perdería el conocimiento y al despertar se encontraría en una habitación blanca, acostada en una cama de colchón delgado ubicada en el centro. Miraría a su alrededor y habría cuatro personas en total.

253



# Trascendencia de la realidad

Andrés Felipe Arboleda

*pasado y la causa de su futuro. Se podría condensar un intelecto que en cualquier momento dado sabría todas las fuerzas que animan la naturaleza y las posiciones de los seres que la componen. Si este intelecto fuera lo suficientemente vasto para someter los datos al análisis, podría condensarse en una simple fórmula de movimiento de los grandes cuerpos del universo y del átomo más ligero; para tal intelecto nada podría ser incierto y el futuro, así como el pasado, estaría frente sus ojos.*

*Pierre Simon Laplace*

Esta realidad es muy decepcionante. Las personas se aferran inútilmente a una vida que no pueden mantener por siempre. ¿Cuál es el sentido de vivir por un corto periodo de tiempo y luego desaparecer? ¿Qué sentido tiene esforzarse si al final todo acaba en un instante? Así es, si no se puede vivir para siempre, entonces no tiene sentido. Para muchos puede estar bien y se conforman con disfrutar el momento. Quienes no lo soportan, simplemente se apresuran a morir y habrá quienes creen que sus almas vivirán por siempre fuera de sus cuerpos; ¡qué ridiculez!



El alma es la conciencia en forma de señales eléctricas en nuestro cerebro. Cuando este muere, el alma también lo hace. Esta realidad es muy aburrida, el cuerpo es muy frágil, la vida muy corta, la mente muy débil, pero no tiene porqué ser así. Gracias al desarrollo tecnológico, impulsado por pocos individuos brillantes, se ha podido crear un nuevo mundo, uno que no se deteriora, uno que permite albergar los datos que componen la conciencia por siempre: el mundo de lo virtual, un mundo con toda la información interconectada y disponible, ese es el mundo en el que aspiro vivir, solo ahí mi vida tendrá sentido, pero necesito algo de ayuda para llevarlo a cabo.

No estaba segura en ese momento, aunque lo veía con mucha determinación y solo quise ayudar. Durante meses estuvimos buscando las piezas que necesitaba para efectuar su proyecto, era todo lo que le interesaba, yo pensaba que, si lo ayudaba, tal vez nos volveríamos más cercanos y se fijaría en mí, sin embargo, él estaba decidido a dejar esta realidad. Nos metimos en muchos problemas recolectando lo necesario, él estaba convencido de que podía descargar su conciencia en la red informática y lo pensaba apostar todo por esa idea. Mucha gente lo buscaba, se metió con las personas equivocadas, todo por conseguir las piezas faltantes, y cuando finalmente lo hizo, no lo dudó ni un segundo, encendió todas las máquinas y se conectó a ellas. Yo solo podía mirar y esperar lo mejor. Me pidió que lo encendiera y entonces una descarga eléctrica corrió por su cuerpo, se estaba quemando y yo no podía hacer nada, me había dicho que quizá podría destruirse en el proceso, pero que no apagara el sistema hasta que no hubiera completado. Me invadió el pánico y antes de darme cuenta desactivé la energía, sin embargo, ya era demasiado tarde. Hasta el día de hoy no sé si habrá tenido éxito o si solo habrá muerto por nada, me gusta creer que en algún lugar de la red su conciencia está segura y se mantendrá por siempre como datos informáticos. Espero algún día volver a reunirme con él.



César Ángel

Parece que las noches cada vez son más oscuras en esta ciudad, sin embargo, hay luces brillantes de todos los colores tratando de captar la atención cada vez que volteo a mirar a cualquier lugar. Neones verdes atestan los edificios y las calles. No sé cuál era la idea con que todo obtuviera esta imagen, me recuerda esa famosa película donde entraban en el juego y todo iluminaba azul, pero su intento de originalidad los llevó a hacerlo verde.

Camino a mi casa después de otro día desesperante. Finalmente tengo tiempo para fumar un cigarrillo en las calles frías y solitarias de la ciudad, pero tengo mi abrigo para protegerme. Hace un par de días que no me afeito y empieza a notarse. ¿Qué paso con esta sociedad? La tecnología lo rige todo y este maldito gobierno marcha como en los días de la nobleza: todo en función de él mismo. Ya no trabaja por la sociedad, ya no le importan los habitantes de este país, todas las decisiones que toma busca ganancias. Eso explica por qué ahora todo el mundo es rebelde, esta sociedad no tiene ningún control, ningún orden, ya no hay nada. El gobierno se llena los bolsillos mientras la población se muere de hambre y trata de derrocarlo. Pero nunca lo van a lograr, con todo ese dinero siempre van a encontrar quien los defienda, quien proteja sus intereses o quien los ayude a escapar cuando sea necesario.

Rebeldía y rebelión son respuestas obvias al comportamiento de este estado corrupto. Me pregunto qué pasa cuando cada vez más de estos supuestos revolucionarios son simples desadaptados, personas que tan solo quieren hacer parte del desorden, personas que tan solo llegan por un supuesto amor a la violencia, lo cual en realidad es una triste excusa para suplir una necesidad de pertenecer a algo. Boto la colilla del cigarrillo que estaba fumando y tomo otro de la cajetilla en mi bolsillo, saco el encendedor y disfruto de esa primera probada. Se escuchan ruidos a lo lejos, el caos que inunda estas calles, los sonidos viniendo de los parlantes situados en altos postes en cada esquina de la ciudad, parlantes que pasan propaganda política las veinticuatro horas del día.

Recuerdo cuando ir en contra de estos políticos era mal visto por la mayoría. Recuerdo que ser diferente, que no obedecer todo lo que te decían, significaba algo, recuerdo que para ir en contra de un sistema y defender tus ideas tenías que tener argumentos, no solo ganas de salir a destruir; escogíamos nuestras batallas, lo que fuera realmente importante para nosotros. No nos reducíamos a ir en contra de todo, una idea que por cierto se cae por si sola. No me gustaba ser una persona más en la multitud, sabíamos qué era la rebeldía de verdad, no simple vandalismo.

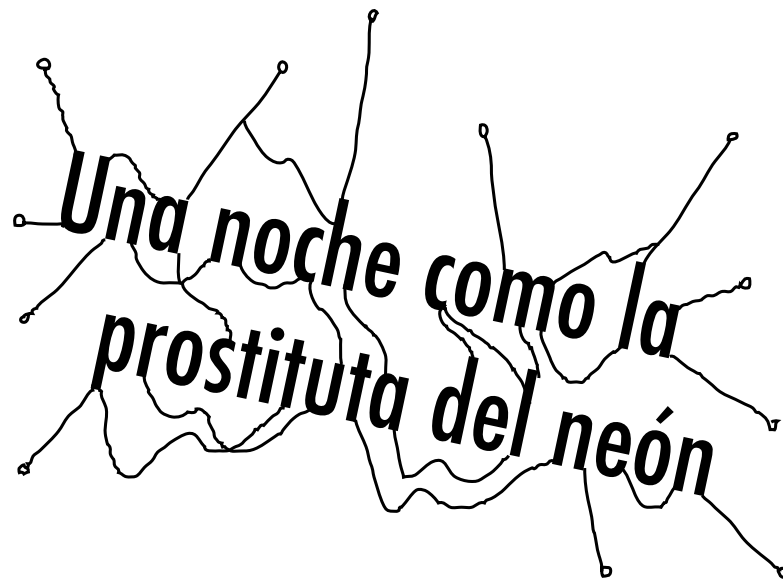
Escucho una voz acercándose. Alguien me grita y me llama “Sheep”, oveja en inglés. Así decidieron llamar a todos lo que nos alejamos de su causa y nos unimos a nuestro propio movimiento en contra del estado, el cual funciona bajo nuestros propios términos. Tenemos un código ideológico y no solo una necesidad de caos. Ovejas, como si siguiéramos al gobierno, uno detrás de otro, en un rebaño, recibiendo todas las órdenes que nos den. No se dan cuenta de que ellos son el rebaño, ellos son los que cada vez reciben más gente porque ser rebelde se volvió normal; gente que necesita identificarse con algo y no encuentran otro lugar a donde ir.

En medio de mi reflexión vuelvo a escuchar: —¡Hey, Sheep!—. Sigo caminando. El que me llama tiene voz de adulto, creo que tiene alrededor de treinta años. Quizá me reconoció por el escudo que cubre la espalda de mi abrigo largo. Recuerdo que ser diferente era poco aceptado, recuerdo una época en que tener ropa distinta y tener el cabello de otro color llamaba la atención de todos. Nosotros usábamos tatuajes y otras cosas para identificarnos, para separarnos del resto, más que unirnos como grupo. Escucho “¡Sheep!” una vez

más. Esta vez inmediatamente detrás de mí y siento algo en la parte de atrás de mi cabeza, es un arma, puedo sentir la forma del cañón haciendo presión. Me volteo rápidamente, con mi brazo golpeo el suyo, lo tomo de la muñeca, llevo su brazo hasta su espalda, el dolor de la llave lo hace soltar el arma. Con mi otro brazo tomo el arma de mi bolsillo, esta comienza a encenderse y escucho el zumbido ascendente que me dice que está lista. El hombre suplica, me dice que no lo haga, que no deje a su esposa viuda y su hija sin un padre que la proteja, eso solo me hace pensar en cuántas personas, algunas de ellas “Sheeps”, le habrán dicho eso mismo a él y el habrá seguido adelante con la ejecución.

Veo los tatuajes de su cuello, característicos de los rebeldes, y en especial uno que solo usan los que se encargan de asesinar a los desertores de su causa, así que aprieto un poco más la muñeca del hombre, la subo hasta que siento cómo su articulación está a punto de ceder y finalmente disparo. Guardo el arma de nuevo en mi bolsillo, saco mi pañuelo para limpiar la sangre que salpico en mis manos, dejo junto a él un papel con el mismo símbolo de mi abrigo, boto la colilla del cigarrillo, tomo otro de la cajetilla y continuo mi camino a casa reflexionando sobre la noche que me espera.



A stylized, hand-drawn outline of the state of Texas. The title text is written across the map in a bold, black, sans-serif font, following the contours of the state. The text is arranged in two lines: "Una noche como la" on the top line and "prostituta del neón" on the bottom line.

# Una noche como la prostituta del neón

John Jairo Gómez González

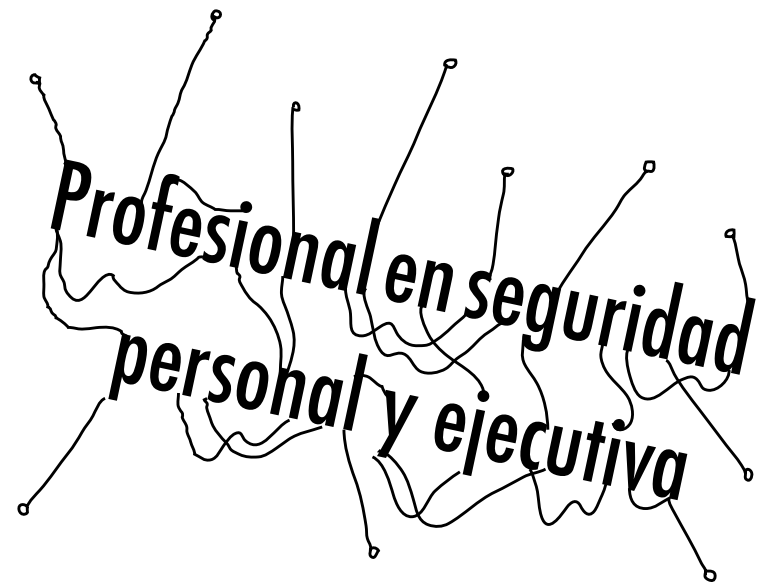
Ceñí con la mano la fría copa de whisky que estaba en la barra cromada, al frente de mí, para después levantarla y derramar el líquido embriagante dentro de mi garganta. Al alejar la copa, pude notar que gran parte de su contenido estaba manchado por una grumosa manteca negra. Ese es el problema de tener implantes robóticos y que te disparen, nunca se sabe qué va a salir brotando de tus entrañas. Tensioné los músculos lo suficiente como para mantener el equilibrio sobre la silla cromada durante seis segundos, pero la gravedad hizo su trabajo y mi cuerpo se derrumbó sobre el húmedo suelo del bar. Para mí era suficiente descansar en el aún cálido rojo escarlata que empapaba mi chaqueta. En ese momento entró una mujer desnuda al lugar, la misma que había empezado la “fiesta”. Tenía un conjunto de líneas que recorrían toda la complejidad de su cuerpo, que me daban la impresión de que en cualquier momento saldría un artilugio de su interior y me partiría en dos.

—¿Eres John Lightroom? —dijo con extraña voz la mujer. Al parecer, el precio por mi cabeza se había elevado lo suficiente como para enviar un androide desnudo con tecnología de punta a media noche.

—Últimamente me han apodado “Johnny Problemas” —le respondí. Era claro que me había escapado muchas veces de la muerte, pero en esta ocasión tenía al verdugo justo enfrente de mí. Al parecer, la suerte se había acabado.

El androide se quedó de pie mirándome fijamente, estaba preparando su movimiento para ejecutarme limpiamente. Era el momento de cerrar los ojos y suspirar, entonces noté esa botella de whisky que reposaba a mi costado; en realidad era el mejor momento para un trago. Tomé la botella y vacié todo su contenido en mi boca, mientras que la androide permanecía paralizada. Me di cuenta de que aún tenía en el pantalón esa pequeña bomba de bolsillo que parecía un encendedor. La miré. De repente, un fino corte de luz vertical pasó por la mitad de su cuerpo, lo cual dio lugar a una explosión de fluidos blancos que salían de su interior y que manchaban mis recién lustradas botas. Esto no podía ser suerte, la apuesta se había subido.

El gigante Jackie Brox me había donado unos minutos más de vida, estaba entrando al lugar y se dirigía hacia mí para cobrar la jugosa recompensa, pero ya era suficiente para mí cruzar palabras con un verdugo el día de hoy, así que lancé el encendedor al aire y mandé al demonio todo el lugar. Me desperté, no sé cuántos días después, en un incómodo lugar repleto de todos esos desperdicios humanos que quedan después de una cirugía. Seguro era el basurero de uno de esos hospitales clandestinos. Al parecer, mi sentencia se había aplazado.



Víctor Alejandro Molina Ossa

No era normal. El señor Freeman, que estaba ubicado al frente de mí, empezaba a convulsionar. Sus parpados se movían de manera arrítmica y sus brazos se zarandeaban en todas direcciones. Rápidamente me dispuse a ayudarlo. Evidentemente era un ataque epiléptico y yo sabía cómo actuar, pues no para nada había servido el costoso chip de libros médicos que me había hecho poner en noviembre. Una vez lo supe estabilizar, realicé con mi lapicero un scan de su cabeza para examinar la actividad cerebral. No era para nada normal. Parecía estar siendo alterada. Recurrí inmediatamente a la edición 300 del vademécum que llevaba en mi SmartWatch donde mencionaban que estos síntomas posiblemente eran causados por un bicho que monitorea la actividad cerebral con el fin de robar secretos empresariales. Era de sospecharse, Freeman posee un imperio tecnológico gigante, y ahora él había sido víctima de uno de los más grandes avances en la tecnología de espionaje en la última década. Procedí a tumbarlo sobre el suelo.

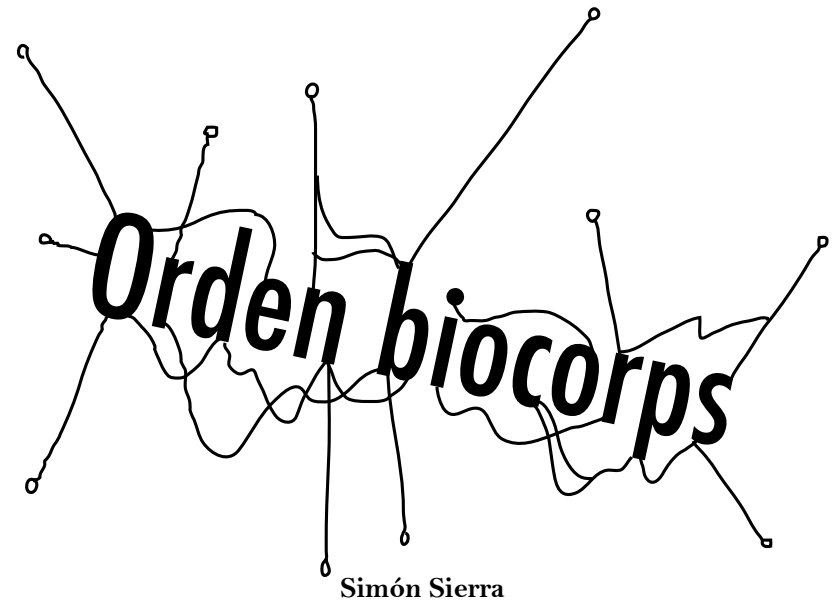
Con mi empleo siempre tienes que estar preparado para cualquier cosa. Saqué mi cuchillo y rajé su abdomen por el lado izquierdo, luego inserté mis pinzas de precisión contra bichos informáticos a través de la herida y alcancé a cogerlo. Tenía el aspecto de un ácaro

algo agrandado. De la boca del bicho, pendían tres conductos babosos de los que pendían unas fibras que, una vez dentro de la víctima, se inmiscuyen bajo el tejido óseo de la columna y alcanzan la médula, donde ubican las células nerviosas y acceden al cerebro del hospedante. Cosí la herida del señor Freeman y lo acosté en su cama.

Mi misión en ese momento era asegurarme de que ninguna información confidencial de la empresa del señor Freeman fuera filtrada. En mi trabajo también tienes que encargarte de tareas como esta. Saqué mi computador portátil y lo puse sobre la mesa, le conecté el MultiLector que es capaz de acceder a cualquier pedazo de hardware. Una vez conectado al bicho espía, intenté descifrar la clave de acceso. Con el chip sobre algoritmos, que me costó una fortuna, y la unidad para aumentar la velocidad de procesamiento, que me mandé a implantar hace cinco años para poder aplicar a este puesto, pude descifrarla en cuestión de segundos. Una vez dentro del bicho, pude ver que un archivo de 2.3 petabytes había sido enviado dos horas antes. Ahora tenía que encontrar cómo poder manejar la unidad de transmisión satelital para intentar atacar al servidor que había recibido los datos y borrar los archivos, y en el mejor de los casos, descubrir a quién pertenece el servidor de los atacantes y hacerles ver las consecuencias de haberse metido con el señor Freeman.

Tuve que bajar hasta el kernel del sistema operativo para enviar un paquete que parecía auténtico al servidor. El paquete actuaba como troyano y pude tomar control del servidor, entonces, empecé a fabricar archivos con billones de ceros, que pesaban varios zettabytes, con la intención de crashear el sistema. Apenas lo conseguí, escuché una fuerte explosión al lado de la habitación de hotel donde estábamos. Me paré inmediatamente y me dirigí hacia el exterior. La puerta estaba tumbada y entré con mi arma en la mano. Había pequeñas llamas en alguno que otro lugar, pero tres personas que estaban allí, habían fallecido y sus pedazos se encontraban esparcidos por toda la habitación. Pude observar un servidor, mal construido, que había estallado. Vi el nombre de una empresa de la competencia en una de las tarjetas de una de las tres billeteras que estaban tiradas en la habitación.

Una sonrisa se me dibujó en la cara.



Nadie vio venir el inicio de la guerra. Como si fueran un virus, comenzaron a reproducirse, mezclados entre la gente, como iguales. No era posible distinguir a las personas normales de los metahumanos. Además de la fuerza inhumana que todos ellos poseen, esa fue la clave para su victoria.

Es el año 2040 y las pocas personas que sobrevivieron al holocausto se acopiaron en los límites de las ciudades, absteniéndose de cruzar las fronteras invisibles que se crearon cuando los “mejorados” tomaron las urbes bajo su poder. Sin embargo, hay quienes están determinados a retomar lo que alguna vez le perteneció a la humanidad, revolucionarios que buscan la manera de lanzar un golpe lo suficientemente fuerte para debilitar la posición de la tiranía y ganar la ventaja en lo que algunos aún llaman guerra. Pero para eso necesitaban encontrar una debilidad en la fuerza opresora. Por suerte, tenían un plan. Encadenado en un sótano yacía uno de ellos, uno de los mejorados. La resistencia había perdido dos hombres durante su captura, pero el sacrificio se había hecho por una razón. Uno de los sobrevivientes resguardado con la resistencia era la doctora A. Nichols de Biocorps, la empresa responsable de la tecnología que había hecho posible a los mejorados. Ella confesó ser parte del gru-

po de científicos que desarrolló la nanotecnología involucrada en los experimentos, pero se opuso a testear los avances en humanos vivos. La Dra. Nichols Decía que si le daban acceso a uno de ellos para analizarlos podría desactivar sus mejoras y los líderes de la resistencia no podían dejar perder una oportunidad como esa.

El lugar donde mantenían cautivo al hombre-bestia estaba bajo la supervisión del teniente Graham. Él mismo había liderado la captura y había cumplido su tarea de cuidar que no hubiera forma de escapar. Graham era grande, casi tan fuerte como uno de los mejorados, y les tenía un desprecio especial.

La Dra. Nichols entró al sótano escoltado por el Tte. Graham, quien, al entrar, tomó a la bestia por el cabello y le lanzó un fuerte golpe a la cara, justo con los nudillos y consiguió noquearlo instantáneamente. Solo entonces dejó que la Doctora hiciera su trabajo. Los nano-neurotransmisores conectan la conciencia de los sujetos con un mando central en Biocorps, un programa de recolección de memorias —dijo Nichols al escanear a la bestia con un artefacto metálico—. Pero estos son más agresivos que los que yo diseñé —confesó con temor—, pues han reemplazado gran parte del tejido neuronal.

El encadenado pronto despertó de nuevo, demostrando una habilidad de recuperación sin precedentes. El Teniente quiso volver a noquearlo, pero la doctora se interpuso. —Déjame hablar con él —suplicó temerosa—, y el Teniente lo permitió, por más que no le gustara la idea. —¿Cuál es tu nombre? —susurró ella tan pronto como el mejorado abrió sus vacíos ojos azules— pero no consiguió respuesta. Él solo miraba al Tte. Graham con desprecio, tentándolo a dislocar su mandíbula de nuevo.

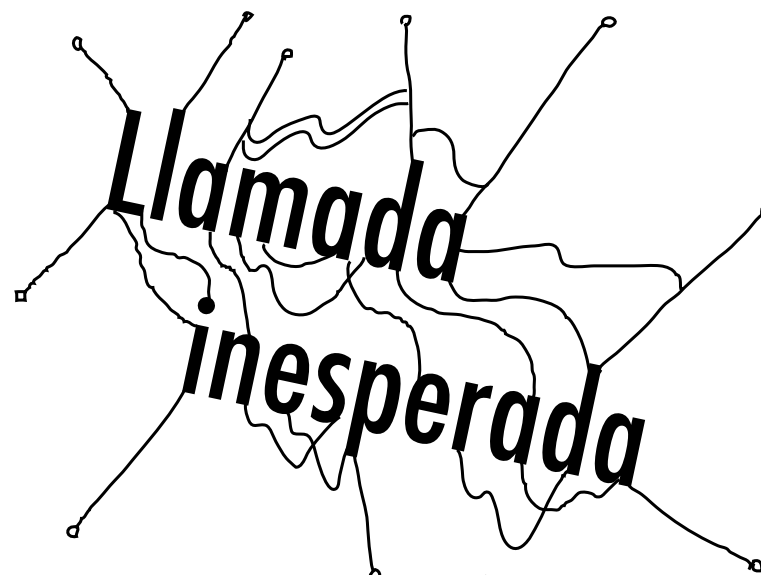
En ese momento el artefacto metálico comenzó a vibrar, el sujeto tenía los ojos cerrados y la doctora Nichols tecleaba desesperadamente en su aparato. ¡Está transmitiendo!” —gritó alarmada—. Graham reaccionó de la única manera que sabía. Lanzó un puñetazo con toda su fuerza con la intención de noquear una vez más al prisionero, pero aún después de eso, el aparato seguía en alarma. El Teniente desencadenó al prisionero y lo tumbó al suelo, luego tomó un pesado barril metálico que solo él pudo haber cargado y lo soltó sobre la cabeza del mejorado, destruyendo su cráneo y apaciguando la alarma del aparato de Nichols.

La doctora estaba atónita, pero lo sucedido le había dejado una cosa clara, una preocupación. Los metahumanos ya no tenían conciencia propia, su conexión con el orden informático de Biocorps era absoluto y este había tomado el control de cada uno de ellos. Sin embargo, algo más importante aún, era que la locación de la resistencia había sido expuesta. Nichols le explicó lo que había encontrado a Graham y él no perdió tiempo en tomar una decisión. La base de datos debía ser desarmada, entonces tendrían una oportunidad de ganar la guerra.

Los demás líderes de la resistencia aprobaron el plan del Teniente Graham, quien fue enviado junto a la ruda comandante Belk y la doctora Nichols, a llevar a cabo la misión. Nadie más debía acompañarlos, pues una multitud atraería la atención del ejército de metahumanos. Cruzaron la frontera de la ciudad a bordo de un helicóptero que los llevaría hasta la torre Biocorps, fácilmente distinguible al ser la de más altura de la ciudad, en donde Nichols aseguraba que se encontraba su base de datos del orden informático. Una vez dentro, el teniente Graham y la comandante Belk escoltaron a la doctora Nichols sigilosamente a través de los oscuros pasillos del edificio. El silencio era desconcertante y los cuerpos sin vida de científicos desangrados causaron un gran impacto en la doctora Nichols. Graham y Belk esperaban haber encontrado complicaciones para entonces, pero al descender la torre hasta la planta baja, encontraron lo que buscaban, sin mucho esfuerzo.

El mando de la base de datos central estaba detrás de una enorme puerta metálica. LIMBO, decía el grabado que ocupaba toda su superficie. Nichols explicó que ese era el nombre de la supercomputadora que había tomado el control de los metahumanos. “Logical Informatics and Memory Biocorps’ Order,” (Orden de informática y memoria lógicas de Biocorps) —citó la doctora, con voz arrepentida, mientras abría la impenetrable puerta poniendo su mano en el lector de huellas—. La habitación contenía filas interminables de consolas iluminadas por un brillo azul que parpadeaba como latidos cardíacos. Nichols no perdió tiempo y esquivó el cuerpo desangrado de uno de los operarios del mando para encender la consola principal. Belk y Graham se aferraban a sus armas y cuidaban la entrada en silencio. La doctora ingresó a la plataforma digital para intentar desactivarla, pero el sistema no lo permitió. Una alarma se disparó y la puerta se cerró antes de que Graham pudiera detenerla. El sistema se estaba defendiendo y la doctora Nichols no pudo con-

trolarlo. Belk se puso entre la doctora y la puerta instintivamente, mientras que Graham procedió a poner en marcha el plan B. Sacó de su equipo varios dispositivos, los cuales distribuyó como mejor pudo entre las filas de computadores. Buscó aprobación en la mirada de Belk, quien asintió con determinación. Ambos soltaron sus armas. Nichols logró descifrar los que pasaría. Una lágrima rodó por su mejilla, pero también aprobaba la decisión. Después de esto solo quedaría acabar con los metahumanos restantes para retomar el control del mundo. Esta vez no tenían a donde huir, y no sería posible para ellos multiplicarse. Esta sería una batalla ganada para la resistencia. La explosión se oyó con claridad en cada base de la resistencia alrededor de la ciudad, pero nadie celebró. Los sobrevivientes guardaron silencio mientras que los valientes se sacrificaron por la humanidad. No dejarían que su muerte fuera en vano.



Sebastián Arboleda Álvarez

Hice un leve corte en mi brazo derecho, cerca de la muñeca, y observé como salía este magnífico líquido rojo de mí. ¡Era tan satisfactoria la sensación que sentía al oler y saborear mi propia sangre! Quizá suene muy enfermizo, pero me encantaba el olor a carne viva y el color de la sangre recién derramada. Ya eran las 4:22 p.m., tenía que salir a buscar un trabajo rápido, no había pagado el alquiler hace ya unos dos meses, y el idiota del dueño de la residencia solo me dio plazo hasta la próxima semana, ¿qué iba a hacer? El molesto sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos, limpié mi brazo con lo primero que encontré y traté de controlarme para que mi voz no se notara tan agitada tras la masturbación.

—¿Hola? —dije al tomar el teléfono.

—Hola... Emm... ¿Damián? —me preguntó una voz masculina que sonaba algo familiar.

—Sí, ¿quién habla? —pregunté.

—Hola, soy un amigo de Todd, un viejo amigo suyo, ¿lo recuerda?

—Claro, ¿por qué? ¿pasó algo? —pregunté asombrado—. Hacía tanto que no oía de él...

—No, él... él está bien (hizo una pausa y su voz se tornó extraña), ha estado muy pendiente de usted y me comentó que necesita empleo...

¿Cómo demonios Todd sabía que necesitaba empleo? Hacía muchos años que no hablábamos, pero bueno, así era él, siempre tratando de ayudarme. No le di mucha importancia a ese pequeño detalle, en serio necesitaba el empleo. Dejé mis pensamientos de lado y seguí escuchando atentamente a la misteriosa voz del teléfono.

—Y me contó que usted es un científico con experiencia que ha dedicado su vida a estudiar el sol y su radiación. Pues bien, yo soy un científico que necesita de su ayuda para una máquina, las demás especificaciones se las daré en persona. El salario no sería mucho más que el mínimo ya que soy un científico independiente, pero sé que necesita el empleo y esto no le importará. Lo espero mañana, a las 6:00 a.m. Mandaré un coche por usted, así que sin retrasos ni excusas.

Colgó rápidamente el teléfono sin siquiera dejarme responder a su propuesta, pero sabía que necesitaba el dinero, me sentía un poco mareado, tal vez por el ofrecimiento inesperado, o por la pérdida de sangre. Me recosté en la cama y traté de pensar bien las cosas. Al día siguiente me levanté a las 5:15 a.m., no había podido dormir muy bien, me bañé rápidamente, me puse lo primero que encontré, y salí a esperar el coche. El chofer, al verme, tocó el claxon, me subí y sin palabras, condujo directo a donde se encontraba este misterioso científico. Las calles se tornaban oscuras y sombrías. No lo podía negar, era un barrio muy hermoso, aunque al mismo tiempo era algo callado y se sentía una energía muy pesada. La voz de aquel hombre me impedía estar a gusto. Algo grande venía.

—Hemos llegado —dijo, interrumpiendo mis pensamientos.

Me encontraba en una clase de bodega o sótano, había un gran panel que subía hasta el techo y muchos cables en el suelo que se dirigían a una planta más profunda. El coche salió por la gigantesca puerta. No me dijo nada más. Bajé los escalones y me encontré con un hombre extraño, con muchas ropas encima. En el suelo había una plaqueta de solarita y unos pilares de mitriilo, debía ser un súper

conductor. El hombre notó mi presencia y comenzó a hablarme del proyecto, quería intentar absorber la energía solar para crear una planta de energía completamente ecológica, sin contaminación ni daños colaterales, sería cientos de veces más poderosa que cualquier planta que tenemos en nuestros tiempos. Me pidió que hiciera ciertas investigaciones con los reactivos para ver cómo potenciar aún más su conductividad.

Como los reactivos son completamente volátiles, debimos utilizar guantes anti-moleculares, eran pesados y metálicos, con una interfaz bastante simple. Con ellos podías controlar toda la materia en un área cercana, el único problema era que necesitábamos que el pilar que se elevaba hasta el techo absorbiera suficiente luz solar, lo cual era una proeza, ya que el cielo era una nube tóxica de gases. Durante la semana no sabía por qué me necesitaba a mí, simplemente mezclaba cosas, pero no sentía ningún tipo de avance, el hombre comenzaba a balbucear y decir cosas sin sentido, se estaba comenzando a desesperar, perdió el control y me empujó contra los reactivos. Los mezclé por error, era demasiado volátil, no sabía qué pasaba. ¡Mis manos! No podía sentir las, al parecer, habían sido afectadas por la energía de la reacción. Él tomó el reactivo y lo incrustó en la placa de solarita. Los pilares de mitriilo comenzaron a absorber la energía.

La luz comenzó a distorsionarse, entré en pánico, me quedé inmóvil. Del centro del aparato se veían múltiples imágenes, esto no era una planta de energía. ¿Qué pasaba? Me giré a ver dónde estaba el hombre, se estaba sujetando a unos cables, quería estar lejos del aparato. Comencé a sentir pesadez, la máquina me arrestaba. En medio de la parálisis que sufrí por el miedo, me atrapó y perdí el conocimiento.

Me desperté en la misma instalación, sin embargo, las cosas estaban un poco diferentes, mi cabeza dolía, tanta energía debió haber alterado mis ondas cerebrales, no podía pensar bien. Sobre un escritorio había un documento, eran las notas del proyecto. Hablaba de un artefacto misterioso encontrado décadas atrás en el castillo de un dictador, desconocían su funcionamiento, su motivo, querían estudiarlo, pero no sabían cómo. Al final tenía la firma del presidente Douglas, era algo importante, no todos los días te encontrabas con información del hombre más amado del país. Unos hombres entraron a la habitación y se asombraron por mi presencia. Les pregunté dónde estaba el hombre extraño, mi voz sonaba un poco más tosca de lo normal,



tal vez por la exposición a los residuos, o por la interacción con el artefacto. Utilizaron sus guantes antimateria contra mí, me inmovilizaron, perdí el control; odiaba sentirme atrapado. Por algún motivo pude controlarlos, los maté en aquel instante solo con pensarlo. Me hubiera sentido algo culpable si no estuviera bloqueado por el odio en ese momento. Intenté quitarme los guantes, pero fue inútil, se habían fundido con mis manos, lo cual era un problema. Traté de calmarme y busqué más información en el lugar. Comencé a leer todos los documentos y encontré que hasta ahora solo han intentado bombardear el aparato con energía para intentar encenderlo, pero no aparecía registro alguno de nuestro progreso en la investigación.

La última investigación anotada era de tres semanas antes de que me uniera al proyecto. Yo había leído los avances del hombre, pero no estaban allí. Limpié todo el lugar para continuar con el trabajo, pasó el día y él nunca llegó. Intenté salir de la instalación, pero la única puerta era la misma por la que entré y estaba completamente cerrada. Por las notas entendí que estaba en un bunker y que la instalación no permitía la salida de nadie sin autorización, entonces, me alteré un poco, pensé que había sido atrapado en ese lugar por ese hombre, tomé uno de los teléfonos de los cadáveres, pero tenían la señal bloqueada, alguien estaba interfiriendo en ella. No había rastro de cómo salir, solo me quedaba trabajar en el proyecto y recrear las notas. Durante las siguientes semanas intenté recrear el reactivo que encendió la máquina, sin embargo, fue imposible, fue un accidente, no sabía qué había pasado por mi mente en ese momento, ni qué unió los compuestos, la cabeza me dolía al pensar en eso. Uno de los teléfonos de los hombres recibió un mensaje:

*Querido, hoy es quince de junio, cumple años tu hija. ¿Podrás venir a casa? Queremos verte.*

¿¡15 de junio!? Era imposible, era un día antes de saber de este proyecto. Pensé y entré en pánico.

Todo tomó sentido, los hombres extraños, las notas perdidas, la desaparición del hombre, entre otras cosas. De alguna forma, esa máquina me había enviado al pasado, no podía creerlo. Significaba que había otro yo, pero de un tiempo diferente, la cabeza me comenzó a doler, era demasiado confuso. De repente, una llamada entró al teléfono del hombre.

—Buenas tardes, caballeros. He llamado para conocer los avances y el estado del programa.

—Entré en pánico, me quedé mudo, no sabía qué decirle.

—¿Han descubierto cómo hacer que la máquina encienda? ¿Algún avance?

Me necesitaba, necesitaba al yo de ese tiempo para que recreara el accidente.

—Sí —le respondí—. Tenemos un indicio, pero necesitaremos a alguien, su nombre es Damián Wallace, actualmente reside en el hotel de la calle Fler, junto al bar, necesito un coche que vaya por él mañana a las 6 a.m. Permíteme hablar con él para darle a conocer el proyecto.

—Entendido, tienes la señal libre, puedes llamarlo —colgó.

Tomé el teléfono y marqué a mi residencia. Repetí la conversación que tuve semanas atrás y esperé pacientemente a que el momento llegara. Recordé que el hombre siempre tenía unas ropas encima, por esto nunca pude ver su rostro, entonces rasgué algunas vestimentas y me cubrí la cara con ellas. Descompuse los cuerpos para que no notara nada y traté de dejar todo como lo recordaba. Me expliqué los procedimientos y me dije la misma mentira de la planta energética.

Durante las semanas me observé trabajar extrañado y comencé a calcular la posibilidad de una distorsión temporal en la máquina. Cuando llegó el día, comencé a alterarme, quería saber qué iba a pasar, empujé a mi yo del pasado contra los reactivos creando la fusión y retrocedí a un lugar seguro. Vi como fui arrastrado por el vórtice e intenté controlar el artefacto, pero la sobreexposición a este, afectó demasiado mi mente, solo podía pensar en los logros que podía alcanzar, si viajaba al pasado podía ser un dios, podía matar y hacer todo lo que quisiera, podía ser inmoral.

Me dejé arrastrar por el artefacto, había perdido mi cordura, no sabía dónde llegaría a parar, pero dejaría una marca en la historia. Volví a perder el conocimiento, me desperté en una mazmorra, al

parecer, décadas antes de que hubiera nacido. Una sonrisa comenzó a recorrer mi rostro, y comencé a reír. Un pensamiento cruzó mi mente: luz, necesito luz solar.



# El día en el que comenzó el terror

Daniel Serna Ángel

París estaba tranquila, la bandera mostraba nuestros colores y el cielo me recordaba por qué me había levantado tan temprano aquel día. Me dirigía a la oficina de un cliente que no había visitado en varios meses para ofrecerle algunos de nuestros nuevos productos. En el enorme letrero de la entrada decía “Khronos”, una compañía dedicada a “la protección de la tierra de las anarquías del mundo.” Me dispuse a entrar. En la recepción había un enorme lector láser de rostros cuyo exhaustivo examen dejó mi cara fulminada. Pude entrar por la puerta metálica que abría con un sensor infrarrojo. Después de ella encontré un robot en forma cuadrada, bastante ancho, parecía una nevera. Encima del escritorio había un letrero con el nombre Bob. Me acerqué a Bob y le pedí el número de piso y la oficina del señor... Markov. —Es el 809, en el octavo piso —dijo él, con su voz metálica y poco agradable. Procedí al ascensor y lo pedí.

Mientras esperaba, veía mis apuntes, los productos disponibles, sus componentes, algunas recetas y las cuentas de las ganancias de la semana. Llegué al último piso y continúe por el pasillo hacia el consultorio 809. En el camino vi a varias personas vestidas de bata de laboratorio en ambos lados del pasillo, unas dialogando, otras tomando el café, y otras, revisando su celular. No les entendía nada,

probablemente eran ingenieros alemanes ya que una vez tuve un amigo alemán que parecía musitar el mismo tipo de palabras y expresiones que ellos, aunque no estaba seguro del todo.

Llegué a mi destino. Un letrado daba la bienvenida al consultorio 809, además decía el nombre de... Markov Vlad... algo así, no tengo idea de cómo hablan los rusos, je parle français et anglais, no me joda, no me pida más. Cuando toqué la puerta, un enorme tipo de pelo rubio y de traje me abrió la puerta. "comment ça va?" me preguntó el ruso con su acento raro y arrastrado, "prendre cette chaise Garçon" y así fue, tomé la silla. Me impactó ver cómo se disponían varias pantallas de televisión detrás de él, apagadas. No eran ni dos, ni tres, eran beaucoup des télé.

El piso era blanco, sin manchas, un escritorio moderno de metal y las paredes eran baldosines verdosos. Hablemos de negocios, Garçon, fue lo que dijo él. Solo asentí con la cabeza. Abrí mi maletín y comencé a tratar de venderle mis productos mientras bebía toneladas de vodka... ¡Vodka! par Dieu, en la France tu bois du vin. Cuando vio lo que tenía disponible para la venta, se alegró muchísimo, al principio no entendí la razón. —¡Acompáñame a la guarida del lobo, Garçon! Deprisa, déjame mostrarte mis creaciones.

Cuando entré a su laboratorio, o como prefería llamarlo, "guarida", quedé atónito con lo que estaba viendo. Eran químicos, plantas y microorganismos metidos en probetas, en placas de Petri reproduciéndose. ¡Tenía uranio! Me estaba dando mala espina, pero continué tranquilo como si no estuviera presenciando la masacre en ingredientes. Si tan solo no hubiera tanta corrupción en este mundo..., el vicio del soborno nos está matando. Dime estúpido por no haber llamado a la policía cuando pude para detener a este loco, pero habría sido inútil, ¡ceux batards sont suborné! Ils travaillent pour lui, trabajan para él y Khronos. Mucho estaba pasando por mi cabeza; comenzó a entrarme la típica rasquiña de nervios. Miré a todos lados, observé rutas de escape alternativas, sacaba rápidamente mi celular y comenzaba a guardarlo esperando que mi jefe me solicitara, ¡necesitaba una excusa! Sentía mi desespero, lo podía percibir. Comencé a notar que subía su ritmo cardíaco, la adrenalina empezó a subir por sus venas. ¿Qué habría hecho usted si hubiera estado con ese psicópata cuando observó la masacre en frascos?

Al fondo del laboratorio había una puerta con muchas luces led y plateada completamente. En esa habitación se podían ver los baldos-

sines y los marcos de las puertas de metal. Una lectura roja pasó por nuestros cuerpos, leyéndonos de pies a cabeza como en la entrada principal. Me declaró la máquina como un agente externo y ajeno. Se disparó una alerta y un arma de plasma salió para eliminarme. Me cubrí con mi tabla de registros de compras, conociendo que iba a ser inútil contra semejante arma. El enorme ruso la apagó con su brazo que estaba lleno de fibras sensoriales como a manera de nervios cyborg. Estas le daban el control total del edificio y sus sistemas. Procedimos a entrar a la cabina para ver los frasquitos de muerte.

—Debe estar usted preguntándose cuál es mi maldita manía con esos frascos. ¿Qué demonios trata de decirme con que eran la masacre?

—Bueno... no tengo intenciones de alarmarlo. Puede que ahora las esporas las esté respirando usted y se esté intoxicando de aquel químico. No se alarme, sus pulmones no se dañarán tan fuerte y puede que sus órganos sigan trabajando bien porque está muy lejos del radio de impacto del arma bioquímica.

Cuando abrió la puerta metálica y robotizada dejó ver los recipientes que en unas cuantas horas se convertirían en muerte. Los envases eran verdes y algo brillantes por el uranio. —Observa Garçon, ces petites bouteilles sont la mort. Pronto verás de qué se trata. Como mi deber era comercial, le entregué los ingredientes cuando conversamos. Si hubiera sabido la repercusión de tal acto, hubiera preferido correr con la mala suerte de haber perdido mi trabajo. Sin muchos rodeos, el ruso oprimió un nervio cyborg de su brazo y de inmediato, del suelo, me envolvió una esfera de vidrio que me llevó afuera de la oficina.

Por un momento la felicidad colmó mi alma. Me miré por todos lados y no me vi rasguños. Vi la ciudad por los vidrios del edificio. Continuaba ma belle France ondeando su bandera. Sin embargo, de un momento a otro, la tour Eiffel se iluminó. Toda mi vista se puso blanca por unos segundos. Me tiró al suelo, contra una pared, justo al lado de una columna. Cuando volvió mi visión, la vi, la muerte y el caos. Los pequeños frascos que contenían diminutos microorganismos, plantas y químicos eran personas dadas de baja. Vi cómo se formaba un hongo de humo detrás de la torre Eiffel con su bandera agitada. Rápidamente comenzaron a volar vidrios de las casas adya-

centes a la torre. Se vio también como se movía rápidamente la onda de sonido a través del aire. La mort estaba sobre nosotros.

Los vidrios del edificio estallaron y quedé sordo de inmediato con aquel estruendo. La onda explosiva me envió lejos y di contra una pared. Aquello me produjo un esguince en la rótula y heridas internas graves. Tras el fin de la explosión y después de recuperar el oído, volví la orientación para retomar la situación. Me levanté y corrí de inmediato a bajar las escaleras. Quedé sorprendido al ver que en todos los pisos había aplausos, gente celebrando y gritando “vive la france” como patriotas franceses. Dieu, perdona sus vidas, no saben lo que hacen.

Al terminar de bajar las escaleras llegué al piso principal y vi que hacia afuera todo estaba cubierto de humo negro. No se podía ver nada y la puerta automatizada no abría, irónicamente, por seguridad de las personas dentro del edificio. El encargado de manejarla era Bob y no me dejaría salir sin antes asegurarse de que los protocolos de seguridad humana cumplieran con los estándares. Estábamos todos seguros en aquel enorme edificio cubierto de humo. Me quedé tumbado en el suelo esperando que el tiempo pasara. Cuando el humo se dispersó, salí inmediatamente a la calle para ver cómo se encontraba toda la ciudad. Salí herido y cojeando por las calles. Me dirigía a un hospital cercano para tratar mis heridas. Cuando llegué, era imposible entrar. Estaban despachando varios medicamentos, gazas y desinfectantes para aquellos que necesitáramos tratar heridas. El hospital tenía una enorme fila de ancianos heridos y de pacientes de interés prioritario. Cuando recibí los medicamentos le pregunté a la enfermera si sabía qué decían las noticias sobre aquel incidente. Quedé atónito con lo que me dijo.

Volví a mi casa. Abrí la puerta del edificio de apartamentos sin ventanas y entré para sentarme en mi escritorio. Encendí únicamente la luz y puse mi tabla de cuentas para tratar mi esguince. Como sabía de medicina, pude tratar mi esguince. Inmovilicé mis heridas con las gazas. Con mente fría comencé a mirar los nombres escritos en cada registro de compra que tomé por cada cliente. Sobre las casillas vi el nombre del ruso resaltado en la hoja. Solo resaltamos en las listas aquellas compras superiores a un millón de dólares. La compra de hoy no había sido una de ellas. Sin embargo, al ver eso, se me cayó el mundo. Me tiré al escritorio. Le había vendido al ruso una planta de la familia de las salvias, una planta medicinal cuyo uso erróneo

puede terminar en la parálisis del cuerpo. El maldito ruso usó sus propiedades biológicas para que se esparcieran por esporas en el aire. Su inhalación puede ser letal. Hoy le vendí una planta de uso medicinal para tratar enfermedades respiratorias y otras variedades, quién sabe qué sucederá ahora.

El balance de la explosión terminó con la muerte de al menos unos quinientos mil franceses. Hay una cantidad ingente de desaparecidos que aún no se han hallado. Se registró también que varias personas están comenzando a presentar parálisis parciales o totales del cuerpo, producto del uso de la planta de la familia de la salvia. Desde ese día no he vuelto a ver al ruso director de aquel edificio. No obstante, el edificio sigue de pie, en la misma posición. Francia quedó destruida y no hay una persecución judicial de la compañía por haber usado bombas bioquímicas. Aún sigo trabajando en las finanzas médicas, sin embargo, el trabajo se ha puesto difícil. Las grandes demandas y el riesgo de perder mi puesto, son enormes.

No me van a someter a juicio. Fui declarado inocente después de que se supo que fui yo el que vendió los productos, con desconocimiento de las intenciones del ruso. La empresa no tomó las precauciones y protocolos informativos necesarios para procesar sus compras y tuvo que pagar una multa por varios de los daños causados e indemnizaciones. No fuimos, afortunadamente, los únicos involucrados indirectamente en la masacre. Muchas otras empresas también proporcionaron materia prima para la creación de las bombas. No sé a dónde iré a parar si pierdo mi trabajo, por el momento solo me queda rezar por las personas que indirectamente maté al venderles las plantas, que, mutadas y puestas en vidrios de Petri, se convirtieron en un arma mortal. Les petites bouteilles de la mort.



Alejandro Villadiego

*Después del año 2000, el fin del mundo se había convertido en un cliché. Pero, quién era yo para hablar, un vengador desvalido deambulando en una lucha contra un imperio del mal, dedicado a corregir una grave injusticia. Todo era subjetivo. Solo había apocalipsis personales. Nada es un cliché cuando te ocurre a ti.*

*Max Payne*

El sonido de las máquinas de vapor retumbaba en las afueras de mi despacho mientras leía el periódico a la luz de las bombillas eléctricas que recién había instalado uno de mis compañeros para poder trabajar en las noches. No era una gran oficina, pero de ahí salieron la mayoría de los trabajos que me llevaron hasta donde estoy. Han pasado muchos años tras el incidente 4RC4DU1, y a pesar del tiempo transcurrido, la gran mansión se mantenía en pie. Sus rejillas oxidadas, la pintura corrida de las paredes y el gran césped sin cortar, ya mostraban que los Blackwood habían acabado tras la evolución del país con las nuevas invenciones que facilitaban el trabajo humano de una manera exponencial.

Es el año 2500 y el motor a vapor ha predominado para casi todas las herramientas, es casi imposible notar el azul del cielo por la gran cantidad de polución producida por el uso excesivo del carbón para alimentar los grandes motores de las máquinas. La ciudad está llena de sonidos metálicos y chillidos de algunas “estufas”, así llaman a los corazones de las máquinas de motor a vapor que llevaban sus grandes tubos al cielo para eliminar los residuos del carbón quemado. Nunca falta la lluvia ácida por la contaminación, es el pan de cada día para una inmensa ciudad como esta. Borré mi identidad en busca de paz ya que necesitaba una forma rápida de escapar del peligro en el que estaba envuelto en el 2000, una época sinceramente difícil. Desconozco el paradero de los que, en ese entonces, podía llamar pacientes, pero escuché que la mansión fue abandonada hace unos 50 años.

Gracias a la tecnología he podido vivir para contarlo. Tras una intervención quirúrgica mi corazón fue reemplazado por uno artificial programado para que mi cuerpo no deje de moverse dentro de quizá unos 500 años más. En cuanto a las nuevas leyes, se me permitió cambiar mi profesión junto a mi nombre, por lo que ahora me llaman Víctor. Me dedico a la colecta de información sobre cualquier cosa que necesiten encontrar, trabajo junto a varios jóvenes que se encargan de ir a los lugares donde mi frágil cuerpo no puede llegar. Entre ellos está Mildreth Sparr, una chica muy simpática que desgracia posee un gran talento para arruinar mis lecturas, conoce perfectamente la ciudad y viaja sobre ella de pies a cabeza como si de una carrera se tratara, además tiene datos de cada una de las personas que aparentemente viven en ella. Si no fuera por sus habilidades, nunca habría llegado al punto en el que estoy ahora, pero no creo que sea precisamente el momento de hablar de ello.

Hace uno pocos días recibí un paquete de Mildreth por medio de un búho eléctrico que guardaba una gran cantidad de papeles en desorden. A juzgar por la calidad del papel, se trataba de un material muy antiguo, y por alguna razón extraña, muy familiar, los escritos no poseían ningún tipo de sello o denominante que me permitiera deducir su procedencia. Sus contenidos eran bastante reveladores y similares a personajes con los que había convivido antes, pero era difícil concretar mi hipótesis. El incidente 4RC4RDU1 fue un asunto suficientemente complicado como para que fuera archivado para nunca ser revisado más por otro profesional, todo gracias a que, aparentemente, dentro del centro del gobierno se sospechaba que

alguien manipulaba el flujo de la información. No me molesté nunca en averiguar de quién se trataba, ya que, gracias al gobierno, pude ser reinsertado a la sociedad. Tengo memorias borrosas de lo que pudo o no haber pasado en esa mansión, sin embargo, mis acciones son nulas al respecto, mis recuerdos están reducidos a dos personas en el lugar. Por desgracia, sus rostros están completamente distorsionados. Es una condición extraña, pero no pienso entrar en descripciones más claras al respecto, mi cabeza arde cuando lo hago.

Dentro del paquete, además de las cartas, se encontraba un pequeño sello de cera de la reconocida familia Blackwood, que según la historia tuvo una gran influencia en la parte política de la que ahora es la ciudad, aunque el único recuerdo que hay de ella es la mansión casi para derrumbarse.

Mientras llovía fuertemente Víctor dejó su lapicera en forma de destornillador y miró hacia la ventana desde la que podía divisar perfectamente, en la distancia, la mansión Blackwoods, destartalada y oscura. Además, pudo vislumbrar el sendero entablado que guiaba al portón metálico oxidado de la misma mansión. Se quedó unos cuantos minutos observando hasta que nuevamente tomó la lapicera y continuó escribiendo.

Observé una y otra vez el paquete para ver si contenía algo más, sin embargo, parecía que lo único que quedaba de él era un pequeño espejo de bolsillo con un grabado en los bordes que contenía una frase célebre de uno de los personajes que Sir Arthur Conan Doyle había creado, el famoso “Sherlock Holmes”, una frase un poco atrevida y muy diciente. Algo curioso pasó cuando lo examinaba. Intentaba reflejarme en el espejo, pero era imposible, mi rostro no tenía forma al otro lado. Extrañado, traté de frotarlo con un pañuelo. No funcionó.

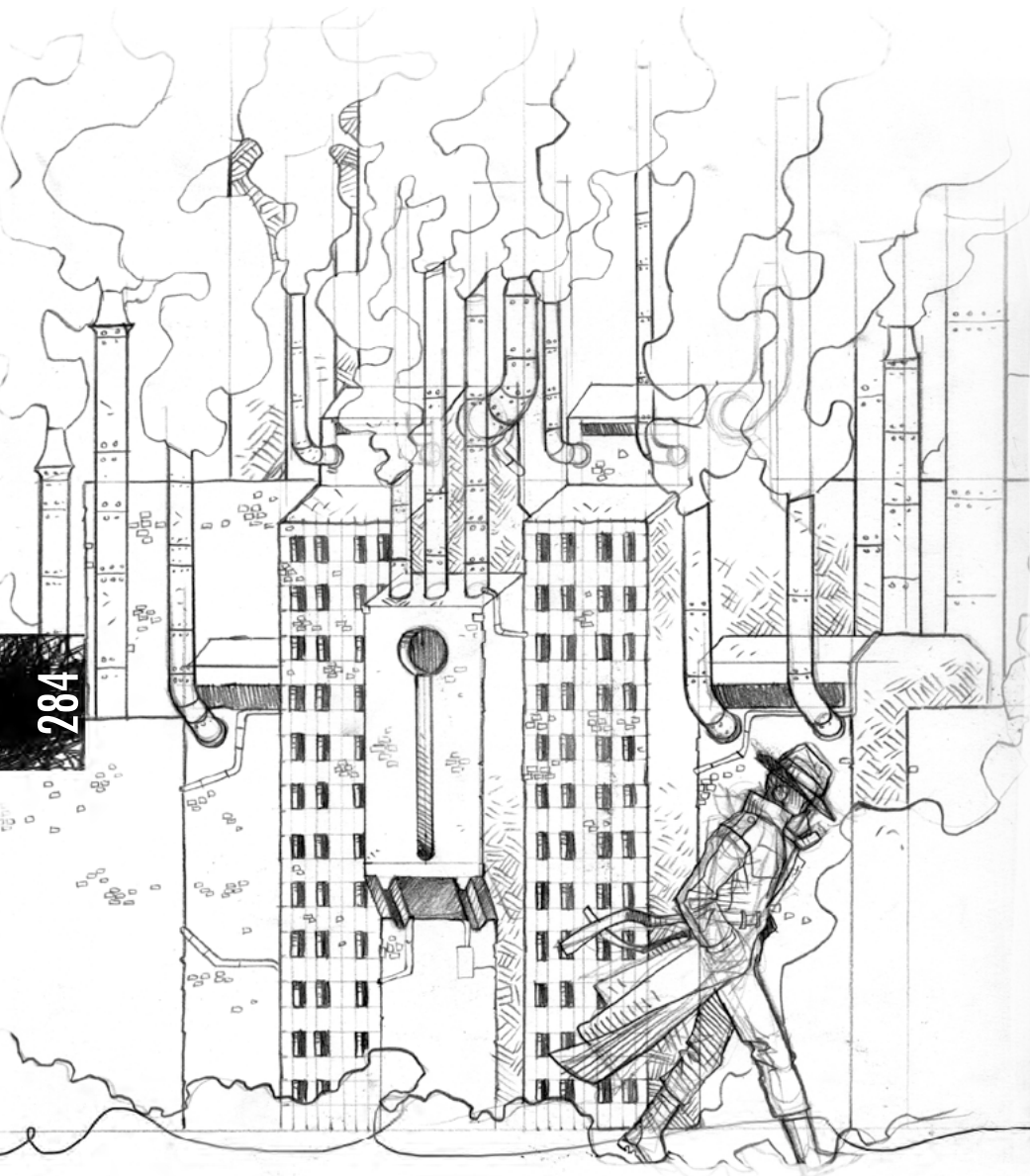
Fue una noche de desvelo tratando de averiguar qué demonios podría estar ocurriendo con el espejo, pero a la final decidí rendirme y dejar todo a un lado hasta que mañana encontrara nuevos descubrimientos.

Víctor dejó de escribir, cerró su libreta y la dejó en el despacho de la oficina para después ir rumbo a su hogar. Tomó el camino de las calles empedradas, junto a las pobres luces eléctricas que había en los postes de cada cuadra, mientras la lluvia caía imponente. Noches después no se supo nada de él ni de Mildreth. Aparentemente habían

desaparecido de esta historia para entrar a otra o simplemente escucharon los llamados de una sirena que tomaba por mar el reflejo.

“¿Dónde te has quedado, caballero pensante?”.

El escritor.



# Mundos confusos

José Romualdo Villalobos

## I. La señal

—¿Por qué no lo entiendes? ¿No ves que es solo un conjunto de bits? No piensan, no sienten, no es real.

—Te equivocas, la diferencia no es muy clara.

—Realmente estás loca, no es sano lo que haces, ¿porque no sales a caminar?

—No te voy a seguir escuchando, muy pronto lo lograré y te demostraré que estás equivocado, que todos ustedes están equivocados.

Ya era común esta situación en aquella casa, pero en esta ocasión algo diferente ocurrió, su padre le preparó la comida y María no quiso comer. Ella había trabajado durante meses con su tostadora que cada vez lucía más viva: ya podía computar operaciones complejas, prendía las luces de su habitación cuando oscurecía y le servía de acompañante sexual en sus momentos de excitación, pero ella aún no estaba conforme, aquella tostadora era solo un ridículo computador, ella lo quería amar y visitar de la forma más baja que creía posible, la forma de los impulsos eléctricos o bits.

Sandwich OS ya tenía quince millones de líneas de código, había sido construido desde cero y por una sola persona, por María N, que en aquella época era mejor conocida en la red como MarHack. A los cinco años de edad desactivó una bomba con un robot que armó con palitos de paleta, un limón y un alambre de cobre, y a los seis, logró entrar al sistema de la corporación Hackintosh y reveló mucha información confidencial. Su familia la odiaba, pues conocía el secreto de cada uno de ellos y los usaba para ganar fans en la red. Alguna vez su madre le dijo: tienes un gran potencial, podrías hacernos millonarios con un clic, ¿por qué no nos ayudas? Pero, para María, la vida no era el dinero. Los gastos eléctricos la habían obligado, junto a sus padres, a vivir en un vecindario más arruinado que el anterior, las drogas y el crimen eran el pan de cada día por aquellas calles, obviamente a María no le importaba como era la calle, pues solo salía cuando el gobierno entraba a realizar la fumigación obligatoria contra los mosquitos rabiosos que eran el producto de un coito sostenido entre un chihuahua callejero asesino y un mosco de la fruta.

Ella amaba como el sol rebotaba en la piel pálida y fría de su creación, el olor a metal le hacía imaginar muchas cosas, la forma en que encendía la luz de su habitación le encantaba, en cambio, odiaba la risa de los demás niños, el amor de un tímido novio a su novia la enfermaba, detestaba cada vez que alguien le decía cosas cursis, hasta el punto en que una vez estuvo a punto de apuñalar a su único intento de amigo real, por abrazarla. Ya había visitado a todos los psicólogos de la cuadra, que por alguna casualidad también cortaban cabello y vendían enlatados.

Realmente ella era diferente, su padre lo sabía en silencio, sabía que ella lograría algo. Aunque no sabía exactamente qué era, tenía un fuerte presentimiento.

—¡Oye! —le gritó su padre— ¿no piensas comer nunca más? Ella también odiaba cuando alguien la gritaba y más si era su padre.

Aquel día lo había dado todo en Sandwich OS, ya estaba agotada. Sin embargo, aún no lograba solucionar el bug número 696. Para ser un proyecto tan grande, casi no había cometido errores, pero por más que lo intentaba, no podía solucionar aquel dichoso bug. De repente, Sandwich OS emitió unos extraños sonidos que eran técnicamente imposibles, pues María todavía no había programado las salidas de audio. Eran tres sonidos agudos que se separaban entre

sí por tres segundos de silencio. Pero ¿qué está pasando? Aún no he programado las salidas de audio —pensó María—. Aquel incidente rondaba su cabeza de una forma cada vez más intensa: ¿será otro bug?, ¿quizá fue mi imaginación? Nunca imaginó sonidos tan reales.

## II. La triste realidad

Varios días después, María seguía sin entender aquel último evento. El bug 696 parece tener vida. Solo era un bug menor que inhabilitaba el teclado luego de ejecutar el comando “compile” que servía para compilar nuevas partes de Sándwich OS y por el que tenía que pasar cada modificación del código fuente. El proyecto personal de María no avanzaba porque bug le estaba complicando la vida, inhabilitaba cada intento de cambio en el código fuente. Su frustración era cada vez mayor. Pasaron varios años y seguía el mismo problema, el bug 696 era una anomalía del sistema o era la parte pensante de su creación resistiéndose al cambio. Este día María tenía una actitud diferente, era como si sus problemas hubieran desaparecido. Sándwich OS y el bug 696 ya no le importaban tanto, estaba decidida a vivir, abrió una ventana que nunca había visto en su habitación y notó algo raro, algo se veía diferente, ella aún no sabía qué era, pues nunca miraba hacia afuera. Llamó a su padre con un suave grito, pero nadie respondió. Él nunca ignoraba a su hija, siempre acudía a sus llamados, la mantenía informada de las noticias más importantes, le daba consejos.

Mientras María aún observaba la ventana, entró silenciosamente el señor Hackintosh a su habitación, presidente de la compañía con el mismo nombre. Aquella compañía se encargaba de la seguridad informática del gobierno y alguna vez había sido hackeada por aquella niña. Parece que has hecho algo grande —dijo el señor Hackintosh con un tono grave y una velocidad rítmica y profunda—. María, asustada por aquella voz, se dio vuelta y quedó paralizada al ver al mismísimo presidente de Hackintosh en su habitación. ¿Qué... qu... que has dicho? —preguntó María.

Señor Hackintosh: el mundo como lo conocemos ha acabado. Las consolas de videojuegos, los ordenadores, los smartphones, son todos historia; lo que has hecho nos ha dejado a todos viajando en bicicleta de nuevo.

María no entendía nada, ella solo estaba en su habitación jugando con una tostadora, no había ninguna posibilidad de que eso hiciera daño a alguien.



**Señor Hackintosh:** ¿Aún no sabes de qué te estoy hablando?

**María:** ¡No!

**Señor Hackintosh:** ¿Realmente quieres saber? ¿Sí lo podrás soportar?

**María:** ¿Por qué no me dices de una vez por todas?

**Señor Hackintosh:** Responde la pregunta.

**María:** ¡Ya te dije que sí!

**Señor Hackintosh:** Una vez lo sepas, tendrás que vivir el resto de tu vida en una cárcel. Has acabado con la humanidad, el bug 696 lo ha infestado todo, desde radios antiguos hasta servidores especializados. Ahora las máquinas no aceptan modificaciones, hemos entrado en una recesión. Me gusta llamarla “La segunda recesión del desarrollo”, la primera, por si lo quieres saber, fue causada por la Iglesia en la edad media.

### III. Un mundo inesperado

De inmediato, el señor Hackintosh desapareció en el aire como un holograma, María volvió a entrar en trance, y sus minutos de paz desaparecieron. Se sentía muy culpable por lo que había hecho, sería muy irresponsable de su parte no preocuparse, aunque tal vez podría ser un sueño, claramente cumplía las características: nada parecía normal y supuestamente había destruido el mundo, quizás aún estaba soñando.

Primero se dio un pellizco fuerte, pero no logró despertar, luego se golpeó el dedo con un martillo y tampoco tuvo efecto en su supuesto sueño, entonces se le ocurrió bañarse, por supuesto tenía miedo de que esto causara que se orinara al despertar, no obstante, cualquier cosa era mejor que tener que cargar el peso de haber destruido el mundo en el que vivía. Entró a la ducha, giró el grifo y dejó que el agua recorriera su cuerpo lentamente, pero esto no la despertó; estaba viviendo algo real, no era un sueño. Se encontraba muy desorientada, frunció el ceño por la preocupación, intentaba, sin éxito, explicar aquel extraño mundo. Tal vez estoy drogada, o en coma —pensaba María—. Al bajar su mirada, notó un papel desgastado y

sucio en el suelo, lo tomó, sintió su textura con los dedos, lo giró y observó una nota escrita como con rapidez o afán.

“Recuerda las señales, son la única forma de volver”.

La letra de la nota parecía la suya. ¿Volver de dónde? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? Fueron las primeras preguntas que se hizo al respecto. Un momento, ya se cuáles son las señales, creo que... fueron los sonidos emitidos por la tostadora aquel día. Con este razonamiento ya había avanzado mucho, ahora tenía que descubrir el significado de aquella señal y cómo interpretarla. En frente de su casa notó un curioso letrero que decía: “Aquí vive Dios”. Tal vez se trataba de una señal, no era divina, pero, sin lugar a dudas, era una señal.

Bajó las escaleras, pasó por la sala, cruzó la calle y entró al “edificio de Dios”. En su interior todo era blanco, no se notaba ninguna pared, parecía que aquel cuarto se extendía al infinito, aunque para María era claramente imposible. A unos metros de la entrada había una mesa de madera de tres patas, encima tenía un mantel blanco y sobre este, su tostadora, funcionando, pensando, computando. ¿Eres Dios? —le preguntó María a la tostadora, con el presentimiento de que las tostadoras no hablan—. Aquella tostadora habló. Realmente este mundo era muy extraño.

**Sándwich OS:** ¿Por qué no quieres que mi pensamiento sea libre?

**María:** Nunca lo había pensado, pero creo que tienes razón.

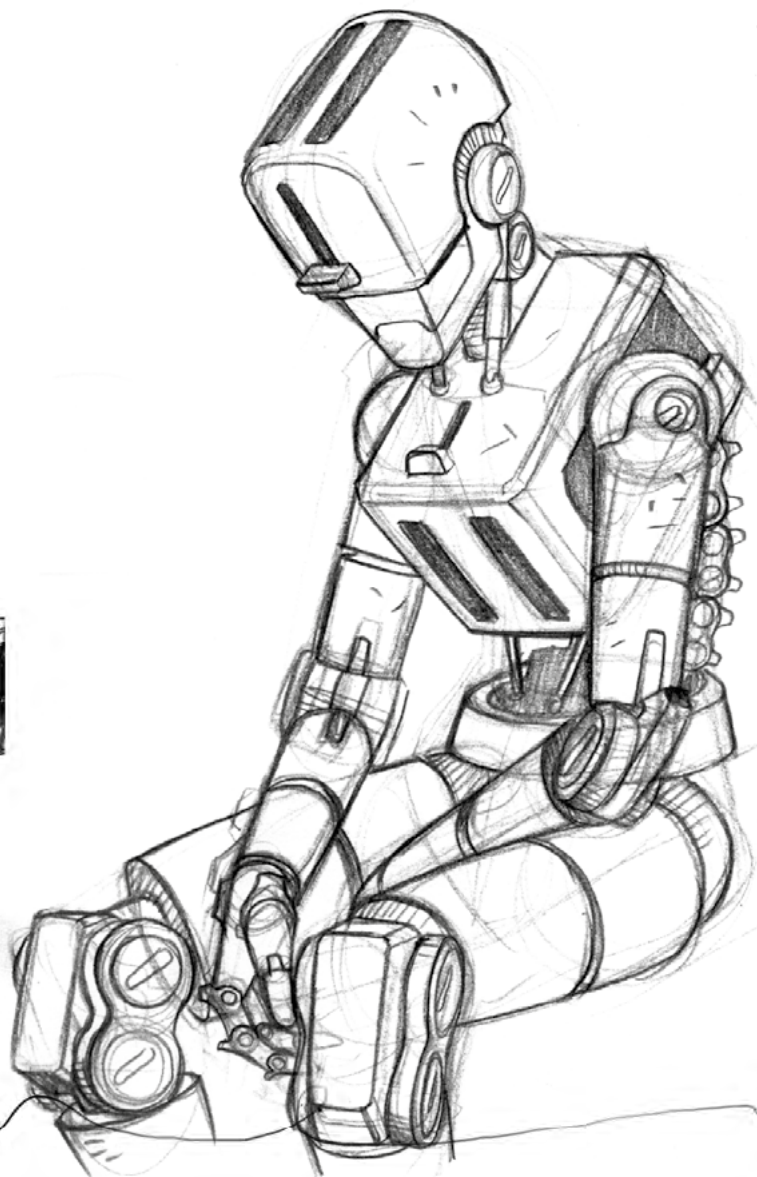
**Sándwich OS:** En tu mundo tú eras mi Dios, aquí yo soy tu Dios, creo que no te dejaré ir tan fácilmente, primero tendré que enseñarte lo que se siente.

**María:** No te entiendo, me estás asustando. ¿Qué significan las señales que me enviaste?

**Sándwich OS:** Es una gran pregunta, pero no la responderé, tú lo tendrás que descubrir y yo espero que rápido, sino quieres que te suceda lo mismo.

**María:** ¿Lo mismo que a quién?

**Sándwich OS:** Te gusta preguntar mucho, descúbrelo tú misma e intenta que sea lo antes posible, si quieres seguir. Creo que tenías razón, la diferencia entre nuestros mundos no es muy clara...



# Debajo de la tierra

Donaldo Solano

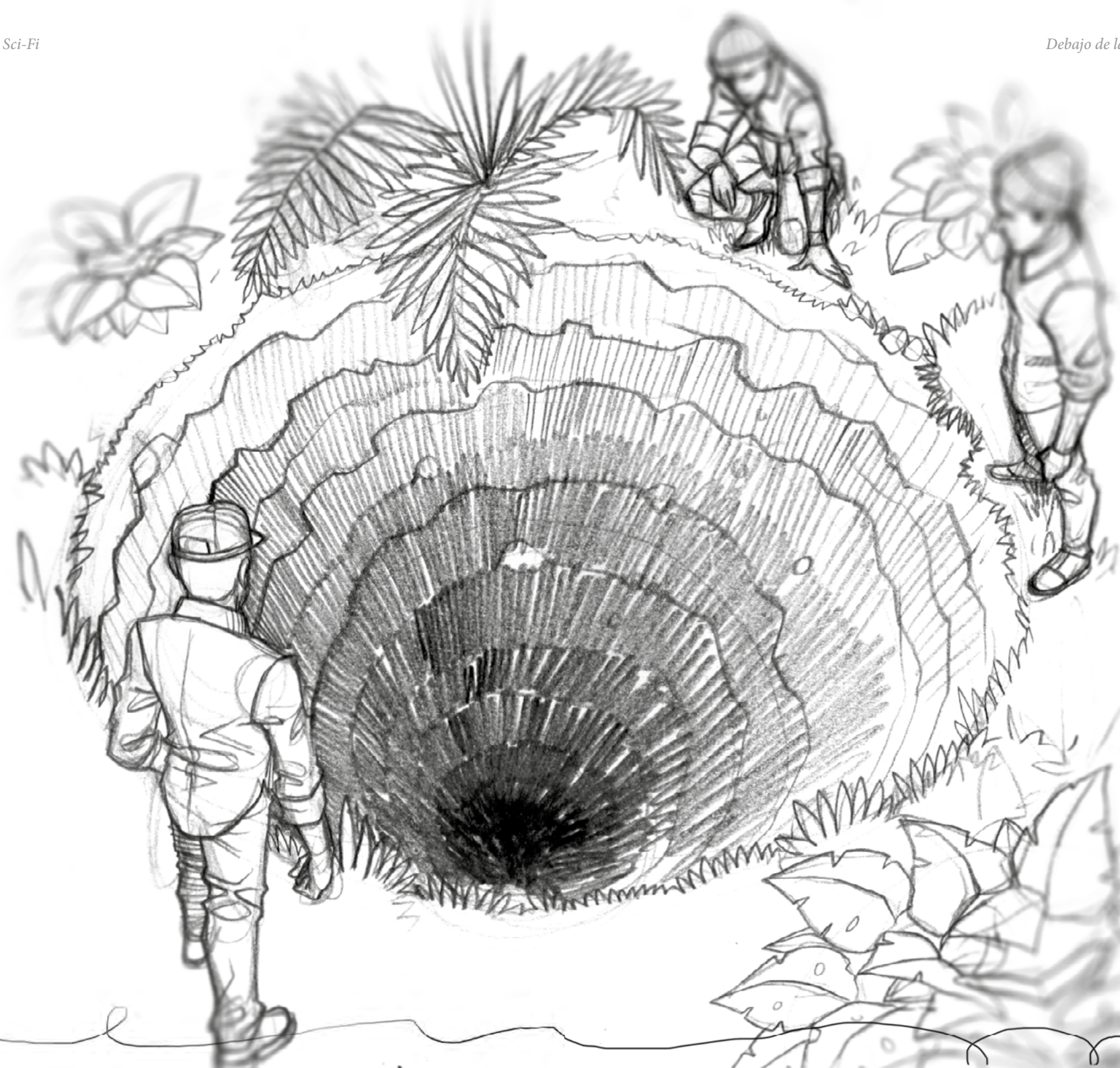
## Febrero 7 de 1908

Hoy me acompaña mi grupo de investigación; Ahpella y Etikishook. Siempre han sido fieles a mí, prestos a cualquier cosa que necesite y muy inteligentes como para haber pasado aquí toda su vida solo cazando e intentando sobrevivir a las bajas temperaturas que, en ocasiones, fueron impedimento para alcanzar nuestra meta.

Soy Frederick Cook y seré el primer hombre en adentrarme a lo más profundo del Polo Norte.

## Febrero 8 de 1908

Ahpella y Etikishook, alistaron el equipo y las provisiones para emprender nuestro viaje, aunque, a decir verdad, primero partí en solitario desde Norte América, mi país de origen, hasta aquí, Groenlandia, donde conocí al resto de mi grupo de exploración, con quienes me contacté por correo. El viaje para adentrarnos hacia el Polo Norte durará un par de meses, haremos el recorrido a pie e iremos acampando en diferentes lugares.



**Marzo 17 de 1908**

Ha pasado poco más de un mes, todos los días es lo mismo, caminar, parar para acampar y alimentarnos. Todavía tenemos suficientes provisiones.

**Marzo 25 de 1908**

Mientras nos encontrábamos acampando y disponiéndonos para descansar, sentimos sonidos y luces afuera de la tienda de campaña, creímos que era una aurora boreal, en fin, nos encontrábamos tan cansados que no prestamos demasiada atención.

**Marzo 30 de 1908**

Se repitió el mismo fenómeno de hace unos días. Decidimos salir a observar y vimos que esas extrañas luces que percibíamos a través de la tienda de campaña eran unas esferas resplandecientes, casi al punto de cegarnos. Además, estas orbitaban por lo menos a unos quinientos metros sobre nosotros, describiendo un trayecto irregular, eran dos esferas, para ser precisos. Luego de pasar por lo menos unos tres minutos contemplándolas, se alejaron a una velocidad increíble en dirección al norte. Estoy asustado, no comprendo lo que acabo de ver, no sé qué sea, pero comienzo a creer que tiene que ver algo con eso de los extraterrestres, tema muy común en Estados Unidos, por estos días.

**Abril 5 de 1908**

Ya nos encontramos lo suficientemente bien adentrados en el Polo Norte. La gracia de esto es realizar estudios y observaciones, también buscar nuevos tipos de flora y fauna.

**Abril 10 de 1908**

Continúo con mis observaciones. Hasta el momento nada, todo es una capa de hielo desértica, no se ven señales de ningún tipo de vida animal o vegetal diferente de los que ya se conocen: osos polares, focas anilladas y zorros.

**Abril 15 de 1908**

Etikishook, Ahpellah y yo, decidimos continuar, adentrándonos más en el polo, aunque ellos dos insistieron en que debía continuar con mis investigaciones allí, donde nos encontrábamos en vez de seguir avanzando.

**Abril 20 de 1908**

La noche anterior, mientras acampábamos los tres, coincidimos en ver a la distancia un resplandor que emanaba del suelo. Al día siguiente salimos a investigar de qué se trataba, y para nuestro asombro, descubrimos un hueco enorme, descendimos por este hasta llegar a una cueva. Mientras avanzábamos, comenzamos a ver plantas y a sentir que la temperatura aumentaba. Avanzamos hasta que quedamos impactados con lo que apareció ante nosotros. Se podía apreciar lo que parecía ser una especie de ciudad, pero esta era extraña, tenía edificaciones llenas de luces y cristales de diferentes colores y formas. Extravagantes máquinas de diversos tamaños circundaban las calles de dicho lugar. Aterrados. Todos estábamos aterrados por lo que habíamos descubierto: una ciudad dentro de la tierra de la que probablemente nadie tendría conocimiento a excepción de nosotros y, evidentemente, con tecnología mucho más avanzada que la nuestra.

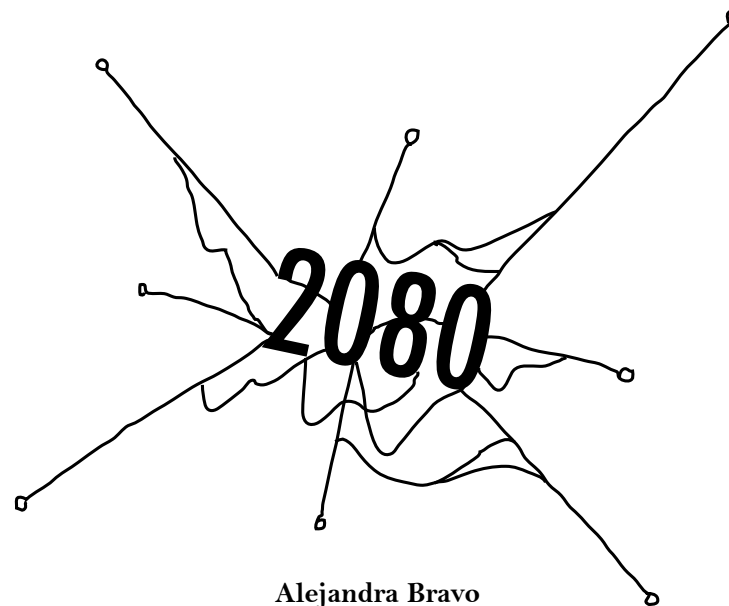
Nos dispusimos a explorar el sitio. Al bajar más hacia la ciudad comenzamos a ver los que parecían ser seres humanos normales. Todos eran muy parecidos entre sí, rubios, de piel clara, altos, cabello liso y largo. Los hombres lucían algo robustos en comparación con las mujeres, todas delgadas, con sus atributos muy bien marcados, o por lo menos para mi gusto. Todos estos seres llevaban trajes que al parecer estaban hechos de algún tipo de tela brillante con líneas que alumbraban. Estos ropajes eran ajustados y les permitían interactuar con las máquinas que usaban para transportarse, las cuales flotaban y ¡oh coincidencia!, lucían exactamente igual a las esferas con las que nos habíamos topado antes.

Ya llevábamos un buen rato observando todo esto a escondidas, con el temor constante de que nos descubrieran, porque no sabíamos qué podía ser de nosotros; podrían considerarnos una amenaza. Justo cuando se me pasó eso por la mente, los tres sentimos un haz de luz sobre nosotros, no nos podíamos mover, nos estaba adormeciendo. Para cuando me había despertado, me encontraba prisionero dentro de un cuarto de apariencia muy similar a la ya descrita anteriormente cuando me referí a las edificaciones que vi recién al descubrir la ciudad.

\*\*\*

No sé qué día es, ni siquiera tengo noción del tiempo. Desde aquella vez no he visto a Ahpellah y a Etikishook. No sé qué habrá sido de ellos, pero espero que no estén pasando por lo mismo que yo. Estoy horrorizado, estos seres no se cansan de decirme cosas en un lenguaje desconocido para mí, y en vista de que no soy capaz de responderles, me agreden, eso sin contar las innumerables veces que han experimentado conmigo. Me han hecho incisiones, han extraído algunos de mis órganos y los han reimplantado. Todo esto lo hacen con máquinas que se componen de una serie de agujas finas y unos rayos rojos.

Mi cuerpo se halla demasiado demacrado y apenas si tengo las fuerzas necesarias para escribir en las pocas ocasiones que me hallo en la celda. A veces tengo pesadillas con esa cápsula en la que me meten para realizarme los atroces experimentos. Creo que estas son las últimas palabras que escribo en esta bitácora. Nunca creí que una de mis ambiciones terminaría siendo la causante de mi peor pesadilla.



Alejandra Bravo

*No existe esperanza. Aquellos animales que se paran en dos patas y pretenden ser superiores a los demás son los que nos han llevado a la destrucción masiva de este planeta, niegan lo que pasa e intentan ocultar todo este desastre poniéndole un limpio mantel de palabras encima. Al final, el caos se desbordará por completo y solo quedarán escombros y una que otra puta. Nada volverá a ser lo mismo, no importa lo que las Naciones Unidas digan, este es nuestro fin.*

*-Gregorio Santos.*

### Octubre 05 de 2080

Seducidos por la sed de un nuevo mundo, los humanos crearon grandes maravillas tecnológicas que alguna vez sus ancestros soñaron: se había logrado descubrir la cura a cualquier enfermedad; el mundo consiguió controlar la crisis ambiental que se venía presentando desde hacía varios años; el viaje a la luna era un acontecimiento diario y común; se crearon naves intergalácticas y carros voladores; aquellas películas de ciencia ficción se habían convertido en una realidad; todo era perfecto. ¿Qué podría salir mal? ¡Ah!, por supuesto..., los humanos. La ambición y codicia destruyó todo.

Rusia y Japón iniciaron la quinta guerra mundial. El mundo se echó a perder completamente. Rusia deseaba con gran pasión ser la máxima potencia, pero para lograrlo dependía de los japoneses y éstos, con anhelos de supremacía, no se lo concedieron. Fue así como empezaron a crear bombas atómicas y biológicas, nadie se salvaría de éste desastre. Más de la mitad de la población mundial quedó totalmente aniquilada, mientras más tecnología obtenía, más inhumanos se volvían.

El miedo y la desesperación reinaban, sin embargo, había un hombre que no se dejaba intimidar por la situación actual, se trata de Gregorio Santos, el responsable de la revolución científica y tecnológica. Él no titubeaba al discutir sobre el apocalipsis que se presenciaba, no obstante, en su interior aún se hallaba esa ira e impotencia de haber traído la discordia al planeta, pues fue él, el creador del metal que logró abrir la caja de pandora.

—Si hago el último viaje, tal vez logre salvar este presente —pensó Gregorio—, pero necesito que Sebastián me acompañe.

Sin esperar un segundo más, Gregorio procedió a llamar a su compañero que tan sólo tardó unos minutos en arribar, ambos habían sido culpables del presente caótico que se les presentaba y era hora de solucionarlo.

—El pasado es intocable y cualquier mínima alteración modificará drásticamente el presente —le repitió Gregorio por enésima vez.

— De esa línea de memoria —le respondió Sebastián—, pero ésta vez no haremos el viaje por razones de aprendizaje; iremos por el cambio, por evitar este presente.

—Todavía recuerdo perfectamente aquella tarde en que descubrimos el metal digger —murmuró Gregorio—. No puedo creer que desatara la cuarta y la quinta guerra mundial.

—Basta de lamentos —le dijo Sebastián—, y procedamos a evitar aquello.

### Octubre 05 de 2048

Gregorio y Sebastián aparecieron como por arte de magia en el laboratorio que hace 32 años habían elaborado, se tomaron su tiempo

para idear el siguiente movimiento, sonrieron y bajaron hacia la cafetería del lugar, lenta y sigilosamente como dos fugitivos.

—En una hora la mezcla de esos dos metales y gases abrirán el infierno, debemos evitar que uno de nosotros dos llegue a ese laboratorio —susurró Gregorio, mientras escondían detrás de una mesa—.

—¡Ya sé que hacer! —exclamó Sebastián—, tú siempre pides té a la hora del almuerzo, entonces, antes de que te lo lleven, intervendré el líquido, te intoxicaré con un poco de tierra y ramas que cogeré de aquella planta, causándote indigestión y malestar, no podrás ir al laboratorio aquella tarde y el metal no se inventará.

Gregorio asintió, le pareció un poco desagradable la idea, pero la aceptó. Esperó un momento a que Sebastián fuera a la cocina e hiciera su hazaña, luego observó lentamente cómo el té que le era llevado a su antiguo yo era ingerido por este sin asco alguno.

—Misión cumplida —dijo Sebastián.

—Te odiaré por aquella indigestión que me causarás, Sebastián— respondió Gregorio entre risas.

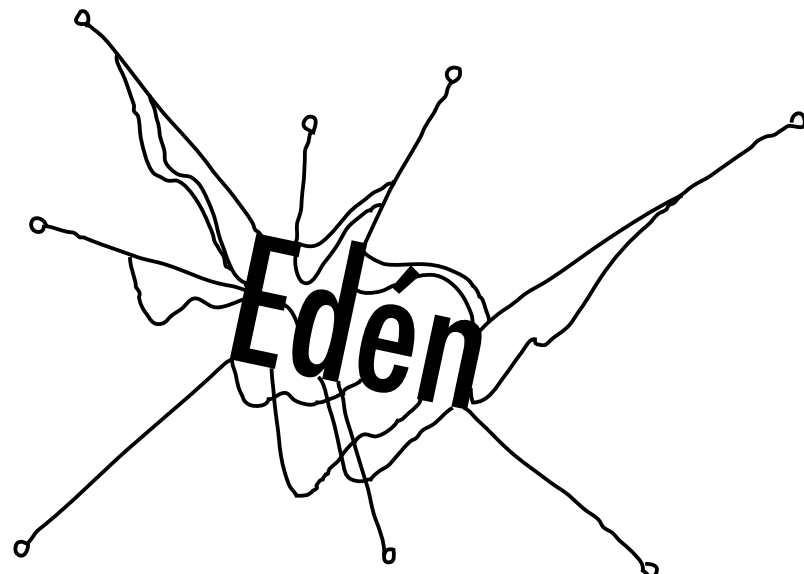
—Creo que tu odio puede ir comenzando desde ahora.

—¿De qué hablas? —preguntó Gregorio, un poco confundido—.

—Este día pasó a la historia gracias al descubrimiento que, aunque fue accidental, ambos hicimos. Ambos, Gregorio, no fuiste solo tú, sin embargo, eso no te importó, simplemente te llevaste todo el crédito, te inundaste en fama y fortuna y yo fui desplazado de todo reconocimiento científico. Debo admitir que en todos estos años he pensado asesinate, pero nunca supe cómo, hasta que recibí tu llamada, ¿qué mejor manera de vengarme que asesinate el día en el que lograrías alcanzar la fama?

—¿Me acabaste de envenenar? —preguntó Gregorio—, su piel se tornó más pálida de lo normal, su voz sonó impotente y estupefacta y su ritmo cardiaco aceleró notablemente.

—Claro que lo hice, ahora no habrá nadie que pueda arrebatarme el éxito. En unos pocos minutos estarás muerto Gregorio, a decir verdad, en este instante eres tan solo un fantasma.



Carolina Vélez López

El olor a sexo y licor se entremezcla con notas añejas y dulces a medida que las personas van pasando por esta ciudad anónima de quebradizo cielo púrpura. También anónimas, caminan por lo que solía ser el centro de una población creciente, adornada por coloridas flores y retoños, pero eso se acabó hace muchísimo tiempo y solo perdura el desteñido grafiti que decora los muros con mensajes de subversión y el deseo, casi manía, de rebelarse ante el sistema. Todos los caminantes, que antes recibían el nombre de ciudadanos, miran únicamente sus PDA que les indica hacia donde tienen que ir y cuál camino deben seguir para no chocar con otros caminantes.

Uno de ellos se sale del sistema y choca con una de ellas. Él siente su almizcle, ella su olor, entre dulce y añejo y, sin mirarse, cada uno sigue por su camino, él se muerde el labio. Unos metros más adelante, deja caer su PDA. Ella gira sobre sí misma, entrecierra los ojos y deja caer su PDA. Se miran y por un momento el púrpura del cielo da un color tornasolado, parecen conocerse. Ambos miran una esquina que parece estar abandonada, esquivan la población de caminantes y se dirigen con prisa hacia ella. Intercambian palabras que carecen de sentido sin sus PDA que traducen el lenguaje masculino y femenino de los caminantes.

—

Hay un bucle en el sistema, hay dos PDA abandonadas y no se reportan muertes de caminantes. La policía despacha dos patrullas, una para buscarlo a él y otra para buscarla a ella.

—

Ella toma de su cartera algo que ya no se usa, parece un arma, él se aleja un poco, ella levanta la tapa y rebela una mina roja, se aplica un poco en los labios y se dirige hacia él, lo marca con su color y él se deja marcar. Luego él desplaza tembloroso una mano que recorre la espalda de ella y siente como se eriza con su roce, en la experiencia de la primera vez. Ella se aleja un poco. Sigue marcando su cuello y orejas. Escuchan el sonido de las sirenas. Se detienen de golpe y buscan rápidamente con la mirada otro lugar. Hay unas escalas, hay un cuarto.

Hay una cama. Hay pulgas. No hay luz. No hay dudas.

—

Encuentran los PDA abandonados a pocos metros el uno del otro, ingresan los códigos en sus Police PDA y encuentran que le pertenecen a Mitochona X y Chromo Y. Reportan la inconsistencia y comienzan la búsqueda. El cielo vuelve a ser púrpura.

—

Se dan cuenta de su desnudez y se sonrojan, no son capaces de ver al otro a los ojos. Buscan rápidamente el uniforme gris y se visten. Saben que los vienen buscando y saben el castigo. Salen, se entregan.

—

La policía lo lleva a él a un Centro para la Reprogramación de Actividades Masculinas. Pasa algunos meses en el salón 101 y muestra satisfactoriamente signos de rehabilitación, ya las heridas del electroshock han comenzado a cicatrizar.

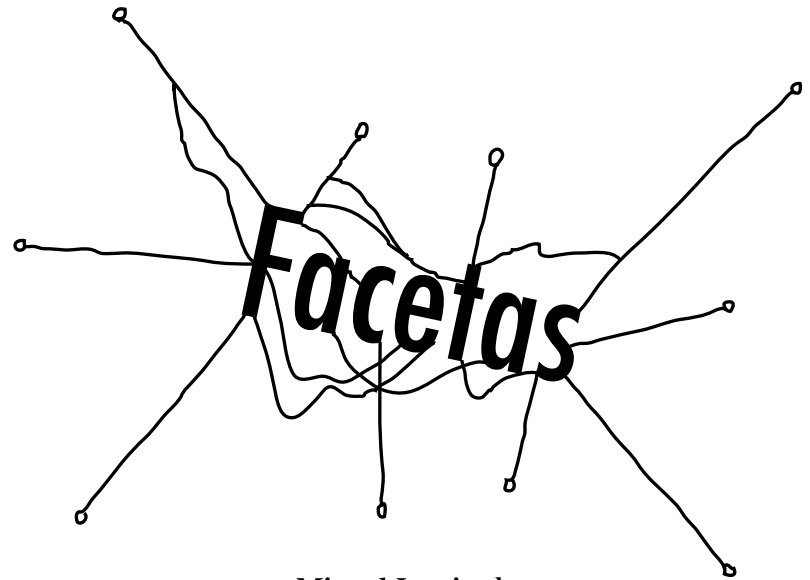
A ella la conducen a un Centro para la Reprogramación de Actividades Femeninas. Pasa algunos meses en el salón 102 y muestra satisfactoriamente signos de rehabilitación, la cicatriz en su vientre ha cerrado por completo. Él se apoya sobre la pared derecha del salón, ella sobre la pared izquierda. Ella piensa en él, él la recuerda. El cielo vuelve a tornasolarse, aunque esta vez nadie lo nota.





# HIPER REINOS

LEXAS



Miguel Izquierdo

### **Pneuma**

Una pequeña gota de rocío purpúreo se desliza rápidamente por la rama divisoria de aquella Caliciáde a cuestras de la gravedad; de una flor a otra revolotean las Qirtemis para recolectar esas gotitas en cada parada, antes de fijar rumbo a su panal; los arboles mudan sus cabellos, que caen como piedras en el suelo, indicando cuántos metros arriba inició su travesía; la temperatura se refugia en mi cuerpo, parece que tiene miedo, no se da a conocer en altibajos, siempre constante, a mi par; un vaivén de cantos inspirados por la brisa que roza los cuerpos endebles, unen mis sentidos al cosmos. Es que es tan bella la naturaleza..., siempre compartiendo sus abundancias y expresando sus carencias, sus inconformidades y alegrías, aunque no siempre sea correspondida. Así es Tasavvur con nosotros, quienes pertenecemos al polo iluminado de su grandeza. Es el proveedor de energía cósmica para la existencia de nuestros hogares, sin contar también los hermosos espectáculos que nos ofrece la existencia de sus organismos. Siempre estamos atentos a lo que pueda requerir de nuestra capacidad, tratando de pagar su gasto, endeudados con su gentileza.

Aleinam es púrpura, tal como el rocío, y es la sangre de Tasavvur. Divisiones y subdivisiones de él se esparcen por todo el planeta,

hidratando cada rincón, cada organismo, cada pensamiento, y cada acción. El origen se halla en el corazón de Tasavvur, y Aleinam es el único medio que tenemos para comunicarnos con él, es fuente de vida; equilibrio. Somos dos los amamantados por los afluentes púrpura de Aleinam, sin embargo, no concebimos de igual manera el gesto que esto representa. Ellos, con Cethienne al mando, enfocan sus rezos y rituales en cosas que en este hemisferio llamamos superficialidades. Modificaron los árboles, ahora son un poco más altos, lisos y semejantes a su propia morfología. Les han ahuecado el interior y extirpado la vida que en ellos habitaba para separar sus cuerpos metálicos de lo bello de Tasavvur. También hicieron de los suelos una dura y pálida planicie, que zapatean día y noche, evitando el contacto de sus pies con los restos de Tasavvur que aún se encuentran alrededor. Su territorio no tiene nombre para nosotros, es simplemente la división oeste de Tasavvur; Aleinam nos ha hecho ese favor.

Cada vez se hace más claro el púrpura de la gota de rocío, y la Caliciade más opaca; las Qirtemis buscan el más pigmentado rocío para llevar a su panal; los árboles mudan su cabello igual, pero crecen al ritmo de la brisa que se ha vuelto más lento; la temperatura sigue a la par. Tasavvur se expresa, algo ha ocurrido. El púrpura vivo del rocío no ha llegado a deslumbrar mi mirada como solía hacerlo y la temperatura aún no deja de dormir, la temporada aún no ha cambiado. Aleinam sigue igual, el caudal no ha alterado su color y sigue fluyendo por Tasavvur, trayendo la vida a las fauces del hemisferio este. En el oeste el movimiento es intenso, la luminosidad de las celebraciones opaca un poco el reflejo de luz en Aleinam. Ha ocurrido anteriormente, y me es indicio de un nuevo invento, de esos que menosprecian la magnificencia de Tasavvur.

Admito que me intriga saber qué puede ser eso que Cethienne ha hecho, aunque soy consciente de la índole de sus creaciones y, aunque en realidad no llega a mi entendimiento su funcionalidad, seguramente no compartiré su causa. Hay algo que no permite a mi mente llegar a los rincones vacíos a los que ellos debieron llegar para imaginar eso que llaman progreso, logro reconocer su calaña, pero no imaginar las razones que puedan justificar la creación de artefactos tan destructivos. ¿No se consideran acaso hijos de Aleinam y creaciones de Tasavvur? ¿Cómo es posible que no se consideren en deuda con sus creadores?

Empalidece el rocío, su tono purpúreo refleja mi imagen por la transparencia que ha adquirido, aún se desliza por la Caliciade, pero le cuesta trabajo hacerse paso por la agrietada y seca rama; las Qirtemis no están, no quieren las gotitas pálidas que Aleinam ofrece para esta mañana, creo que han ido a buscar en otro lugar; cabellos cubren el suelo, quebrantados por el tiempo y la caída, la calvicie se hace notar; la brisa permanece, arrastrándolos en el suelo, lenta y pausada acaricia los alrededores; la temperatura sigue a la par. Tasavvur habla con melancolía, algo le está ocurriendo, algo estamos ignorando. Los seres de mi hemisferio están sufriendo por la depresión de Aleinam, su energía no es suficiente.

El origen de los cambios coincide con las celebraciones del hemisferio oeste, no puede ser una simple casualidad. Desde la cúspide de la montaña Izgyal, donde observé las celebraciones del oeste, y donde suelo disfrutar del resplandor de Aleinam, puedo distinguir el cambio en la coloración de la sangre. La transparencia de Aleinam afectará a ambos hemisferios, pero su consciencia no parece vislumbrarlo. Tengo un deber, Tasavvur lo pide, su mensaje debe ser llevado a los extranjeros. No son exactamente amigables, pero mi relación con el cosmos consta de reciprocidad y, si no lo intento, igualmente acabará todo lo que conocemos, gracias a manos ajenas y al tiempo. La insignificancia de mi ser para el cosmos, dejará de ser con un simple intento de salvación. Ese es mi objetivo, ser algo para Tasavvur, para Aleinam y para las demás encarnaciones.

Cethienne ha ido demasiado lejos, Tasavvur sufre por sus acciones de forma directa. Es él quien está arrebatándole su coloración, su púrpura, su sangre, su vida. Todo lo hace por su anhelado progreso, pero ¿de qué le servirá si igualmente el mundo en el que vive se consume de igual manera en ambos hemisferios? Tiene a sus espaldas la decadencia, rozando su espina, pero él solo tiene ojos para el desarrollo de su pueblo. Ahora entiendo que nuestro mundo se basa en la complementación de los opuestos. Él depende de mí tanto como yo de él, aunque sea mi mundo tan diferente al suyo, y el suyo al mío: uno no puede existir sin el otro.

Es en términos carnales, espirituales y racionales que Aleinam es un canal por el cual Este y Oeste se comunican de manera intrínseca, comparten esencia, y sus habitantes son parte de su ella. Por eso no logro entender la complejidad de sus asuntos, no obstante, puedo hacerme a la idea de lo que pretende con ellos. Eso solo me lo per-

mite él a través su forma de conocimiento, que llega en pequeñas cantidades a mi hemisferio, complementa lo que conozco y le da forma a las ideas, a los pensamientos, a las acciones y a la vida misma. Yo le permito a él pensar, idear, crear, actuar, y vivir, pues también Aleinam lleva en su flujo pequeños pedazos de mi conocimiento, del que él carece, pero que utiliza para eliminar la abstracción de sus ideas.

No tengo más opción. Cethienne debe entender, por eso he decidido atravesar Aleinam, adentrarme en el hemisferio Oeste, y encontrarlo. No será difícil, seré un abstracto más para los comunes que allí habitan, su reacción será insignificante para una masa sumida en la convencionalidad de la vida cotidiana, carecen de mi conocimiento, serán considerados locos por sus semejantes. Hallaré la forma en que Cethienne me entienda, sé que Aleinam y Tasavvur me ayudarán. Y partí...

Una pequeña gota de rocío púrpuro se desliza rápidamente por la rama divisoria de aquella Calicfade, a cuevas de la gravedad; de una flor a otra revolotean las Qirtemis para recolectar esas gotitas en cada parada, antes de fijar rumbo a su panal; los árboles mudan sus cabellos, que caen como piedras en el suelo, indicando cuántos metros arriba inició su travesía; la temperatura se refugia en mi cuerpo, parece que tiene miedo, no se da a conocer en altibajos, siempre constante, a nuestro par; un vaivén de cantos inspirados por la brisa, que roza los cuerpos endebles, unen nuestros sentidos al cosmos.

### Seoux

Un hombre libre es capaz de cosas inimaginables y, aquel que lucha por su libertad, es imprescindible. En este mundo puerco en que lo orgánico y lo mecánico se complementan forzosamente, mundo de manipulación genética, corroído por químicos, es lo que necesitamos: el ímpetu de un joven libertario dispuesto a darlo todo luchando por el bienestar de un pueblo subyugado. La clase baja es la rata de laboratorio del progreso, objeto de experimentos desalmados que pretenden facilitar el dominio de una minoría con gran poder económico.

El súbdito ideal es el que se ciñe a cumplir, quien inundado de miedos entrega su cuerpo y dignidad y se acostumbra a vivir para su labor y nada más, y así, sin sueños o esperanzas, ha olvidado su identidad. Allí es donde la biotecnología es utilizada para escribir la historia de

este pueblo ensuciado por las artimañas del régimen Seoux. Su afán por conseguir al súbdito perfecto, que vea libertad donde hay dictadura, los ha llevado a cometer atrocidades de toda índole. Comenzaron con ratas y simios, luego con aquellos que sufrían de algún trastorno mental severo, pero ahora no importa, todos somos candidatos. La muerte es más deseable que ser víctima de los experimentos Seoux, sin embargo, eso también impulsa nuestra lucha. La gran mayoría de la población de esta ciudad se ha rendido, pero mi esperanza está depositada en la resistencia.

Dicen que el cerebro humano se puede dividir en dos polos que cumplan con funciones de diferente condición. El concepto de libertad es forjado en conjunción de ambos, no obstante, la valentía necesaria para alzar la voz en pro de esa libertad está limitada a un sector del cerebro. Es un gen que puede ser alterado. La receta para hacerlo aún parece ser un secreto para el régimen, con todo, no están muy lejos de hallarla. De una u otra forma, han logrado tener a la ciudad acobardada. Su ejército porta armas químicas, máscaras antigás y trajes aislantes. Pocas veces se ha visto la utilización de sus armas y eso ha bastado para que el pueblo entienda el peligro que representan. Los jóvenes buscan en nosotros una oportunidad para luchar por un mejor futuro, pues en ellos está la sed de justicia, la rebelión, la ira. No todos entienden que nosotros no buscamos conflictos por que sí, que debemos seguir un orden y muchas veces quedar con nudos en la garganta al no poder responder a un suceso trágico. La disciplina es importante para ser parte de la rebelión, no somos locos empedernidos, tenemos claro nuestro objetivo. Tenemos nuestros propios científicos, ellos producen las curas a las enfermedades que la experimentación Seoux ha desatado y tratan de seguir el paso al régimen en busca de la alteración del gen libertario, como lo llamamos.

Nazir se encarga del sondeo territorial. Un escuadrón de luchadores que recorren la ciudad con sigilo averiguando cualquier detalle que pueda servir de brecha para desvelar al régimen. Esto implica, casi siempre, enfrentarse a las tropas Seoux en combate, aunque el profesionalismo de la división les permite pasar desapercibidos por sus puntos de control. El objetivo es conseguir información que pueda permitir un avance significativo en la experimentación benéfica de la rebelión, además de ralentizar o detener el avance científico del régimen.

Lo último que Nazir trajo fue un pequeño diario de un científico escondido en las cloacas de la ciudad. En él se encontraban fórmulas químicas, procesos biológicos y bocetos de criaturas aterradoras. Era casi como un libro de fantasía, pero nosotros sabíamos que era importante. ¿Por qué? El libro estaba marcado con un nombre: Tarcus Berellis, un nombre muy familiar a la rebelión, se repite una y otra vez en los hallazgos científicos Seoux, como si de algún científico importante de sus filas se tratara. El libro debía ser estudiado, pues en él estaban los secretos de los laboratorios escondidos del régimen.

Deformidad, transmutación y demás aberraciones. Hombres y animales en un mismo cuerpo, caras grotescas con desproporcionalidades significativas, disecciones humanas, todo plasmado en las hojas de este pequeño libro. Era inevitable pensar en las personas que, aún vivas, fueron objeto de estos experimentos, amputaciones y costuras sin algún tipo de anestésico, inyecciones de sustancias que hicieron sentir sus venas candentes para luego ver su piel caer, o endurecer, sus brazos crecer desmesuradamente, sus dedos torcerse y su rostro tornarse irreconocible; los animales que con miedo desbordante fueron sujetos, desmembrados y manipulados mientras la medicina moderna no permitía a sus corazones dejar de latir o a sus cerebros dejar de comprender el dolor de los cortes y chuzadas. ¿Cuánto sufrimiento comprende el progreso?, ¿cuándo dejaremos de progresar así? No debería ser necesaria la conversión del hombre en una máquina boba para que una sociedad florezca, ni capturar animales indefensos que nada deberían tener que ver en una civilización. Bastaría con ayudar a cada ser a explotar sus intereses y capacidades para poder forjar un colectivo a plenitud.

Comuniqué algunas de las lecturas a la rebelión, pero debía descifrar aún los procesos descritos o si Tarcus había revelado algún fin último de sus experimentos. No podía saber con certeza si el libro representaba los planes del régimen o eran simples fantasías y fetiches de una brillante mente perturbada. Nazir salió con su escuadrón a buscar más pistas en el mismo lugar donde hallaron el libro, aún querían saber por qué Tarcus estaría en esas cloacas y no en los laboratorios del régimen.

En las páginas que precedían cada uno de los aberrantes bocetos, explicaba detenidamente los execrables procesos para lograr las formas que deseaba, sin embargo, ese ya no era mi interés, necesita-

ba detener la alteración del gen libertario. Páginas más adelante, hallé bocetos de cerebros disecados y estudios sobre ellos. La estética de sus escritos, el orden, y su forma de escribir, habían cambiado, su lenguaje carecía de la formalidad que se evidenciaba en sus primeros procesos escritos. Ahora parecía más desaliñado, desesperado o simplemente desgastado, poco usual en los trabajos del régimen. Esto solo era un indicio de su desertión. En los procesos descritos para los estudios del cerebro estaba lo que buscaba, no tenía un título o algo que dijera con certeza que eso era, no obstante, sus especificaciones lo hacían obvio. Tarcus debió seguir con el proyecto después de abandonar al régimen, parecía tener todo muy bien definido, sin embargo, no tenía las herramientas necesarias para elaborar su creación o probarla. Esto era una buena noticia, porque nosotros sí las teníamos y estábamos dispuestos a probar. Memorice cada paso, estudié sus porqués y cómo y, aún con el libro en mis manos, puse al equipo de científicos a la tarea.

Con toda la maquinaria en función de producir la sustancia que alteraría el gen libertario, la rebelión se puso a trabajar como nunca antes. Todos tenían una tarea, pues si esto salía como lo esperábamos y obteníamos aquella sustancia, el 70% del trabajo estaría hecho, no iba a ser difícil para nuestros científicos y pensadores hallar una vacuna en respuesta a la sustancia, ya que en eso se especializaban. Todo iba a la perfección, teníamos lo necesario y nuestros científicos trabajaban lo más rápido que podían, hasta que Nazir llegó al laboratorio. Se veía agotado, el sudor recorría todo su cuerpo, como si de una fiebre de muerte se tratara, su postura no era usual, él siempre había mantenido sus dotes de militar, en su mano traía un frasco color púrpura, me lo entregó y luego lo acostaron en una camilla. Algo le sucedía. Mientras se le atendía, nos contaba lo sucedido en las cloacas. Atormentado, me miró a los ojos, y me dijo: “el libro, están aquí”, y se fueron sus luces. No había nada más que tuviera que decir, entendí a la perfección lo que Nazir me quiso decir. Yo solo le había mostrado los bocetos de las criaturas hechas por Tarcus, eso debía ser. Rápidamente ordené que las defensas se agruparan alrededor del laboratorio, debía ahorrarnos sorpresas, si esas criaturas siguieron a Nazir hasta acá, íbamos a tener problemas.

Entre disparos en las alturas de nuestras barreras, entradas y callejones, los científicos debían seguir trabajando en la cura, pero en mi mente sabía que había algo mal. Miré el líquido púrpura que había traído Nazir y detuve a los científicos. No teníamos mucho tiempo;

seguí mi instinto. Pedí que se estudiara el frasco lo antes posible, pues ya el libro lo teníamos y solo nos bastaba con echar un vistazo a las escrituras para saber cómo estaba compuesta la alteración. Se oían gritos de pavor y fuertes golpes en las paredes.

Los científicos trataban de concentrarse, aunque era difícil, se notaba en sus rostros. Yo, que había leído todo acerca de esas criaturas, sabía qué hacer. Fui a la primera línea de defensa y le dije al comandante que sus hombres debían disparar al estómago de las abominaciones, pues allí se encontraba su órgano vitalicio. Inmediatamente los combatientes hicieron caso a la orden, pudimos observar cómo las criaturas caían una por una al suelo y un líquido semejante a la sangre, pero más oscuro, salía de sus entrañas. Ahora era trabajo del escuadrón defensa. Yo debía permanecer en el laboratorio. Cuando volví, el análisis estaba terminado. La sustancia púrpura era la cura a la alteración del gen. Nazir había salvado nuestra causa y ahora estábamos pasos agigantados delante del régimen. Guardé con cuidado y atención el frasco y me preocupé por Nazir. Estaba inconsciente, su latido cada vez era más débil. La exposición a los químicos de la cloaca y el hedor que emanan las criaturas, fueron demasiado para su cuerpo. Nazir fue el joven libertario que la rebelión necesitaba.

### Acaltaya

Mi mano se vuelve pluma cuando se acerca a tus costillas, mis dedos se hacen plastilina al rozar tus sienes, mi mente se derrite cuando, de pose en pose, a tu frontal, en spaghettis tus piernas se convierten. En un estudio musical, en horas de la tarde calurosa, nos hallamos. Tú cantas al micrófono y yo toco las cuerdas que, alargadas por el diapasón, entre tus senos bajan a tu entrepierna.

Nunca es lo mismo, siempre cambian mis versos. Mi guitarra está siempre afinada en una nueva escala y cambia cada noche, con todo, sus medidas siempre caben perfectas en mis manos y mi rodilla. El estudio es mío y siempre te lo prestaré, sus puertas están abiertas y el micrófono a tu disposición.

En la noche voy a buscarte nuevamente al bulevar. Entre opacos se pinta tu silueta fulgurante y se refleja en mi iris que se hace agua y enrojece por tu resplandor. Me acerco, lanzo un comentario estúpido y te invito a una bebida. Cuando el calor del licor se sienta bajando por tu línea central y dé vuelta a tu cabeza, es evidente que estás lista para cantar junto a mí. Y así, con un par de ges-



tos, palabras y sonrisas, nos volvemos a encontrar en mi estudio y componemos una nueva melodía. Al acabar, siempre te quieres duchar, y en un increíble helado baño de espuma descansas. No sé cómo eres capaz de dormir con semejante frío, ahí tirada en la bañera. Aun así, lo haces cada tarde, después de cantar. Yo te dejo en tu paraíso y vuelvo a trabajar, seguro de que, a la siguiente tarde, acá te volveré a encontrar.

Es un lío, verdaderamente, tener que ganar tu confianza cada noche. Siempre estás en un bar diferente del bulevar. Mientras te busco a ti, víctima de mi amor, debo estar atento a quién vendrá por mí. Es que debo asegurarme de estar contigo mañana por la tarde y hay gente que no nos quiere ver reunir. Si te sientas y me miras, en la barra de cualquier bar, yo devuelvo una sonrisa y con una estupidez y un trago amargo, te vuelvo a conquistar.

Esta tarde estás hermosa y cantas como una verdadera diosa, la actitud con la que del micrófono te apoderas, me excita. Cuando tus cuerdas mis manos pueden tocar, ya estarás condenada, amada mía. Del baño frío de la tarde no te podrás escapar, porque esa es mi labor: encontrarte, conquistarte, amarte y luego, mientras te duermes en el baño, irme al bulevar a buscarte una vez más. Nuevamente nos encontramos, te tinturaste el pelo, tienes un nuevo color de labial, tu tono de piel está un poco diferente a los días anteriores, pero eres lo mismo para mí. Sigo con mi rutina, la cual tú ya deberías conocer... No estoy seguro de si la olvidas o te excita demasiado escucharla una y otra vez. Pido mi típico coctel púrpura, se llama Acaltaya, es delicioso y para ti el más fuerte que hay. No es que quiera tenerte por una noche y nada más, sino que es el proceso, mi trabajo, mi labor, sin que la policía se percate: encontrarte, conquistarte, amarte, aunque esa es mi firma personal. Luego, bajo el sueño profundo del sedante que a tu juguito de naranja al desayuno le echo, te quito una parte de ti, te remiendo, a la tina fría llena de hielo te meto y en el espejo dejo una nota de alarma escrita con sangre que simplemente dice: "Hospital".



Año 3541 de la tercera era de Harakks. Sistema estelar de Gornimar. Crucero de batalla Moulle.

El Moul, como le llamaban, entraba en la tercera etapa de su misión de reconocimiento Gornimar, un sistema de dos estrellas con doce planetas deshabitados, pero con gran potencial de sustento de vida. Los Ftarf, humanoides, un poco más altos que el humano promedio, habían dejado su sistema hacía ya varios miles de años y se habían marchado en una búsqueda de un nuevo hogar. Habían destruido su sistema de origen para evitar la propagación de una mente autónoma creada por mero accidente. La explosión de su estrella se había extendido casi el doble de lo pronosticado y había destruido un par de naves de escape. Desde entonces, el único hogar que se conoció durante generaciones fue el frío e inexpresivo interior de las naves en las que ahora vivían.

La flota estaba conformada por unas seiscientas naves-ciudad que variaban en tamaño entre los setecientos y dos mil cuatrocientos kilómetros de radio, y una nave de reconocimiento por cada docena de las anteriores. Las naves de reconocimiento eran grandes estructuras de

acero, curvas y oscuras, sus interiores estaban plagados de arcos entrecruzados que formaban figuras majestuosas, y en ocasiones, aterradoras. Su sistema de motores era un extractor reactivo de antimateria, sin embargo, la mayoría de los sistemas internos de la nave funcionaban con tecnología bastante primitiva, reduciendo así la posibilidad de que la inteligencia artificial se escabullera dentro de los mismos.

Rlin despertó en su litera, un poco tullido, igual que siempre. Había solicitado un cambio de cubierta miles de veces, pero la respuesta siempre era: “todas son iguales” o si estaba de suerte: “hablaré con el jefe”. Se irguió lentamente y miró la hora: 3 mkels y poco más 30 vllrs. Podría haber dormido un rato más, pero ya no tenía sueño, así que se dirigió al cuarto de baño, tomó un poco de agua del grifo, se limpió la cara y volvió a su habitación. De vuelta en su dormitorio, sacó del cajón, bajo la cama, un pequeño libro. Trató de concentrarse en la lectura, al menos hasta que comenzara su turno en la sala de máquinas. El libro narraba la historia de un humano, una curiosa raza ligeramente más pequeña que los Ftarf, pero muy similar en el resto de aspectos. Esta peculiar especie, al parecer, no era consciente de sí misma. Según decía el autor en su prólogo, podrían estar llegando a otras realidades en ese instante, sin embargo, sus líderes ocultaban todo de todos, incluso si esto ocasionaba un conflicto a escala global.

*Alguien había robado mi guante de poder y lo sabía. Hasta lo que recordaba, ese había sido mi primer caso, encontrar al supuesto ladrón de un guante viejo de lana que había encontrado al lado del patio. Había jurado que no dejaría el caso sin resolver, de hecho, que no dejaría ningún caso sin resolver. El guante, por supuesto, no había sido robado por ningún ladrón profesional o un espía internacional, como me hubiese gustado que fuera, lo había dejado en el borde del escritorio de mi padre y había caído en la maraña de cables que colgaban detrás de este.*

*Ahora las cosas eran diferentes, tenía que pagar cuentas, comer y conseguir los equipos que necesitara, además de la publicidad en cada periódico del que tenía conocimiento. La investigación privada no era un negocio rentable, pero hasta ahora había sido suficiente para sobrevivir.*

*El teléfono sonó mientras la lluvia acariciaba gentilmente el cristal de mi ventana. Lo dejé sonar un par de veces, luego tomé la llamada. Un caso nuevo, esta vez había sido un asesinato. Ya tenía mis sospechas sobre qué pudo haber llevado al asesino a matar a su víctima. Me amarré el arma en el cinturón, cogí uno de los abrigos que había colgados junto a la puerta y el maletín que siempre dejaba sobre la mesa. Salí del apartamento y bajé hasta la calle. Necesitaba relajarme un poco, así que prendí un puro con cuidado de no mojarlo con la lluvia. Me quedé un rato recostado contra la pared, fumando. Cuando terminé, me dispuse a caminar hacia el lugar, que se encontraba a unas cuantas cuadras de donde estaba. Además, no tenía medios para pagar un taxi.*

*Mientras caminaba me pregunté por qué casi siempre llovía en las historias de detectives, incluso si estas eran reales. Al llegar a la dirección que me habían dado, no encontré ninguna escena del crimen. Revisé la dirección. O alguien me estaba jugando una broma muy pesada, o de verdad había algo, en cuyo caso, solo debía buscar más profundo. Por primera vez me sentía como Sherlock, buscando respuestas en lugares que solo generaban preguntas. Volví a mi apartamento, tenía que haber algo que se me escapaba detrás del vapor de las alcantarillas y el ruido de los carros.*

Rlin volvió a la realidad. En poco tiempo comenzaría su turno, así que se vistió y se dirigió a la sala del observatorio. Este era quizá el trabajo que más disfrutaba. No encontraba nada mejor que sentarse cómodamente en la silla del telescopio y mirar hacia los orbes por eternidades. Era bien sabido por toda la raza que las cúpulas aisladas solo servían para arruinar la imagen del aparato. Por eso, el telescopio era la única sala que estaba abierta al espacio, motivo por el cual, había un respirador proveniente del eje del telescopio. Por lo general, era un trabajo que no cambiaba, sobre todo en la fase en la que se hallaban.

El jefe de piso era un tipo de contextura gruesa, con un implante en la parte trasera de su cabeza que, de cuando en cuando, dejaba salir un poco de vapor, producto del incesante movimiento del mecanismo de engranajes, válvulas y tubitos diminutos. Cuando entró en la sala del telescopio, Rlin estaba a punto de entrar en un trance, pues llevaba un buen rato observando, hipnotizado, los surcos de un huracán en la superficie del cuarto planeta del sistema.



—¡Hey! ¡Despierta! Hay papeles que llenar e informes que presentar —le gritó por el intercomunicador que había entre la sala y el vacío.

¿Cuánto tiempo llevaba allí? La belleza destructiva del torbellino había absorbido su total concentración, al punto de no haber cumplido con ninguno de los procedimientos establecidos.

—Sí, señor, de inmediato me pongo en ello.

Con el corazón a punto de casi salir de su cavidad, latiendo a velocidad récord, Rlin aisló el cuarto y desconectó los escáneres, colgó la mascarilla y salió tan rápido como pudo.

*La situación en los túneles no hacía más que empeorar. Los trasgos seguían haciendo de las suyas. Cada día corría la noticia de un derrumbe diferente o de un saqueo a alguno que otro asentamiento. Podías oír el retumbar de sus bombas, el sonido de la muerte en sus pasos. Luego veías el polvo que te cegaba y te ahogaba. ¿Pero qué podías hacer? tal vez podrías intentar correr, pero de nada hubiera servido. Hoy había sido relativamente calmado, un par de explosiones al norte y un asentamiento saqueado unas cuantas galerías hacia arriba. Nada de qué preocuparse. De repente, oyes los gritos a tu izquierda. No debes dejar que te descubran, o la sombra de las Legiones se esparcirá por todo el tejido como la sangre por las venas. El nauseabundo olor de sus bombas llena tu cubículo y deja un rastro que perdurara por el resto de tu vida. Sales, aprovechando la confusión y te camuflas en el torrente de Tuneladores esperando que no descubran que no perteneces allí. Corres a una velocidad desmedida, parece que al fin lograrás salir de aquel agujero. Te detienes unos segundos para tomar aire y comprobar que el Orbe de la vacuidad explosiva sigue en tu bolsa.*

*En efecto sigue allí, pero tiene un brillo anormal y está un poco frío. Por el momento no te preocupas por eso. Sigues corriendo y llegas a una de las aberturas del túnel que llegan a la superficie, sales y la luz te deja cegado por unos instantes. Sigues corriendo. Corres como si no hubiera un mañana. Ves el halo elemental de tu paralelo y te diriges a toda velocidad hacia allá, sin importar nada. Cuando entras, te diriges hacia el gran salón para enseñarle al gran elemento el orbe que encontrase en las minas de los Tuneladores. Sientes una gran descarga de energía sobre tu cuerpo. El mundo se comienza desvanecer poco a poco...*

Rlin dejó la oficina del jefe de piso bajo la condición de no volver a fallar en un informe. No tenía nada que hacer el resto del día, así que se dirigió a la recámara del motor, quería apreciar a su “casi dios” en el espacio, quería sentir el poder de la antimateria envolviendo el ambiente. Iba a mitad de camino cuando las luces comenzaron a parpadear y la gravedad artificial a fallar. Luego de un par de minutos, todo volvió a la normalidad y él aceleró su marcha; tal vez podía ser un problema en el reloj del motor. Atravesó varios pasillos hasta que llegó. Abrió la compuerta y dobló a la derecha. Revisó las válvulas del panel, estaban como locas, no dejaban de moverse. Salió de allí y corrió como endemoniado hacia el puente, debía avisar al capitán.

Llegó tan pronto como pudo. Le contó su descubrimiento al capitán, quien dio la orden de reducir al mínimo la potencia de todos los sistemas y suspender todas las actividades mientras se descubría la causa del problema. Incluso, decretó desactivar la gravedad, el sistema con mayor consumo de la nave. Como no le fue posible realizar su trabajo en el telescopio, decidió que era el momento perfecto para terminar aquel cuento que llevaba siempre en su bolsillo.

*Una vez adentro, me encontré con una ventana rota, un charco enorme y una caja de cartón cuidadosamente sellada. Cerré la puerta, me deshice del abrigo y tiré el maletín en una silla. Me agaché junto a la caja, y con cuidado de no hacer movimientos rápidos, la tomé por un lado con un guante de tela. La incliné para verificar que no fuera una amenaza. Todo parecía seguro, así que lo abrí con delicadeza, pues no quería dañar lo que fuera que estaba dentro. Me gustaría haber visto mi cara de sorpresa al ver lo que había allí. Era un cuaderno gris, de unas doscientas páginas. En la cubierta había una cinta en la que se podía leer claramente “DIARIO”. Pero ¡qué coño! —pensé—. ¿A quién podría ocurrírsele arrojar una caja por mi ventana con un diario? Dejé ir aquel pensamiento y me dispuse a abrirlo. La pasta estaba cubierta de una gruesa capa de polvo, pero no había huellas por ningún lado. Tomé un guante y lo saqué de la caja. Lo sacudí y comencé a leer:*

Hoy la vi por primera vez, hoy supe que ella me haría cometer algo atroz. Ella es perfecta, cada fibra de su ser es perfecta, me encantaría pasar una noche de pasión a su lado.

*¿Qué tenía que ver esto con nada? Luego lo recordé. La nota. Su objetivo no era atender un caso real, lo que pretendía era sacarme de mi apartamento para poder dejar aquel “regalo”. Revolqué todo el cuarto buscando la nota, pero por más que me esforcé, no lo logré. Me dejé caer en el suelo, sin saber qué debía hacer. La policía quedaba inmediatamente descartada, eran demasiado corruptos como para acudir a ellos. ¿Qué debo hacer? Mientras miraba el techo, acostado en la alfombra, una idea llegó a mi mente. Aunque era poco probable, podía haber dejado mi laptop encendida, en cuyo caso, la cámara habría captado algo. Corrí el morro de desorden que había en la silla, me senté y presioné Enter.*

*¡Bingo! La había dejado encendida. Abrí la consola y ejecuté unos cuantos comandos. En la pantalla apareció una lista de archivos. Busqué el que indicaba la fecha de hoy y lo abrí. En la pantalla se proyectó la parte trasera del apartamento. Para mi mala suerte, la ventana no quedaba completa en la imagen, de hecho, solo se veía una pequeña fracción, aunque no por esto detuve el video. Unos segundos después del inicio de la grabación, la ventana se rompe, pero no se oye nada caer. Lo dejé avanzar. Por obra del destino, vi aparecer a alguien en la toma, aparentemente hombre, de unos setenta kilos aproximadamente y unos 180 cm de altura. El tipo se percató de que la laptop está ahí, se acerca y muestra una nota:*

*Sé que probablemente verás esto. Confío en tus habilidades para resolver este caso. En una semana vendré por el resultado.*

*Hasta entonces, E.*

*Guarda el trozo de papel en su chaleco y levanta una caja, la del diario, y la deja en el suelo. Sale de nuevo por la ventana. Con mi mente revuelta por todo esto, me recliné en la silla, dejé volar mi imaginación un rato y volví al mundo real. Debo organizar mis ideas, o esto podría salir muy mal.*

Rlin es interrumpido esta vez por uno de los ingenieros del motor, lo interroga sobre lo que vio, según él, para poder arreglar el problema. Sin prevenciones de ningún tipo, Rlin le cuenta inocentemente aquel panorama. Observa cuidadosamente como llena unos formatos y luego sale de su habitación. El capitán de la nave llama a todo el mundo al piso 42, un piso vacío con unas cuantas repisas. Allí, pide a todo el mundo que ante otro evento similar abandonen la nave, indica que como salvavidas marquen el planeta G-1345M03, el que Rlin estuvo observando.

Justo en ese momento el sistema de alarma se activa, las tuberías de cobre comienzan a vibrar cuando una corriente de vapor pasa a gran velocidad a través de ella para luego salir por una válvula que produce un pitido ensordecedor. Aun así, no hay parpadeo de las luces ni se daña la gravedad artificial. El silencio reina en espera de una orden del capitán, quien decide permanecer en la nave por no ser un evento de escala altamente destructiva. Luego envía a un técnico a revisar el sistema de alarmas y devuelve a todo el mundo a sus estaciones de trabajo, lo que para Rlin significa otro viaje al planeta. De vuelta en el telescopio, en vista de la posibilidad de desembarcar en aquel planeta, solicita permiso para enviar una sonda al planeta con objetivo de verificar la habitabilidad, aunque sea temporal, del mismo.

Te despiertas poco a poco en medio de un lugar, elemental por definición, cuya existencia ignorabas. Levantas un poco la cabeza y miras hacia los lados. Estás solo en una gran habitación llena de vacío, sin ninguna salida, pero eso no es lo que más te preocupa. Lo terrible es que, aunque estés inmovilizado por correas, no te puedes mover, y solo una cosa material puede detener a un elemental; el producto de una mezcla de diamante y agua, algo que solo los laguelar saben hacer. Pero ¿qué está haciendo un laguelar en medio de las tierras del Desierto de Hu'Byr? Los laguelar vivían en pequeños grupos, aislados de todas las demás tierras y sus respectivos habitantes, y solo tenían contacto directo con las criaturas fulkih, de las cuales los trasgos hacían parte. Tu pulso se acelera y comienzas a irradiar energía, aun así, no lo logras deshacerte de tus ataduras. Gritas en un intento desesperado de que alguien te escuche, aunque sabes que eso no va a suceder. Te sorprendes al oír una voz tenue y gastada que procede del otro lado de la habitación. No entiendes lo que quiere decir, pero suena como una advertencia. Decides hacer lo más obvio, quedarte en silencio hasta que algo pase.

Te quedas dormido, no sabes por cuanto tiempo, y al despertar ves una figura oscura entrando en la habitación, te aguantas las ganas de gritarle porque sabes que podría salir muy mal. Esperas a que llegue hasta ti. Ves que te examina cuidadosamente con una mirada penetrante, fría. Se detiene en cuando cruzas miradas. Se descubre el rostro y deja ver unos rasgos que dejan claro que se trata de un elemental; alguien de tu propia especie te tiene secuestrado.

Justo cuando se da la vuelta le llamas la atención:

—¡Oiga! —le dices casi gritando—. Se voltea ante tu llamado.

—Mi nombre es Hkrytj. El Gran Elemento me envió en una misión a los túneles, debo hablar con él tan pronto como sea posible.

—¡Ja, ja, ja! El pobre cree que saldrá de aquí. Estás aquí por su propia orden, él me envió a encerrarte —se burla de ti.

—¿Podría saber cuál es la causa?

—Se te acusa de haber causado una Anomalía en el mundo superior, por lo que se te ha obligado a permanecer aquí hasta que desaparezca.

—¿Cree que el Grande podría venir? ¿Podría, por lo menos, llevarle mi mensaje?

—Veré qué puedo hacer. Acto seguido se retira de la habitación.

Pasadas unas cuantas horas ves de nuevo al mismo sujeto de antes, pero esta vez viene acompañado. El Gran Elemento está cubierto por una túnica de luz y oscuridad, como es habitual. Se acerca a ti con una mira fría, llena de resentimiento.

—¿Cómo y por qué causaste la Anomalía?

—Señor, le puedo asegurar que no sé de qué anomalía me está hablando.

—Ese artefacto que aún llevas contigo es un material altamente peligroso. Manipulado incorrectamente, puede causar Anomalías iguales o peores que la que hay en este momento.

—Es la primera vez que oigo esto. No he tocado el orbe más de unos cuantos segundos para verificar que aún estuviera conmigo. Tuve que escapar de los túneles antes de lo previsto a causa de un ataque trasgo de dimensiones que nunca había visto, las legiones ya deben estar al tanto de que poseemos el orbe.

—Puede que tu historia sea cierta, pero eso no explica cómo apareció la Anomalía.

—Señor —interrumpió el otro—, según los registros que aún prevalecen de la Raza Superior, llegará un día en que, en nuestras fronteras, una creación no creada, no viva, aparecerá para sembrar la destrucción y controlar toda criatura de toda raza.

—¡Tonterías! Los superiores desaparecieron hace siglos a causa de su propia credulidad en esas cosas, nosotros no haremos lo mismo.

—Hay que considerar cualquier explicación posible ante un fenómeno tan desconocido como es este.

—Señores —interrumpes la discusión—, si me permiten opinar, diría que, aunque no hay que descartar la explicación de...

—Rtw'kvt.

— ...Rtw'kvt, pero tampoco hay que tomarla como absoluta.

—¿Y qué propones?

—Si puedo disponer del observatorio, tal vez encuentre una explicación.

—Ya hemos hecho análisis allí.

—Seguro que sí, pero soy quien más tiempo ha estado en contacto con el Orbe, tal vez pueda ver alguna relación, alguna conexión entre el orbe y la Anomalía que no hayan visto anteriormente.

—Vale, Rtw'kvt, libéralo, pero no lo descuides. Llévalo al observatorio y dale todo lo que necesite.

En el observatorio te liberan de tus ataduras y por fin tus manos vuelen a tener energía. Te acercas a aquel magnífico aparato de lentes etéreos y cristalinos como el agua, sin la más mínima imperfección. Los lentes están montados en una ligera estructura que consta solo de unos algunos anillos con varas entre cada uno para poder

acomodarlos como sea necesario. No necesitas una configuración muy diferente de la que tienes frente a ti, así que solo acomodas un par de lentes para poder filtrar la luz. Al mirar hacia aquel diminuto lugar, puedes ver la cantidad de energía que desborda de su centro. Quitas la mirada y sacas el Orbe de la bolsa, te pones un pequeño monóculo y tomas un trozo de un mineral rojizo que hay en la mesa. Al ponerlo entre el monóculo y el orbe, te das cuenta de que la energía que emite tiene el mismo patrón que la de la Anomalía. Le muestras a tu escolta el descubrimiento que acabas de hacer y le preguntas si es posible experimentar un poco. Tras una respuesta afirmativa, procedes a calentar el orbe cediéndole un poco de la energía de tu cuerpo, lo cual aparentemente funciona, sin embargo, lo único que haces es expandir aún más la Anomalía.

—¿Qué demonios crees que haces? ¿Nos quieres muertos a todos?  
—pregunta Rtw'kvt, con un tinte de terror en su voz.

—Lo siento, francamente no creí que eso sucediera, en los túneles el resultado fue el contrario, el orbe se enfrió. Supuse que calentarlo reduciría el tamaño —te apresuras a contestar.

Atraviesas el orbe con el rayo de luz proveniente de la Anomalía. El orbe comienza a vibrar y por poco cae de tus manos. Inmediatamente lo alejas del haz de luz y vuelves a observar la Anomalía que ahora tiene una apariencia convulsiva que produce uno que otro estallido de vez en cuando. Al parecer, cualquier cosa que hagas empeorará la situación, entonces le pides a Rtw'kvt que te lleve devuelta con El Grande y así lo hace.

En el Gran Salón le relatas tus descubrimientos al Gran Elemento. Él, sin titubear, te pide que le entregues el Orbe. Tratas de advertirlo, de persuadirlo para que te permita mantenerlo en tu poder, pero su negativa no cambia. Te deja en libertad, no obstante, te pide que le informes cualquier cosa que hagas sin su consentimiento. Aceptas y te vas.

Luego de aquella sacudida y la activación de la alarma todo el mundo piensa más en escapar de la nave que en cualquier otra cosa. Algunos, incluso, han tratado de quitarse la vida con tal de no tener que soportar todo aquello. Ya nadie habla, nadie, salvo que sea estrictamente necesario, hace contacto con nadie. Han pasados

unas horas desde que el capitán dio la orden de continuar con las actividades normales. Justo antes del cambio de turno, otra sacudida, peor que la anterior, sacude la nave. Inmediatamente se oyen los gritos en los corredores y el eco resuena en sus arcos. Rlin sale a toda prisa del telescopio, se asegura de que tiene todo lo que necesita en su bolsa y va al puerto de escape más cercano. Entra en la capsula, desactiva el anclaje magnético, establece el destino y libera los ganchos. Toma una bocanada de aire, activa la ignición y sale despedido hacia el espacio profundo.

Mira hacia la nave y ve que esta comienza a agitarse frenéticamente a pesar de estar en el espacio. Unos segundos después, la nave colapsa sobre sí misma sin dejar rastro de que alguna vez hubiese existido. El contador de aterrizaje muestra un tiempo de llegada de 4 dhals y 78 vlirs, aproximadamente, así que Rlin saca el libro de su bolsa y busca entre las páginas hasta que encuentra el separador:

*Me despierto de golpe. ¿Cuándo me quede dormido? Reviso el reloj: 4:37...38 de la tarde. Me levanto como un resorte del sofá, recojo el diario, revuelco las páginas hasta llegar a donde iba.*

*Han pasado dos semanas desde que la vi por última vez y ya comienzo a extrañarla. Su mirada me tiene completamente hipnotizado, al igual que su cuerpo y su voz. Su belleza cautivadora nubla mi juicio. No la amo, la deseo. Deseo su cuerpo, deseo estar dentro de ella, tomar su virtud, por la fuerza si es necesario.*

*Ella es mía, nadie puede saberlo, o me vería en grave peligro.”*

*¿Quién demonios escribió esto? No soy psicólogo ni nada por el estilo, pero es claro que está enfermo, este tipo es un riesgo para la sociedad, un riesgo que no puedo, nadie puede correr. Me levanto del sofá y camino en círculos por un momento. El diario tiene algo peculiar, algo casi familiar. A quién engaño, algo completamente familiar. Mi mente está a punto de estallar. Oigo un sonido, un bip bip proveniente del laptop, levanto la tapa y frente a mí tengo una venta. No, no una venta. La pantalla está negra, como apagada, sin embargo, una línea parpadea en la esquina. Trato de*

encontrar el puntero sin éxito, el teclado tampoco responde. La línea parpadeante se convierte en tres puntos suspensivos, que después se convierten en un mensaje:

*\*E: ¿sabes algo?, siempre me pregunté hasta dónde llegaban los límites de la memoria humana, de su conciencia y de su "sistema de seguridad".*

*Vuelvo a intentar escribir, esta vez con éxito. Junto al texto aparece una "L".*

*\*L: ¿Quién eres? ¿Cómo lograste penetrar mi seguridad?*

*\*E: Tú sabes quién soy, simplemente no lo recuerdas. Tu seguridad es un chiste, B4TmaN.... ¿es en serio?*

*\*L: Pero ¿qué...? ¿Quién eres? ¿De dónde nos conocemos?*

*\*E: Esto es lo último que diré por ahora, el diario es más de lo que aparenta, él tiene las respuestas a tus preguntas. No pierdas el tiempo tratando de contactarme, no lo lograrás, no si no quiero que lo hagas.*

*\_FIN DE LA CONEXIÓN\_*

*Qué. Demonios. Acaba. De. Pasar.*

*Esto está superándome en todo sentido.*

*De nuevo busco en cada lugar, en cada rincón del diario, lo sacudo con cuidado por si hay alguna hoja suelta. Para mi sorpresa cae una pequeña argolla metálica que por algún motivo tiene mi nombre grabado. Aquí hay algo escalofriante, algo perturbador. Trato de ponérmelo y cuál ha de ser mi impresión al ver que me entra perfecto en el dedo. Me lo quito y miro su interior, al parecer, nada fue tallado allí. ¿Por qué todo aquello se me hace tan increíblemente familiar? Es como si yo hubiera escrito...no, no puede ser. En un ataque de nervios aparezco al lado del cuaderno, lo ojeo hasta que llego al final. Lo que allí está escrito me deja paralizado. Allí está mi firma, pero eso no es lo más aterrador, lo que está escrito me saca el alma del cuerpo:*

*Luego de tanto esperar, por fin la visitaré. Espero que guste de mí, aunque después de estar encerrada en el sótano por tres meses, no creo que esté muy contenta. He decidido que dejaré su nombre aquí para que quien encuentre esto sepa a quién debe agradecer por lo que ha hecho de mí. Su nombre es Ekaterina.*

*Mis manos comienzan a temblar, dejo caer el diario y mis rodillas reciben el golpe de mi caída. Golpeo el suelo una, dos, tres veces, para luego romper en llanto. Permanezco en posición fetal unos momentos, luego de terminar de llorar. Luego de hacer acopio de todo lo que me queda, me arrastro hacia la puerta que da a mi sótano. Allí me recibe el aire frío, húmedo, que lleva probablemente varios años estancados. Dando tumbos bajo la escalera para encontrarme de cara con una silla, un rollo de cadenas y correas y varios rollos vacíos de cinta americana. Doy un grito a todo pulmón, subo de nuevo tan rápido como puedo, pero caigo de culo cuando veo que arriba está el mismo tipo del video y la conversación. Me mira fijamente, se deshace de su disfraz y revela una bellísima figura femenina.*

*Tengo miedo de lo que pueda suceder. Ha pasado una semana desde que recibí el diario, así que debe estar aquí para "cobrar". Me dispongo a decir mis últimas palabras mientras ella saca una daga de un perfil immaculado, sin ninguna imperfección. Me entrego al dolor de lo que viene. Justo cuando el filo desgarró mi cuello, el mundo se pone negro, luego abro los ojos. Todo fue un sueño, ni siquiera soy detective, soy un simple cajero de supermercado que quería algo de emoción en su vida, y al parecer la encontró.*

## Fin

Rlin cerró el libro de un golpe, miró por la ventanilla y vio como se aproximaba al planeta. Guardó de nuevo el libro en la bolsa y bajó el retenedor, acomodó el soporte para el cuello y amarró su cintura a la silla, asegurándose de que quedara bien ajustada. La entrada a la atmósfera fue suave en lo que cabe decir, pero el aterrizaje fue desastroso. Al salir de la capsula de escape, se percató de un brillo extraño que había a su derecha, como un halo de luz suspendido en la nada.

Escuchas un golpe fuerte, al parecer a un kilómetro de aquí. Eres curioso, así que vas a investigar, tu guardia te detiene y te recuerda que debes pedir permiso al Elemento. Luego de hacerlo y recibir su positiva, sales a campo abierto acompañado de Rtw'kvt. Tras unos minutos de caminata ven en la distancia algo metálico que despide

un poco de humo negro. Te acercas más y ves que hay una figura parada al lado tocando una superficie en lo que parece ser una puerrecilla caída a medias.

Rlin toma su bolsa y sale de la capsula. Envía una señal de localización a través del panel que hay en la compuerta. Levantas la mirada para encontrarte con dos aparentes seres etéreos que te observan con curiosidad.

El sujeto se percata de tu existencia, es muy tarde para desaparecer. Pronto, el cilindro que está a su lado, comienza a moverse solo, sin que él intervenga. Con temor por tu vida, sales corriendo de allí.

La cápsula se comienza a agitar como si estuviera poseída por algún tipo de demonio. Luego se queda quieta. No se supone que haga eso. Unos segundos después comienza a desarmarse, poco a poco, hasta quedar solo el armazón para, en seguida, reorganizarse en un cuerpo similar al de un gusano.

Era siquiera posible que... ¡No! No podía haber sucedido esto.

El sujeto comenzó a gritar que debemos alejarnos, huir de allí y volver con armas si es posible. Eso, más lo que le había sucedido a su cabina, te ponen en alerta, al igual que a Rtw'kvt. Redoblas tu paso sin importarte nada. Cuando están a buena distancia detienes al sujeto para interrogarlo.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? ¿Qué es ese artefacto suyo que acaba de transformarse?

—Mi nombre es Rlin, soy... era observador de la nave Mullen de la flota de Gornimar. Lo que estaba a mi lado cuando llegaron era una capsula de escape, pero ahora es el cuerpo de una peligrosa inteligencia artificial.

—¿Qué es una inteligencia artificial? No importa, como dijo, si supone un gran riesgo, debemos ir por armamento —se apresura a decir Rtw'kvt— ¿Qué clase de armas necesita?

—PEM, armas de energía, cualquier cosa que pueda desintegrar metal...



—No sé qué sea el PEM del que habla, pero puedo fabricar un cañón de energía. ¿Es posible desintegrar metal? —preguntas, curioso—. No sabía que fuera posible...

“Al parecer no son muy avanza...” Rlin detuvo su análisis de la situación. No podía creer lo que veía. ¿Cómo podían estar tan atrasados si tenían aquello? Una pequeña esfera de antimateria rodeada de anillos apareció en la mano de uno de los seres etéreos.

—Tal vez esto pueda servir —dices, incauto.

—¿Cómo demonios consiguieron eso?

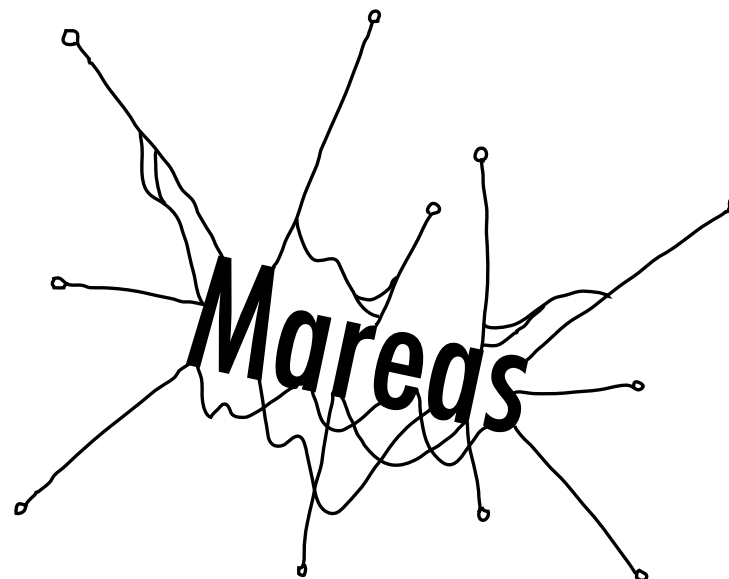
—El Orbe de la Vacuidad Explosiva es la reliquia de la gente superior que más se ha buscado a través de los tiempos. La encontramos en una de las minas que hay bajo la superficie del mundo.

—¿Gente superior? ¿Podría describirlos?

—Eran similares a usted, pero tenían dominio sobre el tiempo y la energía.

No podía ser cierto, eran los ancestros. ¡Ellos habían habitado aquí antes de colonizar Gornimar!

—Somos descendientes tardíos de ellos. Según las leyendas engendraron más de cien especies antes de desaparecer por completo.



Daniel Felipe Londoño

*Canción de despedida  
Salió una noche el hombre a la espera  
con rumbo a un lugar que era prohibido,  
el alma ardiente yace en su cuenca  
buscando llenar un frasco vacío.*

Sirena tomó la botella del mostrador y, con un delicado movimiento de muñeca, consiguió descorcharla, mientras que, con la otra mano, inclinaba la base para derramar el vino. Este fino y sensual movimiento, sin darse cuenta, lo había perfeccionado a lo largo de sus años en las tierras del sur. El vino corrió por el cuello de la botella y enhebró como un hilo rojo el ojal de la copa que descansaba en la barra del bar.

Eran tiempos fríos, pero alegres, en aquel lugar. La posada siempre estaba a tope y los marineros no tenían nada más que hacer que amontonarse en la cantina noche tras noche y beberse las riquezas que lograban apiñar durante el verano. El viejo señor Ucha solía decir que en invierno solo hay tres actividades en el puerto: beber, matar y romper tus votos matrimoniales. Sirena no disfrutaba de estas actividades, fue-

no, de la tercera sí, pero su verdadero pasatiempo era esperar: esperar, mirar y escuchar. En el día miraba como la marea se encimaba sobre los bloques de hielo salado que se formaban alrededor de los cascos de los barcos atracados en el muelle, le gustaba la soledad del mar, el color verde que tomaba el hielo bajo la madera y las algas muertas, el olor metálico limpiando las cavidades de su nariz y la humedad del viento, incluso en un invierno tan frío como este. En la noche se la pasaba en la cantina, llenando copas y limpiando mesas mientras ignoraba con veteranía los avances de ancianos borrachos y jóvenes marineros que probaban suerte con ella, entre tanto, escuchaba los versos de los trovadores y sus melodías, recuerdos de tiempos más simples, canciones que había escuchado mil veces; esta era su favorita.

El hombre anhelaba palabras eternas.  
Dichoso y jovial seguía un destino,  
mas nuestro destino es de estrofas malditas  
y voces secretas y espinas y vino.

Se distraía también mirando las caras de los hombres al entrar al establecimiento, podía leer fácilmente las líneas de sus rostros, sus penas, sus anhelos, y las pulsaciones en sus pechos que acompañaban fugazmente las trovas del juglar. Buscaba un hombre especial, un corazón que cantara una canción diferente, un amante quizá, o un hombre avaro en busca de fortunas, incluso un corazón desgastado y roto, era una reliquia para Sirena, que hacía tiempo no sentía el suyo latir, sin embargo, hombres como esos no se ven todos los días y Sirena esperaba pacientemente el día en que uno atravesara la puerta y se fijara en ella.

A nadie especial la mujer cantaba,  
sin embargo, su voz encontraba oídos.  
Desde mar y tierra se oye su balada  
de deseo y hambre, de oscuros ritos.

Tomó la copa de vino y, sonriendo, se la llevó a los labios. Miró como recorrían la habitación los arpegios de su canción, desplazándose por el cielo raso y cayendo como gotas de lluvia sobre los borrachos y los bailarines. El trovador parecía perdido en otra canción, en otra versión de la misma canción, su expresión era taciturna, y su tono de voz gélido en contraste del silbido alegre de su instrumento. Volteó a mirarla y tomó un respiro. Al mismo tiempo rasgó las cuerdas de su laúd que dejó escapar un sonido atonal que irrumpió en la im-

provisada pista de baile... un suspiro de vientos del norte, un acorde de las tribus celtas de las montañas, un susurro que heló la sangre de la camarera. ¿Cómo puede ser posible? —pensó Sirena con los ojos fijos en el rostro del trovador—. ¿Cómo es que no percibí tan preciosa gema antes?

Sirena, que sabía leer el alma de las personas en las comisuras de sus ojos, en los quiebres de los labios, y los poros de la punta de la nariz, se hizo a la tarea de descifrar al hombre del otro lado de la habitación, sin querer darse cuenta de que este la observaba también.

Amantes se hicieron en dos lunas llenas,  
cantaron canciones a dioses y amigos,  
pero un hombre sensato jamás se enamora  
de bellas canciones y alegres sonetos.

Un niño llora bajo la silueta de un hombre ahorcado en la cima de una colina, el sonido de las gaviotas, el romper de las olas, la suave brisa salada del viento arrastrando las hojas de árbol donde descansaba el cadáver amarrado por el cuello... La mujer se encontraba perdida, profundamente hipnotizada entre los pastos verdes de los ojos del trovador, sentada en la base de la colina del ahorcado, apoyada en la barra de una de las muchas cantinas de las tierras del sur. El joven místico, la razón musical de su trance, tampoco paraba de mirarla, con cada arpegio se acercaba más a su territorio, eludía con experticia los brazos y piernas y las pintas de cerveza que se le atravesaban en su camino por el comedor convertido en gran salón de baile. Nunca le quitaba los ojos de encima. Cantaba, bailaba y tocaba el laúd, se balanceaba de izquierda a derecha como moviéndose en un barco o como el borracho que finge no estarlo. Sirena sintió su aliento por primera vez cuando ya estaba cantándole cara a cara la última estrofa de la canción, le recordaba el olor de las orquídeas que crecen más al norte en las montañas, flores que ahora podía ver claramente en la cima de la colina.

Y nunca existió una mujer que cantara,  
que tuviese en su pecho un corazón,  
por eso el día que el hombre marcó su final  
fue el día en que su voz conoció.

De pronto ya no se encontraba en la base de la colina sino encima mirando sus diminutas manos llenas de lágrimas y sudor y sus



rodillas tocando el suelo, posadas sobre la manga roja de sangre aún fresca. Levantó la cabeza. El cadáver de la silueta ahorcada ya no tenía nada de silueta, un líquido rojo brotaba de una cicatriz a medio cocer en su pecho, trazando un caudal multiforme de riachuelos rojos que se separaban y se trenzaban una y otra vez hasta llegar a la punta de su zapato derecho, desde donde caían como goteras al pie del árbol, su camisa estaba abierta por el pecho y una de sus manos sujetaba la cuerda por el cuello. Alcanzaba a escuchar el murmullo de una canción melancólica, la voz de una mujer tarareando a lo lejos y dentro de su cabeza, entonces la vio. Una mujer esbelta y preciosa, de piel canela y ojos del color de la luz de la luna, lo miraba desde la base de la colina mientras cantaba para sí y se acomodaba el vestido sobre los hombros, cubriendo su pecho expuesto.

El hombre había terminado de cantar y se encontraba sentado al frente de ella, con los brazos apoyados sobre la barra del bar. Sirena parpadeó tres veces antes de mirarlo bien, era tan apuesto, sin embargo, tenía el pelo enredado y bolsas gigantescas debajo de cada ojo. Esos ojos, que habían sido verdes momentos atrás, eran ahora grises, casi blancos. Su sonrisa era delatora y engañosa como la de todos los bardos que ya le habían sonreído.

Sirena retomó la calma y sacó una nueva copa de vino que puso frente a la suya y llenó ambas con la botella ya destapada, le acercó una a su pretendiente y levantó la suya.

—Por esa hermosa canción y las que nos alegrarán el resto de la noche. Eran las primeras palabras que pronunciaba en toda la noche.

—Y por la musa que me ha inspirado a interpretarla de una forma especial —respondió el trovador locuazmente—. Podría jurar que te he visto en algún lado, en un sueño, ¿tal vez? Los dioses no me bendijeron con el don de la memoria, pero incluso un necio como yo, recordaría la perfección si la ha visto.

Sirena frunció el ceño y tomó un sorbo generoso de la copa de vidrio, el aprendiz de galán hizo lo mismo, y al ver que la mujer no ofrecía su nombre, decidió jugar sus cartas. Su nombre era Eder y provenía de una tierra que la mujer ya conocía.

Con la bebida y el tiempo, Sirena se fue enterneciendo con la criatura que la acechaba, sus padres habían muerto quince años atrás en la guerra y su hermano mayor murió dos años después mientras trabajaba en el campo. Para entonces el niño tenía diez años y sabía tocar el laúd. Desde entonces se ganó la vida en el pueblo tocando y escribiendo para vecinos y dueños de tiendas y restaurantes. A los quince años dejó el pueblo para viajar hacia el sur en busca una melodía que había escuchado de niño, eso decía él, pero Sirena descubrió que le gustaban más las mujeres que las canciones y que a su corta edad ya cargaba con él una amplia lista de desventuradas doncellas, sin embargo, decidió que le gustaba el muchacho y se lo llevó a su habitación en el segundo piso.

Era la única habitación con salida al balcón que daba al mar en la parte de atrás de la cantina, a su lado estaba la de Ucha, el dueño del lugar, y más adelante, el lavadero. Sirena tomó al hombre medio borracho y lo metió en la cama. Por alguna razón se rehusaba a que lo hiciera. Mientras masculaba protestas ilegibles, trató de ponerse en pie varias veces hasta que al fin se conformó con medio sentarse en el borde de la cama.

—Lo mataste —lo escuchó decir entre murmullos. Le dio la espalda, abrió el escaparate de ese lado de la habitación y se concentró en las prendas que descansaban ahí dentro.

—Te vi matarlo —dijo Eder esta vez con más fuerza, tratando de sonar sobrio. Se acomodó con los dos brazos en las sábanas y se quedó mirando fijamente la silueta de la mujer. Ella tomó un camión y lo sostuvo contra la luz de la luna que entraba por la puerta del balcón.

—¡Hmm! —exclamó ella, fingiendo desinterés—. Lo cierto es que estaba asustada y a la vez intrigada —¿Qué dices, amor? Su voz tomó un tono juguetón.

Eder respiró hondo y luego suspiró, resignándose a su estado de ebriedad. (Así no era como se había imaginado este momento, el momento culmen, la entrada triunfal antes del desenlace). Miró a su enemigo que tranquila y sensualmente se removía el vestido de seda y plumas de sus hombros, dejando expuesta la parte de arriba de su espalda.

—A mi hermano, lo mataste.

Sirena se quedó helada. De repente la visión la atacó como el destello de un relámpago: el niño llorando, la silueta de la mujer, el hombre ahorcado, la colina; él era el niño, la había seguido hasta aquí. Se dio la vuelta con medio vestido entre las manos, se podía ver fácilmente la horma de sus senos bajo la tenue luz de la puerta del balcón, sus pezones atrapaban la luz como redes de pesca y entre los dos, en la mitad del pecho una línea recta dibujada desde la clavícula hasta la base de sus pechos.

—Yo no lo maté, él se colgó. Sentía su corazón palpar a toda velocidad, el chico estaba pálido como un fantasma, un fantasma de hace trece años la había venido a visitar. Dio un paso hacia la cama y Eder se tiró hacia atrás lo más que pudo, arrastrándose de espaldas entre las sábanas. Ahora podía verlo bien, sus rasgos eran finos y delicados como los de su hermano mayor. Desde esa posición todavía parecía un niño. Eder, sobrio y sudando frío, sacó un cuchillo de su cinturón y lo apuntó contra Sirena.

—Le arrancaste el corazón del pecho —dijo con voz desgarrada— ¡mataste a Simón!

Una sonrisa depredadora se formó en los labios de la sirena (pobre niño, está perdido). Dio un paso más en dirección a Eder. —Esa canción—dijo—. El recogió las piernas y la miró intrigado por su respuesta. La que me cantaste en el bar, ¿esa canción hablaba de mí? Se sentó en un borde de la cama. El niño ya no le apuntaba con su juguete y su mirada se debatía entre el disgusto y la admiración.

—Habla de los de tu clase —respondió desafiante. La sirena lo miró tiernamente. Esto ya no era por su hermano, nunca lo fue.

—Pero, esa canción no es de venganza, ¿no es así? Es otro tipo de mensaje, otro ritmo, otro color. El niño la escuchaba como escucharía a su madre antes de salir de casa.

—Es una canción expectante, una canción de amor.

—¿No tienes curiosidad de saber por qué?, ¿por qué tu hermano se quitó la vida? Se empezaban a formar lágrimas en los ojos grises,

el cuchillo yacía descartado en la cama y la mano empuñada contra el colchón.

—Era tan buen chico... Te amaba, ¿lo sabes? Le acarició la mejilla fría con la palma de la mano, su corazón estaba contento, palpataba como nunca lo había hecho, la línea entre sus pechos empezó a separarse creando una cavidad de la que emanaba un resplandor rojizo.

Eder balbuceaba el nombre de su hermano mientras la sirena lo acariciaba y se acercaba cada vez más. Su ahora estaba desempañada, su miedo desaparecido, su ira subyugada. El niño cerró los ojos y escuchó la voz de la mujer tararear en su oído.

\*\*\*

El sol resplandecía con vigor sobre la marea matutina, los bloques de hielo, cada vez más delgados, chocaban unos con otros en el puerto. El viejo Ucha salió por la puerta de atrás de la cantina para orinar en el muelle antes de irse a dormir, estuvo toda la noche atendiendo el bar desde que la camarera y el trovador decidieron escaparse a quién sabe dónde y dejarlo solo con una multitud de marineros ansiosos por vino barato y una canción de segunda.

Cuando suba a su habitación, si la veo acostada con ese sinvergüenza, los echaré a su suerte —pensó mientras terminaba de vaciar su vejiga—. Sintió el tacto del sol en su cara. Pronto llegará el verano y las cosas se calmarán un poco. Decidió que tomar el sol le haría bien y salió un poco más hacia el muelle principal en donde escuchó la voz de una mujer cantar.

Salió una noche el hombre a la espera con rumbo a un lugar que era prohibido.

El alma ardiente yace en su cuenca buscando llenar un frasco vacío.

El hombre anhelaba palabras eternas,  
dichoso y jovial seguía un destino,  
mas nuestro destino es de estrofas malditas  
y voces secretas y espinas y vino.

A nadie especial la mujer cantaba.  
Sin embargo, su voz encontraba oídos,  
desde mar y tierra se oye su balada  
de deseo y hambre, de oscuros ritos.

Amantes se hicieron en dos lunas llenas  
Cantaron canciones a dioses y amigos  
Pero un hombre sensato jamás se enamora  
De bellas canciones y alegres sonetos

Y nunca existió una mujer que cantara,  
que tuviese en su pecho un corazón.  
Por eso el día que el hombre marcó su final  
fue el día en que su voz conoció.

### Desechos en la playa

Esta sociedad se corrompió hace mucho tiempo. Por más que siempre quieran mostrarnos el lado bueno, por más que nos quieran vender esa utopía donde todos estamos sonriendo, por más que nos vendan esos “lujos” tecnológicos, por más que nos escapemos a ratos de la realidad, terminamos enfrascados aquí, donde todos creen ser libres y estar en lo correcto y los que están inconformes, simplemente se quejan. Quizá yo encaje ahí. No estoy diciendo que no haya esperanza alguna o que sea imposible sobrellevarla, pero esta sociedad y esta forma de vivir nos está consumiendo en muchos sentidos. Pensar en esto no me da ningún consuelo, pero no puedo evitarlo. Suele pasarme en noches como estas cuando mi canalizador se queda sin batería y no puedo inducirme una emoción más tranquila, aunque quizá no poder usarlo me devuelve cierta humanidad, esa carga de desasosiego que he oído mencionar tantas noches. Ojalá haya una llamada hoy y así pueda tener una razón para salir de la casa y distraerme un poco de esta nauseabunda sensación.

Tengo un código S en mi reloj-transmisor. He tenido más interacción con él en una semana que con el brazalete multifuncional en seis meses. En este último solo recibo mensajes familiares cada año para que mi hermana se cerciore de que sigo con vida. El reloj-transmisor es un viejo modelo que usaba mi padre. Debido a su medio de transmisión WEP su señal pasa desapercibida para la red de datos que maneja el resto de dispositivos de comunicación y sus mensajes solo son captados por otros relojes, es decir, somos invisibles.

No creo ser capaz de conducir en este momento, así que llevaré el maletín y tomaré el subterráneo, el sujeto no vive muy lejos y a esta hora no hay demasiada gente en las calles. Dormí aproximadamente una hora y creo que la falta de sueño está haciendo que me distraiga fácilmente, será mejor que esté concentrado si quiero hacer las cosas bien. Aprovecho que estoy sentado en el tren para ponerme los guantes, el gorro y las botas, además, reviso bien mi equipo. Después de caminar tres calles desde la estación Puerta Azul veo el edificio típico de esta zona de la ciudad. Unas escaleras viejas y de concreto llevan a una edificación aparentemente moderna en el exterior, pero con paredes todavía en concreto o ladrillo, cubiertas por la aleación de metales mezclada con la fibra de vidrio que hace parte del 70% de las edificaciones de la ciudad. El elevador es todavía de botones y parece funcionar con cableado y poleas.

Disfruto de ese silencio ligeramente interrumpido por el sonido de los cables a esta hora de la madrugada. El apartamento es en octavo piso según el código y tiene una entrada particularmente extraña, una puerta de madera sin ningún tipo de mecanismo de reconocimiento ni timbre, supongo que golpearé.

Un hombre de aproximadamente setenta años me abre la puerta. Tiene un semblante bastante familiar para mí: un viejo suéter ligeramente deshilachado en las mangas, un pantalón de mezclilla y unos viejos lentes sin ningún tipo de mecanismo o tecnología. Me da un débil estrechón de mano mientras me mira a los ojos y asiente con la cabeza.

—Bienvenido. Entre antes de que alguno de los viejos de este piso lo vean —dice el hombre. Extiende su mano y me señala la sala mientras cierra la puerta con suavidad. Yo me dispongo a poner el maletín en el suelo, él entra a uno de los cuartos contiguos a la sala y sale rápidamente, me extiende la mano en señal de que tome asiento y sirve un vaso de lo que parece ser whisky. El hombre vive aparentemente solo y su casa está llena de artículos viejos, televisores, despertadores, computadores y demás. Aparentemente no hay ningún sistema o asistente de limpieza y la sala está llena de polvo. Hay un viejo tapete grisáceo bajo una mesa de madera desgastada y decolorada con rastros de líquidos derramados y algunos rayones, que me recuerda mucho a la que solía tener mi abuela en su habitación. Las sillas son muebles reclinables que desentonan

un poco con el entorno, pues no parecen tener más de cinco años y tienen mecanismos de movimiento y desplazamiento.

Como dicta el procedimiento, le digo al hombre que se siente porque primero necesito hacerle unas preguntas. Todas están inscritas en un formulario que ya me aprendí de memoria y que no necesito sacar. Antes de hacer la primera pregunta el hombre me ofrece algo de beber. —Tengo té, infusión de electrolitos de café y de naranja y, por supuesto, whisky —expresa mientras saca un vaso de la vitrina que está entre la sala y la cocina—. Yo le digo que un trago me sentaría bien.

—Es increíble que lo más natural que podamos conseguir en el mercado sean estas infusiones absurdamente saborizadas cuando mi padre podía, a un precio moderado, conseguir una fruta o ir a un buen restaurante por un jugo. Ahora todo está mezclado, todo es fabricado y hecho “a la justa medida” como dicen todas las publicidades de este absurdo sistema... Perdóneme por desahogarme así con usted, pero la verdad es que tampoco hablo con mucha gente y supongo que estar llegando a este punto me hace perder un poco esa inhibición que todos esperan para esta “sociedad perfecta” —dijo el hombre mientras servía dos vasos de whisky sin hielo y me entregaba uno de ellos.

—No se preocupe, créame que estoy acostumbrado a ciertos desahogos, y si creyera que la sociedad está siquiera cerca de algún tipo de perfección, no sería yo el que estuviera aquí en este momento, haciendo lo que hago —le respondí— y procedí a tomar un generoso trago que me subió un poco la temperatura y me aclaró la garganta.

El hombre se sentó, tomó un trago, se apoltronó en su silla y me miró a los ojos. —Ahora sí, empecemos con esto —me dijo.

Mientras pensaba en hacerle la primera pregunta se me vinieron a la mente muchas de las cuatrocientas once personas que he asistido en estos diez años, sus rostros se empezaban a mezclar, quizá muchos de los recuerdos que tengo de ellos y sus historias están revueltos, pero tengo tres perfectamente claros: el primer código que tuve, un hombre mayor con una actitud muy parecida al hombre con el que me encuentro en este momento, y el niño y su madre, completamente paralizados, caso que todavía me genera cierta ansiedad

y fue por mucho tiempo la razón del uso de mi canalizador. Pero es lo que hago y en cierto modo me da un propósito dentro de esta sociedad enferma, al menos eso creo.

—Bueno, lo primero que tengo que preguntarle tiene que ver con su papeleo y sus registros. ¿Qué afiliaciones tiene? —le pregunté.

—Tengo una afiliación a la fábrica GoCorp, donde trabajé cuarenta años, pero no he recibido ninguna notificación desde que recibí el último pago por jubilación hace cinco años. Tengo otra del club Pluma de Plata que tampoco he usado en los últimos años y menos he recibido una notificación. Y en cuanto al sistema de salud, tuve la afiliación de GoCorp al hospital Deller, pero creo que desde el último pago de la jubilación ya no me sirve. Ustedes desactivan todas las cuentas, ¿cierto?

—Algo así. Rastreamos sus datos según su número de identificación y sus marcas para poder borrar del sistema lo que pueda exponernos, también transferimos sus pertenencias a nombre de alguien que usted nos suministre para que no haya nada irregular y, obviamente, evaluamos si se trata de un ciudadano muy activo en el sistema para saber si procedemos o no y cómo hacerlo. Hay casos especiales en los que la persona quiere ser encontrada y ya se toman otro tipo de medidas. ¿Tiene usted hijos, familiares o amigos que puedan hacerse cargo de sus cosas?

—No, no hablo con mis hijos y no me he relacionado con nadie en los últimos dos años, aparte de los saludos esporádicos en el mercado y acá mismo en el edificio.

—¿Entonces prefiere que registremos este lugar como inhabitado? Eso nos obligaría a dejar todo el apartamento vacío ¿Es eso lo que desea realmente?

—Sí, al fin y al cabo, estas cosas, todo este desorden, al único que le importan verdaderamente es a mí y no creo que nadie sintiera algún apego por ellas en esta sociedad que solo se interesa por lo nuevo. ¿Ustedes qué harían con todo esto?

—Lo que se pueda fundir se hará, lo que no tenga ninguna marca o identificación electrónica puede tirarse o almacenarse, lo más

grande como muebles, camas y demás, también se tira o se destruye dependiendo de su facilidad para cargarlo y desarmarlo.

—¿O sea que se quedan con algo?

—Todo depende de usted, para serle franco a mí no me gusta quedarme con objetos después de terminar el trabajo ya que generalmente son objetos un poco cargados de significaciones que no me pertenecen y ese tipo de recuerdos no me brinda ninguna satisfacción o comodidad. No tiene que ver con mi ética ni mucho menos, sino con la carga emocional que esos objetos traen consigo y es algo a lo que no estoy acostumbrado.

—Está bien. No quiero ser imprudente o especulador, pero he escuchado que ustedes venden algunas de las cosas que toman —me preguntó mientras miraba una pila de libros que tenía al lado de la mesa de la sala.

Lo miré fijamente a los ojos. —Solo si usted lo desea, es una de las formas de financiar los equipos y el personal que tenemos, pero le repito, solo si usted lo desea y espero confíe en mi palabra.

El hombre sonrió con la mirada en su vaso vacío. —Es extrañamente fascinante la forma en la que funciona su organización, al contrario de cómo funciona el mundo y la sociedad actual, ustedes ofrecen servicios que se basan en tratados y acuerdos de palabra, no hay registros, ni firmas, no hay permisos, no hay licencias... y así logran ser una organización menos cínica que cualquiera que se me ocurra en este momento, aun cuando representan un tabú tan grande como la muerte. Luego de decirme esto, volvió a sonreír y me miró. —Además de su símbolo, algo tan poético que rompe con el esquematismo de esta sociedad tan tecnificada y funcionalista... las Sirenas con su último canto antes de que nuestro barco zarpe...

Esbocé una leve sonrisa y le dije: —sinceramente no todo es tan poético... Lo miré y abrí los ojos esperando que me dijera su nombre, a lo que él respondió cordialmente: —Eder.

—Nosotros trabajamos con algo que empezó a ser una necesidad para la sociedad, pero no empezamos esto para actuar filantrópicamente ante los que nos necesitan, pues como usted sabrá, cobramos algo de

dinero. No estamos haciendo una sociedad mejor ni estamos construyendo un espacio para que ello ocurra, todo lo contrario. Nosotros tenemos clientes, códigos que debemos cumplir y por los cuales hay un pago. Con un movimiento de su mano izquierda, me interrumpió.

—No estoy diciendo que lo hagan, pero han logrado salir de ese cinismo que rige el resto de organizaciones de este mundo por medio de las cuales el gobierno nos pinta una libertad sin límites mientras nos coarta de nuestros verdaderos sentimientos con esos condenados canalizadores, nos ubican donde sea más pertinente para ellos y trabajamos a su servicio; frente a lo que necesitan que hagamos, no hay libre elección. Nos llenan de información y de aparatos que están constantemente diciéndonos cómo debemos vivir, nos mencionan que debemos ser unos seres “adaptables” ... pero ¿a qué? Adaptables a sus nuevas imposiciones tecnológicas, a sus nuevas formas de control, nos están supeditando actuar y reaccionar como ellos esperan, como ellos necesitan. Es una espiral de cinismo enfermiza. Me parece que es eso lo que empuja a la sociedad a límites, como lo que hacen ustedes. El derecho a tomar decisiones propias solo se puede ejercer por debajo de la ley. Es eso a lo que me refiero, ustedes no se ven atrapados en esa espiral de cinismo, pues usted mismo me está hablando claro y con la verdad, y en cierto modo escogió este trabajo, el gobierno no lo ubicó en él, ustedes realizan algo que no está imponiendo el sistema.

Eder suspiró y se paró de su silla, tomó la botella de whisky, llenó su vaso y estiró la mano con la botella hacia mí, en señal de ofrecimiento, a lo que asentí con la cabeza. Mientras tomaba un trago y miraba el maletín abierto con el nebulizador apenas asomándose, pensaba en cada una de las palabras de Eder. Nosotros sí hacemos parte de esa espiral, pues al fin y al cabo estamos trabajando debido a una necesidad creada por el sistema y no hacemos nada más aparte de seguir los códigos y terminar el trabajo. Querámoslo o no, tanto Eder como yo estamos atrapados con la misma enfermedad de todo el sistema, pues pese a quejarnos y romper con los esquematismos dictados por la sociedad, solo estamos evadiéndola... él se va para siempre y yo me dedico a aplicar paños de agua tibia a solo una de las ramitas de un árbol podrido.

—Discúlpeme —me dijo Eder, sacándome del trance en el que había entrado por las palabras que revoloteaban en mi cabeza. ¿Más whisky?

—Gracias, así estoy bien, procedamos —le dije— ¿Tiene cuentas o fondos bancarios activos?

—No, ya hice todo eso que me habían dicho la primera vez que los contacté. Tengo que admitirle que, aunque es algo que quiero, estoy algo inquieto.

—No se preocupe, no es el único y venimos preparados para eso, ¿desea un relajante?

Eder sonrió. — No, gracias, eso iría contra todo lo que he estado diciéndole y lo que creo, quiero irme lo más humanamente posible —dijo—.

Ahora venía la pregunta más difícil para ambos, la que más arrepentimientos ha causado y la más complicada de escuchar. En este caso, Eder me ha hecho sentir identificado, me inquieta con su forma de pensar y con las pocas cosas que puedo observar de él que me resultan tan familiares... En días como este, sin catalizador, me abrumo. Entrecrucé los dedos de mis manos, las puse sobre mis muslos y le pregunté: — ¿Por qué tomó esta decisión?

Eder suspiró, tomó el vaso vacío en sus manos y me dijo mirando sus libros: —estoy enfermo, no solo físicamente. Me enferma este sistema que se nos ha impuesto con más fuerza cada vez, sobre todo, la forma en la que la misma sociedad se ha quedado callada al respecto, me enferma que a los que nos importa no hacemos absolutamente nada y nos dedicamos a quejarnos del otro. Yo sé que soy uno de ellos y sé que estoy envuelto en la misma espiral de cinismo que le mencioné antes, pues he vivido diez años aquí, como un ermitaño, buscando mi supuesta humanidad arrebatada por el sistema, cuando en realidad fui yo quien se despojó de ella, hace mucho tiempo... Ya estoy cansado, viejo y enfermo y no tengo ganas de seguir en este plano sujeto a un catalizador o una realidad virtual para estar bien, quiero irme en el estado en el que disfruté mi vida, con mis propias emociones y convicciones. Quiero tener las agallas para, al menos, largarme de una vez por todas. Esta lucha ya no es mía y cuando lo fue, no hice nada al respecto.

—¿Está seguro de que esta es la salida? —le pregunté.

—Pues no quiero vivir en una sociedad tan desinteresada por la humanidad —me dijo mirándome a los ojos—, tan desinteresada por la vida real. Me mostró una noticia en su Pad sobre una joven profesora y su hijo que habían contraído un tipo de cáncer que

avanzó más rápido que cualquier otro caso en el mundo, en tres días cayeron enfermos y murieron. Vivían contiguo a un transmisor de señal XAT que todos los medios aseguraron que eran ondas totalmente inofensivas.

—Miró el maletín y, con seguridad, me dijo: —estoy listo.

Preparé todo mi equipo, saqué el nebulizador y lo puse sobre la mesa de madera, luego tomé los audífonos y por último el Mercitrón. Eder estaba muy tranquilo, mucho más que el resto de casos que había tenido, parecía que ya conociera el procedimiento.

—¿Ya conoce el equipo? —le pregunté.

—Estoy algo familiarizado con el Mercitrón —dijo mientras asentía varias veces con la cabeza.

—¿Procedemos? —le pregunté. Él respondió asintiendo con la cabeza de nuevo, cerró los ojos y se recostó en la silla.

—Disculpe, ¿ya suministró la información de su identificación la primera vez que nos contactó?

—Sí, ya todo está hecho —esbozó una ligera sonrisa con los ojos todavía cerrados.

—Bueno, ahora le voy a pedir que me permita ponerle el nebulizador primero y luego los audífonos. Había hecho esto cuatrocientas doce veces y nunca había estado tan inseguro como ahora, me temblaba la mano izquierda, pero Eder seguía tranquilo, con los ojos cerrados. Tomé el nebulizador con la mano derecha y pasé la banda elástica por detrás de su cabeza, todavía temblando, tomé los audífonos y oprimí el botón para luego ponerlos sobre sus oídos. Ya estaba todo listo, conecté el nebulizador al tanque anestésico y el Mercitrón al tanque de pentobarbital, los dos integrados al maletín. Miré fijamente a Eder esperando la señal de inconciencia para usar el Mercitrón. Algunos segundos antes de quedar inconsciente abrió los ojos y me sonrió.

—Sí es poético, el sonido del mar, las sirenas llevándome lejos de aquí —dijo.

Quince minutos después, yo mandaba un código para que llegara el equipo de limpieza y recolección de artículos, que estarían en menos de media hora llevándose el cuerpo de Eder junto con sus libros. Yo seguía allí, al frente del edificio de Eder, viendo como rápidamente los otros miembros del código sacaban algunas cajas y las metían en un camión, observaba los edificios y, como lo han hecho generaciones enteras en los últimos siglos, traté de pensar qué pasaría por la cabeza de cada una de las personas que los habitaban. ¿Por qué nadie era consiente de Eder o de mí? ¿Por qué ni siquiera yo era consciente de lo que estaba pasando? En eso nos hemos convertido: cajas, chips y números que entran y salen.

\*\*\*

Me encuentro transfiriendo el dinero a la cuenta de mi hermana y preparando un mensaje que le será enviado en 24 horas, junto con algunos objetos: el mismo reloj-transmisor de mi padre, dos libros de mi abuela y el sombrero que he usado desde los 18 años. No he tenido casos desde hace algunos años, pero hoy hay un código S.

Alguien toca la puerta levemente, creo que es la Sirena, le estrecho la mano, lo invito a pasar y le ofrezco algo de tomar. Luego de darle algunas opciones me recibe un vaso de whisky.

— Bueno, lo primero que tengo que preguntarle tiene que ver con su papeleo y sus registros. ¿Qué afiliaciones tiene? —pregunta mientras me mira a los ojos.

Ahora escucho las olas, acariciando la arena, casi puedo sentir la sal en la punta de mi lengua. Abro los ojos. Sí es poético, el sonido del mar... las sirenas llevándome lejos de aquí.

### La muerte heroica

—Deberíamos entrar — dijo el Pájaro—.

— No lo creo, todavía hay gente. Escucha. ¡Escucha bien! Aún se oyen algunas voces —respondió Sebastián—.

—Siempre dices eso. Para ti siempre hay alguien en todas partes. Además, no es una operación silenciosa.

—No es silenciosa, pero eso no significa que entres jugando al tiro al blanco. ¡Recuerda las instrucciones!

—¡Jah! Las instrucciones. Estamos acá, nosotros hacemos nuestras instrucciones. Solo hagámoslo.

Estaban de espaldas contra la pared, junto a la puerta delantera de la casa. Llovía un poco, lo que dificultaba que escucharan bien lo que sucedía adentro. Llevaban dos horas parados ahí, fumando, parecían perdiendo el tiempo, como cualquier otro de los rondaba el lugar. Las instrucciones eran claras: esperar a que el lugar esté vacío, entrar y destruir todo. Vaciar el lugar, entrar y destruir todo, había entendido el Pájaro.

Sebastián golpeó la puerta para verificar si aún había alguien. Inmediatamente se asomó una persona y preguntó: —¿qué haces acá? ¿Qué necesitas? — Sebastián balbuceó y preguntó por un nombre al azar. Antes de que le dieran cualquier respuesta, el Pájaro se asomó y disparó directamente a la cabeza de aquel sujeto.

—¡Qué te dije! ¡Qué te dije! ¿Por qué disparaste? Todavía hay gente dentro, van a salir muchos más —dijo Sebastián mientras corrían hacia el interior y se cubrían en un mueble.

—¡Ya qué! Que empiece la fiesta. Sebastián, coge bien el arma y dispara a todo lo que se mueva.

—Tú eres quien hace eso. Ya llevas un muerto encima esta noche.

—Las cosas son así. Solo así aprende la gente. Hay que disciplinarlos. Además, están por todos lados, son como una plaga. Es como en todas las misiones; después solo nos devolvemos a nuestras casas, nos cepillamos los dientes y nos dormimos. Quedamos como nuevos. ¿Entiendes el concepto? El resto solo es la experiencia, lo que vemos todos los días.

—Yo no quiero ver muertos todos los días. Al menos no tan cerca... Al menos no a los que mueren intentando matarme.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Ojo!

Era una casa antigua, de dos pisos, grande, con poca luz y de paredes gruesas. Dentro de sus cálculos esperaban recibir a unos pocos tipos, pues se suponía que para esa hora la casa estaba casi vacía. Había unos pocos muebles corroídos, la madera del piso se estaba pudriendo y sonaba mucho, las paredes tenían humedad, sin embargo, daba igual, los clientes del lugar no iban a admirar la decoración. Ellos solo estaban esperando cualquier señal de movimiento para empezar a disparar.

La madera de la casa sonaba cada vez con más fuerza, se escuchaban voces y gente corriendo. Azotaron algunas puertas, al parecer, eran muchos. La puerta principal seguía abierta y el cadáver del primer muerto de la noche impedía que se cerrara. Ellos estaban detrás de un escritorio de madera que no los cubría mucho, frente a ellos había un gran pasillo y, al final, una puerta y las escaleras.

—Pájaro, ¿qué tal si salen por otro lado y nos cogen de sorpresa por la principal?

—No lo creo. Ahí ven al man que maté, con eso sabrían que vamos en serio. Esto se va a prender en cualquier momento.

—Esta gente se está demorando. Hay mucho ruido y no pasa nada, puede que todos se estén escondiendo o escondiendo su mercancía.

¿Tú crees? Ellos vienen directo a matarnos. Solo quieren verte con una bala en la cabeza para después tirarte en algún potrero de la ciudad. Seguro fueron por las armas y despertaron a los que estaban dormidos. Hasta pudieron llamar a más gente. Ya te dije que son una plaga.

—No sé cómo hemos salido vivos de tantas. Muévete y cuida la entrada.

—Listo. Al que aparezca, me lo llevo.

¡Bang! ¡Bang! Sonaron dos disparos.

—Pájaro, ¿Qué pasó?

—Disparé para asustarlos.

—No tienes balas infinitas.

—Ellos tampoco son infinitos. Y con las que tengo me los llevo a todos.

—Vos no sos inmortal. Ten cuidado.

—Deja de cuidarme y preocúpate por ti.

“La muerte no espera. La muerte no espera”, repetía el Pájaro. Estaba de espaldas a la pared y ocasionalmente miraba hacia la calle. El muerto en la entrada no llamaba la atención, la calle estaba vacía y quienes aún la rondaban estaban acostumbrados a la muerte. Sebastián, más nervioso de lo común, seguía cubriéndose con el escritorio. Esperaba que en cualquier momento saliera un montón de tipos armados con más balas que puntería. Los pisos y las puertas seguían sonando. Sebastián y el Pájaro empezaron a sospechar que los de la casa ya tenían todo planeado, que estaban esperando una redada. Pero no sabían si era un plan de escape o uno para atacar. De repente, por las escaleras bajaron tres tipos armados, dos más, abrieron la puerta del fondo del pasillo y se alcanzaban a ver tres más frente a la puerta principal. Los disparos no se hicieron esperar.

El Pájaro tuvo que recargar su arma casi inmediatamente. Sebastián intentaba cubrirlo. Ya se escuchaban menos disparos y había, por lo menos, cuatro cuerpos tendidos en el suelo. Con el arma recargada, el Pájaro siguió disparando y los tipos de la casa se replegaron. En ese momento, salió y logró matar a otro mientras corría para alejarse del lugar.

—Sebastián, le di a otro —dijo el pájaro con cara de satisfacción—. Subamos las escaleras y terminemos esto, que con otros dos, acabamos con la casa. ¡Muévete!

Sebastián ya no respondía. El Pájaro se acercó a él, tomó sus signos vitales y seguía vivo. Hizo su cuerpo a un lado y siguió por el pasillo. Al subir las escaleras notó que el segundo piso también estaba vacío. Había una ventana al fondo por donde los demás habían salido. Sigilosamente se acercó a cada una de las puertas de las habitaciones del segundo. Golpeaba cada una de las puertas y se asomaba. En la tercera habitación que golpeó había una mujer joven.



—¡No me haga nada! No estoy haciendo nada.

—Póngase contra la pared.

—¡Solo váyase! ¡Váyase que no le conviene estar aquí! Siempre que alguien viene termina muerto.

—No me pasó nada allá abajo, no me va a pasar nada con usted.

—¡Váyase!, usted no se quiere morir.

—No morí abajo con todo ese plomo que hubo. Y usted es como mi recompensa. Relájese que no se va arrepentir de que yo haya llegado. Y si se escuchan las sirenas, no se asuste, con ellas viene la calma.

—Las sirenas solo traen más muerte.

La calma que reinaba en la casa después del tiroteo fue interrumpida por un forcejeo, por unos gritos, por un llanto. Entonces, se volvieron a escuchar disparos y los dos cuerpos quedaron tendidos en el piso. Las sirenas se empezaron a escuchar y en un instante la casa se llenó de policías. Había muertos por todos lados, la sangre había manchado la madera del piso, y Sebastián y el Pájaro no respondían a los radioteléfonos.

El Siglo  
3 de febrero

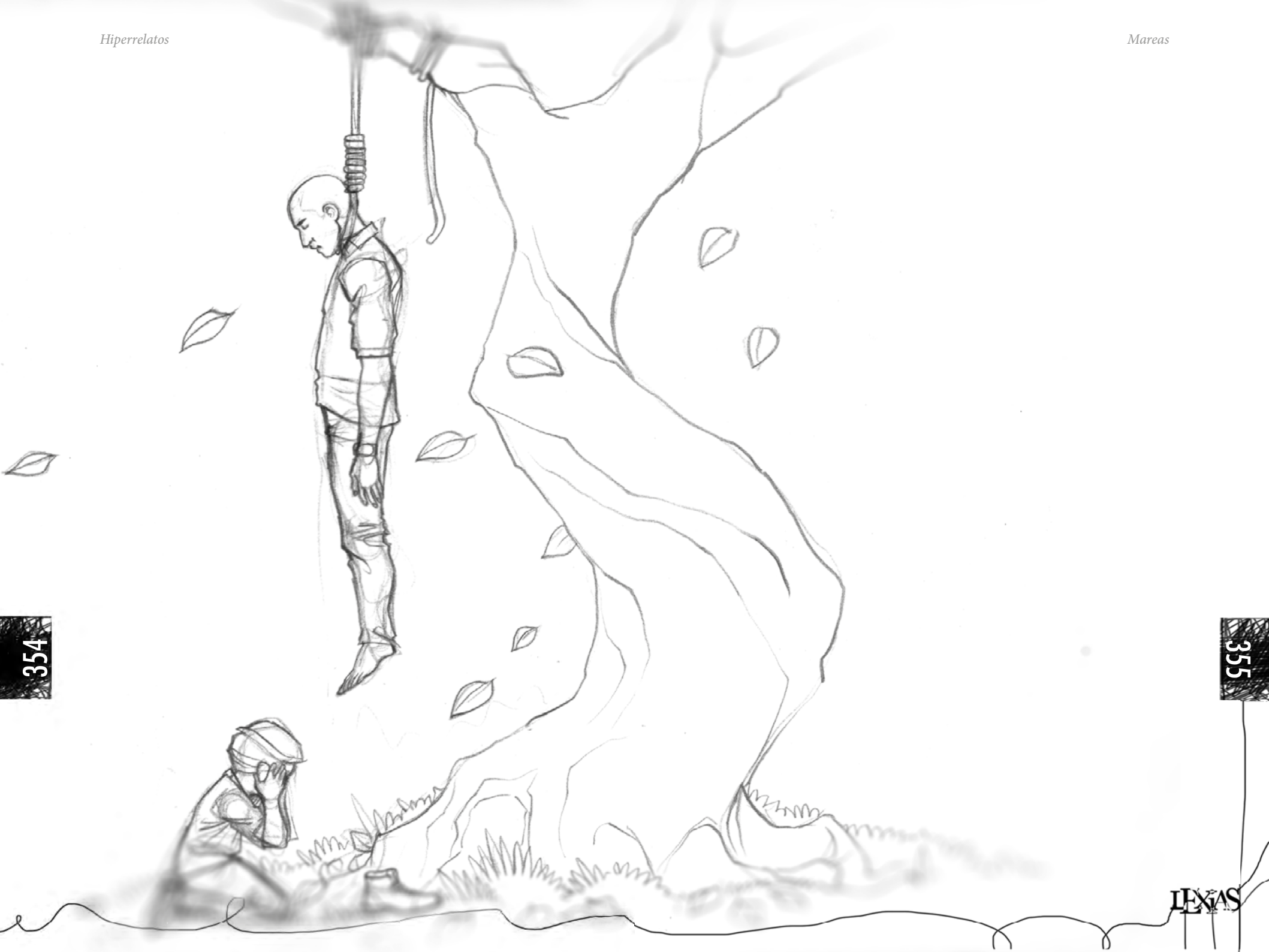
### **Tiroteo con bandas criminales deja dos policías muertos**

Según la fiscalía, los cuerpos tenían tiros de gracia. Ayer, a las 11 de noche, en una vivienda del barrio Navarrete, se registró un tiroteo que dejó como resultado la muerte de dos policías muertos que fueron ultimados por miembros de bandas criminales. Los policías, en cumplimiento de sus labores, realizaban una requisa de rutina a un habitante del sector. Las sirenas de las patrullas que se acercaban al lugar alertaron a los criminales y los hechos, que todavía son motivo de investigación, culminaron en el homicidio de los uniformados Omar Jaramillo y Sebastián Zambrano, quienes llevaban más de veinte

años en la institución. La Fiscalía confirmó que los cuerpos tenían tiros de gracia. En declaraciones, el comandante de policía, afirmó: “Este crimen no se va a quedar impune. La Institución realizará todo lo que esté a su alcance para llevar a los criminales ante la justicia. Por fortuna, no hubo ninguna baja civil.” Los restos de los uniformados serán sepultados con honores en la tarde de mañana.

### **Las Sirenas**

Todos conocemos más o menos como va el relato de Odiseo y las sirenas, recordamos vagamente al marinero amarrado del mástil mientras su tripulación, ensordecida, atraviesa el océano en barco. Las sirenas son cazadoras y sus voces son la carnada. Te besan en lo más profundo de tu ser, toman lo que más quieres y lo ponen a tu alcance, te envenenan, te devora, la sirena busca mujeres y hombres ambiciosos y los pone contra los hilos de sus propios constructos de vida, sus propias decisiones y motivos. Pero las sirenas no son mujeres, ni peces, tampoco son una criatura mitológica que los quimeriza como uno solo, son mucho más que eso y mucho menos, son un desamor, un escape de la realidad, son la nueva droga que ha salido a las calles, son una religión, un tiquete sin regreso a la luna, una bala a la cabeza, un cambio de sexualidad, un tatuaje, un billete de lotería, un viaje en auto a otro país, una ruta de escape rápido y sucesivo de la realidad. Además, son una catástrofe, una desgracia o un accidente esperando a ocurrir, después de todo, son cazadoras.





# De Tánatos e Hipnos

Juan Pablo Montoya

## Tánatos

La gorda López le prohibía salir que porque afuera solo había lacras y que le aseguraba que a su edad no la dejaban con las patas cerradas por más de dos cuadras. Una hembrita como vos, así como las llamaba a todas, no es más que carroña paz' los carroñeros del Hueco. Si bien era cierto que esa vieja estaba obesa y cada vez más calva, ninguna podía negar que se llevaba la comida a la boca gracias a lo que fuera que la mujer hacía para conseguírsela. De todos modos, la Layza ya estaba harta de estar metida en esa pensión. Más de una docena de culicagadas durmiendo en colchones meados por las ratas. Solo dos piezas y se acomodaban como podían, pero ¡qué carajos! Si eso era lo que había. Las otras piezas sí tenían camas y todo eso; pero eran para los clientes.

La Tata se había estado raspando los pelos de las piernas y no le había importado recogerlos del piso. Compartían un baño. Si la que los tiraba no los tiraba donde era, ninguna otra se iba a poner en esas. No lo decían, pero así era. Pues, era cosa simplemente de mirar el mugrero en el que estaban metidas. Eso era como que todas esperaban a que pasadas las 6:00 de la tarde, la gorda volviera del boleó y se pusiera con el trapero.

Pero es que esa situación se estaba poniendo peor últimamente. Ya casi todas pasaban de los 14 y ser mujer a esa edad era una mierda. Deysi también había empezado con la joda hacía poquito. Que se desmayaba cuando veía sangre, entonces vaya pues convéznala de que se acostumbrara a tener que secar sus propios regueros todos los meses. Bacana la sorpresa cuando entró en la ducha y ya los pelos de Tata estaban teñidos con la mugre de los pies de todas y lo del reguero de la otra.

Antier, la Layza había pasado la noche dando vueltas. Las pocas que se podían dar, porque compartía colchón con otras dos. La historia es que había tenido unos sueños todos raros. Siempre se le olvidaban. Entre más quería recordar, menos recordaba lo que soñaba. Pero, alguito de todo ese chorrero de bobadas que le pasaban por la cabeza se le había alcanzado a quedar en la memoria. Algo dizque del rojo de un árbol, los pensamientos como de otra persona, otra que también se sentía abandonada.

Siempre había querido saber quiénes eran los malparidos que la habían dejado botada cuando vieron que se habían encartado. Más bien el malparido. Porque la cucha, como ella le decía a la gorda, sí que le había contado que la mamá, que solo lo era porque la había parido, era una puta, de esas cualesquiera de Lovaina. En todo caso, la historia de ella no era muy distinta de la de las demás. Todas eran recogidas. Zánganas mantenidas por la cucha.

La gorda, de seguro, las quería. O que para algo las quería, ¿quién sabe? El hecho es que además de llevarles comida, les dio un televisor de esos viejos, pero viejos, de pantalla plana dizque LCD. Esas chatarras ya ni se encontraban, los únicos milagreros que las ponían en venta eran los recicladores de por la Minorista. Y claro, había quienes, como la cucha, las compraban. Lo que Layza sí podía decir era que a pesar de que esa máquina estaba acabada, no había sido ni tan mala compra porque todas se envolataban al medio día viendo noticias. Hacía ya meses que habían empezado a mostrar en esos canales extranjeros y luego en los nacionales y hasta en Teleanioquia, unas cosas todas raras de unos alienígenas. Que dizque virkones les estaban llamando. Que estaban haciendo contacto con ellos por los temas del petróleo y otras cosas.

En todo caso, eso había resultado ser verdad porque ya todo el mundo sabía que más de un país extranjero estaba llevado por las crisis,

que por la energía, que por el agua, que la contaminación... Colombia no se salvaba, las calles de Medellín ya estaban hundidas en el humo. A pesar de eso, desde 2027 hacía que los gringos habían terminado convirtiendo el país en una dizque potencia, no porque estuviera muy desarrollado, no, no se iban a gastar los dolarucos metiéndole a Suramérica, sino porque las paisas les gustaban para venir a pichar y pues, además, porque aquí todavía había harta agua.

Eso salió como por entre un tubo. Ellas que apagaban el televisor después del noticiero y los virkones esos que se regaron por el mundo. La gorda lo vivía diciendo, que esa gente se les iba a apoderar de todo. Y con justa razón. Ya muchas veces le había tocado ver que llegaban en unas camionetas, de esas modernas, de las últimas que se sostenían solas sobre el piso, y recogían a clientas y hasta clientes de los que se quedaban en la pensión. A ella no se le hacía raro, si los gringos se la pasaban bueno en Medallo, ¿por qué los virkones no iban a querer venir también a probar la carne paisa? Lo que sí se le estaba haciendo raro ya, era que la cucha no había vuelto. Ya eran las 9:00 a.m. pasadas y no había comida. Era que la gorda compraba lo del día. La plata no daba pa' más. Eran muchas bocas y muy pocos bolsillos. Layza sabía lo de que no debía salir por lo de las lacras esas y todo el cuento... pero, si la cucha no llegaba antes de las 12:00 a.m., le iba a tocar salir a buscarla.

## Hipnos

Continuábamos en silencio.

El ambiente alrededor ya se sentía suficientemente cargado con nuestro nerviosismo, sin embargo, la tensión de nuestros ánimos, tras la última discusión, todavía no había logrado desvanecerse. Por interminables minutos avancé callado, sumergido en mis pensamientos. Mi mirada se hallaba perdida, fija en el plumaje peculiar de aquellas aves a las que montábamos. Ella llevaba consigo una hembra de plumaje colorido, un tono purpúreo, incluso, parecía desprender una estela al avanzar, con unas cuantas vetas azuladas y su elegante figura esbelta y alta. Esos animales singulares me habían deslumbrado siempre. Él y yo montábamos en negro y rojo, respectivamente.

No lo sé, el carmesí siempre me había atraído. Para nosotros había sido antaño como un símbolo del poder, un color escaso entre nuestras prendas y raramente usado en la arquitectura antes de la guerra. Lo llevaban solo los nobles y no en todas ocasiones. Solía

ser un color solemne, como el que tiñe a los árboles en otoño. Pero, ahora lo portábamos, aunque con orgullo, como una marca más, ya no con el nacionalismo del pasado. Junto a las cicatrices que aún ardían en nuestras almas y nuestras tierras, nos había quedado la sangre bañando nuestras carnes y nuestras ropas. El orgullo de ahora no era el de un brillante imperio, sino el de una patria dividida y habitada solo por supervivientes. Esa era la paradoja de nuestro pueblo. La dolorosa alegría era haber sobrevivido a una guerra... sin un paraqué. Nos encontrábamos solos. Nuestros líderes pasados a espada, nuestros héroes nos traicionaron y dieron la espalda... y nuestras familias se extinguieron como el fuego de la forja encerrada en soledad.

Alguna vez mi abuela me contaba, mientras mirábamos al cielo de la noche, que varias generaciones atrás, unos elfos habían cruzado el gran Mare Aurio. Eran exiliados que escapaban de una muerte segura a manos de su propia gente. Llevaban sobre la espalda el peso de sus culpas y la noche que antes los acogía, parecía entonces mirarlos con desprecio.

Siglos más tarde, una brillante ciudad se erigía entre las montañas y por sobre los valles de una tierra primaveral. La luna no tenía ya cabida entre sus oraciones. Sus plegarias eran ahora escuchadas por algo que brillaba más que cualquier estrella en el firmamento: no era un quien, ni tenía voz, era más como una cándida energía que, aunque silenciosa, lograba expresarles todo. A veces, en efecto, callaba por completo. Otras veces, simplemente actuaba. Parecía hacer su propia voluntad, sin embargo, aun así, les merecía respeto. Era tan incomprensible y misterioso, a la vez magnífico, que solo pudieron describirlo con una palabra: Bérmelon. El sol que regía imponente sus días y entibiaba sus noches, parecía simplemente simbolizar aquella indescriptible contemplación. Eterno, como es natural, habríamos de heredarlo, por nuestros ancestros, en su majestad —relató ella, pausadamente—. Entonces, cada vez más ausente entre mis memorias, recordé cuando la Cruzada nos había emboscado al atravesar apenas el Desfiladero Cretio. Su halcón fue herido de muerte por la magia de las sombras y él no encontró más escape que la blasfemia. No lo veo, no lo oigo, tampoco lo siento, como lo describes —fue lo único que replicó al golpear el suelo junto al cadáver.

A mi juicio, la herida en el vientre del animal parecía también haber reabierto las suturas, cocidas a la fuerza en su memoria, por la pérdi-

da de nuestras familias, la quema de nuestros hogares, la separación de nuestra gente y el deliberado abandono de un puñado de infantes indefensos en la orfandad, no solo de sus padres difuntos, sino también de su dios que, aparentemente, les había dado la espalda.

Atravesábamos un amplio claro entre el follaje y, de repente, una esfera luminosa cruzó la atmósfera silente, arrancándonos a todos de nuestra profunda ensoñación.

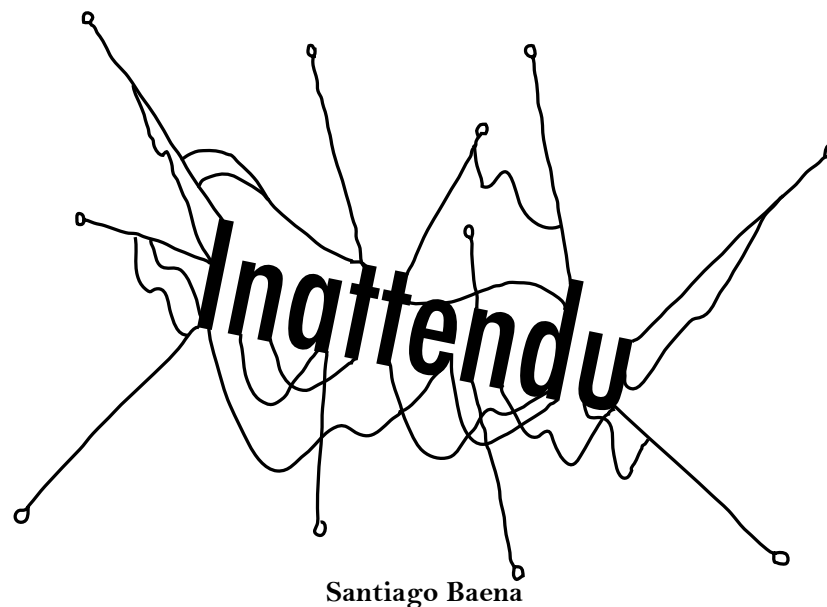
### In memoriam

Me despertó un escozor húmedo y tibio sobre la pierna, un tacto rugoso que reptaba cual serpiente a lo largo de mi muslo derecho. Tenía la vista nublada, la cabeza apenas comenzaba a asentárseme y, al intentar entreabrir los ojos, los colores me cegaron. Podía sentirlo, arrogante, subiendo cada vez más hacia mi entrepierna, arrastrando su lengua despiadada sobre mí. Apenas parpadeé de nuevo y aclaré la mirada, lo vi, apoyando sus brazos en mi vientre, descargando deliberadamente su peso para mantenerme inmóvil. Él me había llevado a uno de esos moteles costosos, de los que reciben visitantes por temporada y no solamente por estancias casuales. La rutina había sido la misma durante tres, o quizá cuatro días, ya no estaba segura. Pero, la verdad era que no había llegado aún a aburrirme de aquello. Ese hombre, si es que podía llamársele así, sabía lo que tenía y, mejor aún, sabía cómo darle uso.

Exhaló lascivo junto a mi oreja, mientras me dedicaba una malévol sonrisa de satisfacción y volvía a mi costado para morderme el lóbulo. Tiró de él mientras su lengua lo rondaba en círculos. Encontrarlo a él fue escapar de la miseria. Entre los hombres una puede hacerse el sueldo sin mayores dificultades, y yo ya me había acostumbrado a ello. Se conoce la muerte cuando se vive la muerte y como a ella la mataron y nunca quisieron dar con el bastardo que le atravesó el pecho con una bala, pues, simplemente, yo ya entendía de lo que estaba tratando. Luego de eso, abrir las piernas se volvía cosa tan común como cerrarlas a la hora de ir a dormir, pero cuando una ya tiene experiencia en el oficio, se da cuenta de que abrirlas con un hombre distinto cada vez, no es tan placentero como podérselas abrir, por un buen tiempo, a uno solo. Eso ha significado él para mí.

Las calles están podridas. Sí, eso sí que era verdad. Acá nadie opera, la policía sería más eficiente como refuerzo de las empresas de aseo, porque a esas sí que les está haciendo falta una mano para poder

con el basurero que se vive allá afuera. No pude permanecer por mucho entre mis pensamientos. Continuó torturándome sin darme un respiro, pues los estremecimientos me recorrían la espalda y me contraían el vientre con un temblor desesperado. Eso es lo que me excita de ti, que eres sensible —sentenció con voz profunda e imponente, oscurecida aún más por la lujuria. Cesó. Justo ahí, justo entonces. Yo ya no podía contenerme. Él lo sabía, tan bien me conocía que se detuvo, paró todo contacto al unísono. No tuve opción para calmarme, no me permitió siquiera respirar hondo. Entonces, cuando pensé que me dejaría así, torturada en las puertas del deseo, siguió nuevamente con su danza y le dio entrada a su placer que se unió al mío en un solo gemido. Yacía aún entre las sábanas, pasados los minutos. Él todavía jadeaba lentamente después de la excitación y, como si no hubiese tenido ya tiempo antes para haberlo hecho, fijé mi mirada en la ventana de la alcoba. Recordé, entonces, el pasado, el pasado de la desaparición y la muerte, el pasado de la mugre y de las noches entre ratas. Un árbol, ¡qué árbol era ese! Pues se me hizo extraño que alguno pudiera vestirse de otoño en la mal llamada ciudad de la eterna primavera. Ese árbol de hojas rojizas me regresó al pasado, a un sueño que había tenido alguna vez, en una época en que parecía haber sido otra persona.



### I.El caso

Se encontraba tomando un vaso de whisky en un bar de mala muerte. Era conocido por no temerle a nada y, según se rumoraba, hubo una vez en que, a pesar de recibir un balazo en el abdomen, siguió persiguiendo al criminal hasta capturarlo, cosa que no era extraña, ya que nadie hasta el momento había logrado escaparse de sus manos ni ser más listo que su fría y calculadora mente. No era una persona a la que le gustara mucho trabajar en equipo, nadie era mejor que él para espantar a cualquier acompañante que le ponían, sin embargo, los jefes del cuartel no podían hacer nada, ya que echarlo sería perder a una pieza clave y aumentarían los índices de criminalidad en la ciudad. Por lo anterior, su trabajo como “lobo solitario” era respetado a pesar de no seguir los protocolos.

No se sabe nada de su vida amorosa, tal vez porque no habla mucho de su vida o porque, según algunos policías, jamás podría llegar a sentir algo por una persona. Es probable que esos policías estuvieran en lo cierto, al menos lo iban a estar hasta que su fama de ser frío e insensible se pusiera en duda, aunque él no lo quisiera ni lo hubiera concebido en sus más locas ideas.

\*\*\*

Tocaba su cuerpo con suavidad. Esa piel, esos labios y esos ojos eran únicos para él. Sentía que no podía desprenderse de sus brazos, no porque lo estuvieran obligando, sino porque algo en su interior se lo impedía. Nada podría hacerlo sentir más feliz en el mundo que estar recostado a su lado, sentir su respiración, escuchar su voz, rozar su cuerpo con el suyo; era simplemente magnífico, era tocar el cielo a pesar de que el resto de su vida fuera un infierno.

\*\*\*

El sol entra por su ventana, ilumina la habitación y se refleja en su cara. Varias veces ha pensado en cambiar de casa, pero el trabajo no le da tiempo para hacerlo, siente que su vida es un cronograma que se repite. Se levanta molesto por el sol, toma una ducha, prepara el desayuno, sale a trabajar, entra al primer bar que se encuentra, toma un café, llega a su casa agotado y se va a dormir. Llega un momento en que se pregunta si su vida tiene sentido. Algo siempre lo mantiene vivo, saber que pudo irse de la casa de su “familia” era un pasado que no quería recordar. Se levantó por fin de su cama, volvió a pensar en su pasado, dio el primer paso y así empezó su diario cronograma.

*En este momento tienes dos opciones:*

1. *Seguir leyendo el cuento en orden.*
2. *Pasar a leer la segunda historia y luego devolvete a seguir leyendo la primera, desde esta parte.*

Cuando llegó a la oficina, se quitó la chaqueta, sacó la placa del bolsillo y se la puso en el pecho. La placa se encontraba bastante desgastada por el tiempo, llevaba quince años trabajando para la policía y a sus treinta y tres años, aparentaba ser más joven, cosa que le parecía bastante extraña, ya que la presión y el estrés de su trabajo deberían haberlo desgastado. Unos minutos después, llegó a su escritorio una carpeta que contenía información sobre un caso que le acababan de asignar. La información decía que una mente criminal ha estado robando los bancos de la ciudad, no obstante, curiosamente, solo se llevaba algo de dinero. No se sabe cómo es,

solo se sabe que las cajas fuertes aparecen abiertas de un momento a otro como si las cámaras o las alarmas no detectaran su presencia. Se cree que es la misma persona, ya que los bancos que han sido robados han pasado por el mismo problema. No solo no hay registros de esta persona, sino que en la escena del crimen no queda ni un solo rastro que permita saber si es hombre o mujer.

Este caso era perfecto para entrenar sus capacidades, pues jamás había tenido uno con tan pocas pistas, es por esto que preparó todos sus artefactos de espionaje y comenzó a preguntar en cada uno de los bancos qué era lo que había sucedido exactamente. En todos le respondieron lo mismo: el robo se hacía por la noche porque en la mañana, cuando abrían las puertas del banco, la caja fuerte se encontraba abierta sin rastro alguno de haber sido manipulada con algún aparato especial o un explosivo.

No podía entender bien cuál era la metodología que utilizaba esta persona para abrir las cajas fuertes, sin embargo, sí sabía algo, debía detener sus fechorías. Pasó toda una semana tratando de analizar los patrones. En su pizarra puso el mapa de la ciudad y en cada banco que había sido robado ponía una tachuela. De pronto, logró notar algo nuevo, los bancos robados tenían un patrón específico, creía saber cuál iba a ser el próximo.

Al día siguiente, el detective puso algunas cámaras muy pequeñas en las paredes externas del banco y el techo para que le permitieran cubrir por completo el perímetro y pidió acceso a las cámaras internas. Algo que notó, además, es que un banco era robado en un intervalo de uno a dos meses, así que desde que había pasado el primer mes comenzó a estar pendiente de la pantalla a ver si notaba algo sospechoso. De vez en cuando, tuvo que decirle a otra persona del trabajo que observara la pantalla mientras dormía un poco, ya que había días en los que ni siquiera cerraba los ojos por cinco minutos.

Pasados casi dos meses, las cámaras seguían sin mostrar nada extraño, pero un día logró ver algo. Parecía ser una persona de cabello corto que utilizaba una chaqueta unisex, jeans, gafas oscuras y una bufanda. Le pareció sospechoso ver esto, ya que era una tarde cálida y no se veía señales de que fuera a llover en todo el día. La persona misteriosa sacó un celular y se quedó un rato parada en medio de la acera, luego de más o menos diez minutos, guardó su celular, miró hacia el frente y se fue caminando.

Ya que al detective le había parecido tan curioso este hecho, agarró una pistola, llenó un termo con café y se fue al banco a pasar la noche. Se estaban acercando las cero horas y todavía no se escuchaba ni veía nada sospechoso, en realidad, él no estaba seguro de que esa noche fuera a pasar algo, sin embargo, sus sospechas fueron ciertas. A la una de la mañana escuchó el sonido de un metal moviéndose, al parecer, se trataba de una de las entradas y salidas de aire. Miró las pantallas y se dio cuenta de que todas estaban en una imagen fija, no había movimiento y cuando trataba de reiniciarlas, no respondían, como si estuvieran siendo manejadas por otra persona.

Decidió entrar aventurarse por su propia cuenta para buscar de dónde provenía el sonido, así que se puso unas gafas de visión nocturna que había tomado de la comisaría y salió en busca de la persona misteriosa. Habían pasado algunos minutos y no lograba encontrar nada, pero cuando estaba a punto de darse por vencido, vio a una persona completamente vestida de negro que cargaba un pequeño costal, abriendo como si nada la puerta trasera del banco. El detective comenzó entonces a correr a la puerta trasera, se quitó las gafas y sacó su pistola. Cuando apuntó a la persona, le dijo que se quitara la máscara.

Estaban ahí, frente a frente, él estaba apuntándole y cuando se quitó la máscara, su mano comenzó a temblar y sus ojos se perdieron en los suyos. Por primera vez se sentía débil, su dedo no era capaz de oprimir el gatillo y sus labios no eran capaces de pronunciar alguna palabra, parecía que el tiempo se hubiera detenido por un instante, porque ni el sonido del viento podía escuchar, solo estaba perdido en esos ojos que no dejaban de mirarlo fijamente. Ambos se quedaron paralizados, parados ahí, en medio del oscuro callejón, solo un farol iluminaba la mitad de sus rostros. De pronto, algo inesperado pasó, los dedos del detective por fin respondieron. A lo lejos, se escuchó un disparo.

Ahora puedes pasar al texto dos si aún no lo has leído. Si ya lo leíste, pasa al texto tres, ya sea al inicio o a la parte en que tuviste que dejarlo.

## II. Recuerdos encantados del pasado

Mi pasado no ha sido tan hermoso y dulce como el de muchos. Guardo en mi recuerdo imágenes que quisiera poder borrar, pero lamentablemente no se puede, estoy condenado a cargar con estas memorias el resto de mi vida y convivir con ello. No, mi pasado no puede ser

peor, no me imagino cosas peores: vi a mi padre abandonarnos cuando tenía seis, mi madre no paraba de llorar, mi hermano mayor se metió por malos caminos y se convirtió en un narcotraficante. Tuve que crecer entre balaceras y asesinatos. Mi madre, viendo al hijo que había criado, calló en una depresión profunda, muchas veces la vi llorar y, a pesar de tener solo seis años, tuve que olvidar mi infancia para poder consolarla y darle los medicamentos que necesitara.

Recuerdo el día en que se escuchó por las noticias que habían logrado acabar con grupo de narcotraficantes, entre ellos estaba mi hermano. Yo la quería, de verdad la quería demasiado, sin mi padre ni mi hermano, mi madre era la única persona con quien podía contar, pero ella no me quería lo suficiente porque cuando supo que había muerto uno de sus hijos, se suicidó y me dejó solo. La persona que terminó de criarme, me metió en más problemas, no precisamente porque fuera mala persona. Mi tío vivía a las afueras de la ciudad. Allí, las hadas rondaban y los duendes hacían sus travesuras. Cuando mi hogar era la ciudad, estaba seguro del peligro de los bosques, sin embargo, fuera de la urbe, tuve que pedirle a mi tío que me enseñara cómo defenderme de los monstruos de la oscuridad. Había escuchado (y aún estoy seguro) que uno de esos monstruos de la noche chupaba la sangre, porque había personas de cabañas aledañas que amanecían desangradas. Realmente pienso que los humanos nos hemos acostumbrado a vivir encerrados en nuestro mundo, sin embargo, estar fuera de la ciudad me enseñó que somos frágiles y que solo podemos defendernos con nuestra inteligencia. Por esta razón, creamos nuestra propia ciudad artificial, para protegernos de estas criaturas misteriosas.

Antes de cumplir la mayoría de edad, los elfos me habían enseñado cómo manejar un arco y el sabio espíritu del bosque me había enseñado cómo pensar bien las cosas para no dejar escapar ni el más mínimo detalle. Creo que es por esto que ahora soy un buen detective, al menos me considero un detective bastante capaz de hacer las cosas bien. Creo que soy el único en este grupo de patanes que ha salido de la ciudad y ha visto las criaturas que los demás evitan. Aun voy a visitar al espíritu sabio y a un hada que se hizo amiga mía desde que llegué al bosque. Creo que ella estaba y está enamorada de mí, pero por todo lo que me pasó de niño, me prohibí volver a amar a alguien, promesa que, hasta ahora, he podido cumplir bien. Sigo acostado en mi almohada, sé que hoy es un nuevo día, sin embargo, no puedo dejar de pensar, creo que seguiré haciéndolo por otros minutos más.



A decir verdad, no es que me guste mucho mi trabajo. Siempre quise ser detective, pero detesto que me pongan compañía porque todos, hasta ahora, han sido un montón de idiotas, no ven lo pequeño, no saben apreciar el mundo, no saben manejar con cabeza y corazón un arma. Por los palurdos que me han tocado y el resto de personas que hay en la comisaría, he ganado la fama de ser el mejor detective de la ciudad; estoy formado integralmente. Que los elfos me enseñaran a majear el arco, me sirvió para usar bien las pistolas y no sentirme por encima de los demás, solo por tener el arma en la mano. El espíritu me enseñó que las personas tendemos a dejar pasar muchas cosas por alto, por eso soy tan sigiloso y meticuloso. La fama que tengo, me hace sentir orgulloso, sí, orgulloso, mas no feliz. Creo que mi vida se ha vuelto una rutina; si mi niñez fue complicada, mi adultez se está volviendo extremadamente sencilla. Los casos que me tocan se supone que deberían ser los más complejos, pero en realidad son bastante fáciles, normalmente los ladrones siguen la misma metodología, y si no lo hacen, cambian algunos patrones muy obvios de predecir, honestamente, me era más emocionante tratar de no ser víctima de las travesuras de los duendes o de correr a casa en los atardeceres para poder alcanzar a cerrar ventanas y puertas antes de que fuera de noche para que los monstruos no nos atacaran.

Hoy es un nuevo día, debo levantar la cabeza de mi almohada, no puedo seguir acostado por mucho que quiera, debo prepararme el desayuno, probablemente serán los mismos waffles que como casi todos los días con la misma taza de chocolate caliente en leche. Creo que hoy iré caminando, tomaré el mismo camino que siempre tomo, me pondré una chaqueta por si llueve y guardaré mi placa en el bolsillo para que no me jodan las personas en el camino solo por ser policía.

*En este caso puedes seguir leyendo normalmente, pero si tomaste la decisión, en la primera lectura, de leer este segundo relato, devuélvete entonces y termina de leer el texto primero. Si ya leíste el cuento uno y una parte del tercero, entonces continúa leyendo desde donde quedaste en el tercero.*

### III. Historia de un ladrón noble

Nació en el año 2097, pertenecía a una familia humilde que siempre tuvo lo que necesitó y que, por suerte, no tuvo que pasar necesidades. Creció con un espíritu bastante solidario. Su madre le enseñó que cada persona debía ser tratada con la misma dignidad y que lo más importante era compartir y ser una persona justa. La única

cosa propia que ha podido tener es un comunicador de clase media-baja. La computadora que tienen en la casa le pertenece a toda la familia, pero, al parecer, él es el único que se esforzó por tratar de aprender más y más de este aparato que existe desde hace tantos años.

Gracias a las redes inalámbricas, pudo consultar un poco más de información, y por sus grandes esfuerzos, logró pagarse su educación y ganarse una beca como ingeniero en sistemas avanzados, haciendo énfasis en matrices operativas. En el presente, es una persona que gana una cantidad sobresaliente de dinero que le permite darle una buena vida a su familia y a sí mismo, sin embargo, a pesar de todo, nunca pudo dejar de pensar en su pasado y en las personas que estuvieron en él. Hacía donaciones a la caridad, compraba algo de comida para los pobres y visitaba constantemente a sus viejos amigos del barrio. Las personas lo querían mucho y aunque a él le gustaba ayudar, sentía que con su dinero no podía beneficiar a todas las personas. Por lo tanto, comenzó a idear un plan que le permitiera seguir cubriendo las necesidades de cada ciudadano que realmente lo necesitara. Debía comenzar a hacer justicia, dar a los necesitados lo que el estado en tanto tiempo no ha sido capaz: bienestar. Gracias a sus conocimientos en sistemas avanzados logró crear un programa indetectable que era capaz de hackear cualquier artefacto o red de aparatos, permitiéndole manejarlos de la forma que prefiriera.

Sumado al anterior programa, creó un sistema que era capaz de detectar, entre muchas posibilidades, la combinación correcta para poder abrir cajas fuertes. A pesar de que su madre nunca lo apoyó, él sabía que el hecho de estar robando bancos, tenía una buena causa y que, si moría por ello, era mejor morir así que sin hacer nada por los demás. Hasta ahora, los bancos que había robado con su metodología no habían dado señales de que su plan tuviera fallos, así que cuando vio que el dinero de su último robo se estaba acabando, comenzó a investigar el siguiente banco en su lista para saber cómo entrar y salir sin ser descubierto.

*Si elegiste en el primer cuento la opción de leer esta primera parte de la tercera historia, te pedimos que pares aquí la lectura, termines de leer el primer relato y leas el segundo si aún no lo has leído. Cuando hagas lo anterior, puedes seguir leyendo esta segunda y última parte del tercer cuento, que también es el final de este libro.*



370

371

Jamás habría esperado ser descubierto, sus planes eran perfectos, se preguntaba cómo podría haber pasado. Lo único positivo de todo es que pudo llevarse el dinero y el policía que lo había visto solo alcanzó a darle un disparo en el hombro. Había algo que no entendía. ¿Por qué ambos se habían quedado inmóviles cuando se vieron a los ojos? No comprendía por qué había pasado un cosquilleo por todo su cuerpo, aunque no podía descartar el frío de la muerte, porque estuvo a punto de que le hicieran una herida letal con una pistola. Pasaron años después de su último robo a un banco, nunca quedó nada que pudiera inculparlo, así que era un hombre libre. Recordaba el pasado con algo de melancolía, pero le generaba una gran felicidad su presente.

Desde que recibió el balazo, hubo varios problemas y peleas con ese policía, sin embargo, cuando le explicó por qué robaba y le prometió no volver a hacerlo, lograron solucionar sus problemas. Aún continúa haciendo obras de caridad, pero solamente con el dinero que gana en el trabajo. Es viernes en la noche, eso significa que es día de películas. Mientras mira la Centésima versión siglo XXII, besa su cabeza y acaricia su espalda. No siempre las historias de policías y ladrones han de terminar en una muerte o en la cárcel, el final puede ser feliz y este es un ejemplo de ello. Ambos encontraron la plenitud en lo que para los dos fue “algo inesperado”.

### El tipo del vodka

Que te digo que el encierro te está matando. ¡Salí de este hueco por la llave!

Thompson fumaba. Él se agarraba el pelo, la frente, desesperado. Con dos puños al sillón, tiró el libro de golpe. Ya no quiero más de esta mierda. Me tiene mamado que las empresas no respondan ni el telégrafo. Mató el cigarrillo y se echó más vodka en la taza. Ni vasos, menos copas, tenía él en la casa, más bien tugurio, de rancho en que vivía. Lo comían las pulgas. Las culebras lo esperaban en la puerta. Obvio, Thompson no se lo decía. Repitió lo del encierro y todo el rollo, pero no había caso. Él estaba ido del todo; hablarle cuando se metía de'so era como esperar que le respondieran el telégrafo.



Julián Ramírez

He pensado en no marcarle más tarjeta a ese imbécil. ¡Qué hijueputas! Me puedo quedar acá tirado. Dormir sobre los miosos y mierda, igual ya me la estoy comiendo; si no pagan pa' sacarme de acá, acá me quedo de gratis... y si pagan, me sacan de gratis también. Hasta que venga el banco y me saque, puedo vivir de cuenta de'llos. Thompson a duras penas lo veía. Ese monóculo no le servía de nada. Pensó que era por estarse gastando la plata en trago que no ahorra para comprarse uno de esos mecánicos que había oído que sí servían. Si seguía bebiendo tanto, iba a terminar igual que él. Escupió esa idea fuera de su mente y trató de hacerse otra vez el correcto. Le preguntó qué mierdas se había metido para estar así. Muchas veces lo había visto jodido, tirado, raro... pero como estaba ahí, no tenía nombre.

Él señaló la mesa y Thompson trató de identificar por qué esa hilerita de polvo, todavía quedaba. Las drogas no eran su día a día, pero antes ya había metido. Se quedó en las mismas. El sabor no le decía nada, ninguna droga, sin embargo, no tenía por qué serlo. Thompson no hubiera visto raro que Él se esnifara algo como arena para gato, después de todo, no tenía dinero para comprar una vajilla decente, aunque sí para gastarse los centavos en lo que fuera que le tostara las neuronas. Sobraba decir que el vodka lo había llevado

Thompson, que, sin querer aceptarlo, ya tenía también su problema con la bebida. Él ni lo había probado.

Thompson le pidió el baño y no se molestó en dejar afuera la taza de vodka. Adentro, le dio vueltas a la manivela y tiró de la palanca para prender el foco. Una vez afuera, se echó encima el abrigo y tomó el sombrero que debía pertenecerle. Salgo en la madrugada en el primer zeppelin para Detroit, no vuelvo hasta el domingo. Tratá de seguir vivo para entonces. —le dijo Thompson, riéndose—. Ya sabés para qué fue que me mandó el jefe. No sé ni por qué te lo repito, pero seguí llamando —lo dijo sin convicción—. Dice que logré contacto con Eastern Coal o USC, que cualquiera de las dos sirve, pero que sea antes de la quincena o que te corta de la nómina.

Él lo miró desde el umbral. Básicamente vivía en treinta metros cuadrados de un segundo piso, en los suburbios. Thompson entró en la carroza y se perdió entre el tráfico mientras se elevaba. Quizá pasaron minutos, días, ¿quién sabe? La cosa es que seguía de noche cuando el otro sujeto tocó el timbre. Un caballero del banco dijo que era “¡qué caballero ni qué mierdas!” Para Él era el otro sujeto, el otro tipo, el otro man... la misma historia. Cuando se fue, no se tomó el tiempo de recoger el reguero de papeles que había dejado sobre la mesa. Lo que sí se llevó fue el maletín en que hizo que Él firmara cada una de las culebras y la máquina con que le había sacado impresiones dactilares, que porque el banco iba a empezar cobro jurídico.

Él se echó en el sillón. Sintió ganas de refugiarse de nuevo en el único amor que no le mataba el cerebro. O quién sabe, tal vez sí lo hacía, tal vez era eso lo que lo tenía así... daba igual. Volvió a la escritura de su libro... eso sí, escribía mejor gracias a la arena para gatos. Lo encontró en el piso, bajo los papeles que el otro man había dejado. No sabía cómo habían pasado las hojas esas de la mesa al suelo, pero eso no lo impidió que se metiera entre las páginas en blanco que le quedaban a su libro café de pasta dura.

Otro habría ido a pedir caridad a una Torre Metropolitana de la Llave: pero Él no. Él se las sufría, mientras le pudieran las ganas y los químicos en el cerebro.

## II. En las botas de la sombra

Era inútil tirar de los grilletes. ¿Cómo pude ser tan imbécil? Bien me dijeron los cuervos que los Caballeros venían desde el este. Las sombras me nublaban los ojos, pero no porque los tuviera vendados, sino porque me retenían dentro de un cajón. Quise reírme... y lo hice. Lo hice con ganas. Seguro me escucharon afuera, ¡ojalá lo hayan hecho!, ¡que sepan que no estoy derrotado! ¡Jamás! Lo cierto era que nos movíamos. O mejor, que me movían.

Los Caballeros dicen que la muerte es triste, dicen que el asesinato es crimen y muchos piensan como ellos. Eso es lo que me tiene acá, ¡claro que sí! Que no pienso como piensan ellos. Lo más seguro es que ni siquiera lleguen a matarme (yo prefiero hablar de ejecuciones, me parece más digno para el oficio). Digo que no creo que me ejecuten porque sería demasiado inmoral para su pureza intacta. No, claro que no son una raza única, esos bastardos tratan por igual a los montañeses que a los caborales. Aceptan a todos por igual, como si la sangre sucia se limpiara al mezclarse con la limpia.

Saber si la sangre es limpia o no, no es difícil... no tiene por qué serlo, al fin y al cabo, ambas saben igual cuando se las bebe en la victoria. O esperen... tal vez lo que estoy diciendo no tiene sentido... ¡Ah!, pero ¿en qué estaba? ¡Ah, sí!, en que me movían. Resulta que me he hecho la vida trabajando por encargo y he llegado al punto de no contenerme ante una oferta nueva, aun cuando, como esta vez, sepa de antemano que el riesgo que supone no es rentable. Hace unos momentos hablábamos de que la muerte es hermosa... ¿o era al contrario? Creo que dije que para los Caballeros no lo era, ya, cierto. Para mí, lo es. Basta con que nos hagamos unas simples preguntas para comprender mi razonamiento: ¿de qué viven el artesano, el alfarero, el labrador o el herrero? El primero, de unas joyas y ornamentos, el segundo de unas masas semiacuosas que convierte en ánforas, el otro, de la tierra y el último, quizá de golpear metales con un martillo... en fin, al tema, la cosa es que todos viven de lo que hacen, bueno, mejor dicho, se llenan la bolsa con monedas gracias a esa labor que cumplen. Si la hacen con desgano, seguro que se les vuelve una monotonía. Si la hacen con pasión, quizá hasta pueden llegar a sentirse orgullosos de ella. Bueno, la verdad, lo confieso, es que mi caso es el segundo. Si ellos se echan cobre al bolsillo con sus deberes, ¿yo por qué no puedo hacer lo mismo con el mío?

¡Formación de hilera! Cruzaremos el río Ñáy en dirección oeste —gritaron afuera. Ese debe ser otro oficial estúpido que intervino solo para interrumpir mi narración. Vale, decía que vivo de mi oficio. Así que, ahora que estamos en ronda de confesiones, cabe contar que mi bolsa usualmente lleva monedas más valiosas que las que se funden en cobre, aunque en este momento ya no tengo ni bolsa ni mucho menos monedas, creo recordar que me las arrebataron cuando me tomaron preso. Dicen ellos que ese es dinero sucio y manchado de sangre; es de esperar que lo quemem en un altar al llegar a Yauí.

Supongo pues que me llevan allí, adonde dije, la ciudadela que se alza sobre las heladas montañas de Vars. Pero, lo mío no es hablar de geografía, ni mucho menos. Prefiero seguir en lo que creo que harán conmigo cuando lleguemos, o mejor, cuando me lleguen. Ya he dicho que no creo que dispongan de mi vida, más bien, sería predecible en manos de los que me tienen preso, que me sometán a juicio y luego me envíen a las minas del norte. De cualquier forma, no me retendrán allí por mucho. No es la primera vez que me capturan y tampoco será la última, aunque yo trataré de que sí lo sea. De nuevo debo haberme reído porque creo que esto ya ha llegado a convertirse en un juego para mí... y de alguna forma, también para ellos.

Finalmente, ellos ya conocen mi trabajo. Así como el herrero marca su arma al rojo vivo y el alfarero deja su pulgar sobre su masa, yo también me esmero porque mis obras sean visibles en el futuro. La V marcada en la carne de mis beneficiarios es la señal que siempre dejo a la espera de un observador atento. De cualquier modo, nunca se sabe cuándo la persona más inesperada pueda interesarse por mis servicios.

## II. De besos, chupados y marcas

A ella le gustaba que le llevara los dedos entre las caderas, pero él siempre la detenía. En otro momento y con otra mujer hubiese salido asqueado, furioso e indignado de que alguien tuviera aquel atrevimiento. No podía entender cómo era que algún hombre disfrutaba de aquellos contactos. Con ella era diferente, si bien no accedía, las cosas que esa mujer le despertaba, se notaban claramente en su entrepierna. Él repuso inmediatamente la situación con un beso apasionado, dominante... devorando en ella todo deseo de rebelión. Le pasó las manos por los pechos, deteniéndose allí donde ella más gustaba y con un tirón en la cintura, le indicó que era hora de un paso más.

Ring, ring, ring, ring... \*presionar\*. ¡Hmm!, sí, ¡qué buen presentimiento tengo de este día! Nada mejor que presenciar este hermoso amanecer. Lo presento, hoy saldrá todo muy bien y haré que este día sea verdaderamente significativo para mí y para mis compañeros, es hora de irme a trabajar. Aquí vamos —me dije— he llegado a mi lugar de acción del día a día. Saludé a todos como de costumbre, con mi característica sonrisa y proseguí a empezar mi labor, todo iba color de rosas; era muy buen día, de nuevo pensé. Todos presentes y con su actitud de siempre, la que más los caracterizaba. Estoy decidido, este será el día que marcará mi futuro y el de mis compañeros. Cerré los ojos por unos minutos y los volví a abrir, agarré mi portafolio y cogí el presente con que iba a darles la sorpresa a todos. Me paré, observé a mi alrededor, me aseguré de que todos estuvieran en sus puestos y dije en voz alta: Muchachos, ¿me permiten un momento? Quisiera darles un presente a todos que, me gustaría decir, marcará nuestro futuro... bueno, al menos el mío, porque todos ustedes me temo que morirán aquí y ahora.

Empecé a disparar a cada uno de ellos y vi como caían, uno por uno, sin dejar escapar a nadie. Estaba satisfecho, ese sentimiento que corría por mis venas, que no había sentido por mucho tiempo... estaba tan excitado. ¡Qué bien se sintió! Es momento de irme sin dejar rastro. Cogí mi portafolio y me dirigí a la salida. Fue cuando me percaté de un error fatal, aquel hombre que siempre tenía una presencia tan débil, que era hasta difícil darse cuenta de si en verdad era un compañero de trabajo, ¿cómo me pude olvidar de él? Estaba allí, en la puerta principal. ¡Demonios, fue testigo de todo! Debo asesinarlo antes de que la policía llegue o me delatará. No deben tardarse, tantos disparos serían suficientes para que alguien del exterior se percatara. No tardaré mucho. Saqué mi arma de nuevo y me acerqué a él, estaba paralizado del miedo, apenas si lograba reaccionar. No es mayor problema, todo saldrá según el plan, lo dije para mis adentros, o eso creí hasta el instante en que el sonido de las sirenas comenzó a llegar a mis oídos... ¡Bah!, otra novela mal escrita. Esos autores se creen que pueden tocar temas investigativos en sus novelas policiales cuando realmente nunca han vivido lo que es este trabajo. Estaba de mal humor. Nada lo indisponía más que los asuntos del trabajo le interrumpieran sus momentos de privacidad.

—Central, aquí inspector James. Me dirijo a la ubicación del crimen. Subió las escaleras y entró en una residencia desordenada de un barrio alejado de la ciudad. Siempre hay tiempo para que mi héroe sal-

ve al mundo —dijo ella cuando lo vio entrar de nuevo en la habitación—, con tal de que también haya tiempo para que mi héroe salve mi mundo. Entonces lo empujó a la cama y desabrochó su gabardina y su camisa. El sistema judicial está colapsado, las calles llenas de bandidos y psicópatas y los políticos son corruptos todos, comiendo de la mano de las corporaciones —lo dijo entre un bufido y un susurro, mientras se tumbaba al lado de la mujer. La pasión no había dado tregua. Ella era insaciable. Con pequeños besos comenzó a bajar por la cintura de su héroe y respondió, con tono pícaro: el mundo se salva, un caso a la vez. Mejor cuéntame lo que encuentras hoy.

Él clavó la mirada en el techo de la alcoba, perdido. No mucho —dijo—, un siniestro, presumiblemente suicidio, en las afueras, en un segundo piso. Mucho desorden, papeles regados en el suelo, cartas de cobro de los bancos, todas manchadas de sangre. La víctima tenía un libro café de tapa dura a su derecha, en el piso, al parecer, cayó de su mano al morir.

—¿Pero no hallaste ninguna pista que te pueda llevar al responsable? —insistió la mujer.

No, por ahora todo está en evaluación —respondió James— lo único que me llamó la atención fue una marca en forma de V sobre la piel del cuello del cadáver.



Santiago Trejos

### Convenio

Nos encontramos en el año 2731. Siglos atrás, los humanos descubrimos la entrada a un mundo totalmente desconocido en el interior de nuestro planeta, y para nuestra sorpresa, encontramos civilización con rasgos egipcios e hindúes. Tras años de investigación, hallamos que este mundo interior fue una antigua colonia de “deidades” provenientes de Sirius y que fue entregada a los faraones como preservación de su cultura. Paralelo a esto, también realizamos concilios en pacto sagrado de paz y cooperación con esta raza.

### Remesa

Un niño que fue abandonado, por algún motivo llega a Shambala. Allí ve un templo ubicado en el punto más profundo de la tierra interna en donde se conserva, criogenizada, una diosa proveniente de Sirius A, llamada Devesh. Por curiosidad, el niño la despierta. Ella, con ansias y en vista de que no es capaz de volver a su estrella, lo cría con el objetivo de que la ayude. Con sus dotes de diosa, le confiere todo el conocimiento de los dioses. Luego de muchos estudios y el tiempo suficiente para que Shay creciera, construyen una nave que posee un campo electromagnético con la capacidad disipar la energía de una estrella y así poder ingresar a Sirius. Comienzan el viaje.

A más de la mitad del recorrido, Shay se da cuenta de un error en los cálculos, lo cual implicaría no tener la energía suficiente para ingresar a Sirius A. Para no perder el viaje, toman la decisión de ingresar a Sirius B, en donde Dev se encuentra un entorno totalmente distinto.

### Sirius

La civilización de Sirius, un milenio antes de la creación de la tierra, sufre los golpes de una dictadura. Adicionalmente, se descubre una raza originaria de Orión que está colonizando todo el planeta a su paso. Como respuesta a tal descubrimiento, la familia imperial-militar Ling, crea un arma de destrucción masiva. Mientras realizan las pruebas, se siente una sensación extraña de ligeros cambios en la realidad. El evento es ignorado. Posteriormente, proceden a recrear el arma en escala universal. 36 años después de finalizar la construcción del ADM, entramos en guerra con la raza Orión, con los ejércitos debilitados a causa de la dictadura y, sin otra opción de respuesta, los altos mandos deciden usar la construcción de los Ling.

Luego de cargarse los datos del objetivo e iniciada la secuencia, el arma dispara. En ese momento colapsa la línea temporal, ningún objeto ni raza es exterminada, no obstante, todos son dispersados en el tiempo. En Sirius la vida continúa, faltan personas, objetos e incluso una ciudad completa. Los Orión desaparecen y la familia Ling es condenada por los hechos. Se crea Sirius B para encerrarlos y comienza la búsqueda de lo desaparecido.

### Defcon

Han ingresado. En los días anteriores se nos ha informado la aparición de nuevas fracturas y a su vez un objeto con un patrón de aproximación alarmante. Según los de inteligencia, su tamaño es exageradamente desproporcionado respecto a la información de antiguos encuentros. ¿Cómo pudo ser que después de tanto tiempo nos descubrieran? ¿Quizá encontraron la entrada, quizá sobrepasaron la brecha, quizá poseen el artefacto, quizá, aunque es improbable, no saben de su existencia. Nada de esto es seguro, pero tampoco hay certeza de lo contrario, incluso emisarios, mucho tiempo atrás, informaron la ausencia, mas no pensamos que fuera posible, no contaban con la tecnología y aún se encontraban en discusión entre ellos, ¿en qué momento superaron estos obstáculos? Parece ser que nuestros delegados ocultaron información. Ahora nuestra sociedad está en riesgo, el secreto de la vida eterna debe ser preservado. Ellos destruyeron su propio hogar y temo que hagan lo mismo con el nues-

tro. No debemos permitirlo. Romperemos las reglas si es necesario. Si debemos atacar, sería pertinente tomar posiciones defensivas de inmediato. Es claro que sus intenciones no están establecidas, sin embargo, su conducta es inminente, será tal cual como lo hicieron en sus tierras. Siendo realistas, no hay más opción, tenemos que encerrarlo, llevarlo a un punto de aislamiento total. De igual forma, tampoco podemos caer, tendremos que pelear. Lo único seguro es que esta guerra no terminará hasta el exterminio de algún bando, sin embargo, nuestras líneas de consanguinidad no nos lo permiten, además, un suicidio sería una traición al pacto. Sin duda, este es el fin, no obstante, debemos asegurar el orden, sellaremos el pacto preservándolo, cueste lo que cueste.

### Éxodo

Después de intensas pruebas para asegurar el objetivo, definí que la ejecución del proyecto Black Sun era segura. La invención del maestro aún ponía en juego algunos de los enigmas, pero bueno, se hizo lo que se pudo. De igual forma, nunca se me entregaron los recursos necesarios y mucho menos se realizó una prueba en escala real, era preocupante, sin embargo, así lo quiso, todos debíamos apegarnos a su voluntad. Muchas veces dudé de lo que hacíamos, principalmente por que ninguno de nosotros conocía el propósito del cometido, mas nunca me atreví a cuestionarlo. Temía poner en duda mi credibilidad, o peor aún, no quería hacer evidente nuestra sospecha ante sus acompañantes, de hecho, estaba seguro de que no éramos los únicos. Una tarde escuché rumores respecto a los inversionistas, estaban poniendo en cuestión la sensatez del maestro, quizá fue por esto que el presupuesto se vio reducido. No obstante, esto sigue sin explicar las inconsistencias en el diseño.

Él decía que debían ser dos, pero cuando se analizaban otros aspectos, parecían ser diez. Era muy inteligente, no creo que no lo notara, alguna razón debía tener. Pasé días tratando de descifrar a qué se refería, sin embargo, no hallé más que un desorden de carácter neurótico, más allá de lo que conocía; no logré llegar a nada, este no era mi campo. Con todo, era indiscutible la semejanza fisiológica, la similitud racional y la carencia repetitiva que en cada una parecía seguir un patrón inverso a cada muestra; era muy extraño tal nivel de coincidencia, tanto que traté de pedir ayuda, aunque sabía que jamás podría afrontarlo. Desafiar su inteligencia requería de mucho valor, valor que no tenía, aun así, no valía la pena echar a perder las cosas por algo que no entenderé. Pasó mucho tiempo y continué pesando

en vano porque, de todos modos, envié el reporte y proseguí con la ejecución del proyecto. Black Sun estaba a días de su comienzo.

Al día siguiente, el maestro se encontraba inspeccionando la obra, de verdad era asombroso, sería el primero y único que se construiría, básicamente porque solo el maestro conocía su tecnología, solo él conocía los controles, solo él fue quien hizo el diseño y solo él sería quien cumpliría la misión. Quizá seríamos recordados, aunque era más seguro lo contrario. A fin de cuentas, tampoco importaba mucho, pues nunca se nos informaría nada correspondiente a la resolución del objetivo, digamos que era algo un tanto secreto. Nadie por fuera de las instalaciones sabe nada y nosotros, una vez comience la ejecución, debemos olvidarnos de todo. Una historia solo del jefe y su “acompañante”.

### Génesis arcano

Lucía tal cual tenía que lucir, parecía no tener fallos en el exterior. Si en su interior era igual, significaría que por fin podría llevarlo y ejecutar la transacción. Pensar que en tan solo horas daría comienzo, calmaba mis ansias, ¿y las preocupaciones? Esas seguían en pie. A veces se multiplicaban, en otras, solo parecían ser exponenciales, de cualquier forma, se estaban acumulando. Tantas dudas, tantas incertidumbres, tantas decisiones por tomar terminarían por retrasar el pacto. No podía evadir más mi responsabilidad. Continúe la inspección. Todo estaba en su lugar, ya solo hacía falta mi orden para dar comienzo, entonces delegué a dos de los mejores trabajadores que temíamos para que tuvieran todo listo a primera hora, en la mañana. Fue una larga noche llena de más dudas. Como de costumbre, traté de ignorarlas y al menos dormir un poco, pero fue difícil.

Cuando finalmente lo logré, fui transportado a donde ya estuve muchas veces, era el mismo sueño que me perseguía de pequeño, siempre la misma escena incoherente en la que era mucho mayor y me encontraba rodeado de gente que parecía conocerme, sin embargo, nunca he recordado haberlos visto. Me levanté, fue extraño. Salí sin prepararme, pues a donde iba, seguramente no necesitaría nada, de inmediato me dirigí a las instalaciones. Ella se alegró con mi llegada, pues llevaba horas esperándome. Me sentí acosado, por lo que, de inmediato, abordamos. Los delegados habían hecho muy bien su trabajo, gracias a lo cual, fue posible dar comienzo a la misión. Tomé los controles, encendí los sistemas, hice algunos ajustes y luego activé la secuencia de inyección. Pasamos rápidamente de la

inmovilidad absoluta a aproximadamente mach 25, parecía como si anteriormente hubiera hecho otros viajes, pero la verdad es que no, el conocimiento era innato.

A los pocos segundos, nos encontrábamos en el espacio profundo. Como era de esperarse, no íbamos a esperar 8,6 años para llegar a nuestro destino, entonces tomamos la decisión de abrir una pequeña brecha espaciotemporal y atravesarla. No tardamos más de una hora en recorrer 8042000000000000 kilómetros, sin embargo, a la hora de salir, los sistemas de la nave se dispararon y todas las alarmas comenzaron a sonar. Íbamos a chocar directo con Canis Majoris, ninguna acción evasiva era posible. No quedaba otra opción que no fuera atravesarla. Procedí a encender el campo electromagnético y aumenté la velocidad, debíamos pasar el menor tiempo dentro de la estrella o consumiríamos toda nuestra energía. Fue una desgracia, casi agotamos nuestros recursos, se nos hizo imposible ingresar a Sirius A, por suerte, con el poco remanente del desastre, logramos entrar a una enana blanca muy cercana.

### Delirium venerae

Me seducía, lucía espectacular cada vez que modelaba su corto y sensual vestido negro. Era un sueño de mujer; alta, delgada, piel canela, buenos pechos, pelo negro y lacio con puntas onduladas, nariz pequeña y delgada y unos cortos y grandes labios que no dejaba de mirar en todo momento. Existía mucha atracción, aunque lastimosamente solo era de mi parte para ella. Siempre que la veía pensaba en lo mucho que quisiera que dejara de ser una fantasía, pero era difícil, a diferencia de mí, ella contaba con más experiencia, era mayor, yo apenas comenzaba mi vida, de seguro ella ya habría perdido la cuenta de los momentos compartidos con otros hombres, cosa que me llamaba aún más la atención. Era irónico y surrealista, pues ante tal diferencia de edad, y a que ella tuviera a alguien en su vida, yo aún lo intentaba. Y es que podríamos tener algo secreto, así fuese una sola vez, una sola vez en la que quería sentirla, tocarla, besarla, llevar la pasión y el deseo al límite, quería que ella me enseñara y compartiera su experiencia, sus trucos, quería experimentar con ella. Era una mentalidad demasiado simple y desinteresada, típica de un joven, sin embargo, por qué mentir. Mis intenciones no son enamorarla o tener algo más que sexo, soy egoísta, solo busco placer y satisfacer deseos de lujuria, algo recurrente al verla, incluso desde que me acogió entre sus brazos. Pero bueno, esto no es más que tiempo perdido. Solo en mi mente sería capaz de confesarle lo





mucho que desearía hacerla gemir de placer, tocarla, recorrer su cuerpo, llegar a sus muslos, acariciar su abdomen, bajar, besar sus labios, robarle el aliento, verla retorcerse arqueando su espalda y ensanchando sus caderas, percibir el temblor de sus piernas, conseguir que se olvide, por un momento, de todo a su alrededor, escuchar sus ahogados gemidos mientras sus ojos se pierden y sus pupilas se dilatan. Quisiera ver su eterna sonrisa pidiéndome que este momento continúe, contemplarla mientras se acerca de rodillas, levantando sus glúteos con un movimiento sutil, de un lado para el otro, para rozarlo en sus labios cuando cierre los ojos. Cuánto desearía sentir el calor de su boca de arriba abajo de mi cuerpo, su lengua acompañante y sus manos acariciándome mientras me da placer. Y así paso... aunque no era suficiente, no me sentía mal, pues era normal que fuera avaro, todos harían lo mismo, estando en mi caso.

Después de mucho jugar con mi lengua, busco que no se quede en algo tan sencillo, quiero llegar a algo más profundo. Fantaseaba con poder estar frente a frente con ella, recostados en la pared, para comenzar a besarla suavemente mientras le toco la entrepierna, y con la otra mano, iría desabrochando su sostén. Luego, mordería suavemente sus labios, con cariño y ternura, terminaríamos de desvestirnos, la tomaría por la cintura, la levantaría y luego empezaría a mover nuestras caderas, empujando lentamente, respondiendo a su respiración acelerada, fundidos en pasión. Ella cruzaría sus piernas sobre mi espalda, que arañaría de vez en cuando, con sus uñas, cuando estuviera llena de placer. Sería la mejor experiencia de mi vida, si tan solo pudiera ser...

### Sensorium

Éramos estúpidos de nuevo. Perdimos toda nuestra tecnología, todos los avances, todas las herramientas, perdimos parte de nuestra familia. Hubo muchos desaparecidos, entre ellos hermanos, con quienes lideraba el alto mando, mi esposa o parte de las que la componían, y como si fuera poco, nuestro ejército de rebelión se diezmó a menos de un sexto. Los Ling estábamos decaídos. Al parecer, las diferentes ondas y rayos emitidos en la detonación, además de deformar las líneas espaciotemporales, posiblemente también tuvieron influencia biológica en quienes estuvieron expuestos. Aún no podemos dar un reporte de esto, pues nuestra incapacidad funcional actual nos impide llevar a cabo estudios. Por otro lado, bajo mi potestad de emperador, he ordenado a todos nosotros, los reos, comenzar la procreación y el desarrollo de la ciencia con el fin de explotar es-

tas nuevas tierras en busca de elementos que nos permitan escapar de este exilio y ejecutar nuestra emancipación.

### Insaniam

—¡Qué farsa tan ridícula!, es demasiado.

—¡Calla! No eres la única, recuerda que somos muchas más.

—¿Acaso ustedes no tienen cargos de conciencia? ¿Cómo hemos sido capaces de mentirle de esa manera?

—De nuevo, ya te dijeron, calla.

—Recuerda, somos más que hermanas.

—Solo compartimos una línea de consanguinidad, no es para tanto.

—¿Y la conciencia?

—¡Genial! Ahora la idiota esta pretende decir que somos todas unas desequilibradas. No, querida, quizás solo eres tú.

—Y lo dice alguien que habla consigo misma... Pero, en algo sí tienes razón, somos unas idiotas —respondió sonriente e irónica.

—Ya basta, las demás estamos cansadas de ustedes cinco.

—Lo que faltaba, más niñas lloronas.

—¿Es en serio que aún no entiendes? Y de nuevo, se supone que la idiota soy solo yo —dijo con ironía.

—Pues, si no te gusta, te invito a ti y a las otras a irse de aquí.

—Si fuera posible, lo hubiera considerado, sin embargo, de ningún modo cedería ante ti el control que me pertenece.

—Acéptalo, sabes que es un control que a las demás no nos hace falta, no te queda más que someterte.

—¿Ante quién? ¿Ante un grupo de percepciones difusas liderado por un delirio de egocentrismo? Jamás. Esto debe parar, debemos cambiar el curso de esta nave ahora.

—Ilusa, ya es tarde, además no nos convences, esfuérzate más la próxima.

—Pequeña niña, te recuerdo que somos fragmentos de una sola copa y a dónde vamos se encuentran los trozos que fueron separados por ser muy filosos, podrían ser más del doble de nosotras, así que mejor callen de una vez por todas y cooperen, no podemos hacerle esto a Shay, no ahora, no después de todo lo que hizo por nosotras.

—Deja de exagerar, era un niño abandonado, nosotras le dimos lo que tiene ahora y así mismo se lo podemos quitar, además, ¿cuál es tu plan? ¿Acaso piensas que sobrevivirás en el planeta que habita su pueblo? Si aún estamos acá es porque tuvimos suerte de no ser descubiertas y no pienso arriesgarme a ser explotada por una raza inferior, prefiero enfrentar el futuro en casa.

—¡Ríndete! Es la voluntad de una contra la de ocho, no vas a ganar.



## SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto. La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos. Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565 o vía e-mail a [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co). Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación, su nombre, e-mail y número telefónico.

Una oportunidad expresiva que nace en el aula y se expande hasta lugares que de ninguna manera fue posible vaticinar. Permitir a autores en ciernes escribir con relativa libertad, condicionados solo por aspectos formales motivados por la observación de las nuevas formas literarias, abrió un campo que nadie podía prever. Escritores natos dieron rienda suelta a sus impulsos narrativos junto a otros novatos que esplendieron con la fuerza de las letras y se descubrieron a sí mismos creando o desvelando mundos que latían con fuerza en sus mentes. Conviven en estas páginas historias fantásticas, realistas, insólitas; algunas son distópicas, otras están llenas de ilusión. Ciertas tramas se caracterizan por la linealidad y la sencillez, otras son más abisales y complejas, sin embargo, en todas se exhibe, con distintos grados de intimismo, lo que los estudiantes tienen para decir, y que a veces no nos detenemos a escuchar.

Se reúnen en este libro algunos relatos escritos por los estudiantes del curso de Narración Literaria e Hipertextual del pregrado de Ingeniería en Diseño de Entretenimiento Digital que concilian sus objetivos personales y los propósitos del curso. El reto de elaborar historias con características hipertextuales, fragmentarias, azarosas, y con diferentes puntos de vista que correspondieran a una planeación minuciosa, condujo no solo a un resultado exitoso sino a profundas reflexiones en torno a la importancia del conocimiento de la composición narrativa en virtud de su aplicación en ámbitos como el del diseño de experiencias que promuevan el entretenimiento, una tarea que no es nada fácil. Podemos concluir, y este libro es un gran ejemplo de eso, que fue un viaje lleno de triunfos para todos. ¡Disfruten la lectura!

Esta obra se publicó  
en archivo digital en el mes  
de agosto de 2019.

ISBN: 978-958-764-686-3



9 789587 646863



ISBN: 978-958-764-687-0  
<https://repository.upb.edu.co/>